

CIÓN

DUMAS.

HISTORIA
DE LUIS-FELIPE

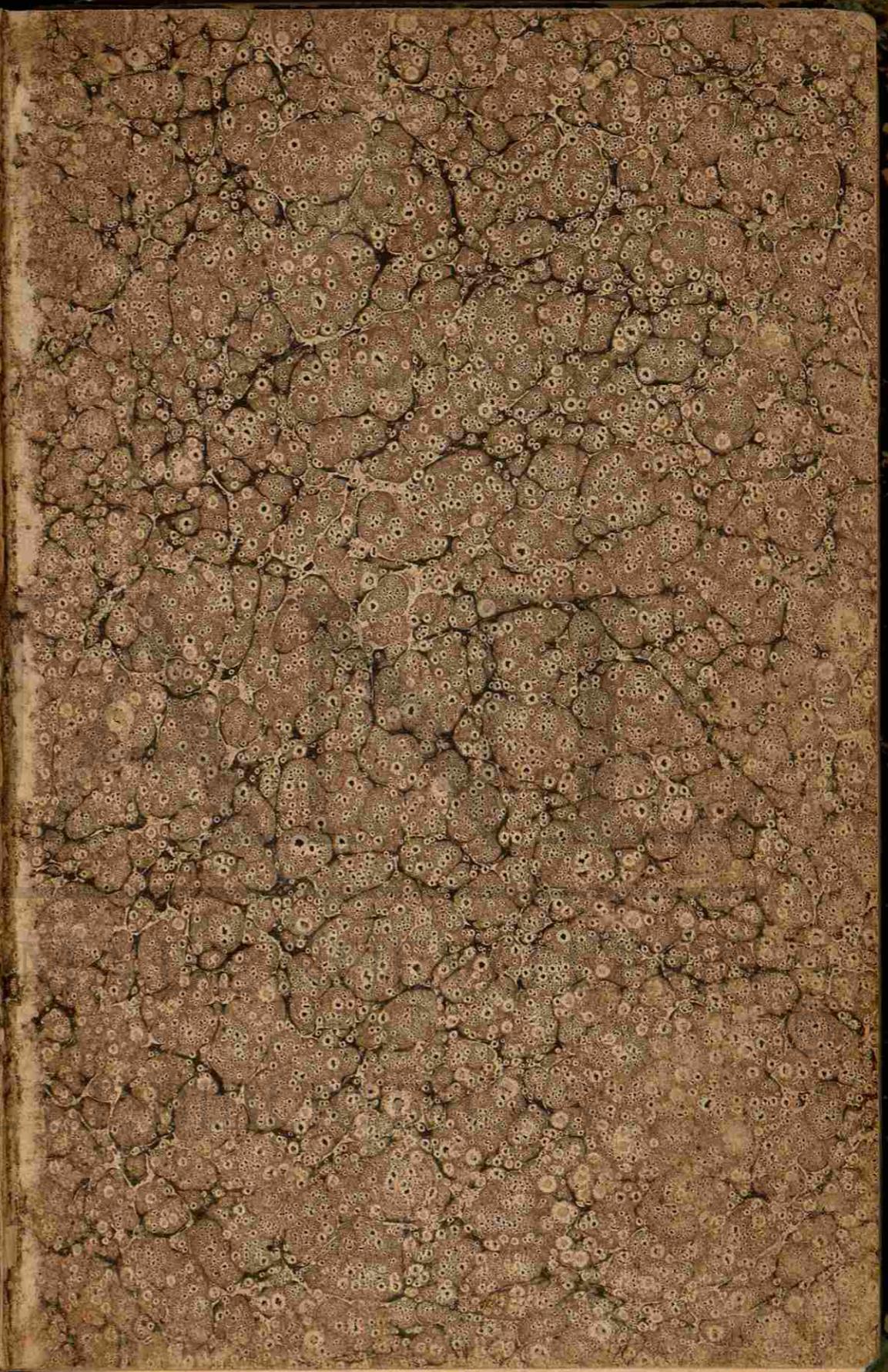
2

DC268
D8
v.2

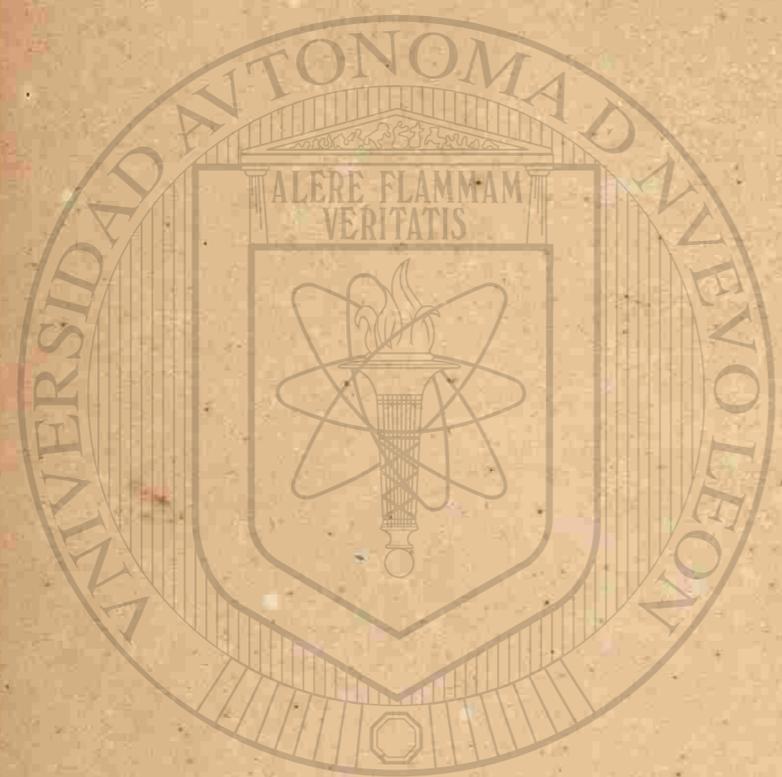
1143



1080043852



C#1-C#5



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9(44)
-D-



HISTORIA

DE LA VIDA POLITICA Y PRIVADA

DE
LUIS FELIPE.
—
TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



v



HISTORIA

DE LA VIDA POLITICA Y PRIVADA

DE

LUIS FELIPE,

POR

M. ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

PRIMERA EDICION MEXICANA.

TOMO II.



Segura y Deraen,
EDITORES.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria®

Esta obra es propiedad de los editores, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso, conforme al art. 4.º de la ley de 3 de Diciembre de 1846, que dice: "El simple editor de una obra, tendrá propiedad literaria solo el tiempo que tarde en publicar su edicion y un año despues, sin que este derecho se estienda á las ediciones extranjeras."

GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.

TIPOGRAFIA DE VICENTE SEGURA ARGÜELLES,
calle de Cadena núm. 10.

1852.

54715

16336

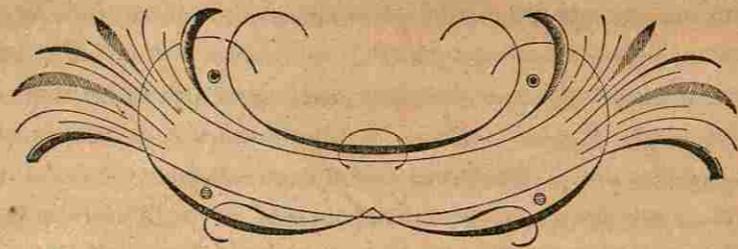
E
923
L

DC268
D8
V.2

Monterrey Dec. 10 / 1711.
J. Donales



Capilla Autónoma
Biblioteca Universitaria



U A N L

CAPITULO PRIMERO.

El 24 de Marzo de 1831, se dió la ley de exclusion contra Carlos X y su familia.

Mas tarde vino la proposicion de M. de Bricqueville, que tendia á hacer revocar la ley relativa á la familia de Napoleon.

Despues la ley electoral.

Bajo la restauracion, se debian pagar trescientos francos de contribucion directa para ser elector, y mil para ser elegible.

El ministerio propuso á la cámara bajar el censo de ele-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gibilidad de mil francos á quinientos, y el censo de electorado á doscientos.

Se adoptó esta ley: pero fué mas allá que el ministerio, escluyendo á cierto número de ciudadanos que este proponía añadir á los acusatarios como capacidades.

Esta ley traía consigo la revolucion de 1848.

Realizada esta obra la cámara, nacida en medio de una tempestad y prorogada el 2 de Abril, se disolvió el 31 de Mayo.

El rey se aprovechó de esta especie de vacaciones para hacer un viaje á Provincias; era un permiso que se daba. Le era insoportable la tiranía de Casimiro Périer, y sin embargo se la hacia sufrir la necesidad.

Partió: visitó primero la Normandía, volvió á Paris, de donde volvió á partir el 6 de Junio de 1831, para visitar los departamentos del Este.

Naturalmente entraba en el itinerario real el campo de batalla de Valmy. Luis Felipe visitó este sitio en que cada árbol, cada barranca, cada montecillo tenia una voz para contarle, al cabo de cuarenta años, la gloriosa epopeya de su juventud republicana; al pié de la pirámide levantada en el mismo campo de batalla á la memoria de Kellermann, encontró un soldado viejo que, en el mismo Valmy, le habia llevado el brazo una bala de cañon.

Se quitó su cruz y se la dió.

En Metz ocurrió una escena grave.

Metz fué el punto donde se redactó el primer plan de asociacion nacional. Fueron sus redactores: el alcalde, M. Rouchotte, el presidente de la corte real, M. Charpentier, el abogado general, M. Voirhaye y M. Cornes. A los ojos de Casimiro Périer, esta asociacion era un crimen, y habia destituido, con grande irritacion de los patriotas, á MM. Rouchotte y Voirhaye.

El discurso que el consejo municipal dirigió al rey, se resentia de esta mala disposicion:

“Sire, decia este discurso, los sucesos de Julio han consagrado monumentos imperecederos de la voluntad nacional y de vuestro rendimiento á la patria, á los derechos que tiene el primer rey ciudadano á la fidelidad y al amor de los franceses. He aquí lo que han preclamado todos los consejos municipales de Francia; pero la Carta ha dejado en nuestro gobierno interior, un punto importante que arreglar: la herencia de la dignidad de par. Esperamos que en la próxima sesion el poder legislativo haga desaparecer de nuestras leyes un privilegio que en lo de adelante es incompatible con nuestras costumbres nacionales. Los polacos se han atraído nuestra simpatía, por el heróico valor con que luchan por la libertad. Pueda la influencia de V. M. asegurar á esta generosa nacion una suerte digna de la bella causa que defiende!”

Dificil seria oponerse mas completamente á las ideas imbuídas en el espíritu del rey y de su ministerio; Luis Felipe contestó:

“Me hablais de todo lo que han proclamado los consejos municipales de Francia: no han proclamado nada. No entra en sus atribuciones hacer ni interpretar deliberaciones sobre asuntos de alta política; este derecho está reservado á las cámaras: así, no tengo que responder á esta parte de vuestro discurso; esto se aplica igualmente á lo que me decis de las relaciones diplomáticas de la Francia con las potencias extranjeras, sobre las que los consejos municipales tampoco tienen derecho de deliberar.”

Era mal precedente para la guardia nacional que venia inmediatamente despues del consejo municipal.

Justamente M. Voirhaye era el capitán; se acercó al rey trayendo en la manó un discurso escrito.

—¿Sois el comandante de la guardia nacional? preguntó Luis Felipe.

—No, Sire, respondió Voirhaye, pero soy su delegado.

—Hablad, pues!

El capitán desplegó su papel y comenzó á leer.

“Sire, ya mas de una vez despues de la revolucion de Julio, la guardia nacional de Metz ha dirigido á V. M. la espresion de su adhesion al trono del rey ciudadano, y sus votos por los instituciones que deben sostenerlo.

“Pronto vais á recibir de nuestras filas una nueva manifestacion de nuestro afecto. Sí, traemos en nuestra bandera la divisa: *Libertad, orden público*. A nuestros ojos estas dos ideas son inseparables; si el orden es una condicion indispensable de la libertad, la esperiencia nos ha probado que el medio mas seguro de asegurar el orden, es satisfacer á las necesidades progresivas de la civilizacion con leyes liberales y populares. Entre estas leyes la mas decisiva para el porvenir de la Francia, es la que debe organizar la segunda rama del poder legislativo.....”

Eran muchos consejos para un día; el rey, impacientado, arrancó el discurso de las manos del orador, y le dijo secamente:

—La guardia nacional no debe ocuparse de cuestiones políticas.

—Sire, respondió M. Voirhaye, no da un aviso, espresa un voto.

—La guardia nacional, replicó vivamente el rey, no tiene que hacer votos; le están prohibidas las deliberaciones. Vos ya no sois el órgano de la guardia nacional: así, no debo oír mas.

Así, tres meses despues de proclamado en la tribuna el principio de no-intervencion, los austriacos intervenian impunemente en Módena, y en todos los Estados romanos.

Así, diez meses despues de que la guarda de las libertades francesas se ha confiado á las guardias nacionales del reino, la guardia nacional ya no tiene derecho de emitir un voto.

Así, esta furia de un hombre que siempre habia sido tan prudente puso en cuidado la ciudad de Metz: todos los ofi-

ciales superiores habian sido convidados á comer con el rey: solo uno asitió á la invitacion.

A este insulto hecho á la corona, Luis Felipe declaró que no queria permanecer una hora mas en la ciudad que se habia hecho culpable; y al momento, apesar de estar lloviendo, salió de Metz.

Por lo demas, no fué Metz la única ciudad que se halló en oposicion con la corona: el tribunal civil de Belfort, representado por su presidente, dijo al rey:

“Leyes sabias, instituciones apropiadas á las necesidades del pais, tales son las primeras condiciones de la prosperidad social: la Francia posee ya los primeros elementos esenciales en los Códigos y en la Carta, que no tardará en recibir los descubrimientos que permite.”

El rey respondió:

“No doy menos precio que vosotos á que nuestras instituciones se consoliden; pero confieso que hé oido con admiracion que las califiqueis de elementos de instituciones; esto no puede ser sino una inadvertencia, y lo prueba el resto de vuestro discurso. Nuestras instituciones están desarrolladas de tal modo, que lo que queda que hacer me parece nada en comparacion de lo que se ha hecho. Son estas instituciones que se han prohibido en Julio, estas instituciones que la nacion quiere conservar tales como se consagraron en la Carta de 1830.”

Hacia tiempo, por otra parte, que el rey habia dado su programa tan positivo como el famoso programa del Hotel-de-Ville. Fué cuando la diputacion de Gaillac se le presentó en el mes de Agosto.

“Esteriormente, habia dicho esta diputacion, la Francia quiere ser independiente del extranjero, interiormente, quiere serlo de las facciones.”

El rey habia respondido:

“La revolucion de Julio debe dar sus frutos, sí, sin duda, pero esta espresion se emplea demasiado en un sentido que

no corresponde ni al espíritu nacional, ni á las necesidades del siglo, ni á la conservacion del órden público: Sin embargo es lo que debe arreglar nuestra marcha; procuraremos mantenernos en un justo medio igualmente distante del abuso del poder real y de los excesos del poder popular."

Desde entonces, el gobierno de Julio tubo su denominacion: se le llamó el gobierno *del justo medio*.

El viaje de Luis Felipe tuvo pues lugar en medio de este entusiasmo que escita siempre la presencia de un soberano. Sus desprecios amargos dejaron en el espíritu del rey un resentimiento que, agriandose cada dia mas, atrajo las leyes de represion que, en 1848, fueron á su vez una arma en manos del pueblo.

El resto del año se pasó para la Francia en escuchar el cañon de la Vistule, en asociarse á las victorias de Droernicki; en hacer coleccionar y dar bailes y representaciones á beneficio, y en provecho de esos desgraciados Polacos, condenados de antemano por la diplomacia europea, y que daban á la Europa maravillada el espectáculo de martires que bajan voluntariamente á un circo.

Mas tarde en un hermoso dia llegó la noticia de una doble muerte: Diebitsch y Constantin habian muerto.

Las noticias oficiales decian que del cólera.

Las particulares que de veneno.

En medio de todo esto, la Francia preparaba una expedicion, pero era tal la simpatia que inspiraban los Polacos que para fijarse en ellos, se volvian los ojos á los bordes del Tajo.

Sin embargo iba á verificarse uno de los mas bellos hechos de armas que haya intentado la marina francesa.

Don Miguel reinaba en Lisboa, y viendo nuestra humillacion ante la Rusia, el Austria y la Inglaterra, él tambien nos despreciaba, y si, diplomaticamente, mas político que el duque de Módena nos habia reconocido, era porque nuestro consul fue testigo de las humillaciones que hacia sufrir á sus compatriotas.

Pero aqui debia suceder lo que sucedió en Alger; y es que la última humillacion haria desbordar de cólera el vaso demasiado lleno de vergüenza.

Dos Franceses, fuerou condenados por delitos imaginarios, uno á ser azotado en la plaza pública de Lisboa, y el otro á la deportacion á la costa de Africa.

El primero era M. Bonhomme, estudiante en Coimbre. El segundo M. Sauvinet, negociante en Lisboa.

El consul frances se quejó: no le respondieron; amenazó: se rieron en su cara.

M. Rabaudy, capitán de navio de la marina francesa, recibió orden de bloquear la embocadura del Tajo con la pequeña flotilla que tenia á su mando.

Su mision era reclamar, en nombre del gobierno de Luis Felipe, reparacion é indemnizacion para los Franceses maltratados ó arruinados por las ordenes de Don Miguel.

Se pidió permiso á la Inglaterra; y despues de concedido este permiso, se resolvió dar una leccion á este pequeño Calígula.

Hácia principios de Junio, partió de Brest el almirante Roussin en el navio el Suffren, é iba á tomar el mando de la escuadra que, partió de Toulon, y debía juntarsele en el cabo de Santa-Maria.

El 25 de Junio descubrió el cabo de La Roque.

El 6 de Julio, se reunió con la escuadra.

Esta escuadra se componia de cinco navios, dos fragatas y dos corbetas.

La mandaba el contra-almirante Hugon.

M. Rabaudy que acababa de enviar á Brest el buque Portugués capturado por él, se reunió é esta formidable expedicion, que se presentaba magestuosamente en la embocadura del Tajo el 11 de Julio.

El Tajo se consideraba como inespugnable por el lado del mar.

Se recordará que, durante trescientos años, habian dicho otro tanto de Alger las potencias europeas.

El 11 de Julio, á las cuatro, el *Suffren* y la escuadra que conducia, habian atravesado en cincuenta minutos, este paso mirado como insuperable; y, una hora despues, toda la escuadra fondeaba á trescientas toesas de Lisboa.

El 14, todo habia concluido: la Francia estaba vengada, hechas las reparaciones, y la flota portuguesa, prisionera de guerra, habia sido enviada á Brest.

Desgraciadamente era por este tiempo cuando la Francia firmaba el tratado de los veinticuatro artículos, que hacia de la Bélgica una provincia inglesa.

Al fin de este mismo año de 1831, se refiere el escandaloso negocio de los fusiles Gosquet, en el que el gefe del gabinete y el mariscal Soult estaban gravemente comprometidos.

Como en casi todos los negocios de esta naturaleza, se dieron dos fallos: uno por el tribunal, que condenaba á M. Harrast, autor del artículo acriminado, á seis meses de prision y tres mil francos de multa; otro por la opinion pública que condenaba á una pena muy diferente á ministros y proveedor.

El fallo de la opinion pública es el único de que se han acordado.

Sino para la Francia, al menos para la Inglaterra, la Prusia, el Austria y la Rusia, este año de 1831 que acababa de trascurrir, fué un hermosísimo año.

La Inglaterra acababa de asegurar á la Bélgica, haciendo nombrar á Leopoldo I rey de los Belgas.

La Prusia acababa de consolidar su poder en las provincias Rhouanas, que habian podido comprender el poco caso que hacíamos de ellas.

El Austria habia probado que en el rango de las grandes potencias no estaba mas atras, sino mas adelante que la Francia.

A pesar del principio de no-intervencion proclamado por la Francia, intervino en Parma, en Modena, en Bolonia; qué sucedería si hubiese intervenido en Milan?

En cuanto á la Rusia, habia aniquilado á la Polonia; y si aun se agitaba, ya no debia ser sino como Encelado desde el fondo de su tumba.

Se habia restablecido la paz en todas partes excepto en Francia.

Amenazaba el cañon por el lado de Lyon.

Despues de la guerra civil, la guerra servil.

Ah! Lyon, Lyon! ¡pobre ciudad de lodo y humo, acinamiento de riquezas y miserias, donde el rico no se atreve á poner caballos en su coche por temor de insultar al pobre; donde para cuarenta mil desgraciados las veinticuatro horas del dia, ó por lo menos las diez y ocho, son de estertor y de fatiga!

Figuraos una espiral compuesta de tres pisos.

En la parte superior ochocientos fabricantes;

En medio, ocho ó diez mil maestros de obrador;

En la base, es decir, sosteniendo este piso inmenso, cuarenta mil trabajadores.

Ademas, como abejones al rededor de una colmena, los comisionados comensales de los fabricantes proveedores de los primeros artículos.

Y con todo esto, la industria Lyonense se ve atacada en todas las partes por la competencia.

La Inglaterra produce á su vez y provee á Lyon con su tanteo.

Zurich, Bále, Cologne y Berna, rivalizan con la segunda ciudad de Francia.

Hace cuarenta años, en Lyon, es decir, durante los hermosos dias del imperio, el obrero ganaba de cuatro á seis francos; entonces podia mantener con facilidad á su mujer y á esa numerosa familia que nace siempre en el lecho imprevisto del desgraciado!

Pero, poco á poco ha ido bajando el salario; para el obrero de cuatro francos á cuarenta sueldos, despues á treinta y cinco, mas tarde á treinta, luego á veinticinco, en fin, en la época á que hemos llegado, el tejedor de telas lisas ganaba diez y ocho sueldos al dia por un trabajo de diez y ocho horas.

De aquí viene la imposibilidad de poder vivir.

Cuando estos desgraciados vieron que despues de diez y ocho horas de trabajo, tenían hambre ellos y sus familias, se elevó de la Cruz-Roja, es decir, de la ciudad obrera, un gran sollozo compuesto de las quejas de cien mil personas que sufrían.

Este doloroso lamento hirió á la vez, pero de una manera muy diferente, á los dos hombres que mandaban en Lyon!

A M. Bouvier-Dumolard, prefecto;

Al general Roguet, comandante militar.

Entraba en las funciones civiles del primero quejarse de esta miseria, tanto mas terrible, cuanto que cada dia aumentaba, sin que se conociese ningun medio de hacerla cesar.

El segundo, bueno y valiente soldado, extraño á todas estas cuestiones sociales aun no resueltas, no veía en una queja cualquiera sino una infraccion á la disciplina; y, á su modo de ver, cualquiera infraccion, bien fuese respecto de la disciplina militar ó civil, merecía un castigo.

Los obreros querían una tarifa.

El general Roguet reunió á los prohombres para obtener de ellos una medida de compresion; pero estos por el contrario, á instigacion de M. Dumolard, discutieron la tarifa pedida, y dieron una especie de ordenanza concebida en estos términos:

“Considerando que es publicamente notorio que muchos fabricantes pagan realmente las labores á un precio muy bajo, es útil que se fije una tarifa al *minimum* para los precios de estas mismas labores.”

Las bases de esta tarifa debían discurrirse contradictoriamente entre veintidos obreros, de los cuales doce eran delegados por sus camaradas, y veintidos fabricantes designados por el tribunal de comercio.

Por consiguiente, se reunieron el 21 de Octubre en el hotel de la prefectura.

Pero los fabricantes menos solícitos que los obreros, porque el aumento á estos debía convertirse en pérdida para ellos, declararon que siendo nombrados de oficio, no podían comprometer á sus cofrades.

Por consiguiente, decidióse que se reuniesen los fabricantes para que nombraran sus apoderados.

Aun estaba emplazada la tarifa.

Entretanto los obreros se morían de hambre.

Se fijó la tercera reunion para el 28 de Octubre.

La vida ó la muerte de cuarenta mil desgraciados iba á discutirse en esta junta.

Tambien hemos visto despues una cosa semejante; pero ahora este espectáculo era desconocido; tambien se vió hacia las diez de la mañana bajar toda esa multitud de desgraciados, que venía á esperar su sentencia en la plaza pública.

Por lo demas, entre estos treinta mil suplicantes no había una arma; un ruego comun, he aquí todo.

Y sin embargo, M. Bouvier-Dumolard se espantó: una masa, aunque sea suplicante, siempre espanta; se comprende que treinta mil hombres que suplican podrían mandar.

El prefecto se les acercó.

—Amigos míos, les dijo, si permanecéis aquí, se creará que la tarifa se ha impuesto por violencia: retiraos para que la deliberacion sea libre; los treinta mil obreros gritaron á una voz: ¡viva el prefecto! y se retiraron.

La tarifa quedó firmada por ambas partes.

Se les habían aumentado tres ó cuatro sueldos, ¡tres ó cuatro sueldos eran la vida de dos niños!

Los obreros gozosos iluminaron sus pobres ventanas, y mucho antes de la dichosa noche se les oyó cantar y bailar.

Esta alegría era muy inocente, y sin embargo pareció un insulto á los fabricantes.

Algunos rehusaron cumplir con la tarifa.

El consejo de los prohombres los condenó.

El 10 de Noviembre se reunieron ciento cuatro fabricantes y protestaron contra la tarifa. No estaban obligados, decían, á ayudar á los obreros que se habian creado necesidades ficticias.

Necesidades ficticias con diez y ocho sueldos por dia: los Sybaritas!

Esta reunion de los fabricantes, esta protesta contra las cosas decretadas, una carta del prefecto que decia que la tarifa no era obligatoria sino facultativa, espantaron á los obreros, que comenzaron á juntarse, y que, viendo que llamaban inutilmente á los prohombres, y que estos á su vez comenzaban á no mirar la tarifa como obligatoria, resolvieron no trabajar y pasearse por la ciudad, suplicantes y desarmados.

Al paso que los obreros se humillaban mas, los fabricantes se hacian mas insolentes.

Por su parte, el general Roguet, cuyo mal humor se exaltaba en suma la salud hizo fijar en las esquinas la ley contra los corrillos.

La tropa de línea recibió la orden de permanecer en los cuarteles.

El 20 de Noviembre, con pretexto de la recepcion del general Ordonneau, hubo una revista en la plaza de Belle-cour.

Era una amenaza; desgraciadamente aquellos á quienes se amenazaba iban perdiendo la paciencia.

El lunes 21 de Noviembre, se juntaron cuatrocientos trabajadores en la Cruz-Roja.

Traian á sus síndicos á la cabeza, y estaban armados de palos solamente.

Su objeto era ir de taller en taller y decidir á sus camaradas á no trabajar hasta que se adoptase la tarifa.

Sesenta guardias nacionales que estaban de patrulla, se presentaron de repente por el otro lado de la calle.

Traian órdenes ó cedieron á su natural belicoso, el caso es que exclamaron:

—Amigos, barramos con esta canalla.

Y avanzaron á la bayoneta.

En un volver de ojos fueron desarmados los sesenta guardias nacionales, y los obreros siguieron su paseo pacífico.

Marchó contra ellos una columna de guardias nacionales, hizo fuego y cayeren ocho obreros muertos, ó heridos mortalmente.

Habia corrido la sangre: en lo de adelante habria una guerra de esterminio.

Ya se sabe: cuando se bate el pueblo por un principio, es muy diferente de cuando se bate por el pan.

Por la tarde los cuarenta mil obreros estaban armados y marchaban bajo unas banderas en que estaban inscritas estas palabras; la mas sombría divisa que haya jamas levantado la guerra civil:

VIVIR TRABAJANDO Ó MORIR COMBATIENDO.

Durante toda la noche del 21 y el dia 22 creció la lucha.

A las siete de la noche todo habia concluido, y la tropa batia en retirada ante el pueblo vencedor en todos los puntos.

A las doce de la noche el general Roguet, que habia necesitado que lo montasen en un caballo, en el que lo agitaba la fiebre, salió de la ciudad donde le era imposible permanecer mas tiempo.

Dos horas despues el prefecto y los miembros de la municipalidad lyonense, se retiraron á su turno, y se volvian al

hotel de la prefectura, donde firmaron la siguiente declaración:

“Hoy, 23 de Noviembre de 1831, á las dos de la mañana:

“Los abajo firmados, reunidos en el hotel de la prefectura, declaramos y certificamos los hechos siguientes:

1.º “Que á consecuencia de los funestos acontecimientos que se han verificado en la ciudad en los días 21 y 22 de este mes, todas las fuerzas militares de todas las armas, las de la gendarmería y la guardia nacional, bajo el mando del general conde Roguet, se han visto precisadas, para evitar la efusion de sangre y los horrores de la guerra civil, á evacuar en dos horas el Hotel-de-Ville, el arsenal y la fábrica de pólvora, posiciones que ocupaban aun, y á retirarse fuera de la ciudad por el arrabal de Saint-Clair.

2.º “Que los abajo nombrados, hemos sido obligados igualmente á dejar ocupar el puesto del Hotel-de-Ville por las tropas de la insurreccion que eran dueñas de todos los puntos.

3.º “Que en este momento reina la desorganizacion mas completa en la ciudad, que la insurreccion domina todos los poderes y que las leyes y los magistrados no tienen fuerza.

“Hecho en el hotel de la prefectura, á la hora, día y año dichos.

“Firmado: Dumolard, Roinet, E. Gauthier, Duplan.”

Pero sucedió lo que sucede siempre al pueblo en sus primeras victorias; vencedor se espanta con su triunfo, y busca á quien entregar el arma que ha conquistado.

El pueblo amaba á su prefecto y se volvió á él.

M. Dumolard quedó mas poderoso despues de la victoria del pueblo de lo que antes era.

El 3 de Diciembre á las doce del día, el príncipe real, seguido del mariscal Soult, volvía á tomar posesion de la ciu-

dad de Lyon, entraudo en ella tambor batiente y mecha encendida.

Fueron desarmados los obreros, la guardia nacional licenciada, y la ciudad de Lyon declarada en estado de sitio.

En cuanto á M. Dumolard que habia salvado la ciudad, fué destituido, y apesar de estar enfermo, se le ordenó que saliese de Lyon, *aunque no fuese mas que á distancia de dos leguas*, y esperase allí á estar mas aliviado.

Los desgraciados obreros volvieron á caer, para hacer frente á sus necesidades y á las necesidades ficticias que se habian creado, con diez y ocho sueldos por día.

Que hacia el rey durante este tiempo?

Preparaba una nota en la cual pedia á la cámara diez y ocho millones de lista civil, ciento cincuenta mil francos al mes, cincuenta mil al día.

Sin contar cinco millones de renta de su fortuna particular, y dos ó tres millones de provechos en las empresas industriales.

Pero se alegraran mucho en la corte cuando supieron que la revolucion no tenia nada de politica, y que los obreros no se habian insurreccionado sino porque se morian de hambre.

Y la cámara? oh! la cámara, esto estuvo mejor aun: á mocion de M. Agustin Giraud, presentó al rey un discurso concebido en estos términos:

“Sire,

“Hemos visto con reconocimiento, al mismo tiempo que con dolor, las comunicaciones francas y completas que nos han traído los ministros de V. M., sobre las turbulencias que han presentado en la ciudad de Lyon; aplaudimos el patriótico arrojo que ha conducido al príncipe, vuestro hijo, á presentarse en medio de los franceses cuya sangre corria, para contener su efusion. Nos apresuramos á esponer á V. M. el voto unánime de los diputados de la Francia, para que su

gobierno oponga á estos deplorables éscesos todo el rigor de las leyes.

“La seguridad de las personas ha sido atacada violentamente; se ha amenazado la propiedad en su principio; la libertad de la industria se ha visto amenazada de muerte; no se ha escuchado á los magistrados: es preciso que estos desórdenes cesen prontamente, es preciso que se repriman energicamente estos atentados: la Francia entera está herida con este golpe dirigido á los derechos de todos en las personas de algunos ciudadanos á los que se les debe proteccion. Las medidas tomadas por el gobierno de V. M. nos hacen confiar en que la vuelta del orden no se hará esperar mucho; la firme union de los guardias nacionales y de las tropas de línea tranquiliza á todos los buenos ciudadanos. V. M. puede contar con la armonía de los poderes. Nos consideramos dichosos, Sire, al ofreceros en nombre de la Francia, sus diputados que coadyuvaron para restablecer la paz en cualquier parte donde se halle turbada, reprimir los gérmenes de anarquía, afirmar los sanos principios sobre los que descansa la existencia misma de la nacion, sostener la obra gloriosa de la revolucion de Julio y asegurar por todas partes la fuerza y la justicia á la ley.”

La cámara de los pares dirigió un discurso casi semejante; y apoyado en la armonía de los dos poderes, Luis Felipe entró con valor en el año de 1832, que le traia la guerra de la Vendée y la insurreccion de Junio.

CAPÍTULO II.

Lo hemos dicho, el negocio que mas preocupaba á Luis Felipe en esa época, era el de la lista civil.

Desde el tiempo de M. Laffitte habia presentado á la comision una nota que trataba de hacer llegar esta lista civil á diez y ocho millones; pero la comision se asustó tanto con esta cifra, que convino que, para paralizar el mal efecto que habia producido, el rey escribiera al banquero-ministro una carta confidencial en la que achacaria esta exorbitante pretension al cuidado de cortesanos solícitos, que habian traspasado los deseos del rey.

La carta *confidencial* fué *confidencialmente* enseñada á la comision, y el mal efecto producido por la peticion se borró con esta comunicacion.

Pero ya dada la ley sobre la dignidad de par, pero ya comprimido Lyon, pero ya Luis Felipe declarado bien y debidamente rey de la clase media, mirado como necesario á la salud del Estado, y á la tranquilidad de la Francia, no titubeó en pedir los diez y ocho millones que se le habian escapado la primera vez.

Luis Felipe pedia treinta y siete veces mas de lo que habia pedido Bonaparte, primer cónsul, despues de sus dos magníficas campañas de Italia y su campaña de Egipto; y

gobierno oponga á estos deplorables éscesos todo el rigor de las leyes.

“La seguridad de las personas ha sido atacada violentamente; se ha amenazado la propiedad en su principio; la libertad de la industria se ha visto amenazada de muerte; no se ha escuchado á los magistrados: es preciso que estos desórdenes cesen prontamente, es preciso que se repriman energicamente estos atentados: la Francia entera está herida con este golpe dirigido á los derechos de todos en las personas de algunos ciudadanos á los que se les debe proteccion. Las medidas tomadas por el gobierno de V. M. nos hacen confiar en que la vuelta del orden no se hará esperar mucho; la firme union de los guardias nacionales y de las tropas de línea tranquiliza á todos los buenos ciudadanos. V. M. puede contar con la armonía de los poderes. Nos consideramos dichosos, Sire, al ofreceros en nombre de la Francia, sus diputados que coadyuvaron para restablecer la paz en cualquier parte donde se halle turbada, reprimir los gérmenes de anarquía, afirmar los sanos principios sobre los que descansa la existencia misma de la nacion, sostener la obra gloriosa de la revolucion de Julio y asegurar por todas partes la fuerza y la justicia á la ley.”

La cámara de los pares dirigió un discurso casi semejante; y apoyado en la armonía de los dos poderes, Luis Felipe entró con valor en el año de 1832, que le traia la guerra de la Vendée y la insurreccion de Junio.

CAPÍTULO II.

Lo hemos dicho, el negocio que mas preocupaba á Luis Felipe en esa época, era el de la lista civil.

Desde el tiempo de M. Laffitte habia presentado á la comision una nota que trataba de hacer llegar esta lista civil á diez y ocho millones; pero la comision se asustó tanto con esta cifra, que convino que, para paralizar el mal efecto que habia producido, el rey escribiría al banquero-ministro una carta confidencial en la que achacaría esta exorbitante pretension al cuidado de cortesanos solícitos, que habian traspasado los deseos del rey.

La carta *confidencial* fué *confidencialmente* enseñada á la comision, y el mal efecto producido por la peticion se borró con esta comunicacion.

Pero ya dada la ley sobre la dignidad de par, pero ya comprimido Lyon, pero ya Luis Felipe declarado bien y debidamente rey de la clase media, mirado como necesario á la salud del Estado, y á la tranquilidad de la Francia, no titubeó en pedir los diez y ocho millones que se le habian escapado la primera vez.

Luis Felipe pedia treinta y siete veces mas de lo que habia pedido Bonaparte, primer cónsul, despues de sus dos magníficas campañas de Italia y su campaña de Egipto; y

ciento cuarenta y ocho veces mas que lo que toca al presidente de los Estados-Unidos.

Escogió tan mal tiempo que el 1.º de Enero de 1832, la sociedad de Beneficencia del duodécimo departamento publicaba la siguiente circular:

“Veinte y cuatro mil personas inscritas en los registros del duodécimo departamento de París, carecen de pan y vestidos. Muchas piden algunos hazes de paja para acostarse”

Veamos cuáles eran ciertas necesidades de la corte del Palacio Real, mientras cinco ó seis mil desgraciados del duodécimo departamento solo solicitaban de la conmiseracion pública: *algunos hazes de paja para acostarse.*

El rey pedia ochenta mil francos para los remedios necesarios á su salud.

El rey pedia para su servicio personal tres millones setecientos setenta y tres mil quinientos francos.

El rey pedia un millon doscientos mil francos para calentar los hornillos subterráneos de su cocina.

Se convendrá en que eran muchos remedios, para un rey cuya buena salud era proverbial.

Era un gran lujo personal para un rey que no tenia ni gran caballerizo, ni montero mayor, ni gran maestre de ceremonias, ni pajes, sino una pequeña corte, mitad paisana, mitad militar.

En fin, se daba mucha leña y carbon á un rey que poseía, sea como propiedad paterna, sea como infantazgo, las selvas mas hermosas del Estado.

Es cierto que se calculó que la venta de leña que hacia anualmente el rey, y que bastaba para calentar un décimo de la Francia, no bastaba para calentar los hornillos subterráneos del Palacio Real.

Se calculó otra cosa.

Se calculó que diez y ocho millones de lista civil, eran:

La quinta parte de los gastos de la Francia;

Lo que produce la contribucion de los tres departamentos mas poblados de Francia, el departamento del Sena, del Sena inferior y del Norte,

Lo que pagan al Estado por el impuesto sobre tierras otros diez y ocho departamentos;

Cuatro veces mas de lo que echan en los cofres del Estado le Calaisis, Boulonnais y l'Artois, con sus seiscientos cuarenta mil habitantes por todas las contribuciones de un año;

Tres veces mas de lo que deja el impuesto sobre la sal;

Dos veces mas que el lucro que saca el ministerio en la lotería;

La mitad de lo que se asigna para la conservacion de nuestros puentes, nuestros caminos, nuestros puertos y nuestros canales, conservacion que da trabajo á mas de cincuenta mil hombres;

Nueve veces mas que todos los gastos de instruccion pública, con todos sus fomentos, sub-venciones colegiales y sus dotes reales;

Doble del gasto del ministro de negocios extranjeros, que paga á treinta embajadores y ministros plenipotenciarios, cincuenta secretarios de embajada y de legacion, ciento cincuenta cónsules generales, cónsules, vice-cónsules, dragomanes y agentes consulares, noventa gefes de division, gefes de gabinete, sub-gefes, empleados, oficiales de secretarios, traductores, gentes de servicio, &c.

El sueldo de un ejército de cincuenta mil hombres, con oficiales de todos grados, sargentos, cabos y soldados;

Un tercio mas de lo que cuesta el personal de toda la administracion de justicia;

En fin, una suma capaz de dar trabajo á sesenta y un seiscientos cuarenta y tres labradores.

M. Cormenin fué quien, bajo el nombre de Simon el Misántropo, hizo todos estos cálculos que no dejaron de dar

en qué pensar á la clase media, por entusiasmada que estuviese con su rey.

Despues, como si todos los desgraciados debiesen enfurecerse con esta lista civil de diez y ocho millones. he aquí á M. de Montalivet encargado de buscar buenas razones para hacerla aceptar y á quien le ocurre decir en plena cámara:

“Si se destierra el lujo del palacio del rey, muy pronto se desterrará de las casas *de los súbditos*.”

A esta palabra escuchóse una esplosion rápida é inmensa.

“Los hombres que hacen á los reyes, no son los súbditos de los reyes, exclamó M. Marchal: ya no hay súbditos en Francia.”

“Ya no hay súbditos! exclamó tambien M. Lclerc Lasalle.”
—*Al orden! Al orden!*

“No comprendo el valor de la interrupcion,”—gritó M. de Montalivet.

“No hay mas que ciudadanos en Francia.”—replicó M. de Ludre.

“Si se destierra el lujo del palacio del rey, muy pronto se desterrará de las casas *de sus súbditos*, repitió M. de Montalivet.

“Esto es un insulto hecho á la cámara, exclamó M. de Laboissiere”—y de todos lados, se llama *al orden*, y el presidente no pudiendo mantenerlo agitando su campana, se cubre y se vé precisado á levantar la sesion.

Esto era mas grave de lo que parecia á primera vista: eran atentados contra esa parte de pueblo llamado plebe, que habia hecho á Luis Felipe rey de Francia.

El mismo dia, bajo la presidencia de M. Barrot, ciento sesenta y siete miembros firmaron una protesta contra la palabra *súbdito*.

La comision adepto las bases del pedido del rey, reduciendo la cifra á catorce millones.

Hasta entonces se habia cubierto la lista civil á razon de diez y ocho millones. Los sueldos vencidos fueron pagados.

Se asignó una viudedad á la reina, y se señaló un millon anual al duque de Orleans.

Pero este triunfo tenia su lado humillante: los debates de la cámara acerca de la palabra *súbdito*, las cartas de M. Cormenin; la acre censura de M. Dupont (de l'Eure), el escándalo que causó la pretension, las burlas de los periódicos republicanos, todo esto, en fin, habia reemplazado á aquella frase del antiguo esclavo, que exclamaba detras de los triunfantes emperadores:

—Cesar! acuérdate que eres mortal!

El porvenir de 1832 apareció sombrío y tormentoso: los herederos del príncipe de Condé formaban un proceso, proceso terrible en el que todas las cuestiones juzgadas ya por la justicia y por la ciencia, se volvian á agitar de nuevo cruelmente; proceso en el que el nombre respetable de la reina se encontraba unido al mas que impopular de madama de Feucheres. Ganaron por fin madama de Feucheres y la corte, ¡pero qué triste alegría la que procede de semejante victoria!

Ademas, á cada momento, formábanse nuevas conspiraciones.

La conspiracion misteriosa de las torres de Nuestra Señora y la de Considere; la conspiracion realista de la calle de Prouvaires y la de Poncelet.

Aun habia mas: *la Tribuna*, reproduciendo las cartas que dirigió Luis Felipe á la junta española, y reimprimiendo su proclama de Tarragona, probaba que si el rey no habia servido contra la Francia no habia sido por falta de buena voluntad.

Todavía mas: en la nueva edicion del Diario del jóven, ya rey, al hablar del buen manejo que con él tuvo M. Collot

d'Herbois, se manifestaba que habia escrito en el periódico de Marat, el *Amigo del pueblo*.

Y por último, en una carta de Carrel, que podia haberse firmado lo mismo con los nombres de Thraseas ó de Cocceius Nerva, se indicaba todo su antiguo heroismo.

A propósito de los arrestos ilegales de algunos periodistas:

“Con un régimen semejante, decia el ilustre publicista, jamas diremos que hay libertad de imprenta, y combatiremos contra una usurpacion tan monstruosa. Es preciso que ese ministerio sepa que un hombre de valor, contando con la ley, puede jugar su vida, no solo contra las de siete ú ocho ministros, sino hasta contra todos los intereses grandes ó pequeños que se hayan unido imprudentemente al destino de tal ministerio. Muy poco vale la vida de un hombre asesinado furtivamente en la esquina de una calle, en medio del desorden de un motin; pero valdria mucho la vida de un hombre de honor que se resistiese en nombre de la ley, sacrificado en su casa por los esbirros de M. Perier: su sangre clamaria venganza. Atrévase el ministerio á aceptar este reto, y quizás no ganará la partida: el arresto bajo el pretesto de delito *infraganti*, no puede verificarse legalmente con los escritos de la prensa periódica; y todo escritor que esté penetrado de su dignidad de ciudadano, opondrá la ley á la ilegalidad y la fuerza á la fuerza. Este es un deber que le cumplirá quien pueda,

Armando Carrel.”

Este era uno de esos duelos gigantescos que tanto halagaban la heroica imaginacion del ilustre escritor; pero en vano tocó con la punta de su pluma y de su espada en el escudo del ministerio: este no aceptó el desafio.

En medio de estos acontecimientos, cundió una noticia que preocupó infinito á todos los espíritus generosos.

El comandante Gallois, con un rápido y atrevido golpe de mano, acababa de apoderarse de Ancona, y la bandera tricolor se veia reflejar en las aguas del Adriático.

Pero poco á poco, reducida la noticia á sus verdaderas proporciones, habia despojado al comandante Gallois de esa aureola de audacia bastante incomprendible comparada con la marcha tímida que seguia hacia dos años. Debió, para obrar, haber esperado el permiso del Santo Padre, pero no lo hizo así, y aquel se habia puesto furioso. El cardenal Bermetti llegó á esclamar:

—No, despues de los Sarracenos, no se habia cometido un atentado semejante contra un papa.

La carta que sigue, escrita por el comandante Gallois á su hermano el coronel Gallois, circulaba en el partido republicano, y volvia á colocar al gobierno en ese justo medio, que no habia tenido nunca intencion de abandonar.

“Mi querido Augusto:

“Mientras que tu me crees en Tolon, yo te escribo desde Ancona adonde acabo de conducir, en catorce dias, una division de dos fragatas y un navío de noventa cañones, trasportando al 66 regimiento de línea. Tenia orden de aguardar aquí á un delegado de M. de Saint-Aulaire, embajador de Francia en Roma; pero no llegando el tal enviado, juzgué conveniente desembarcar sin su permiso, lo que verifiqué en la noche escalando las murallas y rompiendo una de las puertas de la marina. Magnífico era ver á tu hermano, á las tres de la mañana, dirigirse con una compañía de granaderos, á despertar en su lecho al delegado del papa, suplicándole perdonase la *gran libertad* que se tomaba y que pareció incomodarse mas por haber interrumpido su sueño que por la toma de la ciudad. El desarmar á todos los guardias no costó trabajo alguno: se hizo sin resistencia y no se llegó á quemar ni una ceba. De la fortaleza nos apodera-

mos por capitulacion. El secreto se guardó tan bien, que estábamos á cinco leguas de Ancona sin que nadie supiera adonde nos hallábamos, ni aun el mismo coronel del 66, que pretendió mas tarde aparecer como gefe de la expedicion, aunque me dirigia sus notas rotuladas: *Al comandante de las fuerzas francesas*. Este juego de amor propio por poco nos cuesta cortarnos el pescuezo; pero el general Cubieres que llegó al fin de Roma para hacerse cargo del mando superior, nos ha medio compuesto.

“Aun no recibo noticias de Francia. He escrito por la estafeta á M. Bertin de Vaux (hijo) que está al lado de M. Sebastiani, remitiéndole un despacho telegráfico que debe transmitir á Paris por el telégrafo de Lyon. Espero que el gobierno me agradecerá haberle proporcionado la iniciativa sin responsabilidad alguna, porque puede desaprobarme ó aprobar mi triunfo y sus consecuencias.

“Los habitantes de toda la Romanía nos quieren mucho y desean que se enmiende un poco el gobierno papal: ya es tiempo de que estos infelices pueblos respiren con un poco de libertad, porque hasta el día han estado oprimidos brutalmente.

“Te creo ya curado de tus honrosas heridas, querido amigo, y espero tener la satisfacción de saber que estás ya en Francia, si no puedo gozar de la de abrazarte.

“Tu amante hermano,

“GALLOIS,

“comandante de la division naval de Ancona.”

Todo el honor de esta expedicion recayó en el capitan Gallois, y en el coronel Combe, que, poco despues, debia hallar una muerte gloriosa bajo los muros de Constantina.

CAPÍTULO III.

MIENTRAS que aquellos oficiales cumplian esas misiones hermosas en las que la muerte parece tan dulce por el prestigio que rodea siempre á la victoria, Casimiro Perier se enflaquecía sangrándole el corazon, en el escabroso lecho del poder.

¡Oh Dante Alighieri, inventor de horribles suplicios! ¿Hay alguno peor en tu sublime poema, que el que pinta esta página arrancada de la obra de Luis Blanc?

“Los continuos ataques—dice—que le atraian hasta aquellas medidas de las que esperaba mejor resultado, habian puesto á Casimiro Perier en un estado tal de exasperacion que hacia les mirasen las personas allegadas como un objeto de compasion ó de terror. Tan pronto abatido arrastrándose apenas, tan pronto exaltado hasta el delirio, parecia no vivir sino para el odio: nada habia podido apagar su sed de despotismo, ni la humildad de sus cólegas á los que manejaba con una señal, ni su imperio en la cámara en la que solo su voz calmaba ó irritaba las pasiones á su antojo, ni la reprimida insolencia de los cortesanos, ni aun las miradas del mismo rey, obligado á sufrir en silencio sus injurias. Martir de su orgullo, presentaba á menudo Perier espectá-

mos por capitulacion. El secreto se guardó tan bien, que estábamos á cinco leguas de Ancona sin que nadie supiera adonde nos hallábamos, ni aun el mismo coronel del 66, que pretendió mas tarde aparecer como gefe de la expedicion, aunque me dirigia sus notas rotuladas: *Al comandante de las fuerzas francesas*. Este juego de amor propio por poco nos cuesta cortarnos el pescuezo; pero el general Cubieres que llegó al fin de Roma para hacerse cargo del mando superior, nos ha medio compuesto.

“Aun no recibo noticias de Francia. He escrito por la estafeta á M. Bertin de Vaux (hijo) que está al lado de M. Sebastiani, remitiéndole un despacho telegráfico que debe transmitir á Paris por el telégrafo de Lyon. Espero que el gobierno me agradecerá haberle proporcionado la iniciativa sin responsabilidad alguna, porque puede desaprobarme ó aprobar mi triunfo y sus consecuencias.

“Los habitantes de toda la Romanía nos quieren mucho y desean que se enmiende un poco el gobierno papal: ya es tiempo de que estos infelices pueblos respiren con un poco de libertad, porque hasta el día han estado oprimidos brutalmente.

“Te creo ya curado de tus honrosas heridas, querido amigo, y espero tener la satisfacción de saber que estás ya en Francia, si no puedo gozar de la de abrazarte.

“Tu amante hermano,

“GALLOIS,

“comandante de la division naval de Ancona.”

Todo el honor de esta expedicion recayó en el capitán Gallois, y en el coronel Combe, que, poco despues, debia hallar una muerte gloriosa bajo los muros de Constantina.

CAPÍTULO III.

MIENTRAS que aquellos oficiales cumplian esas misiones hermosas en las que la muerte parece tan dulce por el prestigio que rodea siempre á la victoria, Casimiro Perier se enflaquecía sangrándole el corazón, en el escabroso lecho del poder.

¡Oh Dante Alighieri, inventor de horribles suplicios! ¿Hay alguno peor en tu sublime poema, que el que pinta esta página arrancada de la obra de Luis Blanc?

“Los continuos ataques—dice—que le atraían hasta aquellas medidas de las que esperaba mejor resultado, habían puesto á Casimiro Perier en un estado tal de exasperacion que hacia les mirasen las personas allegadas como un objeto de compasion ó de terror. Tan pronto abatido arrastrándose apenas, tan pronto exaltado hasta el delirio, parecia no vivir sino para el odio: nada habia podido apagar su sed de despotismo, ni la humildad de sus cólegas á los que manejaba con una señal, ni su imperio en la cámara en la que solo su voz calmaba ó irritaba las pasiones á su antojo, ni la reprimida insolencia de los cortesanos, ni aun las miradas del mismo rey, obligado á sufrir en silencio sus injurias. Martir de su orgullo, presentaba á menudo Perier espectá-

culos estraños y terribles. Una noche, mandado llamar secretamente, se presentó en el ministerio del interior el Dr. de Laberge. Casimiro Perier estaba en la cama; algunas bujias ardian en el departamento del ministro, y alumbraban su semblante profundamente alterado. "Leed—le dijo á M. de Laberge—presentándole un cuaderno: he aquí mi respuesta á los ataques dirigidos ayer contra mí por M. Lafitte. Leed y decidme vuestro parecer."

M. de Laberge halló el discurso lleno de animosidad y lo manifestó francamente: el ministro le rogó endulzase las frases mas acerbas que pudo haber asentado en su cólera. De repente la puerta se abre, y aparece un oficial de dragones, que presenta una carta del rey: Casimiro Perier la toma, la lee rápidamente, la estruja entre sus dedos, y arrojándola al suelo con violencia: "No hay respuesta"—le grita al oficial que se retira admirado.—Creen loco al presidente del consejo—dice M. de Laberge: he ahí un hombre que podrá certificarlo."—Casimiro Perier no se ofendió de la rudeza de tales palabras, y volviendo á M. de Laberge, cuyo patriotismo y franqueza respetaba: "Si quereis saber el contenido de esa carta, cojedla y leed."—Dios me libre, respondió el doctor, que conocia el genio suspicaz del ministro. En el estado de exaltacion en que os hallais, podriais confiar á otros ese secreto, é imputarme luego el haberle violado."—Entonces Casimiro Perier habló de los amargos y misteriosos pesares de que estaba sembrada la vida política. "La cámara ignora, dijo—mis trabajos!"

Y despues de algunos instantes de silencio: "Que no tenga yo charreteras!—Y para qué las necesitais? esclamó M. de Laberge.—A estas palabras Casimiro Perier se endereza, con los labios pálidos y la mirada de fuego, y arrojando con viveza la colcha que le cubre y mostrando sus desnudas piernas cuya piel desgarraba con sus uñas: "Pues qué no veis que no soy ya mas que un cadáver?"

Esto nos recuerda á Mazarin mostrando sus piernas de

esqueleto á Ana de Austria, y muriendo de estenuacion un año despues de las conferencias de España.

Y en qué época pasaba esto? Antes de tener noticias de los tumultos de Nimes, de Alais, de Clermont, de Carcassone y de Grenoble: de Grenoble donde se pronunciaba Mauricio Duval, y donde el arresto de la duquesa de Berry debia completar la impopularidad.

Todos saben lo que pasó en Grenoble: por una gracejada de carnaval, por una caricatura del prefecto, veinticinco ó treinta personas salieron heridas.

Tres ó cuatro dias de turbaciones se terminaron con la salida del 35 de línea, á quien hizo responsable la ciudad de aquellas desgracias, por haber ejecutado las órdenes del prefecto.

Esto era una derrota para Casimiro Perier, y Casimiro Perier no admitia las derrotas.

El señor teniente general Saint-Clair, que habia autorizado, para evitar el derramamiento de sangre, la colocacion en sus puestos de la guardia nacional fué destituido.

M. Lespinasse, comandante de la plaza, fué tambien destituido y se reemplazó al coronel de artillería Chautron.

En fin, al teniente general Hulot, al hombre de confianza del rey en Cherbourg, al que habia sido encargado de sublevar la Normandía y de cuidar que el rey Carlos X abandonase pronto la tierra de Francia, se le envió á Metz, cambio que equivalia á una desgracia, por haber dado orden al 35 de línea de que dejase á Grenoble.

A M. Mauricio Duval, al contrario se le felicitó directamente por Luis Felipe, y el mariscal Soult en una orden del dia dirigida al ejército, manifestó su gratitud al 35 de línea en nombre del rey y de la Francia.

Admírense despues de esto del furor del 35 en la calle Transnonain: órdenes del dia semejantes con las que causan la carnicería y no las bayonetas.

En la cámara causó todo esto un gran tumulto: Casimiro

Perier pretendió hacer creer que los motines habian empezado figurando el asesinato del rey, y que los grupos habian gritado *abajo el gobierno y viva la república*.

Despues M. Dupin—mayor—apoyando al ministro, pretendió por su parte hacer creer tambien que los soldados habian sido insultados y atacados, y que no habian hecho uso de sus armas sino en el último extremo y en el momento en que se las iban á arrancar.

Garnier Pagés, al contrario, con datos mejores, manifestó que los soldados se habian lanzado con bayoneta calada sobre los ciudadanos, sin las anteriores intimaciones necesarias y que por consiguiente estos habian sido degollados.

Se ignoraba quien decia la verdad: los mas ardientes dudaban antes de acusar de falso á un primer ministro, y al presidente de la cámara, cuando llegó á sus manos un manifiesto de la administracion municipal de Grenoble, que decia:

“Que en la mascarada del dia 11, no habia figurado absolutamente el asesinato del rey.

“Que no se habian oido los gritos de *viva la república* y de *abajo el gobierno!*

“Que el prefecto, M. Mauricio Duval, habia dado orden de cercar á los grupos.

“Que no se habia hecho ninguna intimacion legal.

“Que un solo soldado del 32 de línea habia entrado en el hospital el dia 16, á curarse de una inflamacion, resultado de un golpe que recibió en un pié.

“Que en el lugar en que se hizo la mascarada no habia piedras para poder arrojarlas á los soldados.

“Que de las heridas recibidas por los ciudadanos, catorce les habian sido inferidas por detras.

“Y en fin, que los acontecimientos del dia 13 habian sido el resultado inevitable de la exasperacion de los espíritus causada por una violacion de las leyes.”

Nada de esto impidió que el 25 volviese á entrar en Gre-

noble con tambor batiente, con su música á la cabeza, los cañones en el centro y las mechas encendidas.

En medio de estas preocupaciones, una noticia terrible conmovió á la capital.

El cólera, el hijo del Ganges, despues de haberse extendido hasta Pekin por el Oriente, hasta Timor por el Sur, y por el Norte hasta las fronteras de la Siberia; despues de haber invadido á Moscou y á San Petersburgo, despues de haber entrado en Polonia en seguimiento de los rusos, despues de haber diezmado la Bohemia y la Hungria, y en fin, despues de haberse detenido en Londres, acababa de llegar á Paris, y habia elegido su primera víctima en la calle de Mazarino.

La fecha es marcada y terrible: el 26 de Marzo de 1832 fué cuando se escuchó el primer grito de agonía en medio del alboroto del carnaval.

Por esta vez la enfermedad fué equitativa: atacó al pobre y al rico, pero sin embargo al formar la estadística mortuoria, los cuarteles de las Tullerías, de la plaza Vendome y de la Chaussée-d'Antin contaban ocho muertos por cada mil vivientes, mientras que en los cuarteles del Hotel-de-Ville y de la Cité se contaban cincuenta muertos por el mismo número de vivos.

Todo el mundo recuerda esa época de duelo en que se veían todas las casas cerradas, todas las calles desiertas. Solamente se escuchaba en el dia el ruido de los carros fúnebres de los ricos, y de noche el de los convoyes de los pobres. La imágen que presentaba Paris no era la de una capital viva, animada, sino la de un sombrío cementerio. Solo las mensajerías hacian enterrar mas de setecientas personas por dia.

Ademas, como si esto no fuese una suficiente causa de duelo, los motines vinieron á unirse á aquel azote. Tiene ciertas horas de desesperacion el pueblo en que acoje cualquiera noticia ó patraña por rara que sea: esparciöse por lo

mismo la de que el cólera no existía, que era una ficción de los periódicos, y que algunos malvados habían tramado un complot para envenenar las fuentes públicas.

En todas las épocas en que el cólera, esa calamidad venida del Oriente ha herido á la Francia, el pueblo que no puede creer en un contagio impalpable, en un azote invisible, ha acogido y repetido la horrible fábula del envenenamiento de las fuentes.

Quizás aquella patraña hubiérase desvanecido, si M. Gisset, el hombre de M. Casimiro Perier no hubiera publicado una circular en la que se leían estas palabras:

“Estoy informado de que para acreditar atroces suposiciones, algunos miserables han formado el proyecto de recorrer los cafés, fumaderos y carnicerías con frascos y paquetes de veneno para arrojarlo en las fuentes y los pozos y aun en las carnes, ó al menos para hacer un simulacro y dejarse arrestar in fraganti delito por sus cómplices, que, después de señalarlos como adictos á la policía, favorecerían su evasión, y pondrían todo en obra para mostrar la realidad de la odiosa acusación lanzada contra las autoridades.”

Como se ve, se hacían cargos gratuitos á la oposición de ese crimen sin nombre.

Cuando los gobiernos buscan recursos en tales medios, es porque se hallan en la posición de esos enfermos que abandonados de los médicos, llaman en su auxilio á los empíricos y á los charlatanes.

La imprudencia del prefecto de policía produjo sus frutos.

Un joven fué degollado sin motivo alguno cerca del *pasaje* del Cairo solo porque una voz gritó *al envenenador!*

Otro fué matado á cuchilladas, en la calle de Ponceau, por haberse detenido á la puerta de un almacén de vinos á preguntar qué hora era.

Otro más fué hecho pedazos por un motivo tan frívolo como los demás, en el barrio de San German: la causa, según se dijo, fué la de haberse puesto á ver un pozo.

En fin, un judío pereció en la alhóndiga por haberse reído al vender pescado. (1)

Un infeliz, acusado del mismo crimen, había sido ya sustraído á la cólera del pueblo y se le conducía al cuerpo de guardia del Hotel-de-Ville, cuando á instigaciones de algunas mujeres fué arrancado y hecho pedazos como en los bárbaros tiempos de Foulon y de Berthier, con la sola diferencia de que en el año de 89, el pueblo se comía los sangrientos trozos de carne de los cadáveres, y en 1832, un carbonero hizo comer á su perro los restos palpitantes de aquel desgraciado.

Y sin embargo, es el mismo pueblo que en las revoluciones, coloca centinelas en las puertas del Banco y del Tesoro, y fusila á los que encuentra con un pedazo de plata ó con un cubierto en las manos.

El pueblo se muestra sublime ú odioso, según la inspiración buena ó mala que le agita.

En solo el mes de Abril sucumbieron doce mil setecientas personas.

La duración total de la epidemia fué de ciento ochenta y nueve días.

La cifra de los muertos, conocida administrativamente, ascendió á diez y ocho mil cuatrocientos dos.

Es poco más ó menos las dos terceras partes de la cifra verdadera.

El cólera-morbo sin haber tocado á Casimiro Perier, le había herido sin embargo. Casimiro Perier había acompañado al rey en su visita á los hospitales, y la vista de los

(1) *Pescado en francés es poisson—y veneno—poison. La pequeñísima diferencia que existe entre las dos frases, que apenas se hace perceptible, dió lugar á aquella desgracia.—Nota del traductor.*

muertos y enfermos produjo una impresion terrible en el moribundo ministro.

Una escena que tuvo con el embajador de Rusia, M. Pozzo di Borgo, acabó de matarle.

—El emperador mi amo, *no quiere*, habia dicho aquel en una discusion con el ministro.

—*No quiere?* exclamó Casimiro Perier,—decid á vuestro amo que la Francia no recibe órdenes de nadie, y que mientras viva Casimiro Perier no tomará consejos para obrar mas que de sí mismo y de su honor,

Un amigo de Casimiro Perier, M. Milleret, entraba justamente en la pieza del ministro en el momento en que M. Pozzo di Borgo salia muy agitado. Encontró al ministro lívido y colérico.

Se detuvo asustado mirando á Casimiro Perier con inquietud.

—Oh! sí, miradme! miradme! le dijo éste—estoy perdido, me han matado!

En efecto, el 16 de Mayo de 1832, Casimiro Perier habia muerto.

—Casimiro Perier ha muerto!—repitió el rey cuando le dieron la noticia.—Será esto un bien? Será un mal? El porvenir nos lo dirá.

La víspera habia muerto Cuvier, nacido en el mismo año que Napoleon, y que dejaba en las ciencias un nombre casi tan imperecedero como el de Napoleon en la guerra.

CAPÍTULO IV.

LA herencia que dejaba Casimiro Perier era bien pesada. Se componia de dos guerras civiles.

De la guerra civil realista, y de la guerra civil republicana.

Comencemos por la primera: veámosla abandonar la Inglaterra, atravesar la Alemania y la Suiza, detenerse en las orillas del Mediterráneo, desembarcar en Marsella, trazar un surco á través del mediodía, y venir á tronar y á extinguirse en el Oeste.

En Saint-Cloud la duquesa de Berry habia propuesto al rey Carlos X tomase al duque de Burdeos en sus brazos, y precedido del primer general que consintiera en servirle de guia, ganar la capital y colocar á su hijo en brazos de los parisienses.

El rey habia rehusado.

Diez y ocho años mas tarde, en circunstancias semejantes, la duquesa de Orleans debia hacer á Luis Felipe igual proposicion, y Luis Felipe debia rehusar aceptarla como habia rehusado Carlos X.

Llegado á Inglaterra, Carlos X hizo alto en Lucworth, y

muertos y enfermos produjo una impresion terrible en el moribundo ministro.

Una escena que tuvo con el embajador de Rusia, M. Pozzo di Borgo, acabó de matarle.

—El emperador mi amo, *no quiere*, habia dicho aquel en una discusion con el ministro.

—*No quiere?* exclamó Casimiro Perier,—decid á vuestro amo que la Francia no recibe órdenes de nadie, y que mientras viva Casimiro Perier no tomará consejos para obrar mas que de sí mismo y de su honor,

Un amigo de Casimiro Perier, M. Milleret, entraba justamente en la pieza del ministro en el momento en que M. Pozzo di Borgo salia muy agitado. Encontró al ministro lívido y colérico.

Se detuvo asustado mirando á Casimiro Perier con inquietud.

—Oh! sí, miradme! miradme! le dijo éste—estoy perdido, me han matado!

En efecto, el 16 de Mayo de 1832, Casimiro Perier habia muerto.

—Casimiro Perier ha muerto!—repitió el rey cuando le dieron la noticia.—Será esto un bien? Será un mal? El porvenir nos lo dirá.

La víspera habia muerto Cuvier, nacido en el mismo año que Napoleon, y que dejaba en las ciencias un nombre casi tan imperecedero como el de Napoleon en la guerra.

CAPÍTULO IV.

LA herencia que dejaba Casimiro Perier era bien pesada. Se componia de dos guerras civiles.

De la guerra civil realista, y de la guerra civil republicana.

Comencemos por la primera: veámosla abandonar la Inglaterra, atravesar la Alemania y la Suiza, detenerse en las orillas del Mediterráneo, desembarcar en Marsella, trazar un surco á través del mediodía, y venir á tronar y á extinguirse en el Oeste.

En Saint-Cloud la duquesa de Berry habia propuesto al rey Carlos X tomase al duque de Burdeos en sus brazos, y precedido del primer general que consintiera en servirle de guia, ganar la capital y colocar á su hijo en brazos de los parisienses.

El rey habia rehusado.

Diez y ocho años mas tarde, en circunstancias semejantes, la duquesa de Orleans debia hacer á Luis Felipe igual proposicion, y Luis Felipe debia rehusar aceptarla como habia rehusado Carlos X.

Llegado á Inglaterra, Carlos X hizo alto en Lucworth, y

allí firmó y redactó una acta que ratificaba las abdicaciones de Rambouillet.

Entonces fué cuando la duquesa de Berry manifestó al rey sus proyectos sobre la Vendée.

Cárlos X sacudió la cabeza: la desgracia le había vuelto incrédulo. Sin embargo, no creyó deber rechazar este último camino abierto á la fortuna de su nieto, y nombró regenta á la duquesa de Berry.

La duquesa de Berry se embarcó luego que recibió sus poderes, atravesó la Holanda, remontó el Rhin hasta Mayence, ganó á Génova, donde el rey Cárlos Alberto la prestó un millon, pasó del Piamonte á los estados del duque de Módena cuyo príncipe reinante, segun se recordará, no había querido reconocer á Luis Felipe, y que ofreció á su disposición para que fijase su residencia en su palacio de Massa.

En Massa fué donde se preparó la expedición de la Vendée.

Tres opiniones dividían al partido legitimista.

MM. de Chateaubriand y Bellome, gefes de la primera, creían que nada se podía hacer sino era por medio de las vías parlamentarias y legales.

El rey Cárlos X y M. de Blacas estaban á la cabeza de la segunda: estos lo esperaban todo de la intervencion de las potencias estránjeras.

La tercera, que tenía por órganos á MM. de Bourmont, al conde de Kergorlay, al duque de d'Escars y al vizeconde de Saint-Priest, adoptaba, por aventurados que fuesen, todos los proyectos de la duquesa de Berry.

Se había resuelto, por lo demas, que todas las tentativas se hiciesen con franceses, y por franceses.

Sin embargo, como se comprende bien, la policía de Francia no había perdido de vista á María Carolina: fijos los ojos en la pequeña corte de Massa, Luis Felipe dictaba las órdenes mas precisas.

Estas órdenes eran las de entretener una cruzada en las aguas del Mediterráneo para velar sobre las tentativas de la duquesa de Berry. Si algun buque parecia sospechoso, debían apresarle, y si se apoderaban de la duquesa, conducirla á Córcega donde se esperarían las instrucciones del gobierno.

Hácia principios del año de 1832 la duquesa de Berry recibió una carta de M. de Metternich. El príncipe la anunciaba que su presencia en Massa era peligrosa, que el gobierno francés velaba sobre ella, y que debía poner en planta sus proyectos con la prudencia mas completa.

Después de haber redactado una proclama para el ejército, una ordenanza para la organizacion de un gobierno provisional y otra sobre los vinos y la sal, la duquesa de Berry decidió que la marcha se verificaria el 24 de Abril.

El 22 se le avisó al duque de Módena.

Debían dejar á Massa con el pretesto de hacer un viaje á Florencia. Además, las personas que debían embarcarse con María Carolina, se habían dirigido con anticipacion á Liorna.

Madama dejó el palacio de Massa el dia 24 al *Ave-Maria*, y montó en un carruaje de cuatro caballos, con madama de Podenas, mademoiselle Le Berchu y M. de Brissac.

Llegados á alguna distancia de la puerta de Massa, el postillon recibió orden de detenerse. Estaban en un lugar en que la sombra proyectada por los muros hacían aun mas espesa la oscuridad: el postillon se aprovechó de esta detencion para asegurar los tiros de sus caballos. Un lacayo abrió la portezuela y la duquesa de Berry, M. de Brissac y mademoiselle Le Berchu se apearon. Una camarista de madama de Podenas las reemplazó con su ama que quedó en el carruaje: el postillon no percibió la sustitucion, montó de nuevo en sus caballos y continuó su ruta, mientras que la princesa se dirigía acelerada al sitio en que debía verificarse el embarque.

Una chalupa recibió á la princesa: debian ganar el mar y á cosa de una legua hallarian al *Carlo-Alberto*.

Todo sucedió como se habia esperado, y á eso de las once de la noche, miraron brillar una luz que se aumentaba por grados.

Era la linterna del *Carlo-Alberto*.

A media noche la duquesa de Berry, mademoiselle Le Berchu, el mariscal Bourmont, su hijo Adolfo Bourmont, MM. de Saint-Priest, de Mesnard y de Brissac, subieron á bordo del pequeño buque de vapor en el que se hallaban ya MM. de Kergorlay padre é hijo, M. Carlos de Bourmont, y MM. Ledhuy, Sabbatier y Sala.

El 28 á media noche, fué cuando llegaron á ver el faro de Planier, donde era la cita. La mar estaba borrascosa, pero la duquesa resolvió, á pesar de eso, desembarcar, inquieta por un buque crucero que sabia vijilaba la costa de Carry.

Hízose la señal convenida, que era la de elevar dos linternas; y apenas habia pasado un cuarto de hora cuando un bote, conducido por M. Spitalier, recibia á la duquesa de Berry, despues de cambiar con el *Carlo-Alberto* la contraseña acordada.

En otra época y bajo el dictado del hombre que desenlazó ese drama, y que era un antiguo ayudante de mi padre, he contado con todos sus pormenores, y con el título de: *La Vendée y Madama* esa odisea llena de venturas. He dicho cómo la duquesa de Berry, despues de no haber logrado éxito en su tentativa sobre Marsella, habia pedido hospitalidad á un republicano que se la habia acordado, y despues, de castillo en castillo, deteniéndose de dia y caminando de noche, habia atravesado el mediodía y llegado al Oeste. He pintado como habiendo llegado sin accidente alguno al castillo de Pianac, cerca de Saintes, habia fijado allí la accion de armas para el 24 de Mayo. He manifestado cómo, disfrazada de aldeano y bajo el nombre de *Perico*

fué á buscar un asilo en la quinta de Meslier. He dicho cómo M. Berryer fué á buscarla á aquella quinta, é hizo uso inútilmente de su elocuencia suplicando á la princesa abandonase la Vendée. He contado los combates que fueron consecuencia de tal resolucion, el combate de los Penissieres en que cuarenta y cinco Vandeanos se defendieron valientemente contra un batallon entero, tanto que fué necesario incendiar su fortaleza improvisada. He contado el asesinato de Cathelineau, la ejecucion de Barcher y la muerte de Bonnechose, mi pobre camarada en los baños de Trouvelle: he seguido á la duquesa huyendo de asilo en asilo y entrando por fin en Nantes vestida de aldeana acompañada de mademoiselle de Kersabiec.

En la noche del 9 al 10 de Junio, supiéronse en Nantes los pormenores del entierro del general Lamarque, y el sangriento efecto que habia producido.

Hablemos del convoy, en el que, comisionado por la familia del difunto, me encargué de colocar á la artillería de la guardia nacional en el lugar que le estaba asignado en el programa de la fúnebre ceremonia.

El general Lamarque habia muerto: hubiera podido decirse que en el gigante duelo entre la oposicion y el gobierno, Casimiro Perier y él habian sucumbido á mutuos golpes.

Los dos implacables adversarios murieron con solo diez y seis dias de intervalo.

En los dias de revolucion todo sirve de pretesto, no solo al odio sino hasta al orgullo de los partidos: la corte habia tenido su dia de triunfo con el convoy de Casimiro Perier, la oposicion iba á tener el suyo con el convoy del general Lamarque.

Este noble soldado habia muerto como habia vivido, con la espada en la mano, y el nombre de la patria en la boca: esa espada que habia unido á sus labios al morir, era la que le habian dado los oficiales de los Cien-Dias. Así es, que

tres partidos se reunían al rededor del féretro del ilustre difunto. Los liberales, los bonapartistas y los republicanos.

Durante el año que acababa de pasar, el partido republicano habia progresado mucho: nadie habia sembrado, y sin embargo el fruto brotó solo. La artillería particularmente, tan dividida en la época del proceso de los ministros, era el 5 de Junio de 1832, cuasi toda republicana.

Por lo demas, el partido habia hecho pocos progresos en la plebe y en el pueblo. La plebe no veía en la república mas que un gorro encarnado en la punta de una pica y la guillotina en la plaza de Luis XV.

El pueblo nada veía aun, y el nombre del sistema político, carecía para él de sentido.

En medio de los hombres inteligentes era donde se hallaba la verdadera fuerza del partido republicano, del que por su parte, se burlaban algunos oficiales y subalternos del ejército, que se dejaban arrastrar instintivamente por las tradiciones del carbonarismo de 1831.

Para muchos, los cuatro sarjentos de la Rochela eran no solo mártires, sino hasta apóstoles.

Así, las reuniones republicanas se multiplicaron: la sociedad de los Amigos del pueblo, sociedad única que existía en la época del proceso de los ministros, habia visto nacer á su lado á la sociedad de los Derechos del hombre, á la sociedad Gálica y al Comité organizador de las municipalidades.

Es verdad que todas estas sociedades, no contando con un gefe poderoso y mal unidas entre sí, si eran poderosas para la iniciativa, eran muy débiles para la direccion.

Al contrario, el gobierno avisado del peligro que le amenazaba por las esplosiones diarias del espíritu público, habia arreglado con anticipacion su plan, y para que no se le cogiese desprovisto como á Carlos X, tenia siempre á la

mano, tanto en París como en los alrededores, una fuerza de cuarenta á cincuenta mil hombres.

Desde el día 4, aunque no habia tomado medida alguna el partido republicano, aunque no hubiese arreglado ningun plan, se adivinaba en esos ardientes átomos que vagan en el aire, precediendo á las tempestades políticas como preceden á las tempestades del cielo, que la fecha del día siguiente seria una de esas fechas terribles en los anales de la historia.

En la noche se reunieron y trataron de ponerse en orden y de adoptar alguna direccion; pero Carrel, el mas grande escéptico que he conocido en esto de golpes de mano revolucionarios, predicaba la calma y la prudencia; y Bastide, Guinard y Cavaignac no osaban hacerse cargo de nada por miedo de arrastrar á todo el partido en las consecuencias de una inconsiderada tentativa. Nada se decidió, solo que no comenzarian el ataque y que estarian prontos á la defensa.

Se señaló la plaza de Luis XV como punto de reunion.

Cuando llegaron á ella la encontraron guardada por cuatro escuadrones de carabineros.

Dirigiéronse hácia la casa mortuoria, situada en la calle de San Honorato. La calle estaba plena: de los pisos superiores de las casas se veía por un lado á la multitud espesa, estenderse hasta el Palacio Real, y por el otro amontonarse siempre en creciente en la calle Real, en el arrabal de San Honorato y en la plaza de la Magdalena.

Esta multitud se componía de estudiantes, de hombres del pueblo, de antiguos soldados, de diputados, de corporaciones de diferentes oficios de París, y de refugiados extranjeros.

Buscábanse inútilmente á los discípulos de la escuela politécnica: el general Tholozé les habia prohibido asistir.

Toda esa multitud temblaba al impulso de las pasiones, mostraba turbaciones súbitas y formaba rumores confusos:

parecía que el cuerpo social experimentaba ese temblor que agita los miembros del calenturiento un instante antes de que caiga en su acceso.

Algunos hombres que llegaban de diferentes rumbos de Paris, contaban las precauciones tomadas por el gobierno. En Halle-aux-Vins había un escuadrón de dragones: un batallón del 3.º ligero en la plaza de Greve; el 12.º aguardaba el convoy en la plaza de la Bastilla, y los patios del Louvre estaban llenos de soldados. Todo el cuartel que se estiende desde la prefectura de policía hasta el Panteon estaba custodiado por municipales, de los que un fuerte destacamento protegía el jardín de Plantas; en fin, en el cuartel de los Celestinos todo el 6.º regimiento de dragones, estaba preparado para montar á caballo.

En toda la línea de los bulevares, por donde debía pasar el rey, estaban apostados los gendarmes.

Luego que llegó el carro mortuorio á la puerta del general, desengancharon los caballos; unos jóvenes se pegaron al carro para arrastrarlo, mientras que otros, sustituyendo á los empleados de las pompas fúnebres, ponían el cadáver en la tartana.

Hasta que llegaron al bulevar no se pudo establecer algun orden en el cortejo.

Los cuatro cordones los llevaban el general La Fayette, el mariscal Clausel, MM. Laffitte y Mauguin.

El carro estaba empavesado de banderas tricolores y cubierto de coronas de siemprevivas.

Inmediatamente detras del carro venían los miembros de las dos cámaras.

Después los guardias nacionales, armados con sus sables solamente.

En seguida los artilleros con sus mosquetes, pero sin cartuchos: sólo los guardias de la bandera los tenían.

Tras de estos los refugiados de todas las naciones con sus banderas.

Después la sociedad de la Union de Julio, con un estandarte de duelo, adornado de crespones y siemprevivas.

En seguida las Escuelas de derecho, de medicina, de farmacia, de comercio, de Alfort; cada una con su bandera con esta leyenda: *Al general Lamarque.*

Todo este séquito se estendió por el bulevar, sin confusión, en buen orden, pero sombrío como un ejército que marcha al combate.

El tiempo era incierto, casi lluvioso; la atmósfera estaba surcada por esas corrientes de aire caliente, que se diría que son relámpagos invisibles y que dicen á las organizaciones nerviosas: He aquí la tormenta.

Hasta que llegaron á la calle de la Paz no experimentó el convoy su primera turbación. Los jóvenes que marchaban delante de la tartana gritaron á los que la arrastraban.

—A la plaza Vendome!

No se había previsto este cambio de camino, que produjo en toda esta inmensa serpiente que llenaba el bulevar con sus anillos y cuya cola tocaba aun en la calle de Saint-Honoré, una agitación y una inquietud que pronto se calmaron cuando supieron la causa que hacía tomar á la tartana la calle de la Paz.

Se quería hacer dar al viejo soldado una vuelta á esta columna, á cuyo adorno había contribuido sin duda con algun cañon enemigo.

Pero á la vista de esta multitud que se acercaba en desorden, la guardia del Estado-Mayor creyó que era una agresión; demasiado débil para resistir, se metió al momento y cerró las puertas del cuartel.

Por su parte, los que conducían el convoy vieron en esta retirada, no su verdadera causa, sino un medio de no hacer los honores fúnebres al ilustre muerto.

Al momento la multitud se amontonó delante de la puerta gritando con voz amenazadora:

—Los honores al féretro! los honores militares! los honores al general Lamarque!

Salieron los soldados y presentaron las armas, y la multitud se calmó.

La tartana, arrastrada por los jóvenes, dió la vuelta á la columna y volvió á tomar su lugar á la cabeza del cortejo.

Se habia obtenido lo que se queria de la autoridad militar, y esta concesion habia producido su efecto, es decir, habia exaltado los espíritus.

El convoy volvió á tomar su marcha con este aire victorioso de una multitud que crece con los obstáculos y que acaba de vencer el primero que se le opuso.

En el círculo de la calle de Gramont, se oyó de repente un gran ruido y clamores amenazadores; este ruido y estos clamores los causaba la aparicion del duque de Fitz-James, que miraba pasar el convoy con el sombrero puesto.

Era una estraña provocacion de parte de un hombre tan inteligente como el duque; aunque no hubiera tenido mas que esta religion del féretro que sobrevive á las demas, porque tiene su origen en el egoismo humano, debió verlo pasar con la cabeza desnuda.

Fué tal la explosion que el duque de Fitz-James tuvo que retirarse.

Esta retirada del ex-par fué acompañada de los gritos de *¡Viva la República!* salidos de las filas de la artillería y bajo los estandartes de los cuerpos de artesanos.

Hacia la puerta de San Dionisio, un gendarme que habia querido hacer un arresto, y que, herido en la cara, lo perseguian cinco ó seis hombres armados de espadas y pistolas, se precipitó en las filas de la artillería.

Esta lo tomó bajo su salvaguardia y le salvó la vida.

Poco mas lejos, otro gendarme llegó hasta las filas del convoy y echó mano á un hombre que acababa de gritar *¡Viva la República!*

Al momento un antiguo oficial, que estaba cerca de este hombre, tomó su defensa, y sacó la espada; el gendarme hizo otro tanto, y se trabó un duelo, ante cien mil testigos.

El gendarme retrocediendo se encontró con la acera y tropezó.

Se precipitaron hacia el oficial que tenia la espada levantada sobre su adversario; lo condujeron á su fila, y en esto se escapó el alguacil.

Eran los diferentes prólogos del drama terrible que se preparaba.

He visto á muchas personas inteligentes que creian en ese momento, que no duraba veinticuatro horas el trono de Julio.

Un jóven, que sin duda comprendia esto, exclamó en medio de un grupo de estudiantes:

—Pero en fin, adonde se nos conduce?

—Pardiez, respondió el condecorado de Julio que conducia este grupo: á la República!

Y despues un poco mas bajo:

—Querido amigo, le dijo, estais convidado á cenar esta noche en las Tullerías.

El pobre muchacho pudo decir como Epaminondas: en casa de Pluton. No se habria engañado.

CAPÍTULO V.

DESDE este momento se presentó la idea del combate; los que pasaban cerca de sus casas dejaban de repente sus filas, y diez minutos despues volvian á tomarlas, con una pistola cuya culata salia amenazante de su bolsa, ó una espada cuyo puño cerraba su pecho.

Desde el bulevar del Temple fué evidente que se marchaba á una batalla.

Así llegaron á la plaza de la Bastilla; estaba erizada de bayonetas; el 12.º ligero estacionaba allí.

Peró luego que pasó la artillería, dejó un oficial las filas, sin duda con pretexto de apretar la mano á un amigo, y luego en voz baja:

—Ciudadanos—dijo—soy republicano, podeis contar con nosotros.

Y bajo la promesa de un hombre aislado, se esparció esta nueva en la multitud, que acababa de adquirir la certidumbre de que el ejército no solo no tiraría, sino que se pasaría con el pueblo.

Un momento despues se elevó un gran rumor por el lado de la calle Saint-Antoine, y sesenta alumnos de la escuela politecnica, la mitad habiendo perdido sus sombreros, algunos trayendo la espada desnuda en la mano, vienen á unir-

se á las filas de los refugiados, y cambian apretones de mano con los artilleros.

Habian forzado la consigna, y sudando por una carrera larga y rápida, acudian dispuestos á la insurreccion.

Cuando los percibió la música que iba á la cabeza del cortejo, se puso á tocar la *Marsellesa* sin que nadie se lo dijese.

Preciso es haber oido esta música incendiaria, para comprender qué calofrio corrió por las venas de los asistentes.

Tomaron el camino del bulevar Bourdon; el convoy que se detuvo un momento en la Bastilla, se volvió á poner en marcha.

La vanguardia de la columna hizo alto en el puente de Austerlitz!

Allí debian pronunciarse los discursos de despedida en un estrado.

Los primeros discursos que se pronunciaron lo fueron por el general La Fayette, el mariscal Clausel, M. Mauguin y los generales refugiados Salvanha y Serrognani.

Nada de estos discursos hechos de antemano, correspondia á la exaltacion del momento; por consiguiente fueron escuchados en un silencio sombrío.

No era esta clase de discursos los que necesitaba esta multitud febril é irritada.

Peró despues de estos primeros oradores, se apoderaron otros del estrado: estos ya no eran oradores de tribuna con su fría retórica, eran tribunos de encrucijada con inspiracion ardiente, que reunian todas las cuestiones nacionales holladas hacia dos años, y las esponian á los ojos de la multitud, sangrientas como los cadáveres de los ajusticiados. Estos eran la exaltacion viva, eran la insurreccion, eran la amenaza.

A estos se les aplaudió frenéticamente.

De repente, en medio de estos gritos, de estos clamores, de estas armas patentes agitadas en el aire, de estas armas ocultas hasta entonces que salian de los pechos, hubo una aparicion terrible, apareció una especie de caballero del



apocalipsis, vestido de negro; montaba un caballo prieto que, se movía con trabajo en medio de la multitud. Traía en la mano una bandera roja cuyos pliegues lo envolvían; esta bandera estaba coronada con un bonete frigio.

Diez mil hombres que hubieran venido á atacar á los republicanos no los habrían espantado tanto como este hombre: este hombre era el espectro de la primera República; era el 93 evocado lleno de sangre en la plaza de la Revolución; era el 10 de Agosto; era el 27 y el 3 de Setiembre; era el 21 de Enero.

Comprendieron que á la vista del espectro, la clase media iba á dar un paso para atrás, y que quedarían aislados sin apoyarse más que en su convicción.

Pero como esta era grande no titubearon.

Entonces comenzó esta lucha terrible, que en una hora cubrió la mitad de París de fuego y humo.

Los detalles de estos terribles combates del 5 y 6 de Junio, se conservarán como una de estas páginas sangrientas escritas por la mano de las guerras civiles. Jamás llegó tan lejos el heroísmo de un partido: durante treinta horas se sostuvieron sesenta hombres contra un ejército, y cuando se apagó la llama, cuando el cañón dejó de resonar, se encontraron veinte ó veinticinco muertos y veintidos prisioneros; los demás combatientes, ocho ó diez acaso, se habían abierto paso con sus bayonetas y habían desaparecido.

Mientras los republicanos consagraban con su sangre, en la calle de Saint-Merry, la nueva religión de que se hacían á la vez apóstoles y mártires, los diputados de la oposición deliberaban en casa de M. Laffitte.

Sería una salida curiosa la de esta deliberación flotante entre el deseo de volver á tomar el poder y el temor de comprometerse. En fin, como siempre, dejaron escapar el momento. Cuando pasó el momento, conocieron que era demasiado tarde, y se resolvió hacer con Luis-Felipe, el 6 de Junio, lo mismo que se hizo con Carlos X el 28 de Julio.

Nombraron para esta embajada á MM. Arago, Odilon Barrot y Laffitte.

El rey acababa de entrar en las Tullerías.

Hasta las cinco y media de la tarde supo el rey en Saint-Cloud lo que pasaba en París. Su primer movimiento fué marchar al peligro para medirlo á su talla; pasó á la habitación de la reina, le contó todo, y le preguntó qué pensaba hacer.

—Lo que hagais, respondió la reina.

—Yo parto para París.

—Entonces parto con vos.

Y los dos partieron en efecto. A las nueve estaban en las Tullerías.

Los ministros se habían reunido en el estado mayor: el rey dió orden para que los llamasen. Se reunió el consejo: se propuso declarar á París en estado de sitio; pero la proposición pareció muy avanzada, y la dejaron para el día siguiente.

Era la una de la mañana. Descansaron un poco en las Tullerías, á las seis estaba el rey á caballo.

Visitó diferentes puestos y pasó revista á la guardia nacional del Distrito en medio de los gritos de *¡abajo los carlistas! ¡abajo los republicanos!*

Así el gobierno no solamente había llegado á hacer creer que era una insurrección jacobina, sino que aun estaba combinada con una insurrección carlista.

Se dió crédito á esta estúpida acusación y fué repetida aun por personas formales.

Es cierto que los que la afirmaban más positivamente eran acaso los que menos la creían.

A las doce estaban concentrados los republicanos en el claustro de Saint-Merry, y cercados por todas partes: ya no era más que una cuestión de tiempo y de cadáveres.

El rey resolvió recorrer los bulevares y las orillas.

Salió de las Tullerías acompañado del duque de Nemours,

del mariscal Gerard, de los ministros de la guerra, del interior y del comercio; tambien lo acompañaban sus oficiales de ordenanza y sus ayudantes de campo: delante y detras de él iban varios pelotones de carabineros, dragones y guardias nacionales de á caballo.

Primero pasó revista á las tropas concentradas en la plaza de la Concordia y en los Campos Eliseos; despues tomando la linea de los bulevares, el arrabal de Saint-Antoine hasta la barrera del Trono, volvió á las Tullerías por las orillas.

Acababa de llegar de este paseo, y aun estaba exaltado, cuando vinieron á verlo los tres diputados.

En el momento en que llegaron á las Tullerías, estaba el rey con M. Guizot.

Los tres diputados venian en una calesa descubierta, de manera que todo el mundo podia verlos. Pero habia ya un abismo entre el 29 de Julio y el 6 de Junio, de manera que tantas aclamaciones produjo el paso del rey, como frialdad se vió en el de ellos.

Al tiempo de entrar en el patio de las Tullerías, se abalanzó un hombre á las riendas de los caballos y deteniendo la calesa:

—Señores, dijo, tened cuidado! Guizot está con el rey y esponeis vuestras cabezas.

Y desapareció el consejero.

No por esto dejaron de bajar é hicieron pedir audiencia al rey, quien, al cabo de algunos minutos, les mandó decir que estaba pronto á recibirlos.

En la puerta M. Laffitte detuvo á sus dos colegas.

—Sostengámonos, señores, les dijo, va á procurar hacernos reir.

Se abrió la puerta, y MM. Laffitte, Odilon Barrot y Arago fueron introducidos.

Hubo una larga conferencia entre el rey y los tres diputados. Le espusieron que siendo legal su victoria y debien-

do ser decisiva, tambien debia ser clemente. Que si hacia diez y ocho meses que se hallaba el órden violentamente turbado, no solo en Paris, sino en diversos puntos de la Francia, era causado por el fatal sistema del 13 de Marzo que habia adoptado el rey:—“Vais á triunfar en nombre de las leyes, añadió M. Barrot, y con todo esto será cruel este triunfo, porque se comprará con sangre francesa.

—“¿Quién tiene la culpa? respondió el rey; algunos miserables han atacado mi gobierno, ¿no debo defenderme? A mas de esto, no sé qué indicios habeis podido recojer: en cuanto á mí, creo que va á cesar la resistencia. El cañon que ois es el que está forzando en este momento el claustro de Saint-Merny, donde están encerrados los facciosos.

—“Sire, sois vencedor, respondió M. Odilon Barrot, no sufrais que se abuse de la victoria: la violencia despues del combate podria atraer nuevas catástrofes.

—“Acabo de recorrer á Paris, dijo el rey, y durante mi paseo no he oido gritar sino dos cosas: *viva el rey!* y *Sire, pronta justicia!* Al entrar informé á M. Barthe de este deseo del pueblo. Me respondió que formando assises extraordinarios, podrian estar los acusados ante el jurado en menos de quince dias. Creo que esto basta; la justicia tendrá, pues, su curso regular sin violencia de ninguna especie.

—“No basta castigar, Sire, respondió vivamente M. Laffitte, es preciso pensar en el medio de calmar la irritacion general; no solamente en la fuerza material consiste que pueda marchar un gobierno, sobre todo consiste en la fuerza moral, en el afecto de la nacion. El pais no está contento con el giro de los negocios, he aquí todas las causas del desórden.

—“Os engañais, señor, respondió el rey; nada ha podido hacerme perder el afecto del pais. La prensa trabaja diariamente con mentiras y calumnias *para demolerme.*

—“El sistema del gobierno es lo que causa todo el mal respondió M. Arago; el sistema es lo que se debe cambiar.”

La Francia habia aceptado todas las consecuencias de la revolucion. Casi todos los miembros de la oposicion querian una monarquía, pero una monarquía popular.

—“Decidlo todos, interrumpió M. Laffitte; toda la oposicion está de acuerdo en que debe conservarse la corona de Julio.

—“Me admira saber, añadió el rey con ironía, que MM. Cabet y Garnier Pagés piensan así.

—“Hoy, respondió M. Arago, existen tres partidos; pero el sistema ministerial es lo que da fuerza al partido republicano, acuso de ello al ministerio. Se necesita un sistema mas liberal en el interior, menos debilidad y condescendencia respecto del extranjero. Entonces el pueblo y el príncipe estarán solidamente unidos. El sistema actual es peligroso para el rey, para su familia y para el país.

—“Hay algo de verdad en lo que decís; mi popularidad quizá está conmovida; pero no es culpa de mi gobierno, es el resultado de las calumnias y maniobras odiosas con que los republicanos y los carlistas quieren *demolerme*.

“La prensa me ataca con una violencia inaudita. Se me ultraja cruelmente, pero se me defiende poco ó mal. He tomado mi partido, tengo fuerzas con el testimonio de mi conciencia. No han llegado hasta sostener que simpatizaba yo con los carlistas! Remontaos al origen de la casa de Orleans, y encontrareis entre sus enemigos constantes los antepasados de los que hoy son los menores del partido carlista.

“Se dice que soy ambicioso, insaciable de riquezas, que quiero tener una corte brillante! Pero he pasado por todos los estados de la vida y podria decir:

Dichoso quien está satisfecho con su humilde fortuna.

“He llegado á ser rey porque era el único que podia salvar á la Francia del despotismo y de la anarquía. Siempre he estado opuesto á los Borbones de la rama mayor; nadie es mas enemigo suyo que yo. Es, pues, insensato suponer que pienso transigir con ellos.

“El programa del Hotel-de-Ville es una infame mentira;

apelo á M. Laffitte. En un discurso pronunciado sobre el féretro de Lamarque, uno, á quien no conozco, ha hablado de compromisos solemnemente aceptados, y cobardemente olvidados; es falso, me indigno de ello. No he hecho ninguna promesa. De derecho no tenia que prometer; de hecho, nada he prometido.

“Se ha hecho la revolucion con el grito de *Viva la Carta!* El pueblo la pedia; se ha mejorado con la supresion del artículo 14.

“Luego que subí al trono, adopté el sistema que me pareció bueno; todavía me lo parece. Probad que me engaño, y cambiaré; de otra manera persistiré, porque soy hombre de conciencia y condicion: me picarán en un mortero como carne de empanada, antes que arrastrarme contra mi opinion.

“Yo no tengo quien me rodee: quizá sea amor propio; pero no estoy sometido á ninguna influencia. Mi sistema me parece excelente; probadme lo contrario.

—“La experiencia lo ha probado, dijo M. Arago: el atrevimiento de los carlistas, las prisiones políticas, la guerra civil en Vendée y en Paris, son la condenacion del sistema de 13 de Mayo. Nuestra posicion se ha menoscabado; algunos jóvenes acaban de procurar echar abajo vuestro gobierno, porque contaban con el descontento del pueblo; no lo habrian hecho hace quince meses.

—“Acabo de atravesar á Paris; y bien! jamas habia oido gritos mas unánimes y mas vivos de *Viva el rey!* jamas ha mostrado mas adhesion la guardia nacional.

—“He visto á la guardia nacional, respondió M. Arago; queria combatir la anarquía; pero deseaba un cambio de sistema. Mi opinion, es cierto, que no es mas que la de un simple guardia nacional, y por consiguiente, no tiene peso; tendria mas en la boca de un coronel.

—“Os comprendo..... Nunca he podido adivinar porqué

capricho se obstinó Casimiro Perier en desechar el voto de la duodécima legión.

—“En cuanto al sistema que llamais del 13 de Marzo, no es del 13 de Marzo; lo adopté cuando subí al trono, después de maduras reflexiones; se ha seguido siempre aun bajo M. Laffitte.

—“Se equivoca V. M., dijo este; rechazo toda asimilación con el ministerio de Perier. Es cierto que las medidas han tenido, apesar mio, mas semejanza de la que quisiera; pero invocó los discursos que he pronunciado con vuestra aprobación.

—“Las miras eran idénticas, respondió el rey. El gobierno siempre ha marchado bajo la misma línea, porque esta línea se había adoptado después de maduras reflexiones. Mostradme sus inconvenientes; porque en vuestra relación, no he encontrado nada, absolutamente nada.

—“Causas pequeñas habrían producido grandes efectos; porque las faltas señaladas son las que han causado el desafecto del pueblo. Por ejemplo, el licenciamiento sistemático de los guardias nacionales de las ciudades mas patriotas, de las ciudades fronterizas, ha destruído muchas simpatías. En Perpignan no había ningun pretesto. Fué un capricho del prefecto, que quería alargar los sentimientos de Casimiro Perier.

—“En Grenoble, añadió M. Barrot, las faltas del gobierno han sido numerosas, inexcusables.

—“Se han esparcido sobre este negocio, señores, insinuaciones muy injustas; han calumniado á la autoridad, han calumniado al 35.º regimiento. Con que era preciso dejar envilecer al poder! Se debía sufrir que paseasen impunemente por las calles la figura del rey bajo la forma de un animal que degollaban! Y porque soldados valientes han tomado la defensa del rey, de las leyes y del orden público, se les critica y trata de asesinos!

—“Se ha atendido á los carlistas, respondió M. Odilon

Barrot, se ha transigido con ellos, es una falta grave. Muchas veces hemos pedido que se aplicasen las leyes á los carlistas insurgentados en el Oeste, que se purgasen las administraciones de los carlistas que había en ellas. Lejos de esto se les ha dado salvo-conducto á los gefes de partido.

—“Jamás, exclamó el rey.

—“Nuestros ministros lo han confesado á la tribuna, contestó M. Odilon Barrot.

—“Han dicho lo que han querido; pero persisto en sostener que se han negado los salvo-conductos.

—“Se hubiera evitado el estado de sitio en cuatro departamentos y grandes gastos.

—“Jamás me he opuesto á las medidas presentadas contra los carlistas; Dupont (de l'Eure) no las ha economizado. No creo que los haya en el ejército. Algunos hay en la hacienda, pero M. Laffitte sabe cuan peligrosos y difíciles son los cambios en esta administración. La acusación de favorecer á los carlistas es lo que mas me sorprende, pues jamás me ha perdonado la emigración, que rehusara pelear contra la Francia.

—“Tardé en aprobar la proposición Bricqueville, es cierto, convengo en ello; pero me repugnaba firmar la confiscación de seiscientos mil francos de renta que pertenecían á la familia proscripta.

—“El honor de la Francia exige que esta familia no pida limosna en el extranjero. Sin embargo, aunque la duquesa de Berry sea sobrina de la reina, he dado órdenes para que la prendan, pero no quiero sangre. Acordaos de lo que decía un miembro de la Convención: “Cortaron la cabeza á Carlos I, y los Stuardos volvieron; se contentaron con desterrar á Jacobo II, y los Stuardos han desaparecido para siempre de la Inglaterra. Mi padre, apesar de mis ruegos, cometió la falta de querer dar gages sangrientos á la revolución, votando la muerte de Luis XVI; no espero imitarlo.

—“Lo que ha indispuerto mas á la nacion, repuso M. Arago, es la falta de dignidad para con el extranjero, es la pusilanimidad del ministerio, es el poco caso que hace del honor nacional. Se han contenido á los prusos con palabras firmes, los austriacos no habrian invadido la Italia, si se les hubiese hablado del mismo modo.

—“Hablais de nuestras amenazas hácia la Bélgica, pero estas amenazas no podian tener gran efecto: porque sabeis cuanta tropa teníamos entonces? teníamos setenta y ocho mil hombres, contando con el ejército de Alger; setenta y ocho mil, no mas; queriais hacer la guerra con esto?

—“Entonces bastaba con el entusiasmo popular, continuó M. Arago. Cuando el gobierno de la Francia tiene la confianza del pueblo, siempre puede hablar con energia. El lenguaje incalificable de M. de Saint-Aulaire escita un descontento unánime. Ha pedido gracia para el rey de los franceses!.... y esto, al papa!

—“No tan alto, M. Arago..... Parecia que habia algo que criticar en el lenguaje de Saint-Aulaire; pero cuando se le ha hecho notar, respondió que no se podia tener buen éxito de otra manera. Por lo demas, nosotros no hemos hecho concesiones, se nos han hecho. Nos han concedido todo lo que hemos pedido, y todo lo que al principio no querian concedernos; hemos obligado al extranjero á hacer lo que no queria hacer. Por ejemplo, los negocios de Bélgica concluirán dentro de pocos dias; será preciso que el rey de Holanda consienta en ello. Hemos obligado al emperador de la Rusia á aprobar la separacion de la Bélgica, y sin embargo, al principio, habia declarado muy positivamente que jamas consentiria.

—“Esta ventaja no se ha obtenido sino al precio....

—“Así es, dijo Luis Felipe interrumpiendo á M. Arago, que el negocio de Bélgica está como concluido. No veo tan claro en el de Italia; aun no sé como acabará; porque no es fácil hacer razonable á un papa. Por lo demas, de todas las

naciones de la Europa, la Francia es la que se encuentra en la situacion mas favorable: porque todas las otras tienen elementos de revolucion, y no tienen para terminarlos, la estofa de un duque de Orleans. La Francia y la Inglaterra no pueden gobernarse sino con la libertad de la prensa. Conozco sus inconvenientes; sé que la indulgencia del jurado hace mucho mal, pero no encuentro el remedio. Tambien me he opuesto siempre, cuando Casimiro Perier, en sus accesos de cólera, proponia medidas de escepcion. Los príncipes de Alemania quieren la censura: espero el fin.

—“Tememos, dijo entonces M. Barrot, abusar del tiempo de V. M.

—“Soy un rey constitucional, y debo escuchar á todo el mundo, es mi deber; con gusto he dado audiencia á MM. Mauguin y Cabel! No puedo menos de regocijarme al ver tres personas con las que he tenido relaciones privadas, y que pueden hacerme conocer la verdad con menos amargura.

—“V. M. encuentra el sistema perfecto, nosotros creemos lo contrario; es, pues, inútil prolongar esta entrevista.

—“Creo el sistema escelente; y hasta que se me pruebe lo contrario no he de cambiar. Mis intenciones son puras, quiero la felicidad de la Francia; jamas me he armado contra ella. Toda la dificultad viene de que no se me hace justicia, de que la maledicencia y la calumnia quieren *demolerme*. Si asisto al consejo, esclaman los periodistas que se ha perdido el Estado, y que ya no hay gobierno constitucional. Sin embargo, no seré yo quien tome determinaciones liberales. Por ejemplo, esta mañana se me ha propuesto la declaracion en estado de sitio, no he querido; bastan las leyes, no quiero reinar mas que por las leyes, jamas se me hará desviar de esta regla.

—“Felicitamos por ello á V. M., dijeron los tres diputados.

—“En vuestra acusacion decis que soy insaciable de riquezas.

—“Sire, respondieron juntos MM. Arago y Barrot, esto no se encuentra en nuestra acusacion, estamos seguros.

—“No insistais, señores; se encuentra, dijo M. Laffitte.

—“Veis como M. Laffitte se acuerda. Me acusais de querer amontonar riquezas sobre riquezas.

—“Solamente hemos dicho, respondió M. Arago, que los ministros habian pedido para V. M. una lista civil muy fuerte; he aquí nuestra intencion.

—“Yo no veo las intenciones, veo los hechos.

—“Los patriotas, repuso M. Barrot, están irritados y desanimados, mientras que los carlistas están llenos de audacia. Suplico á V. M. averigüe la causa, y ponga el remedio. Quizá aun sea tiempo. El momento es oportuno, puesto que acabais de vencer la rebelion. V. M. debe confiar en nosotros, porque los tres no estamos inspirados, mas que por nuestra adhesion á la Francia y á vuestra magestad. M. Arago no aspira sino á dejar la política por las ciencias que lo han ilustrado; M. Laffitte está fastidiado del poder; y yo estoy pronto á firmar con mi sangre, que no quiero ninguna colocacion en vuestro gobierno, muy dichoso con poder entrar en mi gabinete, y entregarme sin distraccion á los trabajos que me han proporcionado la independecia y la felicidad.

—“M. Barrot, no acepto la renuncia que me ofreceis, respondió el rey, dándole un golpecito en la espalda.

—“Sire, no veais en nosotros mas que hombres desinteresados, que os espresan la opinion de los patriotas sinceros y moderados. Estais condenado á gobernar por la libertad y con la libertad; aceptad las consecuencias de esta posicion.

—“Es mi intencion, es lo que hago. No cambiaré, porque jamas cambio de sistema cuando no se me ha demostrado que estoy equívoco. No me he alejado de esta costumbre

mas que una sola vez en ocasion de mis armas. Yo tenia las flores de lis, porque eran mias, porque eran de mi propiedad, como de la rama mayor, porque en todo tiempo han sido el adorno de nuestros escudos.

—“Han querido suprimirlas; era una locura. Resistí mucho tiempo aun á las solicitudes de M. Laffitte; acabé por ceder á la violencia.

—“Pero en fin, que queriais proponerme?

—“Un justo medio entre el sistema del 13 de Marzo y la república, respondió M. Arago.

—“Una proclama, continuó M. Barrot, en la que V. M., dando parte á la Francia de los graves acontecimientos de estos dos dias, espresará de nuevo y francamente sus simpatias por los principios de la revolucion de Julio, me parece que producirá un efecto escelente.

—“Desgraciadamente un rey constitucional no puede ir á esplicarse á la tribuna. No puedo dar á conocer personalmente mis sentimientos sino cuando viajo, y habreis notado que no dejo pasar estas ocasiones sin aprovecharme de ellas.

—“Me retiro penetrado del mas profundo dolor, dijo entonces M. Laffitte, porque creo en la sinceridad de convicciones que hacen inevitables las mayores desgracias. Las temo por la Francia, y mas aun por el rey. El mal viene de la manera diferente de juzgar la revolucion de Julio. Unos no han visto en ella mas que la Carta de 1814 un poco mejorada, y un simple cambio de personas; la mayor parte, por lo menos todos los hombres de energia, el triunfo del sistema popular y la destruccion completa de la Restauracion. Desde hace tiempo ha protestado la prensa contra el sistema del 13 de Marzo; tambien ha protestado por su presencia, esta inmensa multitud que acampañó el convoy del general Lamarque; esta multitud compuesta de todos los rangos, de todas las fortunas, militares, paisanos, juventud, pueblo, guardia nacional; y si al dia siguiente quince ó veinte mil hombres de estos soldados ciudadanos han venido á

prestar su apoyo al gobierno, es porque su existencia misma estaba amenazada. Olvidaron el sistema del 13 de Marzo para no pensar mas que en la corona de Julio.

—“M. Laffitte, os creo de buena fé, pero os engañais; el sistema del 13 de Marzo, como persistis en llamarle, no tiene mas contrarios que los republicanos y los carlistas.

—“Este sistema, dijo concluyendo M. Laffitte, nos ha atraído la guerra civil. Aun cuando sus adversarios estuviesen en minoridad en el pais, esta minoridad tiene tanta energia, que no debe despreciársela. La fuerza moral vale mas que el cañon y las bayonetas. Los buenos ciudadanos no pueden librarse de las mas vivas inquietudes por la corona, que les es querida, y que se encuentra comprometida por un sistema antipático por los franceses.

—“Luis Felipe, dijo en fin M. Odilon Barrot, es un rey casi legítimo, ó un rey legitimado por el voto nacional? Ha sido escogido como Borbon ó aunque Borbon? he aquí la cuestion. Si en lugar de seguir los pasos de la Restauracion, quereis que todas las autoridades, todas las instituciones, tengan el mismo origen que vos, habrá casamiento entre la Francia y vuestra dinastía, sin que sea posible el divorcio. Puesto que pensais de otra manera, continuareis la esperiencia; pero los amigos del pais y de V. M. no pueden asistir á ella sino con ansiedad.

—“Persistiré en lo que creo que es el bien de mi pais, respondió el rey, y tengo la firme conviccion de que cuando se hayan calmado las pasiones, conocerán que estoy en lo justo y en lo verdadero. Mi vida es de mi pais; sé lo que le debo y lo que le he prometido. Sabeis, señores, si faltó á mis promesas ó á mis juramentos.

CAPÍTULO VI.

Como lo habia dicho el rey, la justicia fué pronta; únicamente, que los acusados no fueron entregados á las cortes de assises, sino á los consejos de guerra.

Un jóven pintor llamado Geoffroy fué condenado á muerte; pero la corte de casacion, echando mano de su demanda, por la defensa de Odilon Barrot, declaró que el consejo de guerra de la primera division militar habia cometido un exceso de poder.

Causó mucha alegría en todo Paris la promulgacion de esta sentencia, estaba ya tan fuera de nuestras costumbres la pena de muerte en materia política, y esperábamos que lo estuviese de nuestras leyes.

El gobierno se vió forzado á inclinarse ante esta magestad de la justicia, mas poderosa que la suya; y se reconoció que habia cometido el mismo delito que Carlos X, sin haber sufrido la misma pena.

Se enviaron, pues, los acusados ante el jurado.

En todas las insurrecciones políticas que descansas en una conviccion, es raro que el combate no haga conocer algun valor maravilloso, y la derrota algun carácter sublime.

El que obtuvo todos los honores de la admiracion pública

prestar su apoyo al gobierno, es porque su existencia misma estaba amenazada. Olvidaron el sistema del 13 de Marzo para no pensar mas que en la corona de Julio.

—“M. Laffitte, os creo de buena fé, pero os engañais; el sistema del 13 de Marzo, como persistis en llamarle, no tiene mas contrarios que los republicanos y los carlistas.

—“Este sistema, dijo concluyendo M. Laffitte, nos ha atraído la guerra civil. Aun cuando sus adversarios estuviesen en minoridad en el pais, esta minoridad tiene tanta energia, que no debe despreciársela. La fuerza moral vale mas que el cañon y las bayonetas. Los buenos ciudadanos no pueden librarse de las mas vivas inquietudes por la corona, que les es querida, y que se encuentra comprometida por un sistema antipático por los franceses.

—“Luis Felipe, dijo en fin M. Odilon Barrot, es un rey casi legítimo, ó un rey legitimado por el voto nacional? Ha sido escogido como Borbon ó aunque Borbon? he aquí la cuestion. Si en lugar de seguir los pasos de la Restauracion, quereis que todas las autoridades, todas las instituciones, tengan el mismo origen que vos, habrá casamiento entre la Francia y vuestra dinastía, sin que sea posible el divorcio. Puesto que pensais de otra manera, continuareis la esperiencia; pero los amigos del pais y de V. M. no pueden asistir á ella sino con ansiedad.

—“Persistiré en lo que creo que es el bien de mi pais, respondió el rey, y tengo la firme conviccion de que cuando se hayan calmado las pasiones, conocerán que estoy en lo justo y en lo verdadero. Mi vida es de mi pais; sé lo que le debo y lo que le he prometido. Sabeis, señores, si faltó á mis promesas ó á mis juramentos.

CAPÍTULO VI.

Como lo habia dicho el rey, la justicia fué pronta; únicamente, que los acusados no fueron entregados á las cortes de assises, sino á los consejos de guerra.

Un jóven pintor llamado Geoffroy fué condenado á muerte; pero la corte de casacion, echando mano de su demanda, por la defensa de Odilon Barrot, declaró que el consejo de guerra de la primera division militar habia cometido un exceso de poder.

Causó mucha alegría en todo Paris la promulgacion de esta sentencia, estaba ya tan fuera de nuestras costumbres la pena de muerte en materia política, y esperábamos que lo estuviese de nuestras leyes.

El gobierno se vió forzado á inclinarse ante esta magestad de la justicia, mas poderosa que la suya; y se reconoció que habia cometido el mismo delito que Carlos X, sin haber sufrido la misma pena.

Se enviaron, pues, los acusados ante el jurado.

En todas las insurrecciones políticas que descansas en una conviccion, es raro que el combate no haga conocer algun valor maravilloso, y la derrota algun carácter sublime.

El que obtuvo todos los honores de la admiracion pública

por su valor en el combate, y por su carácter ante los jueces, fué un llamado Juan.

Por una estraña casualidad, Juan, el hombre de las barricadas de Saint-Merny, Juan, el hombre de los assises, Juan el republicano, era hermano de Juan el carlista, de Juan el papelero del paso de Choiseul, en cuyas baldozas se puede ver, á pié, á caballo, en busto, en medallas, de todos modos, en fin, la efigie del señor conde de Chambord.

El interrogatorio de Juan es un modelo de franqueza, de valor y de concision.

P. El 5 del mes asististeis al convoy?

R. Sí, señor.

P. Hacia las cinco, no estabais en la encrucijada de Saint-Merny?

R. Sí.

P. Armado?

R. Con un fusil que habia ido á tomar á mi casa; sí, señor.

P. Habéis trabajado en la barricada?

R. Sí; dos guardias nacionales habian muerto cerca de mí en el bulevar; tiraron sobre nosotros sin provocacion, me pareció que atacados, teníamos derecho de defendernos.

P. No habéis mandado hacer fuego?

R. No, señor; una bala acababa de herirme en medio de los riñones y me habia derribado; me levanté y tiré un balazo, uno solo, porque habian huido.

P. Sí, pero han vuelto y os han encontrado en el mismo puesto?

R. No habia querido abandonar á mis camaradas.

P. Y habéis permanecido toda la noche detras de la barricada?

R. Sí, señor.

P. Haciendo fuego?

R. Haciendo fuego.

P. No distribuisteis cartuchos?

R. Sí, señor.

P. De dónde tomabais estos cartuchos?

R. De las cartucheras de los soldados muertos.

P. El dia siguiente habéis hecho fuego todo el dia?

R. Todo el dia, sí, señor.

P. No erais de los que al fin del ataque, tiraban desde las ventanas de la casa núm. 30?

R. Sí; cuando se hicieron dueños de la barricada, ya no teníamos cartuchos; sin lo que hubiéramos permanecido; nos retiramos atravesando á la bayoneta las filas de la tropa de línea.

Es preciso advertir que la madre de Juan lo sostenia maravillosamente; este otro Grajo habia encontrado otra Cornelia, no de noble familia como la Cornelia antigua, pero sí de noble corazon.

He aquí la carta que escribió á su hijo, y que Luis Blanca conservado.

Esta carta se remitió á Juan la vispera de las defensas.

“Tu madre va á oírte hoy, y todos los defensores; aun no has robado nada á nadie de lo que has pronunciado; el que estudia un discurso no puede conocer la emosion que resiente en el fondo del corazon el que no habla sino segun las convicciones; hago la mayor justicia á las buenas intenciones de M. P. y otros; el temor de verte salir mal los hace dudar de tus medios, pero yo los conozco, al menos conozco lo suficiente para saber de lo que eres capaz; una injusta desconfianza de tí mismo en este momento supremo, seria una mancha en una reputacion tan bella; defiende tu buen derecho; haz conocer cuanto puedas que estabas en el caso de legitima defensa; se sencillo y generoso; atiende á tus enemigos cuanto te sea posible; pon colmo á mi felicidad; que oiga decir á la opinion pública: fué tan grande en la derrota como valiente en el peligro; que tu alma se eleve á

la altura de tus acciones. Ah! si supieses cuán orgullosa estoy de haberte dado á luz! no temas debilidad por mi parte, tu grande alma tiene el don de reanimar á la mía.

“Adios, aunque separada de tí, mi alma no te deja.”

El jurado pronunció su sentencia.

Juan fué condenado á la deportacion;

Rossignol á ocho años de reclusion;

Goujon y Vigourouse, á seis años de la misma pena;

Ronjon á diez años de trabajos forzados sin esposicion;

Y Fourcade á cinco años de prision.

He aquí los nombres de los que fueron puestos en libertad:

Leclere, Jules Jouanne, Fradelle, Faley, Metiger, Bouley Cornillean, Dumineray, Mutelle, Maris, Renouf, Coiffu, Gumbert, Genrillon, Fourniz, Louise-Antoinette Alexandre.

En cuanto á nosotros que habiamos salido de Paris á consecuencia de esta terrible jornada, he aquí lo que despues de una conversacion con la reina Hortensia, madre del presidente actual, escribiamos en 1833. Se verá que en diez y ocho años no habian variado nuestras opiniones ni con respecto á los hombres, ni con respecto á las cosas. (1)

“Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á almorzar el día siguiente, á las diez de la mañana: como pasé una parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos despues de la hora indicada: iba á eseusarme por haberla hecho esperar, lo que era tanto menos perdonable cuanto que ya no era reina; pero me tranquilizó con mucha bondad, diciéndome que el almuerzo no era sino para las doce, y que si me habia convidado para las diez,

(1) Esta conversacion se imprimió en 1833, algun tiempo despues de la aparicion de mi obra de Gaule et France.

era para tener bastante tiempo de hablar conmigo; al mismo tiempo me propuso dar un paseo en el parque; yo le respondí ofreciéndole el brazo.

“Anduvimos cerca de cien pasos sin hablar nada, yo tomé primero la palabra:

—¿Teniais algo que decirme? señora duquesa, le pregunté.

—Es cierto, respondió, queria hablaros de Paris. ¿Qué habia de nuevo cuando lo dejasteis?

—Mucha sangre en las calles; muchos heridos en los hospitales; pocas prisiones, y muchos prisioneros.

—¿Habeis estado el 5 y 6 de Junio?

—Sí, madama.

—Perdonadme, pero acaso sea muy indiscreta; segun algunas palabras que habeis dicho ayer, he creido conocer que erais republicano.

—No os habeis engañado, señora duquesa, y sin embargo, gracias al sentido y al color que los diarios que representan al partido que pertenezco y de cuyas simpatias participo, pero no de todos sus sistemas, han hecho dar á esta palabra, antes de aceptar la calificacion que me dais, me permitiréis que os haga una esposicion de principios. Para cualquiera otra mujer, semejante profesion de fé seria ridícula, pero para vos, señora duquesa, para vos que, como reina, debeis haber oido tantas palabras áusteras como frívolas en vuestra calidad de mujer, no insistiré en decir porque punto tóco al republicanismo social, y porque disidencia me alejo del republicanismo revolucionario.

—No estais, pues, de acuerdo entre vosotros, señores?

—Nuestra esperanza es la misma, señora; pero los medios por los que cada uno quiere proceder, son diferentes. Hay algunos que hablan de cortar cabezas y dividir propiedades; estos son los ignorantes y los locos. Os admira que no me sirva de un nombre mas enérgico para designarlos, es inútil; ni son temidos ni de temer; se creen muy adelan-

te, y están muy atras; datan de 93, y estamos en 1832. El gobierno finge temerlos mucho, y le incomodaria que no existiesen, porque sus teorías son el careax de donde toma sus armas; estos no son republicanos, son republiques.

—Hay otros que olvidan que la Francia es la hermana mayor de todas las naciones, que no se acuerdan ya de que su pasado está rico con todos los recuerdos, y que van á buscar entre las constituciones suiza, inglesa y americana cual es mas aplicable á nuestro país. Estos son extravagantes y utopistas entregados enteramente á sus teorías de gabinete; no perciben, en sus teorías imaginarias, que la constitucion de un pueblo no puede durar si no nace de la situacion geográfica, si no sale de su nacionalidad y no se armonisa con sus costumbres. Resulta de esto, que como no hay bajo el cielo dos pueblos cuya situacion geográfica, cuya nacionalidad y cuyas costumbres sean idénticas, mientras mas perfecta es una constitucion, es mas individual, y por consiguiente menos aplicable á otra localidad que á la que le ha dado nacimiento: estos, tampoco son republicanos, son republiques.

—Hay otros que creen que una opinion es una casaca azul barbo, un chaleco con grandes salapas, una corbata flotante y un sombrero puntiagudo; estos son los trovadores y ladradores: escitan los motines, pero se guardan de tomar parte en ellos; levantan barricadas y dejan á los otros á que se hagan matar tras de ellas; comprometen á sus amigos y se andan ocultando por todas partes como si ellos mismos estuviesen comprometidos; estos, no son todavía los republicanos, estos son los republiques.

—Pero hay otros, señora, para quienes el honor de la Francia es una cosa santa á la cual no quieren que se toque; para quienes la palabra dada es un compromiso sagrado, que no pueden sufrir ver romper aun de rey á pueblo, cuya vasta y noble paternidad se estiende á todo país que sufre y á toda nacion que se despierta; han ido á derramar su sangre

á Bélgica, Italia y Polonia y han vuelto á hacerse matar ó prender en el claustro de Saint-Merny; estos, señora, son los puritanos y los mártires. Dia vendrá en que, no solamente se llamará á los desterrados, en que, no solamente se abrirán las prisiones á los cautivos, sino que tambien se buscarán los cadáveres de los que han muerto, para levantarles tumbas. La única falta que se les puede echar en cara, es haber adelantado su época y haber nacido treinta años antes de lo que debian; estos, señora, son los republicanos.

—No necesito preguntaros, me dijo la reina, si es á estos á los que perteneceis.

—Ay! señora, le respondí, no puedo vanagloriarme enteramente de este honor; sí, cierto; ellos tienen todas mis simpatias; pero en lugar de dejarme arrastrar por un sentimiento, he llamado para ello á mi razon, he querido hacer por la política lo que hizo Fausto por la ciencia, bajar y tocar el fondo. He permanecido un año sumergido en los abismos del pasado; entré con una opinion instintiva, y salí con una conviccion razonada. Vi que la revolucion de 1830 nos habia hecho dar un paso, es cierto, pero que este paso nos habia conducido simplemente de la monarquía aristocrática á la monarquía democrática, y que esta monarquía democrática era que se necesitaba agotar antes de llegar á la magistratura popular. Desde entonces, madama, sin hacer nada por aproximarme al gobierno, del que me habia alejado, cesé de ser su enemigo, lo miro proseguir su periodo, cuyo fin no veré juzgar; aplaudo lo bueno que hace, protesto contra lo malo, pero todo esto sin entusiasmo y sin odio, no lo acepto ni lo rehuso, lo sufro; no lo miro como una felicidad, sino que lo creo una necesidad.

—Pero á vuestro entender, no hay modo de que cambie?

—No, madama.

—Si sin embargo el duque de Reichstadt no hubiera muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal, á lo menos lo creo.

—Es cierto; olvidaba que con vuestras opiniones republicanas, Napoleon no debe pareceros mas que un tirano.

—Os pido perdon, madama, lo veo bajo otro punto de vista; á mi entender, Napoleon es uno de estos hombres electos desde el principio de los tiempos y que han recibido de Dios una mision providencial. A estos hombres, madama, se les juzga, no segun la voluntad humana que los ha hecho obrar, sino segun la sabiduria divina que los ha inspirado, no segun la obra que hacen, sino segun el resultado que produce. Cuando se cumple su mision los vuelve á llamar Dios; creen morir, y van á dar cuenta.

—Y, segun vos, cuál era la mision del emperador?

—Una mision de libertad.

—Sabeis que cualquiera otra que yo, os pediria la prueba?

—Y se la daria lo mismo que á vos.

—Veamos; no sabeis cuanto me interesa.

—Cuando Napoleon, ó mas bien, Bonaparte, apareció á nuestros padres, madama, la Francia salía, no de una república, sino de una revolucion. En un acceso de fiebre política, se habia arrojado tan adelante de las otras naciones, que habia roto el equilibrio del mundo. Se necesitaba un Alejandro para este Bucephalo, un Androcles para este leon; el 13 vendimiario los puso cara á cara, fué vencida la Revolucion; los reyes que debian haber reconocido por un hermano el cañon de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 18 brumario: tomaron por cónsul de una república al que era ya gefe de una monarquía, y con su insensatez, en lugar de aprisionarlo con una paz general, le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleon llamó á sí todo lo que habia de jóven, de valiente, de inteligente en Francia, y lo esparció por el mundo. Hombre de reaccion para nosotros, se encontró ser hombre de progreso para los otros; por cuantas partes pasó arrojó á los vientos la semilla de las revoluciones: la Italia, la Pru-

sia, la España, el Portugal, la Polonia, la Bélgica, la Rusia misma, sucesivamente han llamado á sus hijos á la miez sagrada, y él, como labrador fatigado de su jornada, ha cruzado los brazos y los ha mirado de lo alto de su roca de Santa-Helena; entonces fué cuando tuvo una revelacion de su mision divina y cuando dejó caer de sus labios la profesion de una Europa republicana.

—Y creéis, replicó la reina, que si el duque de Reichstadt no hubiera muerto, habria continuado la obra de su padre?

—A mi entender, madama, los hombres como Napoleon no tienen padre ni hijo, nacen como meteoros, en el crepúsculo de la mañana, atraviesan, de un horizonte á otro, el cielo que iluminan y van á perderse en el crepúsculo de la tarde.

—Sabeis que lo que decís es poco consolatorio para aquellos de su familia que conservasen algunas esperanzas.

—Así es, madama, porque no le hemos dado lugar en nuestro cielo sino con la condicion de que no dejaria heredero en la tierra,

—Y sin embargo, legó su espada á su hijo.

—Este don le ha sido fatal; madama, y Dios ha roto el testamento.

—Pero me espantáis, porque su hijo á la vez la ha legado al mio.

—Será muy pesada para un simple oficial de la confederacion suiza.

—Sí, teneis razon, porque esta espada es un espectro.

—No os estravieis, madama! temo que no vivais en esta atmósfera engañadora y embriagante que trae consigo á los desterrados; el tiempo, que continua marchando para el resto del mundo parece detenerse para los proscriptos: siempre ven á los hombres y las cosas como las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de cara y las cosas de aspecto. La generacion que vió pasar á Napoleon volviendo de

la isla de Elba, se estingue cada día, madama, y esta marcha milagrosa no es ya un recuerdo, es un hecho histórico.

—Así, creo que no hay esperanza de entrar en Francia para la familia Napoleon?

—Si fuese el rey, mañana la llamaría.

—No es así como quiero decir.

—De otra manera hay pocas probabilidades.

—Qué consejo daríais, pues, á un miembro de esta familia que soñase en la resurreccion de la gloria y el poder napoleónico?

—Le daría el consejo de que despertara.

—Y si persistia, apesar de este consejo, que á mi entender es tambien el mejor, y os pidiese otro?

—Entonces, madama, le diría que obtuviese la cancelacion de su destierro, que comprase una tierra en Francia, se hiciese elegir diputado, que procurase, con su talento, disponer de la mayoría de la cámara y se sirviese de ella para deponer á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar.

—Y pensais, respondió la duquesa de Saint-Leu sonriendo con melancolía, que cualquier otro medio saldria mal?

—Estoy convencido de ello.

Suspiró la duquesa.

En este momento llamaron á almorzar; nos encaminamos al castillo pensativos y silenciosos. Durante toda la vuelta no me dirigió una sola palabra, pero cuando llegamos á la puerta, se detuvo y me miró con una expresion indefinible.

—Ah! me dijo, quisiera que mi hijo estuviera aquí y que hubiese oído lo que acabais de decir....!

CAPÍTULO VII.

ESTA muerte del duque de Reichstadt que mencionaba en mi conversacion con la duquesa de Saint-Leu, habia acaecido el 22 de Julio de 1832.

Se sabe qué rumores resuenan siempre al rededor del féretro de los pretendientes; hacia tiempo, con razon ó sin ella, que los hombres políticos estaban convencidos de que el heredero de Napoleon debia morir jóven, y cuando se esparció la noticia de esta muerte, se contentaron con menear la cabeza, diciendo:

—Tenia un nombre demasiado grande para vivir.

Por lo demas, el ruido de esta muerte, en Francia, fué sordo y se estinguió pronto. Los partidarios mas ardientes del emperador hubieran temido la vuelta de un jóven educado en la escuela de M. de Metternich. En sus cabellos blondos, en sus facciones afeminadas, el duque de Reichstadt tenia mas de su madre que de su padre, mas de María Luisa que de Napoleon. No era de temer que fuese lo mismo en lo moral y que su corazon fuese mas austriaco que francés.

En resumen, murió; once años bastaron al ángel fúnebre para sellar la tumba del padre y del hijo; y como ya no se

la isla de Elba, se estingue cada día, madama, y esta marcha milagrosa no es ya un recuerdo, es un hecho histórico.

—Así, creo que no hay esperanza de entrar en Francia para la familia Napoleon?

—Si fuese el rey, mañana la llamaría.

—No es así como quiero decir.

—De otra manera hay pocas probabilidades.

—Qué consejo daríais, pues, á un miembro de esta familia que soñase en la resurreccion de la gloria y el poder napoleónico?

—Le daría el consejo de que despertara.

—Y si persistia, apesar de este consejo, que á mi entender es tambien el mejor, y os pidiese otro?

—Entonces, madama, le diría que obtuviese la cancelacion de su destierro, que comprase una tierra en Francia, se hiciese elegir diputado, que procurase, con su talento, disponer de la mayoría de la cámara y se sirviese de ella para deponer á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar.

—Y pensais, respondió la duquesa de Saint-Leu sonriendo con melancolía, que cualquier otro medio saldria mal?

—Estoy convencido de ello.

Suspiró la duquesa.

En este momento llamaron á almorzar; nos encaminamos al castillo pensativos y silenciosos. Durante toda la vuelta no me dirigió una sola palabra, pero cuando llegamos á la puerta, se detuvo y me miró con una expresion indefinible.

—Ah! me dijo, quisiera que mi hijo estuviera aquí y que hubiese oído lo que acabais de decir....!

CAPÍTULO VII.

ESTA muerte del duque de Reichstadt que mencionaba en mi conversacion con la duquesa de Saint-Leu, habia acaecido el 22 de Julio de 1832.

Se sabe qué rumores resuenan siempre al rededor del féretro de los pretendientes; hacia tiempo, con razon ó sin ella, que los hombres políticos estaban convencidos de que el heredero de Napoleon debia morir jóven, y cuando se esparció la noticia de esta muerte, se contentaron con menear la cabeza, diciendo:

—Tenia un nombre demasiado grande para vivir.

Por lo demas, el ruido de esta muerte, en Francia, fué sordo y se estinguió pronto. Los partidarios mas ardientes del emperador hubieran temido la vuelta de un jóven educado en la escuela de M. de Metternich. En sus cabellos blondos, en sus facciones afeminadas, el duque de Reichstadt tenia mas de su madre que de su padre, mas de María Luisa que de Napoleon. No era de temer que fuese lo mismo en lo moral y que su corazon fuese mas austriaco que francés.

En resumen, murió; once años bastaron al ángel fúnebre para sellar la tumba del padre y del hijo; y como ya no se

temia la vuelta del desterrado de Santa-Helena, ni del pretendiente de Schœnbrunn, año y seis meses despues de esta muerte, volvió á tomar la estatua del emperador su lugar en la columna de la plaza de Vendome.

Decimos rapidamente lo que pasó en este intervalo cuyos dos grandes acontecimientos fueron la muerte de la religion sansimoniana y el nacimiento de la hija de la duquesa de Berry.

Nos es imposible seguir aquí la religion sansimoniana en todos los detalles de su nacimiento, de su desarrollo y de su muerte; nacida en el lecho de agonía de San Simon, creció en la calle de Monsigny, agonizó en Menilmontant y murió ante la corte de assises.

Comparecieron ahí, el 27 de Agosto, el padre Infantin, Michel Chevalier, Barrault, Duverrijer y Olinde Rodriguez.

Se les acusaba:

Primero. Del delito previsto por el art. 291 del Código penal, el cual prohibia las reuniones de mas de veinte personas.

Segundo. Del delito de ultraje á la moral pública y á las buenas costumbres.

MM. Infantin, Duverryer y Michel Chevalier fueron condenados á un año de prision y cincuenta francos de multa.

MM. Rodriguez y Barrault á cincuenta francos de multa solamente.

Y ahora, que no se nos cree del partido de los jueces contra los acusados; no, el juicio fué parcial, ó mas bien, ciego; los hombres que llamaron para dar la sentencia eran de buena fé pero de vista corta. No vieron sino un delito en una doctrina, ridícula en ciertos puntos, como lo son casi todas las doctrinas en su nacimiento, pero llena de porvenir en otros. El evangelio que reasumia la religion era corto y preciso: *á cada uno segun su capacidad, á cada uno segun sus obras.* Quizás faltaba caridad al principio, y no quedaria mas que

el cielo á los pobres de espíritu á los que Cristo tenia tanta lástima; pero sobre seguro, no carecia de lógica.

Ademas, era la primera vez que se rendia un grande homenaje á quien le toca de derecho: *el trabajo*, este esclavo de los siglos pasados se haria rey de los siglos futuros.

Tambien, sin la comunidad de la mujer y la abolicion de la herencia, el gobierno, notad que no decimos la justicia, no hubiera vencido á la religion sansimoniana.

En cuanto á nosotros, que hemos asistido como auditores y como amigos, á la mayor parte de las conferencias *Del padre*, lo repetimos, sin que nos alcanzase el fanatismo que inspiraba á los apóstoles, le comprendiamos y le creiamos sincero y real.

Volvamos al gobierno que reprimia el republicanismo social en la persona del padre Infantin, y el republicanismo revolucionario en la persona de Juan.

Se presentaban tres hombres reclamando la sucesion mortal de Casimiro Perier.

M. Dupin, M. Guizot; M. Thiers.

Entre estos tres hombres debia escojer Luis Felipe.

Dupin tenia todas sus simpatías. Hacia tiempo que M. Dupin estaba á la cabeza de los negocios contenciosos del duque de Orleans, y como el rey no veia en la administracion de la Francia mas que la conduccion de un negocio contencioso, esperaba que M. Dupin le ganara sus procesos con los reyes, sus vecinos, como se los habia ganado los compropietarios riverseños de sus propiedades.

Pero contra toda esperanza, M. Dupin fué menos dócil en el caso de los negocios públicos lo que habia sido en el caso de los negocios particulares. La conversacion entre el futuro ministro y el rey subió de cada lado, desde la escala de la obstinacion, hasta la escala de la discusion mas viva. En fin, perdiendo todo miramiento, exclamó M. Dupin:

—Teneos, Sire, veo que jamas podremos entendernos.

—Lo veo lo mismo que vos, caballero, respondió el rey

con una suprema aristocracia, solamente que no me atrevia á decíroslo.

Esta palabra que volvía á poner á M. Dupin en el lugar que pensaba el rey que no hubiera debido dejar, terminó la entrevista.

Quedaban MM. Guizot y Thiers.

Si el mérito de un primer ministro se mide por su impopularidad, ninguno, mas que M. Guizot, tenía derecho á la impopular herencia de Casimir Perier; pero en el momento en que se encontraban era peligroso afrontar el desafecto general que estaba anexo al hombre de Gand.

Separado M. Guizot se encontraban con M. Thiers.

Sí, pero el rey desconfiaba de M. Thiers; tenía en el fondo de esta lijereza, de esta murmuracion, de todos estos defectos, en fin, con ayuda de los que M. Thiers hacía perdonar sus cualidades; tenía un fondo de nacionalidad que no dejaba de inquietar infinitamente al hombre que había dejado hacer las expediciones rusas de Varsovia, las expediciones austriacas de Modena y Bolonia, y que se disponía á hacer la expedicion de Anvers.

Por otra parte se sabía que M. Thiers, gran estratégico en su historia de la Revolucion, tenía un deseo secreto de pasar de la teoria á la práctica.

Por consiguiente se desechó á M. Thiers.

Tras estos tres candidatos estaba, de pié, firme, inmóvil, incapaz de dar un paso hacia la cartera en cuestion, M. de Broglie, que era en la escuela doctrinaria lo que el padre Infantin en la escuela sansimoniana. El rey se volvió hacia M. de Broglie.

De esta manera, y bajo la proteccion del primer ministro, se utilizaria á M. Guizot y M. Thiers.

M. de Rémusat, uno de los adeptos de la escuela, se encargó de la negociacion.

M. de Broglie puso sus condiciones; se aceptaron, y la

Francia tuvo un ministerio que recibió el nombre del ministerio del 11 de Octubre.

Se componia:

De M. de Broglie, ministro de negocios extranjeros;

De M. Thiers, del interior;

De M. Guizot, de instruccion pública;

De M. Humann, de hacienda;

Del mariscal Soult, de guerra;

De M. Barthe, de justicia;

El mariscal Soult conservó el título de presidente del consejo, aunque en realidad, M. de Broglie era el gefe del gabinete.

Por lo demas, para *popularizar* á este ministerio, se le había preparado el cumplimiento de un grande acto:

El arresto de la duquesa de Berry.

Hemos visto que en la noche del 9 al 10 de Junio, la duquesa de Berry entraba en Nantes disfrazada de paisana.

La esperaba un asilo en casa de la señorita Duguigny.

Este asilo era una boardilla, en el tercer piso, situada directamente bajo el tejado; al entrar á la derecha se encontraba una ventana que daba luz al departamento y caía á un patio interior; en el ángulo situado del mismo lado de la ventana, se había practicado, espresamente para la circunstancia, una chimenea cuya placa se abría de derecha á izquierda, y dejaba una abertura de un pié y medio de altura.

Era el último retiro preparado para la duquesa, en caso que invadiesen la casa.

Había dos catres de lona, uno para la duquesa, el otro sin duda para la señorita de Kersabiec.

Allí, al corriente de todo lo que pasaba, esperaba los acontecimientos y se disponía á aprovecharlos.

Sin saber en qué casa, la corte sabía perfectamente que

madama estaba en Nantes; por otra parte, al tiempo del proceso de los veinte y dos Vendéens (1), escribió la duquesa esta carta á su tia María-Amelia.

“Gualesquiera que sean las consecuencias que puedan resultarme de la posicion en que me he puesto llenando mis deberes de madre, jamas os hablaré de mi interés, madama; sino de los valientes que estarán comprometidos por la causa de mi hijo, no rehusaré hacer por salvarlos lo que honrosamente se pueda.

“Suplico, pues, á mi tia, conozeo su buen corazon y su religion, que emplee todo su influjo para interesar en su favor. El portador de esta hará detalles sobre su situacion; dirá que los jueces que les han dado son hombres con quienes se han batido.

“Apesar de la diferencia de nuestras situaciones, tambien hay un volcan bajo vuestros piés, madama, lo sabeis. He visto vuestros terrores, muy naturales, en una época en que yo estaba en seguridad, y no fuí insensible á ellos. Solo Dios conoce lo que nos destina, y quizas un dia me agradeceréis haber tenido confianza en vuestra bondad y haberos dado ocasion de hacer uso de ella para con mis desgraciados amigos. Creed en mi reconocimiento.

“Os deseo felicidad, madama, porque tengo muy buena opinion de vos para creer que sea posible que seais dichosa en vuestra situacion.

MARIA CAROLINA.”

Como lo decia madama en esta carta llena de tristeza y

(1) Este número 22 parece cabalístico en materia de procesos. Dos meses antes, como lo hemos dicho, habia habido el proceso de los 22 republicanos, y los girondinos de quienes Marat pidió y obtuvo la cabeza en 1793, eran tambien 22.

dignidad, el que la llevaba, oficial realista enteramente consagrado á su partido, podia dar todos los informes que se le pidiesen; pero la reina Maria Amelia estaba en una posicion muy embarazosa para aceptar el encargo que se le confiaba. Madama de Montalivet desdobló la carta, la leyó y subió á la habitacion de la reina, estuvo allí un cuarto de hora, bajó y volvió la carta al oficial, diciéndole que S. M. no podia recibirla.

En efecto, suponiendo á la reina iniciada en los secretos de su marido, era difícil la cosa.

El rey se disponia á hacer arrestar á su sobrina, por medio de un judío renegado.

Dentz; hay nombres que llegan á ser injurias mortales, Dentz, era el nombre de este judío.

Dentz habia acompañado á madama Bourmont en Londres y en Italia; habia visto á madama una vez al ir á Roma; la habia vuelto á ver al volver de Roma. Madama podia pues tener alguna confianza en él.

Dentz se presentó á M. Thiers exagerando esta confianza; pero se comprometia á entregar á la señora duquesa de Berry; los traidores son mas raros en Francia de lo que se cree; se presentaba uno era preciso no despreciarlo.

Discutieron la suma; se fijó en cien mil francos, y Dentz partió para Nantes, acompañado del comisario Joly, el mismo que, cuando el asesinato del duque de Berry, arrestó á Louvel.

Esta vez iba á cumplir contra la mujer la misma mision que habia cumplido contra el asesino del marido.

Cosa estraña es lo que se llama el *deber* entre los hombres públicos!

Por lo demas, la Restauracion habia dado este fatal ejemplo de la traicion puesta á precio.

Balmain no habia hecho traicion á Didier por una prima de veinte mil francos?

Dentz ilegó á Nantes, se hizo reconocer por los legitimis-

tas, dijo que estaba encargado de despachos importantes y declaró que no quería entregar estos despachos sino á la persona á quien venian destinados, es decir, á madama misma.

Previnieron á madama de lo que pasaba, y no concibió la menor sospecha.

El 30 de Octubre dió órdenes á M. Duguigny de que fuese al hotel de Francia, que preguntara por M. Gonzague, y se le acercase diciéndole: *Señor, llegáis de España?* y le presentase la mitad de una tarjeta partida.

Si M. Gonzague presentaba la otra mitad de esta tarjeta y se avenian las dos mitades, M. Duguigny debia conducir al mensajero.

M. Duguigny fué al hotel de Francia, y encontró á M. Gonzague, que no era otro que Dentz. Dentz llenó la condicion indicada, y M. Duguigny convencido de que habia encontrado realmente al hombre que necesitaba madama, se ofreció á guiarlo.

En el camino se detuvo Dentz, parecia inquieto, y quiso saber de una manera precisa á donde se le conducia.

—Os conduzco, dijo M. Duguigny, á una casa donde irá madama á daros audiencia, y que dejará despues.

Dentz no preguntó mas, y se dejó introducir á un cuarto donde estaban las dos señoritas. Duguigny, la señorita Stilyle de Kersabiec y M. Guibourg.

—Ha llegado madama, preguntó Duguigny, para hacer creer á Dentz que no habitaba en la casa.

—Creo que sí, respondió la señorita de Kersabiec, porque acabamos de oír ruido en el cuarto vecino.

A este tiempo entró M. de Menars,

Dentz se estremeció; aunque habia visto á M. de Menars en Italia no lo conoció.

—Qué es esto! dónde estoy? exclamó.

M. de Menars se dió á conocer, y Dentz se tranquilizó.

Tras de M. de Menars entró madama; pero Dentz declaró entonces que queria hablar á la duquesa á solas.

Madama cometió la imprudencia de hacerlo subir á la boardilla que hemos descrito, y que, como dijimos, era el escondite de la princesa.

Duró la conferencia hasta las ocho de la noche.

Se fijó otra para el dia 6 de Noviembre en el mismo lugar.

CAPÍTULO VIII.

EL 6 por la mañana, Deutz fué á ver á M. de Bourmont, le anunció que en la tarde debia ver á la duquesa, é insistió con ahinco para que asistiese á la entrevista.

Deutz queria hacer prender al mariscal junto con madama; pero M. de Bourmont habia resuelto dejar á Nantes; y por su fortuna, sin haber dicho nada de sus proyectos á Deutz, salió de la ciudad cerca de las cinco de la tarde, aunque acometido de una calentura ardiente, y que necesitaba del brazo de un amigo para tenerse en pié.

Al mismo tiempo la autoridad tomaba todas sus medidas, porque era en la misma tarde en la que debía ser arrestada la duquesa de Berry.

A la hora convenida, Deutz fué introducido cerca de la princesa. Esta vez estaba enteramente tranquilo, y mada-

tas, dijo que estaba encargado de despachos importantes y declaró que no quería entregar estos despachos sino á la persona á quien venian destinados, es decir, á madama misma.

Previnieron á madama de lo que pasaba, y no concibió la menor sospecha.

El 30 de Octubre dió órdenes á M. Duguigny de que fuese al hotel de Francia, que preguntara por M. Gonzague, y se le acercase diciéndole: *Señor, llegáis de España?* y le presentase la mitad de una tarjeta partida.

Si M. Gonzague presentaba la otra mitad de esta tarjeta y se avenian las dos mitades, M. Duguigny debia conducir al mensajero.

M. Duguigny fué al hotel de Francia, y encontró á M. Gonzague, que no era otro que Dentz. Dentz llenó la condicion indicada, y M. Duguigny convencido de que habia encontrado realmente al hombre que necesitaba madama, se ofreció á guiarlo.

En el camino se detuvo Dentz, parecia inquieto, y quiso saber de una manera precisa á donde se le conducia.

—Os conduzco, dijo M. Duguigny, á una casa donde irá madama á daros audiencia, y que dejará despues.

Dentz no preguntó mas, y se dejó introducir á un cuarto donde estaban las dos señoritas. Duguigny, la señorita Stilyle de Kersabiec y M. Guibourg.

—Ha llegado madama, preguntó Duguigny, para hacer creer á Dentz que no habitaba en la casa.

—Creo que sí, respondió la señorita de Kersabiec, porque acabamos de oír ruido en el cuarto vecino.

A este tiempo entró M. de Menars,

Dentz se estremeció; aunque habia visto á M. de Menars en Italia no lo conoció.

—Qué es esto! dónde estoy? exclamó.

M. de Menars se dió á conocer, y Dentz se tranquilizó.

Tras de M. de Menars entró madama; pero Dentz declaró entonces que queria hablar á la duquesa á solas.

Madama cometió la imprudencia de hacerlo subir á la boardilla que hemos descrito, y que, como dijimos, era el escondite de la princesa.

Duró la conferencia hasta las ocho de la noche.

Se fijó otra para el dia 6 de Noviembre en el mismo lugar.

CAPÍTULO VIII.

EL 6 por la mañana, Dentz fué á ver á M. de Bourmont, le anunció que en la tarde debia ver á la duquesa, é insistió con ahinco para que asistiese á la entrevista.

Dentz queria hacer prender al mariscal junto con madama; pero M. de Bourmont habia resuelto dejar á Nantes; y por su fortuna, sin haber dicho nada de sus proyectos á Dentz, salió de la ciudad cerca de las cinco de la tarde, aunque acometido de una calentura ardiente, y que necesitaba del brazo de un amigo para tenerse en pié.

Al mismo tiempo la autoridad tomaba todas sus medidas, porque era en la misma tarde en la que debía ser arrestada la duquesa de Berry.

A la hora convenida, Dentz fué introducido cerca de la princesa. Esta vez estaba enteramente tranquilo, y mada-

ma no le notó ninguna turbacion. Durante la entrevista, entró un jóven y mandó á la duquesa una carta en la que la anunciaba que la hacian traicion.

La duquesa dió la carta á Deutz.

El miserable era tan dueño de sí, que ningun cambio se notó en su fisonomía, y se despidió protestando su rendimiento y fidelidad.

Pero la casa estaba cercada, y la puerta de la calle que se habia cerrado tras de Deutz, se volvió á abrir inmediatamente para dar paso á los soldados precedidos de los comisarios de policia que se lanzaron á la casa pistola en mano.

Sin embargo, no invadieron tan rapidamente la casa, que madama, la señorita Stélyle de Kersabiec, M. de Mesnars y M. Guibourg no tuviesen tiempo de refugiarse en su escondite.

Cuando los gendarmes entraron en el cuarto, los cuatro habian desaparecido.

En apariencia, la casa ya no estaba ocupada mas que por las dos señoritas Duguigny, madama de Charette y la señorita Celeste de Kersabiec.

Al momento, M. Mauricio Duval ordenó que se hiciesen las pesquisas mas minuciosas.

Sobre todo el cuarto designado por Deutz como sala de recibir de la duquesa, fué objeto de las mas constantes investigaciones.

No se encontró nada; pero sin embargo, como estaban seguros de que la duquesa no habia salido de la casa, se decidió que fuese ocupada militarmente mientras la descubrian.

Dos gendarmes se instalaron en el tejado; el general Dermoucourt, comandante militar de la ciudad de Nantes, su secretario Rusconi y el prefecto, M. Mauricio Duval, ocuparon el primer piso.

La duquesa de Berry y sus compañeros, separados de los

que los buscaban, por un simple tabique, habian asistido invisibles al consejo tenido, y comprendido con una verdadera desesperacion la determinacion tomada.

Pronto un calor insoportable invadió el escondite. Los dos gendarmes que habian quedado de centinelas en el cuarto, procuraron para combatir el frio que los acometia, hacer lumbre con paquetes de *Quotidiana* que habian encontrado sobre una mesita que estaba cerca de la ventana.

Aun se sostuvieron algun tiempo los prisioneros; respiraban por medio de una pequeña abertura á la cual arrimaban la boca uno tras de otro; en fin, no pudieron resistir mas, el fuego se habia comunicado de la placa hecha ascua al vestido de madama.

La señorita Stélyle de Kersabiec gritó:

—Vamos á salir, quitad el fuego.

Los gendarmes se quedaron atónitos; pues ignoraban de donde venia esta voz. Sin embargo obedecieron, sacaron el fuego, y la placa de la chimenea se abrió empujada por una patada de M. Guibourg.

Cinco minutos y los prisioneros se hubieran asfixiado.

Corrieron á prevenir al general Dermoucourt, mientras los prisioneros salian arrastrándose por el hogar abrasador.

Cuando llegó el general ya estaban los cuatro fuera del escondite.

El traje de madama era de una tela de lana verde llamada Napolitana, cuya parte inferior, como dijimos, estaba enteramente quemada.

Sobre este vestido llevaba un delantal de seda negra. En las bolsas traia trece mil quinientos francos que al momento dió á los gendarmes.

Su calzado consistia en unas pantuflas de orillo.

Diez y seis horas habia estado en el escondite.

Luego que vió al general se le acercó.

—General, le dijo, fio en vuestra lealtad.

—Madama, respondió éste, estais bajo la salvaguardia del honor francés.

Dos dias despues se embarcaba la duquesa en un pequeño brick de guerra mandado por el capitán Mollien.

Iban con ella M. de Mesnars y la señorita de Kersabiec, Todo lo que poseia lo llevaba en un pañuelo.

¡Oh reina María Amelia! ¡qué lágrimas tan amargas deramariais cuando supisteis que insultada por un prefecto que permaneció ante ella con el sombrero puesto, vuestra sobrina, la nuera de Carlos X, á cuya sollicitacion debió vuestro marido el título de A. R., la llevaban presa á la ciudadela de Blaye, donde se le preparaba el deshonor de un parto público!

Y sin embargo, aun debió tener la duquesa dulces momentos en esa ciudadela de Blaye, donde recibió tantas señales de rendimiento.

M. de Chateaubriand, la escribió de Génova:

“Madama: me juzgareis muy temerario al importunaros en semejante momento, suplicándoos me otorgueis una gracia, última ambicion de mi vida: desearia ardientemente que me contaseis en el número de vuestros defensores. No tengo ningun título al favor que solicito de vuestra nueva grandeza; pero me atrevo á pedirla en nombre de un príncipe cuyo historiador os dignasteis nombrarme. Lo espero aun como el precio de la sangre de mi familia. Mi hermano tuvo la gloria de morir con su ilustre abuelo, M. de Malesherbes, defensor de Luis XVI, el mismo dia, la misma hora, por la misma causa y sobre el mismo cadalso.”

Estos testimonios de adhesion le eran tanto mas preciosos cuanto que acababan de quitarle á sus dos mejores amigos, M. de Mesnars y la señorita Stélyle de Kersabiec, y que los habian reemplazado por M. de Brissac y madama

de Hautefort, los dos celosos realistas, los dos servidores decididos de la princesa, pero que no eran amigos tan antiguos como aquellos de quienes la habian separado.

Esta aprehension de la duquesa de Berry produjo una sensacion inmensa en Paris, y puso en grande embarazo al gobierno que la habia efectuado.

En efecto, qué iba á hacer el rey? Delataria á la princesa á los tribunales? Atraeria sobre su cabeza, culpable del mismo crimen, el mismo castigo que habia hecho caer sobre las cabezas republicanas?

Ó bien, cediendo á consideraciones de familia, á los lazos del parentesco, se contentaria con hacer arrojar impune sobre las costas de Italia á la mujer que acababa de sublevar la Vandée?

Si entregaba á la princesa á un proceso público, se malquistaba con todos los soberanos de Europa.

Si la enviaba sana y salva, se esponia á las justas acusaciones, no solo del partido republicano, sino tambien del lado izquierdo de la cámara.

Tuvo lugar en la cámara una sesion vehemente que no produjo mas que redoblar la odiosidad entre los partidos, y las amenazas entre los adversarios.

De repente llegó á las Tullerías un despacho telegráfico fechado el 17 de Enero.

“En la noche del 16 al 17, decia este despacho, madama la duquesa de Berry ha tenido vómitos.”

“Se cree que S. A. R. está en cinta.”

Era un medio triste, un medio casi vergonzoso de salir del paso; pero en fin, era un medio de salir de él.

La noticia se acogió con alegría.

El 22 de Enero por la mañana, los diarios ministeriales anunciaron que MM. Orfila y Auvity habian salido para Blaye, donde los llamaban para un caso de medicina legal.

Causó grande emocion la lectura del terrible despacho.

Cuál era este caso de medicina legal que iban á justificar los dos ilustres intérpretes de la ciencia?

El 24 de Enero, MM. Orfila y Auvity llegaron á Blaye-fuieron recibidos por la princesa, y probaron, en una relacion hecha de acuerdo con MM. Gintrac y Berthe:

“Que la princesa, nacida de padres tísicos presentaba los síntomas de una afeccion pulmonaria, que estaba sujeta á inflamaciones de pecho y entrañas, que casi siempre despues de sus paseos por la muralla, se veia acometida de una tosecita seca cuyo carácter era alarmante, que su salud reclamaba precauciones serias; que debia imponerse, en fin, la obligacion de no salir sino cerca de medio dia, sobre todo en una ciudad en que el frio era tan vivo, y en que las nieblas, causadas por la proximidad del rio, eran espesas y mal sanas.”

No era esto lo que esperaba el gobierno; y por lo tanto se ocultó entre los papeles del ministerio del interior, en el que M. d'Argout acababa de reemplazar á M. Thiers.

Sin embargo, la famosa frase de los diarios ministeriales: *para resolver un caso de medicina legal*, hizo su efecto.

El *Corsaire*, en su calidad de escaramuzador, fué el primero que creyó descubrir el misterio oculto en esta frase, y dejó entrever que este caso de medicina legal, podia ser muy bien una preñez.

Al dia siguiente, M. Eugenio Briffaut se batió con un realista, y salió herido de un brazo.

A los dos dias, el *Corsaire* reprodujo una acusacion mas afirmativa y recibió otra provocacion.

Era mal medio de hacer callar al partido republicano, esta política de intimidacion, á él que se distinguia, sobre todo, por un valor insensato que lo ponía siempre por delante.

Tambien, el mismo dia, el *National* y la *Tribune* arrojaban desdeñosamente el guante á los legitimistas.

Siempre el primero sobre la brecha en esta clase de negocios, Armando Carrel escribia en el *National*.

“Parece que ha llegado el momento de probar la famosa liga carlo-republicana: para esto no tienen que hacer los señores caballeros-sirvientes mas que decir cuantos son; que se vean una vez y no se vuelva á tratar de ello; nosotros no hemos de ir á buscar gentes del justo-medio para que nos ayuden.”

Al mismo tiempo Godofredo Cavaignac, Marrast y Garderin, á nombre del partido republicano, dirigian este cartel al diario el *Revenant*:

“Os enviamos una lista de doce personas; no os pedimos tampoco doce duelos simultáneos, sino doce duelos sucesivos, en tiempos y lugares en que convendremos con facilidad: nada de excusas ni pretextos que no os salvarian de una cobardía, ni sobre todo de las consecuencias que arrastra; entre vuestro partido y el nuestro se ha empeñado la guerra en lo de adelante por un combate: no habrá tregua hasta que uno de los dos se haya doblegado ante el otro.”

El 2 de Febrero tuvo lugar el primer duelo entre MM. Roux Laborde y Armando Carrel; siempre caballeresco hasta la exageracion, Armando Carrel no habia querido ceder á nadie la primacia.

El combate duró mas de tres minutos; M. Roux Laborde recibió dos heridas ligeras en el brazo: M. Armando Carrel una grave en el costado derecho.

La espada habia atravesado la hiel.

Dificil seria formarse una idea de la sensacion que produjo este primer combate; M. de Chateaubriand y M. Dupin se encontraron en la puerta del herido, cuando iban á informarse de su estado.

Se decidió que los combates continuasen, y se reunieron para decidir el lugar y las armas.

CAPÍTULO IX.

PERO el gobierno que quizá se había alegrado de ver á sus enemigos próximos á destruirse unos á otros, ciertamente se asustó cuando vió el efecto que produjo la primera sangre que se derramó; tomó todas sus medidas para sobreponerse á la situación; hubo algunos arrestos, y velaron de tal modo á republicanos y realistas, que se frustraron dos duelos por la presencia de los gendarmes en el lugar designado.

En fin, el 26 de Febrero, se leía en el *Moniteur* esta declaración dada por la duquesa de Berry, al general Bugeaud, gobernador de la ciudadela de Blaye:

“Precisada por las circunstancias y por las medidas que ha tomado el gobierno, aunque tenga graves motivos para tener oculto mi casamiento, creo de mi deber, tanto por mi como por mis hijos, declarar que me casé secretamente durante mi mansión en Italia.

MARIA CAROLINA.”

Esta declaración, que no era todavía el parte oficial de la preñez, pero que era un paso visible á este anuncio, consternó al partido legitimista, que no encontró otro medio

que negar resueltamente que esta declaración fuese de la duquesa.

Los que mas concedían al gobierno de Luis Felipe convenían en que esta declaración fuese efectivamente de ella, pero sostenían que la había firmado á la fuerza.

El gobierno decidió, pues, para callar á los incrédulos, que la duquesa de Berry, reconocida declaradamente en cinta, pariese públicamente, y que se estendería un proceso verbal de este parto.

A consecuencia de esto, M. Deneux, partero de la duquesa, partió para Blaye, donde llegó el 24 de Marzo de 1833.

La dificultad consistía en obtener el consentimiento de la princesa para este parto público.

Dos cosas la contenían.

Primeramente la vergüenza, el golpe mortal que con esta recibía su partido.

Después, lo que es duro decir, el temor de que esta vergüenza pública le hiciese perder el precio de ella misma, es decir, la libertad.

El general Bugeaud procuró asegurarla sobre esto; dió su palabra á la cual se sabía que jamás faltaba, y declaró que si el rey no cumplía su promesa, él cumpliría la suya: abriría las puertas de la ciudadela, se apoderaría de la corbeta *Capricieuse* y, bajo su responsabilidad, conduciría á madama á Sicilia.

A pesar de esta promesa, la duquesa, rehusando cuantos arreglos la proponían, escribió al general la carta siguiente:

“No puedo menos que agradeceros, general, los motivos que os han dictado las proposiciones que me habeis hecho: á la primera lectura, me decidí á responder negativamente; reflexionando, no he cambiado de idea; decididamente no haré ninguna petición al gobierno; si cree que debe poner condiciones á mi libertad, si lo cree necesario á mi salud enteramente destruida, *que me las haga conocer por escrito*; si

son compatibles con mi dignidad, juzgaré si puedo aceptarlas en cualquier caso. No puedo, general, olvidar que siempre habeis sabido unir al respeto y miramientos debidos al infortunio, las obligaciones que se os habian impuesto: tengo el gusto de manifestaros mi reconocimiento.

MARIA CAROLINA."

Fácilmente se comprende porque exigia la prisionera que el gobierno le diese por escrito las condiciones que le imponia.

Se resolvió entonces abstenerse del consentimiento de la prisionera.

El 24 de Abril por la mañana, entró el general Bugeaud al cuarto de la prisionera: traía en la mano una especie de proceso verbal, el cual la enteró se habia decidido que el parto fuese público.

Los que debian asistir á él eran:

Primeramente el sub-prefecto de Blaye;

Ademas el maire, uno de sus colegas, el procurador del rey, el presidente del tribunal, el juez de paz, el comandante de la guardia nacional, y dos cirujanos, MM. Dubois y Menière. Todos estos testigos debian entrar en el cuarto de la prisionera á los primeros gritos que diese; se justificaria la identidad de la princesa, se consignarian sus respuestas, se probaria su silencio; en caso de que gritase durante el parto, se tomaria nota de los gritos; hasta á los gemidos del niño se daba importancia, y debian ser mencionados en el proceso-verbal; ademas, los testigos visitarían el cuarto, los gabinetes, los estantes, los bufetes, los cajones de las cómodas, y hasta la cama de la princesa, para asegurarse de que no habia ningun recién nacido en el departamento.

En esta larga enumeracion de que cada palabra hacia sonrojar á la princesa, esta permaneció impassible, pero cuando añadió el general que se colocarian dos guardias en

el salon junto á la alcoba de la princesa, y que esta quedaria abierta, madama estalló de cólera.

—Oh! esto es demasiado, señor, exclamó, retiraos!

Y del salon en que se hallaba, se precipitó á su cuarto, y cerró la puerta con violencia.

Diez minutos despues se puso en cama la duquesa, con el rostro violeta, los labios contraídos, y todo el cuerpo agitado por la fiebre.

Casi por espacio de un dia no se meneó el niño, y se le creyó muerto.

Se han ponderado mucho los sufrimientos de María Antonieta en el Temple; María Antonieta en el Temple no disputa sino su vida, María Carolina en Blaye disputaba su honor.

Cuál sufriria mas, María Antonieta ó María Carolina?

A los tres dias de estar enferma, la prisionera, vencida, comenzó á parlamentar.

Se decretó un convenio bajo estas condiciones:

La duquesa de Berry consentia:

Primero. En hacer prevenir al general Bugeaud, á los primeros dolores que sintiese;

Segundo. Responder afirmativamente á esta pregunta que se le dirigiria: sois la duquesa de Berry?

Tercero. En fin, que si las personas que debian estar presentes en el acto del parto en calidad de testigos no llegaban sino despues de él las recibiria cuando M. Deneux lo juzgase conveniente.

En cambio de estas concesiones el general prometió á nombre del gobierno:

Primero. Que M. Dubois, á quien la duquesa odiaba, no entraria en su cuarto, por ningun pretesto;

Segundo. Que la pondrian en libertad luego que M. Deneux la creyese en estado de soportar el viaje;

Tercero. Que esta promesa sería deliberada en consejo, decretada y formada por cinco ministros á lo menos;

Cuarto. Que se le mandaría al general para que la conservara, el original ó una copia, firmada por los ministros.

Quinto. Que, en fin, la misma prisionera tendría una copia semejante, certificada.

Esta última cláusula en la cual insistía la duquesa *absolutamente*, faltó poco para que rompiese las negociaciones que se hacían por el telégrafo; en fin, se aceptaron por ambas partes, y pudieron dormir tranquilos en las Tullerías.

La duquesa de Berry, regenta de Francia, acababa de abdicar en Blaye, de un modo absolutamente diferente de como lo había hecho Carlos X en Rambouillet.

Este tratado, según creía madama, debía tener lugar la noche del 9 de Mayo.

El 9 de Mayo á las tres de la mañana, madama sintió los primeros dolores y dió los primeros gritos.

Nadie creía el acontecimiento tan próximo, por consiguiente á todos los cogió desprevenidos.

MM. Deneux y Menière dormían en el salon, transformado para ellos en recámara, á fin de que, si necesitaba prontamente su ministerio, no tuviesen que abrir mas que una puerta para llamarlos.

Esta puerta se abrió repentinamente y madama Hausler, que dormía cerca de la princesa, se precipitó gritando;— Venid, venid, M. Deneux, madama está pariendo.

M. Deneux se precipitó á su turno en el cuarto de madama, mientras M. Menière corrió á despertar al general.

El general mandó al momento que se hiciese la señal para llamar á los testigos.

Esta consistía en tres cañonazos.

Ahora dejemos hablar al proceso verbal; nada es mas elocuentemente terrible, á fé, que la fria rigidez de una pieza oficial.

Es una relacion que por lo menos tiene la sombría ventaja de ser irrecusable.

PROCESO-VERBAL

DEL PARTO DE LA DUQUESA DE BERRY.

“El diez de Mayo del año de mil ochocientos treinta y tres, á las tres y media de la mañana.

“Los que abajo firmamos: Tomas Roberto Bugeaud, miembro de la cámara de diputados, mariscal de campo, comandante en jefe de Blaye;

“Antonio Dubois, profesor honorario en la facultad de medicina de Paris;

“Carlos Francisco Marchand Dubreuil, sub-prefecto del departamento de Blaye;

“Daniel Teotimo Pastoureau, presidente del tribunal de primera instancia de Blaye;

“Pedro Fadaud, procurador del rey cerca del mismo tribunal;

“Guillermo Bellon, presidente del tribunal de comercio, colega del maire de Blaye;

“Carlos Bordes, comandante de la guardia nacional de Blaye;

“Elias Déserambes, cura de Blaye;

“Claudio Oliverio Dufressu, comisario civil del gobierno de la ciudadela;

“Testigos llamados á petición del mariscal Bugeaud, con efecto de asistir al parto de S. A. R., Maria Carolina, princesa de las Dos Sicilias, duquesa de Berry.

“M. Morlet, maire de Blaye, y M. Ségnier, juez de paz, designados igualmente como testigos, por hallarse en el campo, no se les ha prevenido á tiempo.

“Hemos ido á la ciudadela de Blaye á la casa habitada por S. A. R., se nos introdujo á un salon que precede á una alcoba en la cual estaba acostada la princesa.

“El Sr. Dr. Dubois, el señor general Bugeaud y el señor Delond, comandante, estaban en el salon desde que sintió los primeros dolores. Han declarado á los demas testigos que madama, la duquesa de Berry, acababa de parir con muy pequeños padecimientos; que la habian visto parir recibiendo los cuidados de los doctores Deneux y Menière, que M. Dubois habia permanecido en el departamento hasta despues del nacimiento del niño.

“El general Bugeaud entró y preguntó á la duquesa si queria recibir á los testigos.

“Respondió: sí, tan pronto como hayan limpiado y vestido al niño.

“Pocos momentos despues se presentó madama de Hautefort en el salon, invitando, de parte de la duquesa, á que entrasen los testigos é inmediatamente lo hicimos.

“Encontramos á la duquesa acostada en su cama, teniendo un niño recién nacido á su izquierda. A los pies de la cama estaban sentadas madama de Hautefort y madama Hausler.

“MM. Deneux y Menière estaban de pié á la cabecera.

“El señor presidente, Pastoureau, se acercó á la princesa y le hizo en voz alta las siguientes preguntas:

—“Es á madama, la duquesa de Berry, á quien tengo el honor de hablar?

—“Sí.

—“Sois efectivamente madama la duquesa de Berry?

—“Sí señor.

—“El niño recién nacido que está ahí es vuestro?

—“Sí, señor, este niño es mio.

—“De qué sexo es?

—“Es del sexo femenino. Por otra parte ya he encargado á M. Deneux que haga la declaracion.

“Y al momento, Luis Carlos Deneux, doctor en medicina, ex-profesor de clínica de partos de la facultad de Paris,

miembro titular de la academia real de medicina, hizo la declaracion siguiente:

“Acabo de partear á madama la duquesa de Berry, que se halla presente, esposa de legítimo matrimonio del conde Hector Lucchesi Palli, de los príncipes de Campo-Franco, gentil-hombre de cámara del rey de las Dos-Sicilias, domiciliado en Palermo.

“El señor conde de Brissac y madama la condesa de Hautefort, preguntados por nosotros si firmarian la relacion de lo que habian sido testigos, respondieron que habian venido para cuidar de la duquesa, como amigos, y no para firmar ningun acto.

“De todo lo que hemos formado el presente proceso-verbal en tres copias, de las cuales una se ha depositado, en nuestra presencia, en los archivos de la ciudadela, las otras dos se han remitido al señor general Bugeaud, gobernador, á quien hemos encargado las dirija al gobierno, y hemos firmado, despues de haberlo leído, el día, mes y año arriba dichos.

“Firmado: Deneux, A. Dubois, P. Menière, D. M. R. Bugeaud, Déserambes, cura de Blaye, Marchand Dubreuil, Bellon, Pastoureau, Nadaud, Bordes, Dellong y O. Dufresne.”

Que diferencia entre este parto del 10 de Mayo de 1833, en la ciudadela de Blaye, y el de 29 de Setiembre de 1820 en el castillo de las Tullerías.

El parto de la duquesa de Berry se anunció al gobierno por el telégrafo. No era demasiada la rapidez de éste cuando se trataba de una noticia tan feliz.

Por lo demas, cumplió fielmente su palabra: ninguno de los partidos opuestos al partido carlista, por cruel y encarnizado que fuese, tuvo valor de pedir para ella otro castigo que el que le imponía su tío.

El 8 de Junio, dejó María Carolina su prision; un buque

de vapor fondeaba delante de la ciudadela y debía conducir a la corbeta la *Agathe*, que la esperaba en la rada de Richard. Algunas personas aguardaban á la princesa á bordo del buque de vapor: eran el marques y la marquesa de Dampierre, el príncipe y la princesa de Baufremont, el marques de Barbanoir, el vizeconde de Menan, el conde Luis de Calvimont y el abate Sabatier, nombrado últimamente limosnero de la princesa.

A las nueve y cuarto la duquesa salió de su prision; cerca de ella iba la nodriza, cargando á la princesa Amalia-María-Rosalía, que, nacida en una prision, no debía salir de ella sino para entrar en la tumba. Detras de la duquesa y la nodriza venian M. de Mesnars, madama de Hautefort, M. Deneux, M. de Saint-Arnaud, ayuda de campo del general, la señorita Le Beschú y madama Hausler.

A las diez menos cuarto, estaba la princesa á bordo del buque de vapor que, á las diez, levaba el ancla y hacia rumbo hácia el mar.

Cerca de la una se ejecutó el trasborde sin accidente, y madama no tuvo ya mas compañía, en la *Agathe*, que la de las personas que debian ir con ella hasta Palermo.

Eran M. de Mesnars, el príncipe y la princesa de Baufremont, M. Deneux, M. Menière, el general Bugeaud y su ayuda de campo.

Ademas, agregados al servicio de la princesa, la señorita Le Beschú y madama Hausler.

El 9 de Junio la *Agathe* navegaba para Palermo, donde echó el ancla despues de una travesía venturosa.

Así acabó esta tentativa de sublevacion, fatal al partido vencido, pero aun mas fatal quizá al partido vencedor.

CAPÍTULO X.

DESPUES de las tentativas de revolucion siguieron las de asesinato.

Por los asesinatos políticos, se puede juzgar á que grado de civilizacion ha llegado un pueblo.

En las sociedades primitivas, entre las naciones nacientes, el asesinato existe en la familia; el hijo quiere suceder al padre, el hermano al hermano, la esposa al esposo; así murieron Pablo I, Pedro III y Pedro I.

En las sociedades que han llegado al segundo grado de civilizacion, el asesinato baja un grado y pasa de la familia á la aristocracia; ya no es la sucesion del hijo al padre, del hermano al hermano, de la mujer al marido la que consagra el veneno, el puñal ó la pistola, sustituyen en el poder una raza á otra raza; así murieron Carlos XII y Gustavo IV.

En las sociedades que han llegado al tercer grado, el asesinato baja hasta el pueblo: es únicamente la destruccion del trono, es la negacion de la monarquía; así han muerto entre nosotros, Henrique III, Henrique IV, matados por Jacobo Clément y Ravailac; así faltó poco para que muriese Luis XV, asesinado por Damien.

Las diferentes tentativas de asesinato ensayadas contra

de vapor fondeaba delante de la ciudadela y debía conducir a la corbeta la *Agathe*, que la esperaba en la rada de Richard. Algunas personas aguardaban á la princesa á bordo del buque de vapor: eran el marques y la marquesa de Dampierre, el príncipe y la princesa de Baufremont, el marques de Barbanoir, el vizeconde de Menan, el conde Luis de Calvimont y el abate Sabatier, nombrado últimamente limosnero de la princesa.

A las nueve y cuarto la duquesa salió de su prision; cerca de ella iba la nodriza, cargando á la princesa Amalia-María-Rosalía, que, nacida en una prision, no debía salir de ella sino para entrar en la tumba. Detras de la duquesa y la nodriza venian M. de Mesnars, madama de Hautefort, M. Deneux, M. de Saint-Arnaud, ayuda de campo del general, la señorita Le Beschú y madama Hausler.

A las diez menos cuarto, estaba la princesa á bordo del buque de vapor que, á las diez, levaba el ancla y hacia rumbo hácia el mar.

Cerca de la una se ejecutó el trasborde sin accidente, y madama no tuvo ya mas compañía, en la *Agathe*, que la de las personas que debian ir con ella hasta Palermo.

Eran M. de Mesnars, el príncipe y la princesa de Baufremont, M. Deneux, M. Menière, el general Bugeaud y su ayuda de campo.

Ademas, agregados al servicio de la princesa, la señorita Le Beschú y madama Hausler.

El 9 de Junio la *Agathe* navegaba para Palermo, donde echó el ancla despues de una travesía venturosa.

Así acabó esta tentativa de sublevacion, fatal al partido vencido, pero aun mas fatal quizá al partido vencedor.

CAPÍTULO X.

DESPUES de las tentativas de revolucion siguieron las de asesinato.

Por los asesinatos políticos, se puede juzgar á que grado de civilizacion ha llegado un pueblo.

En las sociedades primitivas, entre las naciones naciendes, el asesinato existe en la familia; el hijo quiere suceder al padre, el hermano al hermano, la esposa al esposo; así murieron Pablo I, Pedro III y Pedro I.

En las sociedades que han llegado al segundo grado de civilizacion, el asesinato baja un grado y pasa de la familia á la aristocracia; ya no es la sucesion del hijo al padre, del hermano al hermano, de la mujer al marido la que consagra el veneno, el puñal ó la pistola, sustituyen en el poder una raza á otra raza; así murieron Carlos XII y Gustavo IV.

En las sociedades que han llegado al tercer grado, el asesinato baja hasta el pueblo: es únicamente la destruccion del trono, es la negacion de la monarquía; así han muerto entre nosotros, Henrique III, Henrique IV, matados por Jacobo Clément y Ravailac; así faltó poco para que muriese Luis XV, asesinado por Damien.

Las diferentes tentativas de asesinato ensayadas contra

Luis Felipe tuvieron por fin no solo la destrucción del rey, sino la del cetro; un solo y único principio que hiere por las manos de nuestros asesinos: Fiesche, Alibaud, Mercier Lecomte, son los continuadores de Louvel.

El primer asesinato in-entado contra Luis Felipe fué el que se ha colocado en la historia bajo el nombre de asesinato de Pont-Royal, ó asesinato del pistoletazo.

No hubo nada formal, y nadie hizo mucho alto. Una joven llamada señorita Burg, representó un papel que muchas personas creyeron mas bien del dominio de la fábula que de la historia. MM. Bergeron y Benoit fueron encausados y exonerados.

Fué real el atentado, ó el poder como fué acusado, representó en esta circunstancia, el papel que el capuchino Chabot queria hacer representar á Grangeneuve? Únicamente que Chabot decia á Grangeneuve: "¡Mátame!" y el poder habria dicho al autor incógnito del atentado del 19 de Noviembre: "¡Falto yo!"

Despues vino la guerra de Bélgica y el sitio de Anvers, guerra estraña en la que Francia peleó contra sí misma, sitio en que el príncipe real hizo de un modo tan glorioso su primera campaña.

Sin embargo crecia la irritacion: un dia la *Tribune* acusó al gobierno de que queria rodear á Paris de fortificaciones; únicamente que eran al reves de las fortificaciones ordinarias, estas estaban destinadas como las de Gand, no para defender sino para comprimir la ciudad.

Hacia tiempo que el gobierno habia adoptado el fatal sistema de formar procesos á la prensa. No se destruyen los diarios con multas; se exaspera á los hombres con la prision.

Toda la cámara se levantó contra la *Tribune*; doscientos cinco votos contra noventa y dos decidieron que fuese citada la *Tribune* ante la cámara; y el administrador del diario, M. Lione, á quien se daba como á Carlos I, un parlamento

por juez, fué condenado á tres años de prision y diez mil francos de multa.

En lo de adelante habia un duelo entre la prensa y la cámara. La *Tribune*, herida, contestó, y, ahora, tiró á fondo.

Habia en la cámara ciento veinte y dos diputados funcionarios públicos; estos ciento veinte y dos diputados tenían dos millones de tratamientos por cargos que no cumplian; por ejemplo, uno de ellos M. Destournel, diputado por el Norte, era ministro en Colombia.

Existia un impuesto sobre fierros de tres millones trescientos ochenta mil francos; la *Tribune* firmó que se hubie-ra abolido este impuesto si veinte y seis diputados ministeriales no hubiesen tenido interes en que se mantuviese.

La *Tribune* sostuvo aun que, hacia tiempo, que la lista civil debia al tesoro una suma de tres millones quinientos tres mil seiscientos siete francos, y puso al ministro en el caso de reponer esta suma en los cofres del Estado.

En fin, sentó un hecho estraño que, no solo desprecian-do las leyes francesas, Luis Felipe, cuando subió al trono, habia hecho donacion de sus bienes á sus hijos, á lo que no tenia derecho, sino aun que en el registro de esta donacion, registro que debia pagarse adelantado, no se halla baintegralmente pagado al cabo de tres años.

Ademas, se corrió la voz de que en el hotel-Laffitte, se habia puesto un cartel en el que se leian estas palabras: *Hotel de venta.*

Así el golpe dado por Luis Felipe á su antiguo amigo, á al hombre que lo habia hecho rey, fué mortal: la venta del bosque de Breteuil, conocida por el registro, habia cortado en su base el crédito de M. Laffitte; M. Laffitte estaba ar-ruinado. ®

Se abrió una suscripcion nacional para comprar este hotel donde, si no se habia formado, se habia desenlazado la re-volucion de 1830.

Se notó que la corte no suscribió.

Sin embargo era una buena ocasion de colocar un millon; y mas diremos, un millon colocado con buenos réditos.

Entretanto se dió una ley que hacia resaltar la situacion bastarda de esta monarquía, hija de una revolucion, que renegaba de su madre.

Se anuló la ley de 19 de Enero de 1816, relativa al aniversario *del dia funesto para siempre deplorable* 21 de Enero de 1793.

Si el aniversario de 21 de Enero era *un dia funesto y por siempre deplorable*, por qué se anulaba la ley que hacia de este dia un dia de luto?

Todo esto hacia dudar amargamente; aun los mismos que defendian á las claras la marcha del gobierno se inquietaban en secreto al ver el declive de esta pendiente por la cual se deslizaba; el rey juzgó conveniente dar un gran golpe para reconquistar su popularidad, y, el 29 de Julio de 1833, olvidando la carta que habia escrito á Luis XVIII en 1814, y en la cual se leian estas palabras: "Mis votos, por lo menos, apresuren la caida de Bonaparte á quien odio tanto como desprecio," el rey mandó que la estatua del hombre aborrecido y despreciado por él, reapareciese en lo alto de la columna de la Plaza de Vendôme.

Mas tarde hizo mas: conociendo que su popularidad caia mas, envió á su mismo hijo á buscar en Santa Helena las cenizas de ese hombre á quien ya no se odió ni despreció, luego que conocieron cuanta popularidad se le podia hacer sudar á su cadáver.

Volvamos á esta inquietud que agitaba á la sociedad, y que se hubiera creido sostenida con designio por las reacciones del gobierno y las violencias de la policia.

M. Gisquet ocupaba en esa época el ministerio de la calle de Jerusalem; le pareció ingenioso estender la obligacion del timbre á los folletos.

Pero era un gran negocio la aplicacion del timbre á los

folletos de los cuales se vendian hasta cincuenta mil en un dia.

Como ninguna ley los sometia al timbre, el diario el *Bon-Sens* que, solo suyos, eran mas de las tres cuantas partes de los que se vendian, el diario el *Bon-Sens* continuó imprimiendo sus folletos y los pregoneros vendiéndolos.

Arrestarán á los pregoneros.

Los diarios acusaron á los agentes de la autoridad ante los tribunales, y fueron condenados.

No por esto dejó la policia de hacer sus arrestos.

Entonces M. Rodde, que, con Cauchois-Lemaire, redactaba el *Bon-Sens*, resolvió desafiar directamente á la policia: M. Rodde escribió á todos los diarios el 5 de Octubre de 1833, que, el domingo siguiente, distribuiria él mismo los folletos patrióticos del *Bon-Sens*; la distribucion tendria lugar en la plaza de la Bourse.

Si la policia intentaba arrestarlo, se defenderia hasta la muerte.

Va sin saber que una parte del pueblo parisiense estuviese en la cita.

M. Rodde debia llegar á las dos; desde las doce se encontraba la plaza llena de gente, y en las ventanas habia un gran número de espectadores, como en los palcos sobrepuertos de un inmenso circo.

A las dos se oyó un gran murmullo entre la multitud; lo causaba M. Rodde que acababa de entrar en la lisa.

Traia el traje de los pregoneros públicos, es decir, una blusa color de amaranto y un sombrero barnizado en el que se veia esta inscripcion:

PUBLICACIONES PATRIÓTICAS.

De la caja que traia suspendida á su lado, y en la cual estaban sus folletos, salian las culatas de dos pistolas.

Se oyó un gran grito: ¡Viva Rodde! ¡Viva el defensor de la libertad! ¡Respeto á la ley!

La policía retrocedió ante esta rigurosa demostracion, como lo habia hecho ante el manifiesto de Carrel, y M. Rodde entró á su casa sin que nadie se metiese con él.

De estos varios descalabros sufridos por el gobierno resultó una gran irritacion, y los gefes del poder se hacian entre sí la promesa de tomar la revancha en la primera ocasion que se les presentase.

No se hizo esperar esta ocasion; estalló en Lyon otra revolucion, pero fué sofocada por M. de Gasparin y el general Aymar.

La *Tribune* entonces publicó esta noticia:

“En Lyon se ha proclamado la república y un gobierno provisional; la insurreccion cunde por todas partes: Saint-Étienne envia diez mil obreros armados; en Dijon, se han apoderado de los despachos, en Befort, un regimiento ha secundado el grito de Lyon.”

El dia siguiente, 13 de Abril, se habia fijado este cartel en la puerta Saint-Martin:

“Se ha roto por fin esta larga cadena de tiranías humillantes, de perfidias infames, de traiciones criminales; nuestros hermanos de Lyon han conocido cuán efímera es la fuerza brutal de los tiranos contra el patriotismo republicano. Lo que los mutuelistas han comenzado con tanto éxito, los vencedores de Julio vacilarán en concluirlo? dejarán escapar tan bella ocasion de reconquistar esta cara libertad, por la que ha corrido tanto tiempo la sangre francesa? Ciudadanos: tantos sacrificios generosos no se harán infructuosos por una cobardía indigna. *A las armas! A las armas!*”

En esa época de exasperacion mútua, en que se respiraba, por decirlo así, el odio en una atmósfera cargada de pasiones no se necesitaba mas para acarrear una colision. En efecto, una hora despues de fijados estos carteles, una multitud de hombres armados se dirigian al bulevar de Saint-Martin,

rompiendo los reverberos, desempedrando las calles y construyendo barricadas.

A la misma hora se manifestó un movimiento semejante en las calles Grenier-Saint-Lazare, Beaubourg, Transnoain y Michel-le-Comte.

Este movimiento venia de lejos: nacido en Saboya, habia partido de Génova, ganó la Italia, y, sofocado por Carlos Alberto, el rey carbonario, venia á Paris por Lyon.

Era el Vesubio y el Etna, con sus canales misteriosos, sus fuegos subterráneos y sus cráteres que se abrian de repente.

Comprímieron la insurreccion en Lyon y en Paris; pero de qué manera y por qué medios!

Leed algunos de los certificados dados en Lyon, y despues nosotros os mostraremos algunas de las deposiciones hechas en Paris.

Estos certificados, recojidos por un simple particular, que sin dudarlos, formaba la historia (1), están copiados por nosotros en la *Historia de Diez Años*, sin cambiar nada ni en el estilo ni en la ortografía:

“Este dia primero de Mayo de mil ochocientos treinta y cuatro, los que suscribimos Buenaventura Gallant, propietario mercader de maderas, gran camino de Paris; y Barthelemy Duperay, propietarios, fabricante negociante, calle Profetée, núm. 8; y Honoré Picotin, mercader de vino, antiguo camino de Paris, tambien propietario, y Juan Chagny, propietario, tabernero, calle Profetée, núm. 9; certificamos: en obsequio de verdad, que María Grisot, esposa de Luis Saugnier, muselinero, que viven en Vaise, calle Profetée, núm. 14. Habiéndose fugado la susodicha, de su domicilio para refugiarse en casa del Sr. Boquet, cerrajero, que vive en el camino de Bourbonais, donde creyó estar mas

(1) *M. Charnier.*

segura, por estar mas distante del arrabal; fué fusilada sin que hubiese dado motivo de ninguna manera para semejante tratamiento, deja á su esposo, hombre de una probidad intacta, padre de cuatro niños, de los cuales tres todavía en la niñez. En fé de que, le hemos firmado el presente, para que salga de derecho.

“En Vaise, el 1.º de Mayo de 1834.

“*Picotin, Duperay, Charnier, Golland.*”

“Visto en la alcaldía de Vaise, 1.º de Mayo de 1834, para legalizacion de las firmas puestas antes en número de cuatro.

“El maire, *Erhard*, agregado.”

“Los abajo firmados, todos habitantes del Departamento de Vaise, certificamos en obsequio de la verdad, que el llamado Claudio Seve, anciano de setenta años, que vive en casa de su hija, llamada María Seve, lavandera, camino de Bourbonnais y calle Profetée, casa de Sourdillon, en el segundo piso, el 12 de Abril de 1834, ha sido fusilado y atravesado á bayonetazos en su cama, y arrojado en seguida por la ventana por los soldados del 28.º regimiento de línea. Añadimos, ademas, que han roto y hecho pedazos y arrojado por la ventana toda la ropa blanca y ajuar de su hija, que estaba ausente en este momento. En fé de lo que hemos firmado el presente para que sirva cuando se necesite.”

“Vaise, 28 de Abril de 1834.

“*Cimetier, Simonaud, Benoit, Noel, Charnier, Plagne, Antonio Verne.*”

“El maire, *Erhard*, agregado.”

“Los abajo firmados, atestiguamos que el Sr. Francisco Lavergnat-Cadet, laborante, que vive en Vaise calle Profetée, ha sido arrancado del domicilio del Sr. Veron, fabricante de mantas, su vecino (donde estaba pacífico é inofensivo), por soldados del 15.º regimiento lijero, para fusilarlo, sin que le haya sido posible hacer oír la menor esplicacion, que no hubiera dejado ninguna duda de su justificacion. En fé de lo que hemos firmado el presente para que sirva á su viuda.

“Vaise, arrabal de Lyon, 29 de Abril de 1834.

“*J. Pelugaud, Damet, Galland, Berthand.*”

“Visto en la alcaldía de Vaise, el 30 de Abril de 1834, para legalizacion de las firmas arriba puestas, en número de cuatro.

“El maire, *Erhard*, agregado.”

“Los que suscribimos, certificamos que el señor Estevan Julien, de oficio laborante, que vive en Vaise, calle Profetée, casa de Magny núm. 7, ha sido arrancado de su domicilio, donde estaba pacífico é inofensivo, por soldados del 28.º y otros regimientos para fusilarlo, lo que hemos visto ejecutar al momento, sin que le haya sido posible hacer oír la menor esplicacion que hubiera sido sincera, y no es posible que pueda haber una mas justificativa. En fé de lo que hemos firmado la presente, el 26 de Abril de 1834.

“*Tridon Escoffier.*”

“Los abajo firmados, habitantes del departamento de Vaise, certificamos que el Sr. Benoit Herault, de oficio albañil,
TOMO II.—14

que vive en Vaise, calle Profetée, casa de Magny, núm. 7, ha sido arrancado de su domicilio donde estaba pacífico é inofensivo, por soldados del 28.º de línea y otros regimientos, para ser fusilado, sin que le fuese posible hacer oír la menor esplicacion que hubiera sido sincera y justificativa. Además, los soldados han roto toda su vajilla, su armario. Deja á su mujer en cinta y dos chiquitos, de los que el mayor no tiene mas de cinco años; esta pobre familia, á consecuencia de este acontecimiento, se encuentra reducida á la mayor miseria si no se viene á socorrerla. En fé de lo que hemos firmado en honor de la verdad.

“Vaise, 28 de Abril de 1834.

“Antonio Verne, Charnier.

“Visto en la alcaldía de Vaise, el 29 de Abril de 1834, para legalizacion de las firmas antepuestas, en número de dos.

“El maire de Vaise, *Erhard*, agregado.”

“Los que suscribimos todos habitantes del Departamento de Vaise, certificamos en honor de la verdad, que el llamado José Nandry, de oficio carrocerero, que vive en Vaise, camino del Bourbonnais, casa de Guillermo Laroche, posadero, ha sido arrancado de su domicilio el 12 de Abril de 1834, donde estaba pacífico y de una manera inofensiva, por soldados del 28.º regimiento de línea, que lo han arrancado de los brazos de su mujer y que lo han fusilado en la puerta del portal de su domicilio, que no ha podido hacer oír nada para su justificacion, y que deja un niño de dos años y una viuda sin recursos, que le han roto y saqueado toda su ropa blanca y su ajuar. En fé de lo que hemos firmado el presente para que sirva cuando se necesite.

“Vaise, 28 de Abril de 1834.

“Mujer de *Laroche, Benoit, Noel-Martin, Simonaud, Barcel.*

“Visto en la alcaldía de Vaise, el 28 de Abril de 1834, para legalizacion de las firmas arriba puestas en número de cinco.

“El maire, *Erhard*, agregado.”

“Los abajo firmados, certificamos que el llamado Pedro Véron Lacroix, de edad de 27 años, que vive en Vaise, casa de Magny, calle Profetée, núm. 7, ha sido arrancado de su domicilio donde estaba pacífico é inofensivo, por soldados de diferentes regimientos, para ser fusilado, sin que le haya sido posible hacer oír la menor esplicacion que hubiera sido sincera y no se puede mas justificativa. En fé de lo que hemos firmado el presente.

“Vaise, 27 de Abril de 1834.

“Antonio Verne, Planche, J. Pehugaud, Duperay.

“Para legalizacion, *Rossignol*, hijo, agregado.”

Fué mas terrible aun este último asesinato por las circunstancias que lo acompañaron.

Cuando los soldados se presentaron en casa del desgraciado Véron, los hizo sentar á la mesa; comieron y bebieron, despues de este convite, lo condujeron á su oficial, quien lo hizo fusilar, como se ha visto, sin darle tiempo siquiera para hacer su testamento.

El padre del desgraciado Lauvergnat dirigió al rey una peticion que, bien mirado, quedó sin respuesta.

Héla aquí:

“Sire, el reinado de la justicia es el de los grandes reyes. Electo por la nacion, rey de las barricadas, os pido justicia en nombre de mi desgraciado hijo, la pido en nombre de cien personas, víctimas como él de la mas criminal atrocidad.

“El sábado 12 de Abril, entre doce y una, tomó mi hijo algun dinero; é iba á juntarse con su madre y mi hijo mayor que habian partido á la aldea de Écally. Lo detienen los vecinos y amigos preguntándole á dónde va. Entra un momento en casa de MM. Véron y Nerard, calle Profetée, número 7, donde estaba otro amigo, el Sr. Prost; estos señores estaban con sus esposas; entretanto, entran las tropas en Vaise; pronto se apoderan de todas las salidas del departamento, entonces los soldados del 28.º de línea y del 13.º ligero, y los zapadores ingenieros echan abajo las puertas y penetran en las casas.

“Atraviesan á bayonetazos y balazos á mi hijo, Véron y Prost; espiran en los corredores, y, al pié de la escalera, el Sr. Nerard, solo, se salva como por milagro: al mismo tiempo una multitud de personas inofensivas perecen en la vecindad. El Sr. Loquet, maestro cerrajero, que vive en el camino Tarare, núm. 7, es herido mortalmente en su casa con la señora Saunier; era un anciano de sesenta y dos años.

“Vaise, arrabal de Lyon, 12 de Mayo de 1834.

“*Lauvergnat*, fabricante de mantas.”

Se dirigió otra petición por los propietarios lyoneses al rey, de la propiedad, y á esta se le hizo justicia; verdad es que en ella se leía esta frase que pinta toda una época:

“El gobierno no querrá que el triunfo del orden cueste lágrimas y duelos. Sabe que el tiempo, que borra insensi-

blemente *las pérdidas personales*, es impotente para hacer olvidar *las pérdidas de fortuna, las devastaciones materiales.*”

El rey fué de esta opinion: la muerte de la princesa María y del duque de Orleans, castigó al padre.

CAPÍTULO XI.

EN Paris no fué menos terrible la carnicería. Despues de haber derribado las barricadas de la puerta Saint-Martin, y dispersado á los que las defendian, se internaron las fuerzas militares en las calles de Boaubourg, Transnonain, Grenier-Saint-Lazare y Michel-le-Comte.

Despues de una vigorosa resistencia quitaron las barricadas que obstruian estas calles, y comenzó la matanza.

Esta mortandad dió lugar á una informacion judicial: nos atrevemos á contar, citamos:

“Introducen á madama de Aubigny; despues de las formalidades de costumbre.

—“Contad lo que habeis visto, dice el presidente.

Madama de Aubigny.—“A las cinco, ha llegado la tropa por la calle de Montmorency; hizo un fuego sostenido y se apoderó de la barricada.

“Pero despues vino otro peloton de revoltosos por la calle

“Sire, el reinado de la justicia es el de los grandes reyes. Electo por la nacion, rey de las barricadas, os pido justicia en nombre de mi desgraciado hijo, la pido en nombre de cien personas, víctimas como él de la mas criminal atrocidad.

“El sábado 12 de Abril, entre doce y una, tomó mi hijo algun dinero; é iba á juntarse con su madre y mi hijo mayor que habian partido á la aldea de Écally. Lo detienen los vecinos y amigos preguntándole á dónde va. Entra un momento en casa de MM. Véron y Nerard, calle Profetée, número 7, donde estaba otro amigo, el Sr. Prost; estos señores estaban con sus esposas; entretanto, entran las tropas en Vaise; pronto se apoderan de todas las salidas del departamento, entonces los soldados del 28.º de línea y del 13.º ligero, y los zapadores ingenieros echan abajo las puertas y penetran en las casas.

“Atraviesan á bayonetazos y balazos á mi hijo, Véron y Prost; espiran en los corredores, y, al pié de la escalera, el Sr. Nerard, solo, se salva como por milagro: al mismo tiempo una multitud de personas inofensivas perecen en la vecindad. El Sr. Loquet, maestro cerrajero, que vive en el camino Tarare, núm. 7, es herido mortalmente en su casa con la señora Saunier; era un anciano de sesenta y dos años.

“Vaise, arrabal de Lyon, 12 de Mayo de 1834.

“*Lauvergnat*, fabricante de mantas.”

Se dirigió otra petición por los propietarios lyoneses al rey, de la propiedad, y á esta se le hizo justicia; verdad es que en ella se leía esta frase que pinta toda una época:

“El gobierno no querrá que el triunfo del orden cueste lágrimas y duelos. Sabe que el tiempo, que borra insensi-

blemente *las pérdidas personales*, es impotente para hacer olvidar *las pérdidas de fortuna, las devastaciones materiales.*”

El rey fué de esta opinion: la muerte de la princesa María y del duque de Orleans, castigó al padre.

CAPÍTULO XI.

EN Paris no fué menos terrible la carnicería. Despues de haber derribado las barricadas de la puerta Saint-Martin, y dispersado á los que las defendian, se internaron las fuerzas militares en las calles de Boaubourg, Transnonain, Grenier-Saint-Lazare y Michel-le-Comte.

Despues de una vigorosa resistencia quitaron las barricadas que obstruian estas calles, y comenzó la matanza.

Esta mortandad dió lugar á una informacion judicial: nos atrevemos á contar, citamos:

“Introducen á madama de Aubigny; despues de las formalidades de costumbre.

—“Contad lo que habeis visto, dice el presidente.

Madama de Aubigny.—“A las cinco, ha llegado la tropa por la calle de Montmorency; hizo un fuego sostenido y se apoderó de la barricada.

“Pero despues vino otro peloton de revoltosos por la calle

Transnonain, con zapadores por delante; quisieron romper la puerta de nuestra casa cuya solidez es extrema.

—“Es la línea! esclamaron en la casa; ah! he aquí á nuestros libertadores, estamos salvados!

“Nos precipitamos entonces, M. Guitard, mi marido y yo, para abrir la puerta; en un momento bajamos la escalera. Mas lista que estos dos señores, me arrojé al garito de la portera y jalé el cordón: se abre la puerta; los soldados se precipitan al corredor, dan media vuelta á la derecha, y hieren á mi marido y á M. Guitard. Al llegar al pié de la escalera, caen bajo una granizada de balas; es tal la esplosion que los vidrios del garito, del que no habia tenido tiempo de salir, volaron en fragmentos. Tuve entonces un momento de vértigo, y no se me pasó sino para dejarme ver el cuerpo inanimado de mi marido, tendido junto al de M. Guitard, cuya cabeza estaba casi separada del cuello por los numerosos balazos que le habian dado. Los soldados, con un oficial á la cabeza, rápidos como el rayo, pasaron al segundo piso; una puerta gruesa, de dos hojas, ha cedido á sus esfuerzos, otra puerta envidriada resistió aun; se presentó un anciano y la abrió, era M. Breffort, padre.

—“Somos, dice al oficial, hombres pacíficos y sin armas, no nos asesineis!

—“Aun no habia concluido cayó atravesado por tres bayonetazos. Grita, pide socorro.—Miserable, le dice el oficial, si no te callas te acabo de matar!

“A los gritos de M. Breffort, Anita Bresson corre de una pieza vecina para socorrerlo, pero un soldado se le encara, le mete su bayoneta bajo la quijada, y, en esta posicion, le deja ir el tiro cuya esplosion lanza los fragmentos de su cabeza hasta las paredes del cuarto. La seguía un jóven, M. Henrique Larivière; le tiran tan de cerca que, mientras la bala penetra en sus pulmones, el fuego prende su ropa; pero como no está sino herido mortalmente, el soldado se encarna con él; de un bayonetazo divide transversalmente la

piel de su frente y descubre el cráneo; al mismo tiempo lo hieren en veinte lugares diferentes. Ya no era la pieza mas que un mar de sangre. M. Bessfort que, apesar de sus heridas, habia tenido fuerza para refugiarse en una alcoba lo persiguieron los soldados; madama Bonneville lo cubrió con su cuerpo, y con los piés en la sangre, y las manos levantadas al cielo, les gritó:

—“Toda mi familia está tendida á vuestros piés: ya no hay nadie á quien matar mas que á mí! Y cinco bayonetazos traspasaron sus brazos y desgarraron sus manos.

—“En el cuarto piso, los soldados que acababan de matar á M. Lépine y M. de Ropiquet, les decian á sus mujeres:

—“¡Pobres mujercitas! sois muy dignas de lástima, tanto como vuestros maridos! pero somos mandados; nos vemos forzados á obedecer las órdenes; somos tan desgraciados como vosotras.”

Estas órdenes terribles, inexorables, quién las daba?

Quizá se crea que madama de Aubigny haya exagerado, en la poesia, como dedian los jueces, en el entusiasmo, como decian los cortesanos. Escuchemos otro testigo:

Anita Vachée.— A las diez y media de la noche, vino Luis Breffort á acostarse conmigo. Tuvimos una noche agitada. A las cinco de la mañana, M. Larivière, que habia pasado la noche en el segundo piso, en casa de M. Breffort, padre, subió á darnos los buenos dias. Nos dijo que habia dormido muy mal, y que toda la noche habia oido gritar. Una voz que venia de abajo llamó á Luis, era su padre. M. Larivière bajó y dijo que iba a venir. Luis estaba vistiéndose; yo estaba medio vestida, cuando, oyendo mucho ruido en la escalera, me llevó la curiosidad al cuarto piso.

—“Adónde vas? me gritaron los soldados.

“Espantada no tuve fuerzas para responder.

—“Abre tu chal, gritó uno de ellos.

“Abrí mi chal; me tiran y hierran; entonces me escapé.

—“Detente! me gritan aun, y me tiran otro balazo; doy un grito penetrante, y llego con trabajo á la puerta de Luis.

—“Estás herida? me preguntó cerrando la puerta tras de mi.

—“Creo que no; me han tirado tan de cerca, que no me hubieran herrado; creo que no tienen bala sus fusiles, sino solo pólvora.

—“Cómo! no tienen balas, pero tu chal está atravesado en muchas partes.

—“Dios mio! nos van á matar! Luis! Luis! ocultémonos; aguarda, aguarda, procuremos subir al techado, nos ayudaremos mutuamente.

—“Tranquilízate, dijo Luis, no se mata á la gente así no mas; voy á hablarles.

“Ya golpeaban la puerta los soldados.

“Luis se las abre.

—“Señores! esclama, qué quereis? No nos mateis; estoy con una mujer; acabamos de levantarnos; haced pesquisas y vereis como no soy malhechor.

“Un soldado le ajusta un tiro, y cae de cara contra el suelo.

“Arroja un grito. Ah!

“El soldado le da dos ó tres culatazos en la cabeza; lo voltea con el pié para asegurarse que está bien muerto. Yo me arrojo sobre el cuerpo de mi amante.

—“Luis! Luis! esclamé; ah! si me oyes!...

“Un soldado me echó al suelo; cuando me levanté habian desaparecido los soldados; me puse á escuchar y oí que venian otra vez hácia el cuarto; tuve miedo y me metí debajo de los colchones.

—“Ya no hay aquí nadie á quien matar? dijo una voz; busca debajo de los colchones.

—“No, respondió otra, acabo de ver; tu sabes que no hay mas de uno, y ese está bien muerto.”

Pero acaso Anita Vachée, exasperada por la pérdida de su amante, haya exagerado un poco su testimonio.

Veamos lo que dice madama Heu:

Madama Heu.—“Desde la víspera habiamos estado diez y seis personas entre hombres y mujeres, en el gabinete ocupado por madama Bouton; nos refugiamos allí luego que los sitiados nos amenazaron con invadir la casa, pues eran los únicos á quienes temíamos; no podíamos temer á la tropa: por qué?

“Estábamos unos sobre otros. M. Bouton nos habia hablado tantas veces de sus campañas, de los peligros que habia corrido, que nos creíamos mas seguros junto á él: era muy natural.

“Habíamos todavía trece personas cuando las tropas quisieron echar abajo la puerta; se nos heló la sangre en las venas: madama Godefroy era la que estaba mas cerca de la puerta; tenia un niño de quince meses en los brazos; despues de ella estaba M. Heu, mi marido, que tambien traía á nuestro hijo en los suyos. Madama Godefroy no queria abrir.

—“Abrid! abrid! dijo mi marido, que vean estos señores.

“Presenta al niño.

“Abren.

—“Veis, les dice, aquí no habemos mas de padres y madres, todos pacíficos, tengo un hermano que tambien es soldado bajo las banderas de Alger.

“Aun no acababa cuando ya habian sacado á madama Godefroy al corredor; M. Heu, herido mortalmente, cae con su hijo sobre el costado derecho; el niño tenia los brazos hechos pedazos de un balazo; una inspiracion de madre me lo hizo arrancar de los brazos de mi marido, y echándome hácia atras, caigo desvanecida en una regilla que estaba detras de mí. Entonces mi marido, que ya estaba en el suelo es herido en la espalda por veinte y dos balazos y bayonetado.

tazos; todavía se pueden ver sus vestidos: están de tal modo desgarrados que no presentan mas que girones teñidos de sangre, matan á M. Thiery; Loisillon, el hijo de la portera, sucumbe bajo los golpes; muchas personas caen heridas; Loisillon da un grito de agonía.

—“Ah! miserable! dicen los soldados, todavía no mueres?”

“Se agacharon y acabaron de matarlo.

“Entonces vieron á M. Bouton, acurrucado debajo de una mesa; como no estaban cargados los fusiles, lo acribillan á bayonetazos. Armaban tal zambra, que creo que todavía la oigo; en fin, vinieron otros soldados y le tiraron!...”

¿No se dirá que se acaba de leer una de esas páginas arrancadas del libro del terror, y manchadas con la sangre de Setiembre?

Estos acontecimientos causaron una profunda impresion; impresion de terror en el alma de la clase media, que se estremeció con su propio triunfo; impresion de odio en la del pueblo que juró tomar la revancha.

Por lo demas, el poder estaba en un momento de vena.

CAPÍTULO XII.

EL 20 de Mayo de 1834, cinco semanas despues de los asesinatos de Lyon y de Paris, La Fayette exalaba el último suspiro.

Se dice que fué sombría la última hora de este electo de 1789 y 1830; se dice que al recordar estas dos revoluciones, de las que la primera se deslizó de sus manos para caer en la sangre, y la segunda para caer en el lodo, dudó de sí, y no se creyó verdaderamente digno del nombre de republicano que se le habia dado.

En cuanto al partido fué intenso su dolor, apesar de que sabia que no perdía un gefe, sino solo un nombre.

En cuanto á la Francia, perdía uno de sus mas valientes hijos, y uno de sus mas leales ciudadanos.

Sin embargo, éste doble triunfo obtenido por el trono, en Lyon y en Paris, traía consigo alguna cosa mas terrible quizá que los acontecimientos pasados, traía el proceso de Abril.

Una simple orden del rey, la cámara de los pares, que á la sazón se ocupaba del proceso de Abril, se constituyó en corte de justicia.

Esto era violar la Carta de una manera tan fragante como no lo habia hecho Carlos X.

Decía la Carta:

“Nadie podrá ser separado de sus jueces naturales.”

Y como se sabe que nada es bastante claro para los gobiernos que tienen interes en no entender, habian añadido:

“Por consiguiente no se podrán erigir comisiones y tribunales extraordinarios por ningun título y bajo ninguna denominacion.”

Esto era preciso, no es cierto? pero nada hay preciso para los espíritus sutiles.

Se descubrió en el art. 28 un párrafo concebido en estos términos:

“La cámara de los pares conoce de los crímenes de alta traicion y de los atentados á la seguridad del Estado, *los que serán resueltos por la ley.*”

Esta ley no existía; la orden del rey violaba, pues, abiertamente la Carta.

tazos; todavía se pueden ver sus vestidos: están de tal modo desgarrados que no presentan mas que girones teñidos de sangre, matan á M. Thiery; Loisillon, el hijo de la portera, sucumbe bajo los golpes; muchas personas caen heridas; Loisillon da un grito de agonía.

—“Ah! miserable! dicen los soldados, todavía no mueres?”

“Se agacharon y acabaron de matarlo.

“Entonces vieron á M. Bouton, acurrucado debajo de una mesa; como no estaban cargados los fusiles, lo acribillan á bayonetazos. Armaban tal zambra, que creo que todavía la oigo; en fin, vinieron otros soldados y le tiraron!...”

¿No se dirá que se acaba de leer una de esas páginas arrancadas del libro del terror, y manchadas con la sangre de Setiembre?

Estos acontecimientos causaron una profunda impresion; impresion de terror en el alma de la clase media, que se estremeció con su propio triunfo; impresion de odio en la del pueblo que juró tomar la revancha.

Por lo demas, el poder estaba en un momento de vena.

CAPÍTULO XII.

EL 20 de Mayo de 1834, cinco semanas despues de los asesinatos de Lyon y de Paris, La Fayette exalaba el último suspiro.

Se dice que fué sombría la última hora de este electo de 1789 y 1830; se dice que al recordar estas dos revoluciones, de las que la primera se deslizó de sus manos para caer en la sangre, y la segunda para caer en el lodo, dudó de sí, y no se creyó verdaderamente digno del nombre de republicano que se le habia dado.

En cuanto al partido fué intenso su dolor, apesar de que sabia que no perdía un gefe, sino solo un nombre.

En cuanto á la Francia, perdía uno de sus mas valientes hijos, y uno de sus mas leales ciudadanos.

Sin embargo, éste doble triunfo obtenido por el trono, en Lyon y en Paris, traía consigo alguna cosa mas terrible quizá que los acontecimientos pasados, traía el proceso de Abril.

Una simple orden del rey, la cámara de los pares, que á la sazón se ocupaba del proceso de Abril, se constituyó en corte de justicia.

Esto era violar la Carta de una manera tan fragante como no lo habia hecho Carlos X.

Decía la Carta:

“Nadie podrá ser separado de sus jueces naturales.”

Y como se sabe que nada es bastante claro para los gobiernos que tienen interes en no entender, habian añadido:

“Por consiguiente no se podrán erigir comisiones y tribunales extraordinarios por ningun título y bajo ninguna denominacion.”

Esto era preciso, no es cierto? pero nada hay preciso para los espíritus sutiles.

Se descubrió en el art. 28 un párrafo concebido en estos términos:

“La cámara de los pares conoce de los crímenes de alta traicion y de los atentados á la seguridad del Estado, *los que serán resueltos por la ley.*”

Esta ley no existía; la orden del rey violaba, pues, abiertamente la Carta.

Pero hay momentos en que los gobiernos pueden atreverse á todo, no porque los amen ni los estimen, sino porque están rodeados de alguna cosa incógnita que espanta.

Unicamente que llega la hora en que esta cosa desconocida estalla bajo el terrible nombre de revolucion; entonces buscan un apoyo los gobiernos; piden este apoyo á las leyes; las leyes quebrantadas por ellos, ya no son mas que polvo, y caen á su vez, último fragmento sobre lo que han despedazado.

El 6 de Febrero de 1835, los miembros del tribunal de justicia formaron la acusacion.

Ciento treinta y dos firmas declaraban conexos todos los hechos verificados en Paris, Lyon, Besançon, Marsella, Saint-Etienne, Arbois, Châlons, Epinal, Lunéville y en l'Isère.

El presidente de la cámara debia fijar ulteriormente el dia de la apertura de los debates.

Los acusados arrestados preventivamente estaban detenidos en Santa Pelagia.

Para dar á la defensa un carácter de asamblea eligieron un comité compuesto de

MM. Guinard, Godefroy, Cavaignac, Armand Marrast, Lebon, Vignert, Landolphe, Chelmann, Granger y Puhonier.

Despues de haber tomado esta precaucion, escribieron á sus coacusados que sostuviesen la misma medida.

Estos aceptaron el consejo, y siguiendo el ejemplo, nombraron á MM. Baune, Lagrange, Martin, Maillefer, Tiphaine y Caussidière.

Así es que lo que á primera vista presentó el aspecto de un proceso judicial, subió á la altura de una lucha política.

Ya no eran solamente algunos acusados los que se habian traído ante la cámara de los pares, era un partido entero.

El gobierno tambien se espantó: la accion y la reaccion, la ancianidad y la virilidad iban á encontrarse cara á cara,

el presente iba á llamar al porvenir en su ayuda contra el pasado.

El 30 de Marzo de 1835, M. Pasquier, presidente de la cámara de los pares, decidió que se les impondrian los abogados de oficio á los acusados.

Estos protestaron contra esta decision.

Se nombraron tres mandatarios *para ir á pedir cuenta á* M. Pasquier de esta decision.

Fueron: MM. Armand Marrast, Lebon y Landolphe.

Cosa estraña! se presentaron en el Luxembourg y los recibieron.

Se presentaron amenazadores: quitaron de los ojos atónitos del presidente, este velo que oculta á los hombres de Estado las revoluciones que preparan, oceano que levantan y despues los absorbe.

Nada obtuvieron.

Sostuvieron á los abogados de oficio.

Los abogados rehusaron.

El 30 de Mayo de 1835, se insertó en el *Moniteur* un edicto que investia á la cámara de los pares de poderes discretionales conferidos únicamente á los tribunales de assises y sus presidentes.

Los abogados esclamaron: Por unanimidad, el edicto es ilegal.

Hicieron mas.

El 6 de Abril de 1835, se reunió el consejo del órden, y redactó una resolucion en estos términos:

“Sin preocuparse por la ilegalidad del edicto; sin examinar si el mandato que se les ha hecho es obligatorio, los abogados deben persistir en declarar, que jamas se les dirigirá en vano una llamada á su humanidad, y al cumplimiento de sus deberes; que siempre que los acusados consientan en ello ó retracten su rehusa, se prestarán á pagar su tributo á la desgracia; pero que si los acusados persisten en su

resistencia, es imposible empeñar con ellos una lucha sin conveniencia y sin dignidad.

“En estas circunstancias el consejo, procediendo á manera de simple aviso, cree que el partido que conviene mas á los abogados es asegurarse de las disposiciones de los acusados, y en caso de rehusa, escribir al señor presidente de la cámara de los pares que se apresurarian á aceptar la comision que se las ha conferido, pero que la resolucion de los acusados los obligaba á abstenerse.”

Esta resolucion traía las firmas de

Felipe Dupin, bastonero: Archambault, decano: Parquin, Mauguin, Thévenin, Couture, Colmet d'Ange, Gaubert, Henneguín, Berryer, hijo; Gaudray, Lavaux, Delangle, Marie Chaix-d'Est-Ango, Duvergier, Grouore, Paillet, Odilon Barrot, Le Roy y Frédérick, miembros del consejo.

Al mismo tiempo apareció en Rouen, una protesta emanada del cuerpo de abogados de esta ciudad, y firmada Senart y Dussaux.

Senart como bastonero, Dussaux como secretario.

Era este mismo Senart, que llegó á ser diputado y ministro.

Se habia dado el ejemplo; casi todos los cuerpos de abogados de Francia protestaron.

Era una cosa como una de esas antiguas revoluciones parlamentarias que agitaban la Francia, de Marsella á Cherbourg, de Strasbourg á Brest.

Estos debates engrandecian enormemente á los acusados, mucho mas de lo que necesitaban la mayor parte de ellos.

Es cosa estraña estas situaciones extremas que estallan repentinamente en un pais, y en que todos los espíritus valerosos son del partido del oprimido contra el opresor, en que todos los corazones generosos reclaman el título de acusados y rehusan el de jueces.

Cuando el 5 de Mayo, dia de la apertura de los debates,

se llamó á los jueces, de doscientos cincuenta pares, ochenta no respondieron.

Era mas del tercio.

Por otra parte, la cámara habia declarado que no obligaria á nadie á abogar de oficio.

Los acusados eran ciento veinte y uno.

Toda la Francia habia contribuido con su contingente al noble grupo.

Pares cuarenta y uno.

Los departamentos ochenta.

Se habia negado á los parientes el permiso de asistir á los debates.

M. Baune se levantó:

—Pido la palabra, dijo, para quejarme de las severas órdenes que se han dado; nuestras mujeres, nuestras madres y nuestras hermanas se ven privadas de los lugares que debian pertenecerles. Os suplico considereis que, en los tiempos mas borrascosos de la revolucion, siempre se han admitido las familias de los acusados en el recinto de las cortes criminales; el privilegio del rango y del nacimiento debe ceder al de la desgracia y la naturaleza. Pido por mí que se introduzca inmediatamente á mi mujer; ha caminado ciento veinte leguas para tomar parte en mis peligros y en mi cautiverio. Me dirijo á la imparcialidad de nuestros jueces y á la generosidad de nuestros enemigos.”

No es posible no pedir un favor, sino reclamar un derecho con mas comedimiento y dignidad.

M. Pasquier se levantó y respondió:

“La peticion que haceis es agena de vuestra defensa; es una digresion.”

He aquí los hombres que, durante diez y ocho años, fueron árbitros de los destinos de la Francia.

Se siguió la discusion sobre los abogados.

Los defensores escogidos por los acusados eran:

MM. Voyer-d'Argenson, d'Andry de Puyraveau, el gene-

ral Tarayre, Lamennais, Trélat, Raspail, Carnot, Carrel, Bouchot, Pedro Leroux, Reynaud, Degeorges, y de Cormenin.

Después de dos horas de deliberación, M. Pasquier pronunció un decreto en que desechaba á los defensores propuestos, bajo el pretexto de que no estaban inscritos en el catálogo de los abogados.

Al día siguiente apareció esta protesta:

“Considerando que se ha violado con ultraje el derecho de defensa, y aprobando altamente la resolución de los acusados que han infamado con su silencio todo principio de jurisdicción prebostal; los defensores abajo firmados conocen la necesidad de expresar públicamente el dolor que les causa no haber podido ser útiles á sus amigos, y protestan con toda la energía de su conciencia contra la abominable iniquidad que se va á consumir á la faz de la nación.”

Siguen las firmas.

Y entre estas firmas, las de Voyer-d'Argenson; Cormenin, Lamennais, d'Andry de Puyraveau, y del general Tarayre.

Sería preciso haber visto estas escenas de lucha, que llegaron hasta el pugilato, estas escenas de amenazas, que llegaron hasta el anatema; hubiera sido preciso oír la requisitoria del procurador general y la protesta de los acusados.

El mismo día que M. Martin (del Norte) hizo esta requisición, se levantaron dos pares y dejaron la audiencia; eran MM. de Talhonet y de Noailles.

Al día siguiente M. de Noailles escribió á M. Pasquier:

“Señor presidente,

“Os suplico hagais aceptar á las cámaras mis excusas por no poder continuar asistiendo al proceso de que se ocupa actualmente. Mis motivos son el decreto que acaba de dar. Sin duda es preciso que la fuerza deseche á la justicia; pero no es solo la fuerza la que triunfa cuando, por ausencia de

las formas no hay verdaderamente mas de justicia regular? Segun mi opinion, no es debilidad detenerse, cuando ya no se va con la ley.”

Nada detuvo á M. Pasquier.

El 9 se comenzó la lectura del acta de acusación; pero los acusados protestaron antes que se hubiese leído una tercera parte de ella.

La guardia municipal los hizo salir á todos.

En la tarde del 11 de Julio, se retiraron otros tres pares.

Eran el señor conde de Molé y los señores marqueses de Aix y de Crillon.

Al día siguiente, se supo que se habian escapado todos los prisioneros parisienses, excepto diez ó doce.

Habian ahondado, en una cueva que comenzaba en su corredor, un subterráneo que iba á parar á un jardín de la calle Copeau.

Hacia tiempo que estaba concluido este subterráneo, pero ninguno habia querido huir mientras conservaron la esperanza de poder defenderse.

Pero el decreto de separación los resolvió á aprovecharse de su trabajo.

La evasión tuvo lugar el 12 á las nueve de la noche.

De cuarenta y tres prisioneros, se fugaron veinte y ocho.

El 13 se dió el decreto concierne á los acusados de Lyon.

El 15 se decidió que, vista la resistencia de los demas acusados, se juzgaran por partes.

El 7 de Diciembre se dió el decreto contra los acusados de Lunéville;

El 28 contra los de Saint-Etienne, de Grenoble, de Marsella, de Arbois y de Besançon.

En fin, el 23 de Enero de 1836 contra los de Paris.

De estos acusados trece estaban presentes y veinte y siete eran contumaces.



Por lo demas, un acontecimiento terrible habia venido á atacar al proceso por varias partes.



SE aproximaba el aniversario de las jornadas de Julio, triste y sombrío. Era el quinto; y en cinco años se habia retrocedido tanto, que se presentó un fenómeno extraño: es que una parte de aquellos que habian sido condecorados en estas jornadas, con la cinta azul y encarnada, estaban acusados ante la cámara de los pares, por haber permanecido fieles al espíritu de libertad que los habia hecho tomar las armas cinco años antes.

Por su parte, el hombre en cuyo provecho se habian hecho estas jornadas, se disponia á celebrarlas, este año, con mas solemnidad aun que de costumbre, como si, con demostraciones aparentes, con revistas, con fuegos artificiales, pudiese cambiar la opinion y hacer olvidar que el mismo momento pasaba en la cámara de los pares uno de estos actos de violencia y opresion que la historia no habia tenido que reprochar á las monarquias precedentes.

Ademas, á esta tristeza general que se apodera siempre de una ciudad que es testigo de semejantes reacciones, se

añadian estos rumores vagos que preceden á las grandes catástrofes.

El corresponsal de Hambourg de 25 de Julio habia anunciado que los dias 27, 28 y 29 los ensangrentaria un gran compló.

Escribian de Berlin:

“Aquí corre generalmente el rumor de que habrá una catástrofe durante el aniversario de los tres dias.”

En fin, dos viajeros habian escrito en un registro, en Suiza, á continuacion de los nombres de Luis Felipe y sus hijos.

“Que en paz descansen.”

En fin, un hecho mas preciso, una indicacion mas segura, el prefecto de policia, M. Gisquet, recibió de M. Dionnot, comisario del cuartel de la Chaussée-d’Autin, las siguientes reseñas:

“Señor prefecto,

“Un honrado fabricante, elector, padre de familia, que no quiere que le nombre, me ha venido á buscar á la Opera, donde estaba vigilando el ensayo de la Isla de los Piratas, y me ha dicho que los conjurados habian preparado otra máquina infernal para atentar mañana á los dias del rey, durante la revista de los bulevares; que esta máquina está colocada á la altura del Ambigú. Parece que se trata de un subterráneo practicado en alguna bodega que sale á los bulevares, y donde se han metido barriles de pólvora. Estas reseñas nos parecen importantes, y nos apresuramos á transmitirselas al señor prefecto, añadiendo que mañana deben reunirse los conjurados en un lugar que no es conocido mas que de dos.”

El prefecto de policia que, como hemos dicho, lo era M. Gisquet, era un hombre de un carácter lijero. Muy provocado por muchos puntos, muy accesible á la provocacion

Por lo demas, un acontecimiento terrible habia venido á atacar al proceso por varias partes.



SE aproximaba el aniversario de las jornadas de Julio, triste y sombrío. Era el quinto; y en cinco años se habia retrocedido tanto, que se presentó un fenómeno extraño: es que una parte de aquellos que habian sido condecorados en estas jornadas, con la cinta azul y encarnada, estaban acusados ante la cámara de los pares, por haber permanecido fieles al espíritu de libertad que los habia hecho tomar las armas cinco años antes.

Por su parte, el hombre en cuyo provecho se habian hecho estas jornadas, se disponia á celebrarlas, este año, con mas solemnidad aun que de costumbre, como si, con demostraciones aparentes, con revistas, con fuegos artificiales, pudiese cambiar la opinion y hacer olvidar que el mismo momento pasaba en la cámara de los pares uno de estos actos de violencia y opresion que la historia no habia tenido que reprochar á las monarquias precedentes.

Ademas, á esta tristeza general que se apodera siempre de una ciudad que es testigo de semejantes reacciones, se

añadian estos rumores vagos que preceden á las grandes catástrofes.

El corresponsal de Hambourg de 25 de Julio habia anunciado que los dias 27, 28 y 29 los ensangrentaria un gran compló.

Escribian de Berlin:

“Aquí corre generalmente el rumor de que habrá una catástrofe durante el aniversario de los tres dias.”

En fin, dos viajeros habian escrito en un registro, en Suiza, á continuacion de los nombres de Luis Felipe y sus hijos.

“Que en paz descansen.”

En fin, un hecho mas preciso, una indicacion mas segura, el prefecto de policia, M. Gisquet, recibió de M. Dionnot, comisario del cuartel de la Chaussée-d’Autin, las siguientes reseñas:

“Señor prefecto,

“Un honrado fabricante, elector, padre de familia, que no quiere que le nombre, me ha venido á buscar á la Opera, donde estaba vigilando el ensayo de la Isla de los Piratas, y me ha dicho que los conjurados habian preparado otra máquina infernal para atentar mañana á los dias del rey, durante la revista de los bulevares; que esta máquina está colocada á la altura del Ambigú. Parece que se trata de un subterráneo practicado en alguna bodega que sale á los bulevares, y donde se han metido barriles de pólvora. Estas reseñas nos parecen importantes, y nos apresuramos á transmitirselas al señor prefecto, añadiendo que mañana deben reunirse los conjurados en un lugar que no es conocido mas que de dos.”

El prefecto de policia que, como hemos dicho, lo era M. Gisquet, era un hombre de un carácter lijero. Muy provocado por muchos puntos, muy accesible á la provocacion

no dió á este aviso toda la importancia que merecia; sin embargo hizo registrar algunas casas en los alrededores del teatro del Ambigú. Pero las reclamaciones de los propietarios, las quejas de los diarios, interrumpieron estas pesquisas.

Se creyó que era simplemente una manifestacion del género de la que habia tenido lugar en la última revista, y la que al pasar el rey habian gritado: *Abajo los fuertes!*

Solamente que esta vez, decian, que no se debia pedir mas que la amnistia.

En esta creencia salió el rey de las Tullerías, el 28 de Julio, á las diez de la mañana, acompañado de sus tres hijos, el duque de Orleans, el duque de Nemours y el príncipe de Joinville; los mariscales Mortier y Lobau, de su estado mayor, del prefecto del Sena, de M. de Broglie, del mariscal Maison y de M. Thiers.

El rey, como siempre, iba precedido de cierto número de agentes de policía, encargados de explorar, antes que él pasase, los alrededores del bulevar del Temple, lugar designado como teatro de la catástrofe desconocida que amenazaba á la familia real. Estas patrullas eran cada vez mas numerosas. Pero nada se habia descubierto, y todo hacia presumir, decian, las relaciones sucesivas, que se habian inquietado por indicios falsos.

Sin embargo, una inquietud visible cernia en la multitud, mas silenciosa que nunca, y en las filas de la guardia nacional mas cerradas que de costumbre.....

A las doce y algunos minutos, el cortejo real, caminando paso á paso llegó en frente del Jardin-Ture.

Un guardia nacional sale de su fila, se acerca al rey y le presenta una peticion.

El rey se agacha para tomarla.

En este momento percibe un ligero humo en la ventana del segundo piso de la casa núm. 50.

—Ah! dice, esto es para nosotros, Joinville.

No habia concluido cuando se oye un ruido parecido al que produce el fuego de un peloton de soldados, y se cubrió la tierra, á su derredor, de sangre, de heridos y de muertos.

El rey dirige la vista sucesivamente á cada uno de sus tres hijos.

Recibió un golpe violento en el brazo izquierdo el príncipe real y una contusion en el muslo; el caballo del príncipe de Joinville que ha sido herido en las ancas se encabrita; al duque de Nemours no le sucede nada.

Pero al rededor de la familia real tan milagrosamente conservada, ha sido grande el estrago.

El mariscal Mortier y el Laschasse de Perigny, han sido matados, M. Villate, oficial de artillería, se echa para atras sobre su caballo y cae, con los brazos tendidos, herido por un balazo en la frente; el coronel de gendarmería Raffé, M. Rienssec, teniente coronel de la octava legion, los guardias nacionales Prudhomme, Benether, Ruard y Leger, un pasamanero llamado Laugerey, un anciano septuagenario, M. Labrouste, y una jóven llamada Sofia Remy, están heridos mortalmente.

Siete ú ocho personas heridas mas ó menos, ó gravemente, son trasportadas á las casas vecinas ó al jardin del café para curarlas.

Dos ayudantes de campo reciben orden de partir inmediatamente para asegurar á la reina y las princesas, que están en el hotel del ministro de justicia, en la plaza Vendôme, y se alejan al galope.

Repentinamente resuenan los gritos de: *ya cogieron al asesino, ya cogieron al asesino.*

Y la multitud se precipita hácia las casas 48, 50 y 52, bulevar.

Efectivamente, es en el segundo piso del número 50, en la ventana del rincon, en que el rey vió el humo, que fué seguido de tan espantosa y mortal detonacion.

Este era negocio de los agentes de policía, los jueces y el verdugo, negocio en que el rey no podría intervenir ni aun para perdonar. Continuó, pues, su camino en medio de los vivas entusiastas, reaccion natural de la espantosa catástrofe que acababa de verificarse.

Por otra parte, jamás se ha extendido tan visiblemente la mano de Dios sobre una familia predestinada.

Sí, predestinada á dar un gran ejemplo!

Déjense pasar siete años, y el 13 de este mismo mes de Julio, fatal para las monarquías, el hijo mayor se romperá la cabeza contra el empedrado de una calle llamada calle de la Révolte.

Déjense pasar catorce años, y el padre fugitivo, dejando las Tullerías á pié, tropieza con la plaza de la Revolución, en el mismo lugar en que se decidió, en 1793, el gran duelo entre una nación y un rey.

Volvamos al asesino.

Una maceta que cayó á los piés de un agente de policía le hizo levantar la vista.

Un hombre todo ensangrentado que se deslizaba por una cuerda, saltó de la corniza de una ventana á un tejado.

—Ved al asesino que se escapa, gritó el agente de policía.

Al mismo tiempo un guardia nacional apuntaba al fugitivo gritándole:

—Detente ó te mato.

Pero el hombre continuó huyendo, enjugándose, ya con una mano ya con la otra, la sangre que corría de dos heridas recibidas una en la frente, otra en el carrillo.

El asesino desapareció por una claraboya que había en este tejado, bajó rápidamente una escalera, tiró á una mujer que encontró á su paso, y se arrojó á un patio.

Este patio estaba sin salida, lleno ya de guardias nacionales y alguaciles.

Allí fué arrestado.

Entonces fué, apenas diez minutos despues del asesinato, cuando se oyeron estas palabras: "ya cogieron al asesino."

Desde luego se engañaron con respecto á su nombre.

Los agentes de policía se apresuraron á penetrar en el cuarto de donde partió la fatal detonacion, y en medio del humo que todavía la oscurecía, percibieron lo máquina infernal que acababa de lanzar la muerte en el bulevar. Se componía de veinte y cinco cañones de fusil montados sobre travesaños, y que presentaba el aspecto de una gran flauta de Pau, cuyos tubos serian de la misma magnitud. Las culatas de los cañones se apoyaban, como su estremidad, en un travesaño. Pero este travesaño estaba elevado ocho pulgadas para que esta inclinacion hiciese ir los proyectiles diagonalmente de arriba para abajo. Todos los oídos estaban á la misma altura, y se podían prender con un solo reguero de pólvora. Sin embargo, dos de los cañones habían quedado cargados, y se podía ver por estos que la carga era cuádrupla. Habían reventado cuatro, y sus fragmentos habían alcanzado al asesino en el rostro.

Estos seis cañones eran probablemente los que se encontraban en direccion del rey y de los príncipes.

Había una alcoba en este cuarto, y en esta alcoba un colchon doblado en dos con un rótulo en una de sus esquinas: en este rótulo se leía el nombre de Girard.

Por lo demas, bajo este nombre se había inscrito el inquilino del cuarto.

Este inquilino había dicho que era mecánico, y jamás dejó entrar al portero en su cuarto, y desde que había alquilado este cuarto, es decir, desde el último término, no había recibido mas que á un hombre que decía era su tío, y tres mujeres que dijo eran sus queridas.

El 28 parecía muy agitado, subió y bajó muchas veces su escalera, y contra su costumbre entró al café y tomó un vaso de aguardiente.

Conducido al cuerpo de guardia, despues de su arresto, rehusó responder á un guardia nacional:

—Quién sois? le preguntó éste.

—No os importa, dijo desdeñosamente el asesino;—responderé cuando esté ante mis jueces.

Todo París que se ocupaba de este siniestro acontecimiento, creyó que el asesino se llamaba Girard.

Sin embargo, el rey concluyó su revista, y entró en las Tullerías, donde, la reina y las princesas ya tranquilos, su primer cuidado fué escribir esta corta á los obispos:

“Señor obispo:

“Apenas habian cesado las oraciones por las víctimas de Julio, cuando se ha dado nuevo motivo de duelo á la Francia. La Providencia ha desviado los golpes que se nos destinaban, á mí y á mis hijos. Pero si debemos dar gracias á Dios por haber conservado nuestros dias desconcertando los proyectos de los asesinos, cuántos llantos, cuántas lágrimas, no debemos á este ilustre mariscal, á sus nobles compañeros de armas y á estos generosos ciudadanos que la muerte ha arrebatado al rededor nuestro. Reclamo, pues, en su favor los sufragios que concede la Iglesia á todos los cristianos que mueren en su seno. Por consiguiente, celebrarcis, con esta intencion, un oficio fúnebre en todas las iglesias de vuestra diócesis, y un *Te Deum* en accion de gracias por la proteccion manifiesta de que Dios nos ha cubierto.

“Vuestro afecto

LUIS FELIPE.”

Los funerales se verificaron el 5 de Agosto.

Catorce atahudes, de los que el primero era el de la jóven y el último el del viejo mariscal, siguieron, solemnemente, al redoble sombrío de los tambores, toda la línea del bulevar que se estiende desde la calle Saint-Antoine, donde habian estado espuestos los cadáveres en la iglesia

Saint-Paul-Saint-Antoine, convertida en capilla ardiente, hasta los Inválidos; aquí era el término de la carrera fúnebre. Aquí esperaban, el rey y sus hijos, á los que la muerte habia herido en su lugar; él y los príncipes echaron agua bendita sobre sus cuerpos, y se volvieron en las Tullerías á pensar en el provecho que *politicamente* se podria sacar de esta catástrofe.

Decimos *politicamente*, otros añadirían y *pecuniariamente*.

El mariscal Maison repitió, en esta época, una palabra que habia oido, pero que no nos atrevemos á creer.

—Ahora, habria dicho el rey al entrar en las Tullerías, estamos seguros de nuestros gages.

Qué oracion fúnebre para catorce cadáveres!

Lo que es incontestable, es que la *oportunidad* política se explotó grandemente: se ignoraba aun el nombre del hombre que habia dado el golpe; se ignoraba á que partido pertenecia: pero ya se acusaba á los republicanos. A la vez era una tradicion de la corona.

Despues del asesinato del duque de Berry, se llamó al puñal de Louvel una idea liberal.

Habia mas, M. Thiers habia hecho arrestar á Armando Carrel.

Armando Carrel arrestado por M. Thiers, como cómplice de un asesinato!

Cierto, cuando estos dos hombres, se habian unido siete años antes con una estrecha amistad, habia uno que no conocia al otro.

Habian encontrado en el cuarto del asesino un retrato del duque de Bordeaux; pero pronto se desechó en las Tullerías, y con razon, la idea de que el asesino pudiese ser legitimista; pero era justo acusarlo desde luego de ser republicano.

—Sabemos de donde viene el golpe, decian los cortesanos, y los legitimistas no están ahí para nada.

Y bajo el punto de vista de la política, bajo este punto

de vista que admite ni lo justo ni lo injusto, sino solamente la razon de Estado, el que les dictaba estas palabras tenia razon. Nada se podia temer de los realistas; por el contrario, de los republicanos se podia temer todo.

Cuando los reyes tienen semejantes intenciones, y cierto que de Luis XVI á Luis Felipe, no les habian faltado, por qué fines, en vez de dirigir hácia este porvenir el carro ó la carreta que conducen, procuran enrollarlo arrojándose bajo las ruedas?

El 5 de Agosto de 1835, no habian perdido tiempo, lo veis, porque era el mismo dia en que enterraron á los muertos; el 5 de Agosto de 1853, M. de Persil presentó á la cámara tres proyectos de ley.

Estas leyes fueron las que el odio público designó mas tarde bajo el nombre de leyes de Setiembre.

La primera daba al ministro de justicia poder para en los casos de proceso de rebelion, formar tantas cortes de assises cuantas exigiese la necesidad; á cada procurador el derecho de abreviar, en caso de necesidad, las formalidades del juicio; en fin, para que no solo la cámara de los pares fuese privilegiada en nombre del arbitrario, el derecho que acababa de acordársele para hacer sacar á fuerza á los acusados que tuvieran la audiencia, se extendió á los presidentes de las cortes de assises.

La segunda ley acordaba al jurado el voto secreto, decidia que la mayoría de votos necesarios para la condenacion se reduciria de ocho á siete, y en fin, agravaba la pena de la deportacion.

La tercera, y esta era la principal, porque por terribles que fuesen las otras dos, no eran mas que el corolario de la ley contra la prensa, la tercera declaraba acreedor al castigo de detencion y multa de diez mil á cincuenta mil francos, la ofensa á la persona del rey ó cualquier ataque contra el principio del gobierno cometido por via de publicacion.

Oh! esta era la principal, lo repetimos, y para creerlo como nosotros, basta leerla.

Y cuando se piensa que toda esta formidable artilleria ministerial abocada contra lo que debia ser lo mas sagrado en el mundo para los soberanos, contra el pensamiento humano, tenia por pretesto el crimen aislado de un miserable cuyo verdadero nombre todavía no se sabia!

La cámara, siempre la misma, se apresuró á dar las manos al rey; nombró tres informantes: M. Helert, para la ley sobre las cortes de assises; M. Parent, para la del jurano; M. Sauzet para la de la prensa.

Es increíble cuán ardientes son los abogados que creen poder decirlo todo, para impedir que otros escriban.

M. Sauzet lo tomó con una verdadera pasion; la comision que presidia pidió, por su órgano, que se subiese la caucion de los diarios de cuarenta y ocho mil á doscientos mil francos, que se exigiese su versacion en numerario, y que el gobierno quitase al administrador si no probaba que poseia el tercio de esta caucion.

Es cierto que la cámara bajó la cifra de doscientos mil francos á cien mil.

Pero salvo esta disminucion, el gobierno debió quedar satisfecho.

CAPÍTULO XIV.

EL 30 de Enero de 1836, siete dias despues del arresto ejecutado contra los condenados de Paris, y como si los dos negocios tuviesen alguna relacion entre si compareció ante la cámara de los pares el asesino del 28 de Julio.

En el intervalo de tiempo que ha trascurrido llegaron á saber su verdadero nombre.

Se llamaba José Fieschi; habia nacido en el canton de Vico en Corso, el 3 de Setiembre de 1790. Cansado de ser pastor como lo habia sido su padre, á los diez y ocho años se engancho voluntariamente en un batallon que iba á Toscana; de ahí pasó á Nápoles donde se incorporó á la legion corsa; hizo la guerra de Rusia, y era sarjento en un regimiento bajo las órdenes del general Franceschetti; licenciado en 1814, habia vuelto á Corso, y entró en un regimiento provincial que se disolvió despues de los Cien Dias. Entretanto Murat preparaba su espedicion de Calabria; Franceschetti siguió al anciano rey de Nápoles, y Fieschi siguió al general Franceschetti. Abortada la espedicion de Calabria, Fieschi volvió á Corso, y no sabiendo que hacer, robó, fué condenado por este robo, en 1816, á diez años de reclusion y á la argolla. Llegó 1830; Fieschi, salido despues de cuatro años de prision, se hizo pasar por condena-

do político, solicitó y obtuvo en esta calidad una pension; vino á Paris, fué admitido en la policia de M. Baude, y encargado de vigilar las reuniones políticas; nombrado contra maestre de los trabajos que se hacian en el acueducto de Arseuil, se cogió el dinero de los obreros, é hizo para reemplazarlo, falso; cambió de nombre para sustraerse á las pesquisas de la policia, y bajo el de Girard, que se creyó el suyo, vino á alquilar la habitacion del bulevar del Temple, núm. 50, donde se cometió el crimen del 28 de Julio.

Gracias á Dios! Semejante miserable no pertenecia á ningun partido.

Aun hay otro hecho que hace honor á la naturaleza humana, y es que este hombre era horrible; era difícil encontrar mas audacia, mas arteria, mas concupiscencia, mas astucia baja y servir que la que se pintaba en esta cara llena de cicatrices; añadid á esto el acento engañador del patuê corso, una agitacion eterna, y tendreis una idea del aspecto que presentaba Fiechi cuando se le condujo ante sus jueces.

Junto á él se sentaron dos hombres, acusados de complicidad en la perpetracion del crimen.

Otros dos, agobiados por cargos menos graves, parecian no estar acusados sino de no haber revelado.

Los dos cómplices de Fieschi; Morey y Pepino, presentaban dos tipos muy diferentes.

Morey era un anciano de sesenta y ocho años, de cabellos blancos, frente pálida y rostro impasible.

En este rostro que parecia ya pertenecer á un cadáver, solo los ojos, fijos, sombríos, llenos de fuego, permanecian animados.

Bajo este exterior simple y debilitado, se conocia que habia una voluntad implacable; revolucionario en 1793, lo era todavia en 1835; nada habia cambiado en él mas que el es-

terior, el alma era la misma y no habia faltado un solo instante á este cuerpo decrepito.

Lo habia comprometido la querida de Fieschi, Nina Lassave, quien, viniendo de la Salpêtrière y viendo invadida la habitacion de su amante, se refugió en casa de Morey; pero respondió el viejo conspirador, con tanta calma, á las preguntas que se le hicieron, que se le puso en libertad.

Una maleta que Fieschi mandó á su casa dos horas antes de la perpetracion del crimen, hizo sospechar de nuevo á la policia. Arrestado segunda vez, no salió de la prision mas que para comparecer ante la cámara de los pares, y marchar al cadalso.

Pepino, por el contrario, escesivamente débil y pusilánime: era el tipo de los rateros parisienses. Era la primera vez que representaba el papel de conspirador, y lo deshonoraba con su cobardía.

Comprometido en los negocios de Junio, habia sido puesto en libertad: sospechoso en el atentado del 28 de Julio, llegó á salir de París; se le creyó en el extranjero, é iban á pedir su estradicion, cuando la policia tuvo aviso de que se ocultaba un hombre en el bosque de Grécy. M. Gisquet dió órdenes y arrestaron á Pepino en Magny, en un armario, donde se habia refugiado en camisa, luego que los gendarmes tocaron su puerta.

Los dos hacian parte de la sociedad de los derechos del hombre, Pepino como gefe de la sesion, Morey como simple miembro.

Los otros dos Boireau y Bescher, eran simples obreros; Boireau sabia que existia un complot; pero, por declaracion de Fieschi, no sabia otra cosa; en cuanto á Bescher, se reconoció que su único crimen era, haber prestado su libreto á Fieschi, á peticion de Morey.

Ahora, como habian obligado á Fieschi, no solo á confesarlo todo, sino tambien á representar este papel de asesino mata-siete, que le valió por un momento la curiosidad de

los bobos, y para siempre el desprecio y la repulsion de la gente honrada.

M. Dufresne, inspector de cárceles, creyó reconocer á Fieschi por haberlo visto en la manufactura de los Gobelins, que dirigia el señor coronel de Ladvocat.

Introdujeron á M. Ladvocat en la prision de Fieschi y lo reconoció á su vez.

Desde entonces ya no ocultó Fieschi ni su verdadero nombre, ni su condicion; acababa de adoptar nuevo sistema de defensa.

Esperaba, confesando é interesando á M. Ladvocat en su causa, hacer conmutar su pena, y escapar así de la muerte.

Así es que este hombre obraba en todo con vileza y cálculo, hasta en el falso sentimiento de gratitud que manifestaba á su antiguo patron que habia llegado á ser su protector.

Es preciso decir tambien que Fieschi habia visto asegurada esta creencia de impunidad por los mas altos personajes, que esperaban sin duda, que sus revelaciones no se reducirian solo á un simple guarnicionero y á un comerciante oscuro; ¡y les hubiese sido tan grato hallar enredada á esta clase de enemigos en la trama infame de un asesinato!

Pero por desgracia Fieschi no podia decir mas de lo que habia: acusó á Morey que le escuchó impasible, y sin comoverse un solo músculo de su estoica fisonomía: acusó á Pepino que le escuchó lívido de terror y con negaciones convulsivas; pero solo hasta aquí llegó, como lo hemos dicho, el número de sus denuncias.

Durante todo el tiempo que duró este horrible proceso, se dió á la Francia y al mundo entero el espectáculo mas horroroso. Los personajes mas elevados se pusieron de acuerdo con Fieschi: ya uno le daba dinero, ya otro le escribia sin escrúpulo, y por un instante, los autógrafos de Fieschi fueron casi tan solicitados como debian serlo mas tarde los autógrafos de Lacenaire, faltando muy poco para que no

los cootizasen en la Bolsa, y se jugase sobre ellos á la alta y baja.

M. Pasquier logró hacer una preciosa coleccion.

Despues de un proceso de quince dias al fin del cual Pepino pareció haber adquirido un poco de firmeza, y durante el que la impasibilidad de Morey no se desmintió un momento, la corte de los pares condenó á Fieschi, á Pepino y á Morey á la pena de muerte, y á Boireau á veinte años de presidio: en cuanto á Bescher se contentaron con ponerlo en libertad dándole por compurgado.

Los tres cómplices recibieron la noticia del fallo, segun sus caracteres: Fieschi con un nervioso gesto de burla; Morey con su impasibilidad habitual, y Pepino con una resignacion que no carecia de grandeza.

Pepino, revestido ya del saco de los condenados y en medio de sus guardas, parecia al hablar con sus defensores que no pensaba mas que en su mujer y en sus hijos.

Morey, á quien se le ofrecia veneno, reflexionó un poco; despues—No—dijo, mejor quiero que mi sangre caiga sobre su cabeza.

En cuanto á Fieschi, impudente hasta el extremo, escribió al arzobispo de Paris pidiéndole permiso para oír una misa. Y añadía: “No olvidéis, monseñor, que la primera misa fué ayudada por el ladron penitente.”

El 19 de Febrero al despuntar la aurora, el abate Grivel entró en el calabozo de Fieschi y le previno que ya habia llegado la hora de que se preparara para morir.

—Es imposible, exclamó Fieschi, mirando al confesor con hoscos ojos.

La víspera habia afirmado á su abogado que no solo se le habia prometido la vida, sino que hasta se habian comprometido á enviarlo á América con una pacotilla.

Entonces su abogado sacudiendo la cabeza le habia contestado:

—Fieschi, no os alucineis con tal esperanza, porque el per-

derla os seria muy cruel, y tal vez os abandonaria vuestro valor en el momento de necesitarlo mas.

—En último caso, replicó Fieschi, si se me falta á la palabra que se me ha dado, Nina Lassave se postrará ante la mariscala Mortier, y esta intercederá por mí con él que me concederá su gracia.

—Todo eso es posible, dijo M. Patorny; pero sin embargo, no os fieis.

—Escuchad, dijo entonces Fieschi mostrando los puños, vos me habeis prestado algunos libros ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues bien, si me ejecutan, vos pedireis que se os devuelvan, y en alguno de ellos encontrareis escritos detalladamente los compromisos que se habian contraido conmigo.

Despues de la muerte de Fieschi, M. Patorny registró todos los libros inútilmente, porque no encontró nada.

En la noche del 18 al 19 se levantó el cadalso en la barriera de Santiago; y al amanecer de este último dia, el abate Grivel entró, como ya lo hemos dicho, en el calabozo de Pepino para prepararlo á la muerte.

Fieschi recobró poco á poco toda su jactancia, porque tenia esperanzas aun. Entre las infinitas atenciones que con él guardaron, uno tuvo la de enviarle excelentes cigarros: Morey fumaba; Fieschi tomó uno de esos cigarros y se lo mandó en señal de reconciliacion.

Morey le rehusó: Pepino al contrario, le tomó y le fumó.

Abrióse por fin la sala en la que cuando son varios los condenados, se les hace la mortuoria *toilette* á todos á la vez. Pepino sufrió con resignacion esta terrible prueba: Morey se manifestó impasible como siempre, y Fieschi no cesó de repetir mirando hácia la puerta:

—M. Ladvocat..... por qué no vendrá M. Ladvocat? Despues apretando los dientes:

—Oh! padre mio, dijo al abate Grivel, si él no viene estoy condenado.

En fin, anuncióse á los reos que habia llegado la hora y que era preciso marchar: tres carretas esperaban abajo de la escalera y cada uno montó en la suya.

—De hecho, dijo Fieschi al sentarse, no debia admirarme de lo que me pasa.

—Y por qué?

—Porque desde que hice mi espedicion á Calabria me predijo una adivina que moriria guillotinado con el alma alegre. Ya veis que no me engañó.

Al dar las ocho el cortejo fúnebre llegó á la barrera de Santiago. Tres filas de soldados rodeaban el cadalso: abrióse este viviente muro y por su brecha pasaron los tres condenados.

Despues volvióse á cerrar la brecha tras de ellos.

Detuviéronse las carretas: Fieschi siempre agitado, siempre impaciente, saltó el primero: Pepino bajó con aquella calma que no le habia abandonado desde que pareció haberse despedido de la vida; á Morey fué necesario que lo apearan.

Entonces este, con la primera sonrisa que habia vagado en sus labios:

—No es el corazon el que me falta, dijo, son las piernas.

Todos tres con las manos atadas á la espalda se colocaron junto al cadalso.

Allí los padres hiciéronles las últimas exhortaciones y aproximaron el crucifijo á sus labios.

Pepino, que habia ido fumando en el camino, arrojó su cigarro para besar al Cristo.

En este momento se acercó á él un comisario de policia.

—Si quereis hacer algunas revelaciones, le dijo, se suspenderá vuestra ejecucion.

—Nada tengo que revelar, contestó Pepino, y como es-

toy ya bien preparado para morir, vale mas que sea de una vez.

El comisario se retiró.

Los verdugos se acercaron á Pepino:

—Venid, le dijeron.

—Ah! se empieza por mí? dijo Pepino, y saludando á Morey con la cabeza, dió un paso hácia adelante.

Echáronle una capa amarilla sobre la espalda, y con paso firme subió así las gradas del cadalso.

Llegado á la plataforma se detuvo.

Se conoció que deseaba hablar, y el mas profundo silencio reinó entre los espectadores.

—Muero inocente! Soy una víctima!... esclamó Pepino, adios!...

Luego dirigió una última mirada al cielo, y se entregó él mismo á los verdugos.

Morey le siguió: ya cerca de la báscula el ejecutor colocó su mano sobre él con tanta violencia que desgarró el cuello de su chaleco de franela.

Entonces, volviéndose hácia este hombre:

—Para qué romper el chaleco? le dijo con dulzura. Si no le quereis podria servirle á algun pobre.

Al terminar estas palabras le arrancaron su gorro negro de seda, y sus blancos cabellos flotaron á merced del viento.

Aquella cabeza blanca y grave produjo un grande efecto en la multitud: elevóse un rumor sordo, y no se estinguió hasta que la cabeza del anciano cayó troncada por la tajante cuchilla.

Restaba Fieschi.

—No me abandoneis sino lo mas cerca posible de la eternidad, habia dicho al abate Grivel, y este, fiel á su mision, subió á su lado hasta la plataforma.

El sacerdote le hizo besar el crucifijo por última vez.

—Desearia, para daros las gracias, que me fuese permiti-

do de aquí á cinco minutos poder venir á daros noticias del otro mundo, le dijo Fieschi.

Estas fueron sus últimas palabras. Tendióse él mismo sobre la báscula como si desease precipitar su muerte.

Vióse claramente que era el que había mostrado menos ánimo de los tres.

He aquí la parte que cada uno de ellos había tenido en el crimen:

Pepino había dado el dinero para alquilar el cuarto.

Morey había fabricado la máquina infernal y cargado los fusiles.

Fieschi había prendido fuego.

Dos dias despues, la plaza de la Bolsa estaba escombrada de curiosos que se apiñaban á la puerta de un café: iban á ver á Nina Lassave, la querida de Fieschi, con quien el dueño del establecimiento había celebrado una contrata, colocándola en su despacho.

Uno de los caracteres mas marcados del reinado de Luis Felipe fué esa vergonzosa especulacion, de la cual el hecho que acabamos de citar no es uno de los mas tristes ejemplos.

CAPÍTULO XV.

MIENTRAS trascurrían los acontecimientos que acabamos de narrar, M. Thiers había quebrado con M. Guizot y llegado á ocupar la presidencia del consejo.

Sin embargo, el primer ministerio tal cual lo había establecido M. Thiers, se había desecho por una calaverada de Humann que subitamente había propuesto en pleno consejo la reduccion de la deuda.

Dos dias despues de la muerte de Fieschi y de sus cómplices, es decir, el 22 de Febrero de 1836, el ministerio quedó reconstituido del modo siguiente:

M. Thiers, ministro de relaciones exteriores y presidente del consejo.

M. Sauzet, guardasellos, ministro de justicia.

El conde de Montalivet, ministro del interior.

M. Passy, ministro de comercio y de trabajos públicos.

M. Pelet, ministro de instruccion pública.

M. d'Argont, ministro de hacienda.

El almirante Duperré, ministro de marina.

El mariscal Maison, ministro de la guerra.

do de aquí á cinco minutos poder venir á daros noticias del otro mundo, le dijo Fieschi.

Estas fueron sus últimas palabras. Tendióse él mismo sobre la báscula como si desease precipitar su muerte.

Vióse claramente que era el que había mostrado menos ánimo de los tres.

He aquí la parte que cada uno de ellos había tenido en el crimen:

Pepino había dado el dinero para alquilar el cuarto.

Morey había fabricado la máquina infernal y cargado los fusiles.

Fieschi había prendido fuego.

Dos dias despues, la plaza de la Bolsa estaba escombrada de curiosos que se apiñaban á la puerta de un café: iban á ver á Nina Lassave, la querida de Fieschi, con quien el dueño del establecimiento había celebrado una contrata, colocándola en su despacho.

Uno de los caracteres mas marcados del reinado de Luis Felipe fué esa vergonzosa especulacion, de la cual el hecho que acabamos de citar no es uno de los mas tristes ejemplos.

CAPÍTULO XV.

MIENTRAS trascurrían los acontecimientos que acabamos de narrar, M. Thiers había quebrado con M. Guizot y llegado á ocupar la presidencia del consejo.

Sin embargo, el primer ministerio tal cual lo había establecido M. Thiers, se había desecho por una calaverada de Humann que subitamente había propuesto en pleno consejo la reduccion de la deuda.

Dos dias despues de la muerte de Fieschi y de sus cómplices, es decir, el 22 de Febrero de 1836, el ministerio quedó reconstituido del modo siguiente:

M. Thiers, ministro de relaciones exteriores y presidente del consejo.

M. Sauzet, guardasellos, ministro de justicia.

El conde de Montalivet, ministro del interior.

M. Passy, ministro de comercio y de trabajos públicos.

M. Pelet, ministro de instruccion pública.

M. d'Argont, ministro de hacienda.

El almirante Duperré, ministro de marina.

El mariscal Maison, ministro de la guerra.

Al entrar en su ministerio la primera noticia que supo M. Thiers fué la violacion de los tratados de Viena con respecto á Cracovia.

Cracovia, ciudad libre, independiente, estrictamente neutra, en la que, bajo ningun pretexto, podian introducirse fuerzas militares, acababa de ser invadida, primero por los austriacos, despues por los rusos y en seguida por los prusianos.

La ocupacion se habia verificado el dia 17: M. Thiers entraba al ministerio de relaciones exteriores el 22.

M. Thiers dejó que ocupasen á Cracovia.

Entretanto, lord Palmerston invitaba á M. Thiers á que interviniese en los negocios de España, ya que no lo hacia en los de Polonia. Nada habia deseado tanto M. Thiers como intervenir en España. Iba, pues, á apresurarse á ponerlo en obra.

El espanto de lord Palmerston debió llegar hasta el pasmo cuando M. Thiers respondió á su insinuacion con una repulsa.

M. Thiers pertenecia en cuerpo y alma de aquí en adelante á la política continental.

De dónde venia este cambio de partido?

Vamos á decirlo.

Se queria seguir el ejemplo de Napoleon, en lo que habia perdido Napoleon.

Se queria casar al duque de Orleans con una archiduchesa.

Hablaron á MM. de Werther y á d'Apponi de un viage de los príncipes á Alemania; pero no se les dijo mas.

Pero los embajadores que comprenden las medias palabras, respondieron que el duque de Orleans seria perfectamente bien recibido, y con esto partió con el duque de Nemours, llevando consigo una caja llena de tabaqueras y de retratos; las tabaqueras con cifras, y los retratos con cercos de diamantes.

Antes de su partida, yo tuve el honor de pasar una hora con él y me enseñó todas estas maravillas diplomáticas que acababa de llevarle Bajos, su joyero.

Los dos príncipes comenzaron por la Prusia, en la que fueron admirablemente recibidos. Esto es muy sencillo.

A los cortesanos llevaban diamantes y cruces.

A los pueblos presentaban en su persona la imágen viva de la revolucion.

De Berlin pasaron á Viena.

Se recuerda al duque de Orleans, hermoso, espiritual, áfable, lleno de atractivo cuando queria agradar, y hablando, como el frances, cuatro ó cinco idiomas vivos.

Todas las mujeres de Berlin se volvieron locas por él; todas las mujeres de Viena se le apasionan tambien.

La eleccion del duque de Orleans se fijó en la hija del archiduque Cárlos, en la princesa Teresa.

El archiduque Cárlos ha sido vencido tantas veces por nosotros, que casi es popular en Francia.

Un dia, en un rincón del salón imperial, los hijos del archiduque Cárlos, rodeaban al jóven duque de Reichstadt, y se desfallecian de risa.

—Qué haceis, pues, allá, muchachos! gritó desde el otro extremo del salón el archiduque Cárlos.

—Oh! papá! respondió el mayor de los hijos del archiduque, es que Reichstadt nos cuenta como su padre os vencia siempre. Eso es graciosísimo.

Era sin dudo muy divertido, y solo indicaba que el duque de Reichstadt sabia de ello una historia mas larga de lo que se creia.

¡Pobre duquesito! ¡tal vez haya pagado bien caro las carcajadas de sus primos.

El duque de Orleans, pues, habia puesto los ojos en la princesa Teresa, hija del archiduque Cárlos. Por su parte él habia agradado á la princesa, como tambien al archiduque.

Desgraciadamente la persona á la que era necesario agradecer, antes que á ninguna otra, era la archiduquesa Sofia, y el modo á la verdad de agradecerla, era el de agradecer á la princesa Teresa.

El matrimonio tuvo mal éxito.

M. de Metternich, fué encargado para buscar á esta negacion una razon plausible.

—Es imposible, dijo, el esponer á una princesa austriaca, á montar en un coche al traves del cual pasan á cada instante balas de pistola.

Los jóvenes príncipes partieron para Italia, en donde contaban permanecer durante algunos meses, cuando les llegó la noticia de que el rey acababa de escapar, con su fortuna acostumbrada, de una nueva tentativa de asesinato.

El tiro habia sido disparado tan de cerca, que el taco habia quedado entre los cabellos del rey.

La duda sobre la identidad del asesino no duró mucho tiempo.

Un guardia nacional le habia visto apuntar al rey y habia él mismo compuesto el cañon del fusil.

Este guardia nacional era el armero Devisne, y aquel baston-fusil del que el asesino acababa de hacer uso, acaba de salir de su armería.

El asesino ni aun habia tratado de huir. Devisne le saltó al cuello.

—Oh! ol desgraciado, exclamó, yo sé bien quien es; se llama Luis Alibaud, y de mi casa es de donde ha tomado el arma de que acaba de hacer uso.

Aquel cuyo nombre acababa de denunciar Devisne, era un joven de veintiseis años que, por un contraste bizarro, casi increíble, ofrecia un aspecto lleno de gracia y dulzura. Su rostro era hermoso y elegantemente colocado entre unos cabellos flotantes y una barba negra. Sus ojos azules ofrecian á un mismo tiempo, una singular mezcla de fuerza y melancolía, y lejos de parecer conmovido en aquel momen-

to terrible, ni los golpes, ni las amenazas, ni las injurias pudieron hacer desaparecer de sus labios la sonrisa grave y desdeñosa que los entreabria.

Se le registró, y no se le encontró mas que un peine, dos pipas, un paquete de tabaco para fumar y veintitres sueldos.

Al ver esta pobre suma, un coronel creyó, sin dudarlo, que la necesidad tenia alguna parte en el crimen.

—Mónstruo! le dijo, no habia mas sino que me hubieras dicho que tenias necesidad de dinero, que te hubiera dado.

—Dinero! respondió Alibaud, yo no mendigo; lo gano, y aquel que me impide ganarlo le mato.

Es una señal fatal para las monarquias de que su hora ha llegado, el que los hombres como Morey ó como Alibaud se hagan asesinos.

Alibaud nació el 4 de Marzo de 1810 en Reims. Era hijo de Bartolomé Alibaud, carruajero, y de Teresa Magdalena Barrière. En la revolucion de Julio estuvo en el 15.^o regimiento de infantería de guarnicion en Paris. Abandonó el servicio en 1832, y viajó, instigado por el terrible pensamiento, que lo sacó fuera de sí, de matar al rey.

Durante tres años que empleó en sus viages, en vez de abandonar este proyecto su mente, se arraigó en ella cada vez mas y mas. El 17 de Noviembre de 1835, volvió á entrar en Paris.

Todo estaba resuelto, solo que era tan pobre, que le faltaba dinero para comprar la arma, con ayuda de la cual habia de ejecutar el crimen. Entonces fué cuando se presentó en casa de Devisne en calidad de un dependiente que viajaba, el cual le confió dos docenas de bastones-fusiles. A los quince dias despues de esto, se los devolvió todos, á escepcion de uno que guardó para sí, y de cuyo precio se reconocia deudor.

Esto pasaba hácia fines de Febrero.

El 27 del mismo, entró en calidad de criado en casa de un

traficante en vino, con el sueldo de cuatrocientos francos anuales, comida y casa. El 23 de Mayo siguiente, salió de dicha casa y se fué á vivir á un cuarto, amueblado de la calle des Marais-Saint-Germain, en el que vivia aun el 25 de Junio, dia en que fué cometido el atentado.

Durante su viage habia tenido lugar Alibaud de señalar su valor, valor incontestable, y de una manera singular de resultas de una querrela que tuvo en Perpignan donde habia recibido un bofetón. Sus amigos que conocian su bravura, no ponian la menor duda en que se batiese, cuando él, sacudiendo la cabeza:

—Batirme!.. dijo, oh!.. no! tengo otra cosa mejor que hacer.

Tres dias despues, en efecto, partió para Paris en donde el crimen que intentó dió la esplicacion de la mision siniestra que seguia abandonando Perpignan.

Inmediatamente se comprendió que era menester acabar con semejante hombre.

El 25 de Julio, dia mismo del atentado, la cámara de los pares se constituyó en corte de justicia.

Le invitaron á que nombrase los gefes y miembros de la conspiracion.

—El gefe, es mi cabeza, dijo, los miembros son mis brazos.

Alibaud habia escogido, ó recibido de oficio para abogado á Cárlos Ledrú.

No habia otro medio para defender á un hombre que confesaba su crimen y se gloriaba de él, que el de apelar á la clemencia del rey, y Cárlos Ledrú citó el caso de Augusto y Cina.

A estas palabras del defensor, Alibaud se levantó con vivacidad.

—Señores, dijo, yo agradezco mucho á mi abogado su buena intencion; pero yo jamas he tenido ni el deseo ni la voluntad de salvar mi cabeza; mi intencion es como se ha visto bien, pues no he tratado de huir, mi intencion era la

de entregárosela legalmente, creyendo que vosotros la hubiérais tomado de la misma manera, ¡un conspirador, ó logra su empresa ó muere! Y tenia, para con Luis Felipe I el mismo derecho que tenia Bruto contra César.

Fué interrumpido por los rumores de la cámara.

—El regicidio, continuó alzando la voz, el regicidio es el derecho del hombre que no puede obtener justicia mas que por sus manos.

No era una defensa semejante la que queria M. Pasquier ni la cámara alta. Impusieron silencio á Alibaud.

No habia que tener la menor duda sobre la clase de sentencia que seria pronunciada. Alibaud fué condenado á la pena de los parricidas.

Alibaud rehusó poner su demanda pidiendo gracia; pero Cárlos, este hombre, que todo es imaginaeion y que por eso sin duda ha sido tan fuertemente calumniado, Cárlos Ledrú escribió al rey:

“Señor,

“Alibaud, estando decidido á morir, á pesar de la necesidad que tiene de consolar á su anciano padre, vengo yo para llenar esta mision santa á suplicaros dirijáis una mirada de compasion sobre el pobre condenado, cuya firme resolucion hará mas brillante aun la gracia que V. M. derramará de lo alto de su trono. Era imposible, señor, el vencer la obstinacion de un hombre que despreció tanto la vida para querer prolongarla un solo dia. A mí me ha parecido que, si es deber de todo ciudadano perdonar á su enemigo, es digno del primer ciudadano del Estado, el perdonar á su asesino.”

La demanda fué rechazada.

Era un domingo por la mañana, cuando Cárlos Ledrú recibió esta noticia, y corrió á casa de M. Sauzet para depner una demanda de casacion.

M. Sanzet respondió que no se demandaba en casacion, contra una sentencia de la cámara de los pares.

Alibaud pasó el día del domingo, ya meditando ó ya cantando las canciones del país. Reconciliación estraña aquello que el hombre que va á morir trae á su memoria mejor y con el mas grande placer, son los primeros recuerdos de su juventud.

El lunes, al amanecer, el abate Grivel entró en la prision del condenado.

Dormía con la mayor tranquilidad. La luz de la lámpara que ardía aun cerca de él, se reflectaba sobre su hermoso rostro, firme y sereno á la vez.

Se hubiera dicho que estaba ya muerto, y muerto sonriendo.

¡Qué diferencia entre este hombre y Fieschi, cuyo calabozo ocupaba!

El abate Grivel le despertó.

Entonces el confesor y el paciente, cambiaron las palabras supremas; mas fué inútil todo cuanto hizo el hombre de Dios para traer á Alibaud al arrepentimiento.

Como no hubiese tomado nada hasta entonces, ni manifestado deseo de tomar algo antes de su ejecución, el abate Grivel ofreció á Alibaud un vaso de vino de su país.

Alibaud aceptó; pero apenas hubieron sus labios tocado el vaso cuando lo apartó.

Una idea acababa de pasar por su imaginación. La de que habían mezclado á aquel vino algunos polvos enervantes que, al momento de morir le quitasen la fuerza física ó el valor moral.

El digno sacerdote adivinó su pensamiento, tomó el vaso, bebió la mitad y lo dió á Alibaud que lo concluyó.

A las cuatro de la mañana llegó el ejecutor. Hicieron bajar á Alibaud á la piecesita de la ante-escribanía. Su rostro era siempre el mismo: pálido y orgulloso. El solo calofrío que corrió por sus venas, fué cuando las tijeras que cortaban sus cabellos tocaron su cuello; mal que no duró mas que un instante y fué reemplazado por una sonrisa.

Entonces le echaron sobre la espalda un peinado blanco y despues un velo negro sobre la cabeza, y acto continuo se pusieron en marcha hácia la plaza de Saint-Jacques.

Eran apenas las cinco de la mañana. Si no era todo ya oscuridad en las calles, si todo era aun soledad, solamente al acercarse al cadalso, en aquel punto especial, la ciudad parecia vivir y temblar de horror. Un regimiento entero rodeaba el cadalso.

Alibaud bajó. El ejecutor le levantó inmediatamente el velo negro que le ocultaba. Se le leyó la sentencia la que escuchó tranquilamente, y despues subió sin necesidad de ayuda las gradas del cadalso.

Llegado que fué á la plataforma, se adelantó hasta su orilla gritando:

—Franceses, muero por la libertad.

Algunos segundos despues, su cabeza estaba separada de su cuerpo.

Al momento de dar á la tierra los despojos de Alibaud, el sepulturero del sombrío cementerio, tomó la cabeza por sus largos cabellos negros y la enseñó al pueblo, diciendo á los pocos espectadores que habían seguido la carreta mortuoria hasta allí:

—Bien lo veis: esta es en verdad, y no otra, la cabeza de Alibaud.



FUÉ un año fatal en nuestros fastos históricos, este año de 1836, enteramente ocupado por la ejecucion de Fieschi, por el atentado de Alibaud, por el duelo de Carrel, por el complot de Estrasburgo y por la muerte de Carlos X.

Bien se saben los pormenores de la muerte de Carrel. Herido mortalmente en un combate legal con M. Emilio Girardin, espiró en la mañana del 24 de Julio, pronunciando estas tres palabras:

Francia—amigo—república.

Su vida, toda entera habia existido en estas tres palabras.

En toda ocasion habia ofrecido su vida á *la Francia*, á sus amigos, á la república.

La desgracia de Carrel fué morir fuera de la política; pero para el gefe de partidos, lo decimos con tristeza, porque es triste decirlo, era tiempo de que Carrel muriese. Viendo no hubiera perecido su reputacion de honradez lo que era imposible; pero tal vez hubiera perdido su reputacion de idoneidad.

No todos tienen la fortuna de morir á tiempo. Mirad á

La Fayette y á Luis Felipe, ambos no han muerto cuando debian.

La Fayette debia morir el 5 de Junio de 1832.

Luis Felipe debia morir el 28 de Julio de 1833.

En cuanto á lo demas, nos olvidamos entre los acontecimientos importantes del año, las persecuciones del ministerio contra la Suiza y la intervencion en España, rehusada desde luego á lord Palmerston, y autorizada despues debajo de cuerda por el rey, con el auxilio de las legiones extranjeras y, en fin, rehusada despues de un vivo altercado entre M. Thiers y M. de Montalivet y contra el parecer del duque de Orleans.

Mal habíamos hecho en olvidarnos de ellos, pues fué justamente lo que causó la caida de M. Thiers.

Así es que su ministerio de siete meses habia tenido dos faeces bien distintas.

Durante la primera, esperando una alianza matrimonial con la casa de Prusia ó de Austria, M. Thiers se habia alejado de la alianza política de la Inglaterra, y se habia aproximado á la alianza continental.

Mientras la segunda, habiendo desesperado de la alianza matrimonial con la Prusia ó la Austria, habia por fin vuelto á la alianza política con lord Palmerston.

Dada y recibida que fué su dimision, M. Thiers partió para la Italia dejando el lugar á M. Molé.

He aquí como se constituyó desde entonces el ministerio:

Presidencia del consejo y negocios extranjeros, M. Molé. ®

Justicia y cultos, M. Persil.

Interior, M. Gasparin.

Marina, M. Rosamel.

Hacienda, M. Duchâtel.

Instruccion pública, M. Guizot.

Guerra, M. Bernard.

Comercio y de trabajos públicos, M. Martin.

Bajo este ministerio tuvo lugar la tentativa de Estrasburgo.

El 2 de Noviembre de 1836 se leía en *El Monitor* que, durante el día de la víspera, habia sido intentada una tentativa de rebelion en la guarnicion de la ciudad, por el príncipe Luis Napoleon Bonaparte; pero que esta tentativa no habia tenido éxito.

He aquí como habian pasado las cosas.

Hacia largo tiempo, como he dicho ya, y puede uno asegurarse de lo que digo leyendo en mis *Impresiones de un viage en Suiza* lo que escribia en 1834, es decir, dos años antes de los acontecimientos de los proyectos del príncipe; hacia ya largo tiempo, digo, que el príncipe mantenía inteligencias en Francia. Una vez, viviendo La Fayette, habia venido dando vuelta por Inglaterra, á encontrarse con él; pero la entrevista habia sido sin resultado. Mas tarde habia pasado el Rhin, habia venido á Estrasburgo, y reuniendo un consejo de amigos, habia vadeado el terreno sobre el cual iba á aventurarse. Los amigos, y entre ellos los mas arriesgados, los mas interesados en el éxito de la empresa, se lo habian presentado como incierto, de manera que se volvió á Areuemberg, aplazando por entonces sus proyectos pero no renunciándolos.

Escribió al general Voirol, comandante del departamento del Bas-Rhin, pidiéndole una cita.

El general Voirol no respondió; pero al abstenerse de hacerlo, pensaba dar cumplimiento á la carta secreta.

Sin embargo, habló al prefecto del Bas-Rhin M. Chopin d'Arnonville, de los proyectos que suponía en el joven príncipe.

—Yo tengo uno con respecto á él, respondió el prefecto, y no da un paso sin que de ello sea yo informado.

No era esto todo, el príncipe no se habia contentado con escribir al general Voirol, sino que habia confiado sus proyectos á un capitan llamado Rauedre, el cual habia hecho partícipe en la comunicacion, á su comandante M. de Franqueville.

M. de Franqueville lo refirió al general Voirol.

Entonces la cosa habia parecido tomar mas gravedad á los ojos de este último, y habia, con el apoyo de una de sus relaciones, enviado al ministro, la carta del príncipe Luis.

Era esta la época en la que se alimentaban las conspiraciones en lugar de prevenirlas, y en la que se prefería ahogar al niño al nacer, á hacerlo abortar.

El ministro dejó que el negocio siguiera su curso.

El 25 de Octubre de 1836 el príncipe dejaba el castillo de Areuemberg bajo el pretexto de una partida de caza y marchaba al ducado de Bade, en el que debían hallarse algunos personajes importantes, con cuyo concurso creía poder contar.

Aquellos á quienes esperaba, faltaron á la cita. Esperó en vano tres días, pasados los cuales partió para Estrasburgo.

Los dos hombres en los cuales se apoyaba Luis Napoleon mas particularmente, eran el coronel Vaudrey y el comandante Parquin.

El coronel Vaudrey, habia hecho cuanto habia podido para impedir que el príncipe tentase esta peligrosa fortuna, y el príncipe creyó reducirlo, presentándole un contrato, por el cual aseguraba diez mil francos de renta á cada uno de sus hijos.

Entonces el coronel habia desgarrado el contrato, diciendo al príncipe:—“Monseñor, yo doy mi sangre, pero no la vendo.”

Y desde entonces, habiendo sido su sangre ofrecida y aceptada gratis, no volvió á hacer el coronel ninguna objecion.

El comandante Parquin, habia sido mas difícil de decidir. Yo lo he conocido personalmente: era uno de aquellos hombres del Imperio, entregado todo á las tradiciones imperiales, firme y leal como su espada; pero como su espada, bueno á hacer un instrumento. He ahí todo.

Después, estando preso, ha publicado dos volúmenes de Memorias, que me ha enviado, y en las cuales ese talento de los campos de batalla, el solo que poseyó se halla desarrollado en sumo grado.

El 27 de Octubre de 1836, á las ocho de la noche, reunió el príncipe su consejo, y quedó decidido que el movimiento tendria lugar el 30.

Se contaba con hacer uso del prestigio del nombre napoleónico, y era, pues, sobre los soldados sobre los que era necesario obrar.

Los soldados que componian la guarnición de Estrasburgo eran tres regimientos de infantería, y un batallón de zapadores de ingenieros.

Se contaba ya con la artillería. El coronel del 4.º de artillería era del complot.

Se contaba con los pontazgueros, y se tenian inteligencias entre ellos. La infantería era la menos segura. A mayor abundamiento, el coronel Vaudrey tenia las llaves del arsenal.

En consecuencia se propuso:

Pasar á bordo la artillería, trasladarse á la plaza de armas y abocar las piezas para la caserna de infantería; y así ó la infantería se adhería á la insurrección, ó era aniquilada.

La proposición fué rechazada.

He aquí el plan que prevaleció:

Dirigirse desde luego al 4.º de artillería, alojado en el cuartel de Austerlitz, hacerlo sublevar, lo cual era cosa fácil, ó lo que es lo mismo, segura. De allí pasar á la caserna Finkmatt, á fin de hacer una tentativa en el 46.º de línea.

Yendo á la caserna de Finkmatt, apoderarse del Hotel-de-Ville, de la prefectura y de la division militar.

La tentativa se frustró. Salió fallida en la caserna de infantería, antes que el movimiento hubiese tomado en la ciudad la importancia que debia haber y hubiera tomado, si la ciudad se hubiese despertado al ruido de la artillería que rodaba por sus calles y se ponía en batería sobre sus plazas, en lugar de despertar al simple grito de *¡Viva el emperador!*

Un simple lugar-teniente hizo frustrar esta tentativa, grano de arena del que habla la Escritura, y que detiene y hace volcar el carro del conquistador.

Un lugar-teniente llamado Pleignier, se abalanzó al príncipe y llevando á él la mano:

—Vos no sois Luis Napoleon, le dijo, sois el sobrino del coronel Vaudrey. Vos usurpais un nombre que no teneis derecho á llevar. Yo os prendo.

Se esparció al mismo dia otro rumor, y era que el movimiento era legitimista.

Contra esta nueva resistencia, no habia nada que hacer.

En primer lugar el nombre del príncipe Luis, no era el que habia sublevado al regimiento; y en segundo, el hombre que se presentaba en nombre del príncipe Luis Napoleon, no era el príncipe Luis.

En fin, este hombre que no era el príncipe Luis, era un agente realista.

El príncipe, á la verdad, no tenia otro medio de probar la falsedad de semejantes acusaciones que el rendirse, y se rindió.

Se recuerda que otro tanto estuvo para suceder á Bonaparte en el 18 brumario: sin Lucien hubiera sido perdido.

Luis Bonaparte no tenia su Lucien, y así es que fué arrestado y conducido á la fortaleza.

Al mismo tiempo y en el mismo dia un sarjento llamado Bruyant hacia insurreccionar su regimiento en Vendôme:

justamente era el regimiento de húsares de Chartres, que habia pertenecido al duque de Orleans.

Fué condenado á ser fusilado.

Yo fuí quien le salvó la vida por la intermision del duque de Orleans.

En cuanto al príncipe Luis, la sola pena que le fué impuesta, fué la de enviarlo á América.

El 21 de Noviembre el príncipe Luis dejó la Francia.

Hacia diez y siete dias que Cárlos X habia muerto. El mismo dia de San Cárlos, habia caido malo en Goritz de Stiria: el 6 á la una y cuarto de la mañana, entregó á Dios el alma del último Borbon que habia reinado en Francia.

Y lo diremos aquí, en nuestra profunda conviccion, el alma del último Borbon que en ella reinará.

El cuerpo de Cárlos X reposa en el convento de los franciscanos del Graffenberg (montaña de los condes), en una sepultura de la mayor sencillez.

La piedra que cubre á este príncipe desheredado á un mismo tiempo del trono y de la tumba de sus padres, tiene esta simple inscripcion:

AQUI YACE

EL MUY ALTO, MUY PODEROSO Y ESCELENTISIMO PRINCIPE CARLOS,

DECIMO DE SU NOMBRE;

POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE FRANCIA Y DE NAVARRA,

MUERTO EN GORLITZ EL 6 DE NOVIEMBRE DE 1836

DE EDAD DE 79 AÑOS Y 23 DIAS.

Esta muerte produjo poco efecto en Francia. Cárlos X habia pasado en ella de la impopularidad al olvido. Una sola voz se hizo oír que se lamentaba sobre su tumba, como David sobre el cadáver de Saul.

Los versos son hermosos, la accion era animosa; los versos y la accion están firmados por Victor Hugo.

He aquí algunos de esos versos:

¡Oh! ¡vosotros callais! pero yo triste,
Yo, cuyo amargo canto
Jamás se escucha con la hermosa aurora,
Porque tan solo llora
Al desplegar la oscuridad su manto;
Yo, á quien allá en un dia
Cárlos en Reims amante recibia;
Yo, que lloro sus males, y apercibo
Sin fascinar mi mente
Su conducta infeliz y delincuente,
No callaré.... y á la profunda fosa
En que el rey destronado
En triste calma y soledad reposa
Bajaré con mi lira
Y en su bóveda negra y tenebrosa
La iré á colgar..... y de su fiel memoria
Viviendo siempre al lado
Haré que suene entre la sombra oscura
Un acento piadoso,
Una voz de dulzura,
La santa voz de un himno religioso.....

¿Y qué me importa á mí, yo que abro ufano
Las anchas alas de mi fuerte lira
Al sonido cristiano,
A mí que amo tan solo
El campo, el mar, al infeliz que llora.....
Y odio al que solo crimen
Y maldad atesora;
A mí, cuya congoja es infinita
Al ver la nave en la tormenta oscura,

Al ver pelagra el marinero triste
 Bajo su desgraciada arboladura;
 A mí, cuya piedad algunas veces
 Aunque grave, ha dudado
 Bien del rey ó del pueblo desdichado;
 Y en fin á mí, que me interesa acaso
 Que despues de seis años
 De vértigo y pereza
 Abstraigan de las testas coronadas
 De ese rey la cabeza?...
 ¡Ruina fria, mohosa,
 Colocada á la orilla
 Del mar de la existencia borrascosa!
 ¡Fantasma que alucina
 Y sobre los sucesos ¡ay! se inclina!
 ¡Ah! ¡qué me importa no alterase en nada
 El peso y la medida,
 Ni que su frente calva y abatida
 En las sombras eternas
 Sumergiese aterida
 Y anciano ya, sin púrpura y sin trono
 El destierro sufriera
 Que es la muerte de un rey ¡ay! la primera!...

Oh! yo diré sin miedo
 De que renazca el odio á su persona,
 Que fué mi juventud feliz hermana
 Del tiempo immaculado
 En que ciñó á sus sienas la corona.
 Ay! recibiónos en un mismo dia
 Saint-Remi con cariño
 Bajo un arco triunfal, á él ya anciano,
 Y á mí que entonces era solo un niño....

Mas, no quiero ya pompas ni oropeles
 Tan solo anhelo y pido
 Un ataud desnudo
 Que guarde el cuerpo de mi rey querido.
 Y mientras allá la necia muchedumbre
 El aire atruena con sus rudos gritos,
 Aquí la piedad santa
 Que sirve á los proscritos,
 Y los envuelve tierno y compasivo
 En su blanco cendal.... dulce mirada
 Tendrá para ese rey abandonado,
 Y este pobre giron de terciopelo
 Que le sirve á su féretro de velo.

CAPÍTULO XVII.

Como se ve, todo secundaba la marcha próspera de la familia real hacía el poder absoluto, blanco constante de todos los deseos de su gefe, y es menester decirlo, como rey, era poderosamente secundado por la protección providencial.

Como padre era muy bendecido por la bondad divina.

Como rey la invulnerabilidad mas completa, habia escapado de la pistola, anónimo que, la primera habia sido disparada contra él, de la máquina infernal de Fieschi y del fusil de Alibaud.

Como rey, habia visto caer sucesivamente á sus amigos y á sus mas temibles enemigos. La Fayette y Casimiro Périer, Carrel y Carlos X.

Como rey habia, si no aniquilado, al menos dispersado el partido republicano, y se habia casi reconciliado con la Europa continental sin desavenirse con la Inglaterra.

Como rey, en fin, habia llegado á ser el gefe, el tipo, el emblema, el héroe, la fetiche de aquel vecindario ambicioso que, despues de haber destronado á la aristocracia, pensaba sobre el pueblo que aspiraba sustituir la nobleza mo-

netaria, á la nobleza militar de Napoleon, la nobleza cortesana de Luis XV, á la nobleza feudal de Luis XIII y Enrique IV.

Como padre, ¡qué estension tan maravillosa de una noble familia! Cinco príncipes hermosísimos, muy valientes, llevando los mas ilustres y mas antiguos nombres de la cristiandad; haz riquísimo, dominado por un hermano primogénito, y á quien sus mas implacables enemigos no sabian que echarle en cara, sino su hermosura casi femenil, sus amigos y su valor casi insensato.

Tres princesas, en las cuales la hermosura, esa corona de las mujeres, no era sino una cualidad secundaria; tres princesas, de las cuales la mayor, la princesa Luisa, era citada por su religiosa bondad; la segunda, la princesa María, ilustre entre las artistas; la tercera, la princesa Clementina, casi célebre por sus talentos.

¡Qué mas hubiera podido desear del cielo el padre y el rey, el padre con este hermoso grupo de risueñas cabezas, y el rey con este trono, el mas hermoso trono del mundo, con una colosal fortuna personal; doce millones de lista civil, los mas hermosos castillos de la Francia, las Tullerías, Versalles, Saint-Cloud, Fontainebleau, Compiègne y Rambouillet?

Lo único que se atrevió á pedir fué dinero; dinero aun, y siempre dinero.

De cuando en cuando pedia tambien un poco de mas despotismo.

Pero el despotismo nada costaba á aquel pobre vecindario que no se disgustaba al ver á su representante, descargase contra el pueblo que ella sentia rebullir bajo sus piés, y contra la inteligencia que sentia bramar sobre su cabeza.

Nos hemos olvidado de consignar en el año de 1836 que Luis Felipe habia escapado de otro nuevo asesinato. Un miserable, llamado Meunier, habia disparádole: mas como

era un asesino vulgar, como lloró y como imploró gracia, esta le fué concedida.

El pueblo aplaudió la gracia hecha á Meunier, como habia aplaudido el suplicio de Alibaud.

Hasta entonces, su rey habia recibido del cielo el don de la infalibilidad.

Habia mas aun: las noticias eran buenas. La hija mayor de Luis Felipe, se casaba con el rey de los belgas. Es cierto que era un rey de una creacion mas reciente aunque Luis Felipe, como tambien que reinaba en un mezquino reino; pero al fin era un rey.

El duque de Orleans, por su lado, se casaba con la princesa Elena de Mecklembourg-Schwerin.

Es cierto que se casaba con esta princesa á pesar de su hermano que no encontraba un Borbon, un de Orleans, un descendiente de San Luis de bastante buena casa para él, y que le habia faltado la influencia de la Prusia para contrabalancear, en el negocio, la influencia de la Rusia.

La poblacion se aliaba, pues, en la persona de sus príncipes, á los Cobourg y á los Schwerin, lo cual le era muy honroso.

Esta pobre poblacion se creyó ennoblecida de repente.

Pero ella no habia pensado en una cosa y esta era lo caro que cuesta el poder casarse.

El rey volvió á pedir dinero.

Pidió un millon de dote, dado una sola vez, para su hija mayor, la princesa Luisa, que acababa de casarse.

Pidió ademas, un millon de dotacion anual, para su primogénito que iba á casarse.

En fin, pidió, á título de infantazgo anual, quinientos mil francos para el duque de Nemours que podia casarse.

Ah! ya entonces la poblacion comenzó á inquietarse.

Mientras no se habia tocado mas que á su honor, es decir, al de la Francia, no habia chistado; pero se llegaba ya á su peculio, y entonces sí ya murmuraba.

¿Y en qué época es en la que se pide este aumento de dotes, dotaciones é infantazgos? ¿cuando un triste quejido y prolongados lamentos se levantan de todos los puntos de la Francia!

Oid las ciudades, los departamentos, las provincias, por todas partes no se escucha mas que el grito de la miseria, de la angustia del hambre.

Rouen fué quien dió principio á esta serie de dolores.

En Rouen los hilados van en decadencia, y los tintoreros ya no tienen trabajo: se disminuye hasta tal punto el salario á los tejedores, que ya no pueden vivir de él; unos presentan sus libretas al maire; estos recurren á la caridad pública; y aquellos, en fin, se meten á barrenderos y ganan doce sueldos al dia.

En el departamento de l'Aude, hay ya carestía, el pan comienza á faltar.

En l'Arriége los pobres viajan en bandadas, como los zagales de la edad media: la alforja al hombro y la mano tendida.

En los alrededores de Limoux, los habitantes de los dos cantones han emigrado, y pidiendo la limosna, y amenazando con tomarlo por fuerza si no se les da, se han esparcido por el Bas-Languedoc y el Roussillon.

En Normandía, el viento Nordeste se obstina en llevar la mar mas allá de sus límites. Estas aguas son de la Vire, crecidas por la fusion de la nieve, y por las incesantes lluvias, las que inundan los potreros, y hacen ahogar á las bestias.

Lyon, en fin, la segunda capital del reino, despedazada por dos motines, que se queja de no poder morir de hambre tan pronto como se muere de un cañonazo, de un fusilazo ó de un bayonetazo, Lyon que acaba de asistir al espectáculo terrible de una madre que, durante seis dias larguísimos ha mantenido á su pequeño hijo sin comer ella nada, y que, al séptimo, sintiendo acercársele la muerte y acabársele la le-

che, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se ha ido á tirar á la plaza Bellecourt, y al fin ha muerto allí, muerto de hambre! encargando su hijo á la piedad de los transeuntes.

¡Y así se nos acusaba de exageracion, cuando dejábamos morir de hambre al padre de Dantes, en su quinto piso de la casa de las avenidas de Meillan!

Es cierto que se nos acusaba de exajeracion tambien, cuando conducíamos al conde de Morcerf ante la cámara de los pares, y cuando salvábamos por medio de un veneno á madama de Bellefort, del cadalso.

Es cierto tambien que un año despues el proceso Teste y el envenenamiento Praslin trasformaban al poeta en divino, y daban á conocer que la realidad dista mucho de la imaginacion.

Y en estos momentos, como hemos dicho, es cuando se pide una dote dada de una vez para la reina de los belgas un aumento de gastos, de un millon para el príncipe real, y un infantazgo anual, en fin, de quinientos mil francos para el duque de Nemours.

Todo el mundo se reunió al derredor de M. Cormenin Timon cuando hizo aparecer su nuevo folleto sobre el infantazgo del duque de Nemours.

El folleto fué reimpresso veinte veces, dos de mas de las que habia tenido, cuando la restauracion, la Viellelicede de MM. Barthelemy y Mery.

El folleto era en forma de carta! Ay! casi siempre es así como se reproducen los folletos. Ved á Paul-Louis Courier demoliendo el trono de 1815, como M. Cormenin demolió el trono de 1830; cartas, siempre cartas.

Pobre jóven príncipe! lleno de honor, de delicadeza y de desinterés, que se habia opuesto con todo su poder á que se hiciese este pedimento en su nombre, y en cuya persona se ultrajaba á su padre!

Confesad, monseñor, que es una nacion generosísima la

nacion francesa, y que vuestra familia le debe un reconocimiento sin límites, por las comodidades, provechos y grandes bienes de que ha estado en todo tiempo, llena y mas llena, colmada y recollmada, cargada y recargada. Inmediatamente, monseñor, los edictos de 1661, 1672 y 1692 tuvieron aceptacion en el Estado y dieron á vuestro abuelo un infantazgo compuesto de tantos fondos, tierras, cásaes, ciudades, palacios, castillos, granjas, guvernaturas, principados, ducados, marquesados, condados, baronías, alodios, mieses, censos, prados, canales y bosques, que no alcanzarían cien páginas por enumerároslos. Vuestra casa, monseñor, pasaba en 1789, por la casa primiciera no reinante, la mas rica de la Europa, pues que se avaluaba su capital en ciento doce millones, suma enorme que equivale á doscientos millones de nuestros dias, suma de todas maneras muy grande colocada entre las manos y á disposicion de un solo hombre, aunque príncipe, y segun el tiempo, amenazando, ya la libertad ó ya al mismo poder: porque la historia no será mas que justa, monseñor, cuando diga que el empleo revolucionario que vuestro abuelo dió á su prodigiosa fortuna, contribuyó, mas que ninguna otra cosa á la caida del trono de Luis XVI, su padre y su señor. Esa fatalidad de bienestar pecuniario que se adhiere obstinadamente á todos sus pasos, fué la que persiguió á vuestra familia hasta en el destierro, porque mientras los otros emigrados morian de hambre en el extranjero, la duquesa de Orleans, vuestra abuela, recibia una pingüe pensión de la república francesa, y hácia el mismo tiempo, el tesoro pagaba en descargo de vuestro padre, emigrado, mas de cuarenta millones de dietas. ¡Cuarenta millones! Que brillante anticipacion de lista civil.

No es esto todo.

Apenas desembarcó Luis XVIII de Inglaterra, cuando os remitió, á vuestras repetidas súplicas, por medio de una órden, lo que quedaba en manos de la nacion, de los bienes

no vendidos en infantazgo al duque de Orleans, infantazgo irrevocablemente abolido, no por la ley de 1793 sobre la emigracion, sino por el art. 2 de la ley de 21 de Diciembre de 1790 sobre infantazgos. Para escusar esta indigna violacion de las leyes, se ha querido decir que Luis XVIII era entonces omnipotente; pero con este bello modo de razonar, se hubiera podido despojar para enriqueceros, al primer ciudadano que se presentase, como se despojaba al Estado. La ley sobre indemnizacion de emigrados que, parece haber sido hecha para vuestra dichosa familia, vino á aumentar aun sus comodidades, provechos y goces, y, dándoles ocasion para que repudiasen la sucesion paterna que estaba cargada de dietas, para aceptar la sucesion mateana radiante de oro y plata: lo que le valió en medio de esta ingeniosa division de matrimonios, sutilmente admitida por consejeros amovibles del Estado, una bonificacion de doce millones de escudos bien pesados, bien contados y entalegados. En fin, independientemente de la pedrería de la corona, la mas hermosa del universo, las cámaras, queriendo llenar de oro á vuestra familia, como la llenaron de poder, añadieron á las inmensas riquezas de vuestro padre los muebles é inmuebles de la dotacion real de Carlos X. Muchas veces he hecho yo vuestra cuenta, monseñor, para que tenga aquí aun de recordaros, que vos y los vuestros disfrutais del Louvre, de las Tullerías y de el Eliseo-Borbon y sus dependencias: de los castillos de Marly, Saint-Cloud, Meudon, Saint-Germain, Compiègne, Fontainebleau y Peau, como tambien de las casas, edificios, fábricas, tierras, prados, granjas y bosques que los componen; de los bosques de Boulogne y de Vincens, y de la selva de Sénart; de los diamantes, perlas, pedrerías, estatuas, cuadros, piedras talladas, museos, bibliotecas y otros monumentos de las antiguas artes; de los muebles contenidos en el Hôtel du Garde-Meuble, y de los diversos palacios y establecimientos reales.

Ahora, pues, como estos quinientos mil francos de infantazgo pedidos para M. de Nemours estaban representados por el dominio de Rambouillet, bosques de Senonches, Chateau Neuf y Montereau, M. de Cormenin se entregaba á unos cálculos terribles, en cuanto á que demostraban que las estimaciones hechas eran falsas, y que el solo dominio de Rambouillet, valia cuarenta millones.

Con estos cuarenta millones de Rambouillet, habia establecido con anticipacion todo el bien que el duque de Nemours podia hacer.

Con los cuarenta millones de Rambouillet podia dar á las treinta y ocho mil municipalidades de Francia, bibliotecas públicas.

Podia instituir doce mil escuelas de costura para las mujeres pobres del campo.

Podia hacer los gastos para el establecimiento de diez mil salas para niños.

Podia abrir en trescientas cincuenta ciudades casas de asilo para los ancianos de ambos sexos.

Podia impedir que muriesen de hambre durante dos meses en la estacion de invierno, treinta mil obreros sin trabajo.

Podia dar durante cinco años, una pension de cien mil francos, á cinco mil soldados heridos, estropeados ó enfermos.

Ataques eran estos terribles, cuando la plaza del Châtelet se veia todos los dias cubierta de muebles que se vendian por autoridad de justicia.

Cuando la plaza del Hotel-de-Ville se veia constantemente llena de obreros sin trabajo.

Cuando la caja de ahorros, reembolsaba en una sola semana, la primera de Abril, la suma de un millon setecientos sesenta y seis mil francos.

De esta manera, en la clase baja de la sociedad se veia todo un pueblo, lamentando el hambre y pidiendo pan.

En la alta sociedad, un rey rebosando en riquezas y pidiendo oro, y entre el pueblo y el trono, inclinado sobre ese abismo de miseria en el que el rico no piensa sino cuando ya está á punto de tragarse á la sociedad, M. de Cormenin, este demócrata sombrío, ríe de todo, con un reír amargo y de lágrimas.

Esta vez la cámara temió: ella rehusó.

El ministerio herido ya por el rechazo de la ley de disyunción, fué herido de muerte por la inadmisión del infanzago.

Una mañana los ministros fueron forzados á mandar su dimisión, y el rey comisionó á M. Guizot para que formase un gabinete.

¡M. Guizot! ¡este hombre á quien se creía capaz hasta el día en que la monarquía se hundió con él en el abismo que él mismo había cavado; este hombre que llegó á hacer creer durante diez y ocho años que el orgullo era su genio; este hombre, en fin, que ha presentado la estension de su capacidad en el libro increíble titulado *De la democracia en Francia*, libro que parece hecho á la vez por un ciego y un sordo!....

M. Guizot se encontró embarazado de tal manera con la dicha misión, que fué á ver á M. Thiers para invitarlo á que le ayudase en la tarea que acababa de encomendarle el rey.

¡M. Thiers! ¡á la cabeza de un partido que acababa de mal combinar, compuesto de todos los descontentos, de las ambiciones burladas y los rencores que deseaban romper sus diques, y á quien llamaban centro izquierdo! M. Thiers rehusó.

M. Guizot se vió obligado á entrar en concurso con M. Molé, no pudiendo entrar en compañía con M. Thiers.

Envió su lista al rey, y M. Molé por su parte envió también la suya.

La lista de M. Guizot se componía de:

M. Guizot.
M. de Montebello.
M. de Rémusat.
M. Dumont.

La lista de M. Molé se componía de:

M. Molé, negocios extranjeros y presidencia.
M. Barthe, justicia y cultos.
M. de Montalivet, del interior.
M. de Salvandy, de instrucción pública.
M. Lacave-Laplaye, de hacienda.

En uno ú otro caso M. Martin quedaba de trabajos públicos.

Y M. Rosamel de marina.

El rey optó por la lista de M. Molé, y he aquí un ministerio de enmendatura.

Este ministerio fué el que tuvo los honores del casamiento del duque de Orleans con la princesa Elena.

¡Ay! ¡pobre mujer! ¡quién le hubiera dicho cuando á cada posta, despues que hubo pasado la frontera, encontraba flores en abundancia y canastillos llenos de frutas, quien le hubiera dicho que marchaba á una pronta viudez y á un larguísimo luto!

CAPÍTULO XVIII.

EL 24 de Mayo la princesa pasó la frontera, y el 29 entró en Fontainebleau.

Al siguiente, 30 de Mayo, se celebró el matrimonio en la galería de Enrique II.

Después se siguieron las fiestas, la apertura del museo de Versailles, de ese museo prometido á todas las glorias de la Francia, y en el que se ha sacrificado todo á la gloria militar.

En fin, la serie de regocijos públicos concluyó, como por desgracia, también para Maria Antonieta.

El 14 de Junio se simulaba en la escuela militar, la toma de la ciudadela de Amberes, y Paris, todo entero, se había trasportado á Champ-de-Mars. Todo caminó bien mientras duró el espectáculo; pero acabado que fué, cada cual, según la costumbre, se apresuró á salir; y la turba, como una inmensa corriente, se dirigió á los dos caminos que conducen á Paris: bastante se sabe lo que es la multitud, torrente que una vez precipitado ya no se detiene jamás y este fué á estrellarse contra los enrejados de fierro. Bien pronto se oyeron quejas lamentables y gritos de rabia: toda esta masa de carne viviente, molía y era molida.

En la misma tarde un luto inmenso se esparció por todo Paris, negro crespon con que la fatalidad ligaba el ramillete de boda de esta pobre princesa real, á quien un ministro insolente—á sus piés, mientras vivió su marido—debia, muerto su marido, tratar de extranjera y compararla por esta designacion á la reina de infame memoria que entregó la corona de su hijo á los ingleses.

Al día siguiente, 15 de Junio, se daba un baile en el Hotel-de-Ville. Los cortesanos insistían en que el príncipe fuese á él, como si ningún accidente hubiese acaecido. ¡Qué les importaba á los cortesanos los que habían perecido: al fin eran casi todos gente del pueblo! Pero el noble jóven se rebeló ante tanta impudencia.

—¡Eh! señores, les dijo, esperemos al menos para bailar que los cadáveres sean reconocidos y enterrados.

El baile se dejó para otro día y creo no tuvo efecto sino hasta el 19 ó el 20.

Algunos días después del casamiento, el duque de Nemours, su hermano, partió para el Africa, en donde tenía que tomar una grande revancha.

La revancha fué brillante. Constantino, tomado por asalto, cayó en nuestras manos el 13 de Octubre de 1837.

Esta presa nos costó, al general Daurimont y al coronel Combe, el mismo que había tomado á Ancona, por medio de aquel atrevido golpe de que ya hemos hablado.

Achmet vió, desde lo alto de una montaña inmediata, caer su ciudad carísima, y con ella desplomarse su poder. Una lágrima cayó de sus ojos cuando volvió brida y hundió las espuelas en el vientre de su caballo: solo sí que no pudo decirsele como á Boabdil cuando huía de Granada:—“Llora como una mujer, á esta ciudad que no has sabido defender como un hombre.” El bey Achmet se había bizarramente defendido, y en sus dos sitios, Constantino nos costó mas de tres mil hombres.

El duque de Nemours estaba junto al general Dauremont,

cuando una bala de cañon hiriéndole en el costado, le tendió muerto á sus piés.

Los soldados admiraron mucho en esta ocasion la sangre fria de su jóven gefe, y se citaron como un modelo de disciplina militar las palabras que salieron de su boca.

—Señores, dijo, sin siquiera pensar en abandonar aquel lugar mortal donde silvaban como un huracan las balas y metralla de la plaza, el caso se habia previsto. El general Vallée es el gobernador general de Argelia.

No sé yo lo que el duque de Orleans habria dicho en lugar suyo; pero estoy seguro de que al proclamar al general viviente, habria encontrado una palabra de dolor para el muerto.

A esta rigidez de formas, que acaso es una virtud, fué á la que el duque de Nemours debió la impopularidad que estalló por todas partes cuando á la muerte de su hermano, el rey le hizo nombrar regente.

Al lado de esta victoria militar nacia una nueva lucha política. El partido republicano á quien se creia muerto, habia sido mal apagado por el proceso de Abril: el acontecimiento que le habia privado de un gefe activo, en la persona de Carrel, le habia hecho dar adelante ese inmenso paso que se llama refleccion. El partido republicano habia refleccionado que no se toma por la pura fuerza un pais como la Francia, y que era necesario hacer entrar ideas en la fortaleza, por la brecha llamada conviccion. Desde entonces el partido republicano tuvo la sola fuerza que le faltaba; la prudencia, que da la oportunidad al ataque y la unidad al movimiento. En efecto, al momento que abandonó la violencia, fué ya necesario contar con él por el raciocinio, y al hacerse la discusion pública, legal, casi constitucional como hablaba en nombre de todos los sentimientos honrosos, fué para él una fortuna el que sus oradores fuesen menos hábiles que los del partido opuesto, para levantar esa

fuerza inmensa de la que ya hacia cuarenta años parecian no preocuparse: la democracia.

El partido republicano comenzó por elegirse un gefe. En esta ocasion, á fin de que no pudiese echársele en cara la menor ligereza, tomó á este gefe de la mas alta posicion en que el genio de un hombre puede colocarle, y en ello obró con mucho cálculo. No era, pues, la democracia la que iba por medio de rudos esfuerzos á elevar á su gefe á á la altura de las mas encumbradas fortunas, era este mismo gefe que, colocado ya sobre un hecho, iba á tenderle la mano, y, sin esfuerzo, sin sacudimiento y sin contestacion, elevarlo hasta sí.

Este gefe era M. Santiago Arago, es decir, un hombre cuyo nombre era conocido, admirado y reverenciado del mundo entero.

Con M. Arago se conquistaba á M. Laffitte, y se conservaba á M. Dupont (de l'Eure.)

MM. Arago, Laffitte y Dupont (de l'Eure) debe convenirse en que formaban una terrible trinidad política, y esto individualmente; pues ahora si reunian á su alrededor una junta electoral que se compusiese, entre otros, de los nombres de MM. Mauguin, Marthieu Larabit, Ernest Girardin, el mariscal Clausel, Garnier Pagès, Cormenin, Salverte, Thiers, Chatelain, Cauchois-Lemaire, Berk, Louis Blanc, Frédéric Lacroix, Durand, Thomas Dubose, Goudchaux, Viardot, Dornés, Nepomucène Lemercier, Rostan, Félix Desportes, Marie, Ledru-Rollin, Dupont, Sarrans, Guilbert y David d'Angers; seria entonces un gobierno fuera de todo gobierno, una fuerza democrática opuesta á la fuerza *bourgeoise*, llamándola ahora sobre un campo de batalla bastante distinto, en cuanto á lo mortal, del otro, pues que hoy era no esa guerra material que consiste en matar ó ser matado con proyectiles materiales que ella le declara, sino al contrario, esa guerra fulgurante nacida del choque de las ideas, del desarrollo de las teorías, y que en vez de ser visible á

los ojos, perceptible á los oídos de algunos solamente, circunscrita en un espacio mas ó menos grande, estalla magestuosa por toda la tierra y no tiene mas límites que los que el mismo Dios puso al mundo.

Entonces fué cuando M. Odilon Barrot, ministro obstinado de la república en 1849, declaró que él debía, siendo jefe de la oposicion constitucional, separarse de una junta en la que el partido republicano acababa de desplegar su bandera.

Fué para el rey un golpe terrible la formacion de esta junta, pues hacia imposible la existencia de otra asociacion liberal ó constitucional puesto que reunia los nombres mas respetables de la oposicion.

En esta época fué en la que Dios puso fin á esta otra comedia de Faust, y á la que vimos poner principio, asociado este con Goëthe. Hacia ya diez y ocho años que Faust Napoleon habia muerto, cuando llamó tambien á su lado á Mephistopheles-Talleyrand.

Tiempo nos falta para hacer aquí una apreciacion exacta de este hombre. Diabólico poder, demonio vulgar de segundo orden á quien todas las gentes de una época, prestaron los talentos de inmoralidad y de cinismo, no atreviéndose á servirse de ellos.

Como Voltaire, M. Talleyrand en su lecho de muerte, renegó de su pasada vida. Sin duda estos dos ilustres materialistas para quienes todo ejemplo era bueno, se apoyaron en el de San Pedro que negó tres veces á Jesus.

Sea así, señores; pero San Pedro, al negar á Dios, no se negaba á sí mismo.

M. de Talleyrand murió el 17 de Mayo de 1830, pronunciando unas palabras cuyo significado habia sido la ocupacion de toda la vida.

El abate Dupanloup, al repetirle estas palabras de M. Quélen:—“Por M. Talleyrand yo daria la vida.”

—Podia emplearla de otra manera mejor, respondió el moribundo, y espiró.

Estas últimas palabras se conoce inmediatamente ser suyas.

En este mismo año de 1838 es cuando el poder de Luis Felipe llega á su apogeo; en este mismo año llega tambien á su colmo la prosperidad de su casa, por el nacimiento del conde de Paris y tambien cuando comienzan con el principio del año siguiente, los infortunios por la muerte de la princesa María.

El conde de Paris nace el 24 de Agosto de 1838.

La princesa María muere el 2 de Enero de 1839.

El terreno que el rey pisó entre estas dos fechas, debió parecerle, á la verdad, sólido, para construir una nueva monarquía tan sólida y tan duradera como lo habia sido la de los Valois y Borbones.

Las cartas llegaron á un mismo tiempo á las Tullerías, la una con sello rojo y venia de México; la otra con negro y venia de Pisa.

Esto pasaba el 10 de Enero de 1836 al ir á sentarse á almorzar.

La una anunciaba la toma de San Juan de Ulua por el príncipe de Joinville.

La otra anunciaba la muerte de la princesa María.

Una singular casualidad ha hecho caer en nuestras manos las cartas de los diferentes miembros de la familia de Orleans, que fueron escritas con motivo de la pérdida que acababa de experimentar.

La carta del rey tiene por objeto el consolar á su yerno el duque de Hurtemberg, al contrario de Rachel que no queria ser consolado porque sus hijos no lo estaban.

Dios forma corazones particulares, para los príncipes y los reyes.

Bastante se sabe cuán adorable era el talento de la princesa María, discípula de Scheffer, ó mas bien, de su propio

genio. La única estatua de ella que fué acabada, se encuentra en Versalles y representa á Juana de Arco.

Dulce y pia rehabilitacion de la jóven heroína, de la pastora por la princesa.

Durante el año de 1838, habia tenido lugar el proceso de Hubert, uno de los mas terribles y mas escandalosos del reinado de Luis Felipe.

Una cartera que cayó en manos de un aduanero el cual la encontró el 8 de Diciembre de 1837 en el callejon de Boloña y que cayó de la bolsa de un pasajero, fué la base de la acusacion.

Esta cartera contenia;

Un pedazo de papel con caracteres alemanes;

Un extracto de libro de caja, lleno de una serie de números, y que no eran ni la espresion de un cálculo ni producian ningun resultado.

Y una carta donde habia estas palabras:

“Todo el material está concentrado en Paris; el plan que se exige yo lo llevo.”

El dueño de la cartera, el cual fué detenido dos horas despues estando en el hotel de Boloña, era portador de un pasaporte con el nombre de Stiègter; pero este pasaporte no sirvió por mucho tiempo para cubrir su identidad. Se reconoció en el falso Stiègter á Luis Hubert, uno de los mas ardorosos republicanos de aquellas fatales y sangrientas jornadas en las cuales ellos habian inscrito sus nombres.

Ademas, en la copa del sombrero de Hubert encontraron los gendarmes el plan coloreado de una máquina, la que se creyó ser una nueva máquina infernal.

El proceso fué instruido con mucha actividad, y el ministerio público secundado por las denuncias de un hombre miserable, Valentin, condujo ante la corte de los assises (1)

(1) *Tribunales extraordinarios que se convocaban en varias*

del Sena, á la señorita Laura Grouvelle, y á los Sres. Luis Hubert, Jacobo Steable, Luis Arnoult, Martin Leproux, Vicente Girautl de Vauquelin, Leon Didier, Valentin y Annat.

¿Por qué, pues, en este libro en el que el espacio es estremadamente corto no podemos estendernos largamente sobre ciertos sacrificios y elogiar algunos caracteres? Diríamos lo que era una virtud, lo que era un sacrificio, lo que era curiosidad, lo que era fé, como tambien el que esta pobre Laura Grouvelle, á quien hemos conocido personalmente, se volvió loca á causa de la soledad de su calabozo.

¡Oh libertad! comprada tan caramente y tan frecuentemente vuelta á quitar, cuántas cosas tienes que hacer para tus hijos si quieres darles la mitad tan solo de lo que ellos han hecho por tí!...

Hubert fué condenado á la deportacion.

Laura Grouvelle, Steuble y Annat á cinco años de prision.

Vicente Giraud, á tres.

Hoy ya Steuble se degolló y es muerto.

Y despues de tres años de prision Vicente Giraud salió de ella, con el cabello cano como un anciano.

Mientras tanto se coronaba reina de Inglaterra la princesa Victoria, y el mariscal Soult, vencedor de Tolosa asistia á la coronacion como representante de la Francia.

Hemos dicho ya como se habia formado la junta electoral republicana.

Su influencia habia tenido por objeto el hacer una cámara, no una cámara republicana, mas sí una cámara en la que, al menos, gracias á la coalicion, prevaleciese el espíritu constitucional. ®

épocas del año en Francia, para sentenciar causas criminales graves.

Esta cámara contra la nominacion de la cual fueron empleados los mas infames medios de corrupcion, arrastró tras sí naturalmente la caída del ministerio Molé, el cual se retiró dejando un ejemplo de un ministerio que habia ido mucho mas lejos en cinismo de conservacion, que ninguno de los que le habian precedido.

El rey veia con el mas profundo dolor caer este ministerio.

Tres gefes habian mandado las columnas de la coalicion victoriosa: M. Odilon Barrot, M. Thiers y M. Guizot, y era muy sencillo que el futuro ministerio reuniese á M. Thiers y M. Guizot, y colocase á M. Odilon Barrot en la presidencia de la cámara.

Y sin embargo, merced á la influencia ejercida por el rey, sin darlo á conocer, la combinacion no tuvo éxito. Aun hubo mas, otras seis combinaciones propuestas, fueron frustrándose sucesivamente, y la Francia quedó, del 8 de Marzo al 12 de Mayo, sin ministerio.

Solo una crisis violenta debia venir á resolver esta cuestion que se miraba como insoluble.

Los republicanos, no todos se habian aprovechado de la lucha parlamentaria, ni se habian reunido á la combinacion que traia á la cabeza de la junta electoral, á M. Arago, M. Dupont (de l'Eure) y M. Laffitte.

Una sociedad formada de los restos de la Sociedad de los Derechos del hombre de 1836 á 1837, se habia organizado, y habia vuelto á aparecer bajo el nombre de Sociedad de Familias, y, en fin, se habia despues trasformado en Sociedad de las Estaciones.

Los gefes de esta sociedad eran: Barbès, Martin Bernard, Blanqui, Guignot, Nêtre y Meillard.

Resolvieron aprovecharse de este estado de turbacion en que ponía á Paris la falta de un ministerio y el tentar un movimiento de insurreccion el 12 de Mayo.

Ja mas plan ninguno habia sido arreglado con mas esacti-

tud de antemano. Blanqui lo habia hecho con el manual militar en la mano.

Se comenzaria por apoderarse de la prefectura de policia y por atrincherarse allí como en una fortaleza.

Los puentes por ocupar estaban ya designados con anticipacion; el lugar en que se habian de levantar barricadas estaba trazado desde la víspera, el número de hombres que habian de enviarse á los diversos puntos estaba arreglado, y cada cual recibió en su domicilio, un billete que le convocaba, le esplicaba el objeto de la convocacion y le indicaba lo que debia hacer.

Se repartieron desde antes proclamas, firmadas por Barbès y Martin Bernard.

El número de hombres con que creian contar eran sobre mil poco mas ó menos.

Aparte de estos mil hombres, se creia, como en el 15 de Junio, en la simpatía de un gran número de ciudadanos que, sin ser de la sociedad, se adheririan al complot.

El 12 de Mayo á las tres y media de la tarde, estalló el movimiento. Los conjurados desembocaron por la calle Bourg-l'Abbé, y el grito de *¡á las armas!* hizo retemblar la atmósfera, y se prolongó por una parte hasta el Palacio Real, y por otra hasta el Hotel-de-Ville.

Las fuerzas de los seccionarios estaban divididas en dos columnas; la una mandada por Martin Bernard y Guignot, la otra por Barbès, Meillard y Nêtre.

La columna de Barbès, y sobre la cual fué sobre la que se fijó mas la atencion, atravesó el puente de Notre-Dame, despues el callejon de las Flores, y se adelantó hácia el puesto del Palacio de justicia.

El oficial, sorprendido, llamó inmediatamente á sus hombres á las armas.

—¡Rendíos! le gritó Barbès.

—Antes morir, respondió el oficial, y volviéndose:

¡Fuego, gritó, fuego soldados!

Mas los soldados no estaban prevenidos, mientras que los otros sí lo estaban.

Dos tiros salieron de las líneas de Barbès, de los cuales uno mató al lugar-teniente.

Este asesinato se atribuyó á Barbès; pero fué una equivocacion.

Barbès, en verdad, no habia disparado el tiro que mató al lugar-teniente, pero era acusado de ello. Era menester nombrar al que habia disparado este tiro, y el que lo fué estaba ya muerto, habiéndolo sido casi al mismo tiempo que él mataba; y habria parecido que Barbès atribuia á un cadáver su crimen: así es que lo reservó para sí.

Bastante bien se sabe como se frustró esta insurreccion y como resultó de ella un ministerio.

Este ministerio era compuesto: del mariscal Soult, teniendo la presidencia del consejo y los negocios extranjeros.

M. Teste para el de justicia;

M. Schneider para el de guerra;

M. Dupeiré para marina;

M. Duchâtel para el interior;

M. Cunin-Gridaine para el comercio,

M. Dufaure para trabajos públicos;

M. Villemain de instruccion pública.

M. Passy de hacienda.

De estos dos últimos dijo el rey cuando le fueron presentados en una antecedente combinacion:

—Este es el enemigo de mi casa.

—Este es mi enemigo personal.

Así es que la crisis habia llegado á ser tal, que, para hacerla cesar, el rey se decidia á aceptar, en una combinacion ministerial á un hombre á quien miraba como al *enemigo de su casa* y otro como *su enemigo personal*.

Es verdad, que el rey contando de tal modo con la seduccion de sus maneras, estaba convencido que al acercarse á

él, no tan solo no podia un hombre permanecer como enemigo suyo, sino que aun mas, un enemigo por mas implacable que fuese no podia dejar de venir á ser su criatura.

Así habia hecho con muchos, y así esperaba hacer con todos, y así, en efecto, hizo con MM. Villemain y Passy.

La corte de los pares fué de nuevo convocada.

Barbès con ese valor y esa generosidad que le son propias, cargó sobre sí con toda la responsabilidad de la empresa.

Siendo acusado de haber asesinado al lugar-teniente Drouineau, Barbès hizo señal de que queria hablar.

“No me levanto, dijo, para responder á vuestra acusacion, y no estoy dispuesto á responder á ninguna de vuestras preguntas. Si otras personas ademas de mí no estuvieran interesadas en el negocio, no tomaria ni aun siquiera la palabra. Yo apelaria á vuestras conciencias, y reconocerais que no sois jueces que venis á juzgar á los acusados, sino hombres políticos, viniendo á disponer de la suerte de los enemigos políticos. Habiéndoos dado la jornada del 12 de Mayo un gran número de prisioneros tengo yo un deber que llenar.

“Declaro, pues, que todos esos ciudadanos, el 12 de Mayo, á las tres, ignoraban nuestro proyecto de atacar vuestro gobierno. Habian sido convocados por la junta sin advertirles el motivo de la convocatoria: no creian que iban á asistir mas que á una revista, y cuando hubieron llegado ya al terreno al que tuvimos el cuidado de hacer llegar municiones y en el que sabiamos encontraríamos armas, fué cuando dí la señal, cuando les puse las armas en la mano y les dí orden de marchar. Esos ciudadanos, pues, han sido arrastrados, forzados por una violencia moral á seguir esta orden, y segun yo, están inocentes.

“Creo que esta declaracion debe tener algun valor para vosotros, porque, por mi parte, no pretendo sacar de ella ningun beneficio. Declaro que yo era uno de los gefes de

la asociacion, y declaro tambien que yo soy quien dió la señal del combate y quien preparó todos los medios de ejecucion: declaro que tomé parte en él y que me batí contra vuestras tropas; pero si yo cargo con la responsabilidad, plena y entera de todos los hechos generales, debo tambien declinar la responsabilidad de ciertos actos que no he ni aconsejado, ni ordenado, ni aprobado: quiero hablar de los actos de crueldad que la moral reprueba, y entre estos actos cito la muerte dada al lugar-teniente Drouineau, que la acta de acusacion señala haber sido cometida por mí con premeditacion.

“No es por vosotros por quienes digo esto, pues no estais dispuestos á creerme porque sois mis enemigos, sino lo digo para que mi país lo entienda así. Es un acto ese del que no soy ni capaz ni culpable. Si yo hubiera matado á ese militar, lo habria hecho en un combate á armas iguales, tanto mas, cuanto esto pudo hacerse en el combate de la calle. Yo no he asesinado y la acusacion que se hace contra mí es una calumnia con la que se quiere manchar el honor de un soldado de la causa del pueblo. Yo no he muerto al lugar-teniente Drouineau. He ahí todo lo que tenia que decir.”

Hecha que fué esta declaracion, Barbès se volvió á sentar, y rehusó responder á las otras preguntas; sin embargo, instigado por el presidente, dijo, sin levantarse:

—“Cuando el Indio es vencido, cuando los azares de la guerra lo han hecho caer en manos de su enemigo, no piensa en defenderse, no recurre á vanas palabras, y da su cabeza á la cuchilla.”

—“Sí, dijo M. Pasquier, y el acusado tiene razon en compararse á un salvage, y al mas despiadado de los salvages.”

—“El salvage despiadado, dijo Barbès, no es el que da su cabeza al escarpelo, es el que corta.”

Con semejante género de defensa, no habia la menor duda en que Barbès fuese condenado.

Lo fué.

El 12 de Julio de 1839 la corte de los pares pronunció su sentencia.

Bonnet, Lesdazzie, Dugas y Grégoire, fueron puestos en libertad;

Pero Barbès fué condenado á la pena de muerte;

Martin Bernard, á la de deportacion;

Mialon, á trabajos forzados á perpetuidad;

Delsade y Austen, á quince años de detencion;

Martin y Longuet, á cinco años de prision;

Marescal, á tres años de prision;

Walsh y Pierné, á dos años de prision;

Seis meses despues, vino la segunda categoría.

Esta condenacion á muerte de Barbès, produjo en Paris una profunda sensacion. Tres mil estudiantes sin armas, en silencio y con la cabeza descubierta, vinieron á pedir al guarda de los sellos la abolicion de la pena de muerte en materia política, y la conmutacion de la pena de Barbès.

Una segunda columna compuesta de jóvenes y obreros, se dirigió al Palacio-Borbon; pero esta fué menos feliz: habiendo llegado al Puente de Luis XV, una carga de caballería la dispersó.

El rey concedió gracia á Barbès: el duque de Orleans, la princesa Clementina, Hugo y yo la solicitamos.

He aquí la súplica de Hugo. Deberá convenirse en que jamas fué pedida gracia de un modo mas raro y con versos mas hermosos y patéticos:

Por aquel ángel que voló hácia el cielo
 Cual inocente y cándida paloma,
 Por ese tierno tan amado hijo
 Frágil boton de purpurina rosa,
 Gracia, Señor, en nombre de la tumba,
 Gracia, Señor, hasta el verdugo implora.

Una gran cuestion vino entretanto á atraer las miradas de la Francia hácia el Oriente.

Se trataba de la Siria, la que Mahmoud queria volver á tomar y á quien Mehemet-Ali no queria dar.

Mehemet-Ali, el soldado lacedemonio, habiendo llegado á ser virey proclamó su independenciam, é invadió, como se sabe, la Siria.

De esta manera el imperio turco se iba destrozando jiron por jiron.

Mehemet-Ali, como acabamos de decir, no solamente se habia proclamado independiente, sino que habia por medio de Ibrahim, su hijo querido, ó tal vez simplemente el hijo de su querida, porque el nacimiento de Ibrahim, como el de cierto príncipe de los cuentos árabes, es misterioso, por medio de su hijo, digo, habia derrotado á los generales del sultan, en Moms, Beglan y Koniah.

El bajá de Tunez amenazaba hacer otro tanto, y hablaba de no enviar ya su tributo á la Puerta y como para prepararse á cualquier suceso, estaba organizando su ejército á la francesa.

La Servia, por su lado, se habia insurreccionado y habia alcanzado victoria.

La Moldavia y la Valaquia cambiaban entonces de Czar.

La batalla de Navarino habia arrebatado la Grecia á Mahmoud.

Despues, en 1830, ya ocupábamos á Alger.

El imperio turco no era, pues, mas que una fachada sin profundidad y al través de cuyas brechas, desde Dardanelos se veia á los rusos, y de Odesa á los egipcios.

Mahmoud disputaba, no hallando ya como avenírselas entre los rusos que le protegian é Ibrahim-Pacha que le atacaba.

Luego, como los emperadores de la antigua Roma á quienes su omnipotencia volvia locos, el sultan fué atacado de vértigos y perseguido por presagios y predicciones.

Y á la verdad habia por qué volverse loco; colocado como estaba entre un pasado deplorable, y un porvenir mas deplorable aun, y sin tener ya en su manol as llaves de su ciudad imperial entregada á la Rusia por el tratado de Unkiar-Skelessi.

He aquí materia para los vértigos.

Hemos tambien hablado de presagios.

Eran terribles.

Un dia al pasar por un puente nuevo que acababa de mandar construir en Galata, un dervis llamado el Cherix de los largos cabellos, y que tenia gran fama de santidad, se precipitó á él, y tomando su caballo por las riendas, gritó:

“Detente, sultan Giaour.”

Algun tiempo despues, es decir, por el mes de Enero de 1839, el fuego hizo presa justamente del lugar en donde se tenian las deliberaciones del Divan; este lugar, llamado la Puerta, era mirado casi como sagrado, y el espanto que habia inspirado aquel accidente, se doblaba con esto y era como cierto el mal augurio: el retrato de Mahmoud habia sido presa de las llamas.

En fin, los sucesos se aglomeraron á corroborar la creencia del sultan, con el hecho de haber conducido á Ibrahim al pié del Tauro.

Y ahora ¿abandonarémos á nuestro viejo aliado Mehemet-Ali, al hombre que ha cosechado la semilla de la civilizacion que hemos sembrado nosotros á orillas del Nilo en la campaña de Egipto, para ocuparnos de Mahmoud, el nuevo aliado de la Rusia? ¿renunciaremos á nuestra influencia en el Egipto para dejar á la Inglaterra que tome nuestro lugar en Alejandria, en el Cairo y Suez?

No ciertamente, segun todas las leyes, no tan solo de la dignidad sino del interés; porque poseedores de Alger, protectores de Tunez, aliados de Mehemet-Ali, patronos de la Siria, acreedores de Othon, tio del rey de Nápoles, ban-

queros de España en plata y en hombres, nuestro interés, verdaderamente político, verdaderamente real, está en que ningun poder contrabalancee el nuestro en el Mediterráneo; y que la mar interior sea, según la espresion de Napoleon, un lago francés.

Este era el parecer del duque de Orleans, y esta fué la segunda lucha política seria que tuvo que sostener contra su padre.

Sin embargo, la política europea, flotaba todavía indecisa, y de los dos enemigos colocados uno al frente de otro, habian declarado los soberanos que el primer agresor seria tenido para ellos como el culpable.

Mehemet-Ali y Mahmoud habian aceptado esta decision, y esperaban que el emperador de Rusia, la reina de Inglaterra y el rey de Prusia decidieran de la suerte.

Entonces fué cuando lord Ponsomby, prometiendo al Sultan el apoyo de la Inglaterra, se determinó á romper la tregua.

El 28 de Abril de 1839 la vanguardia turca pasaba el Eufrates, casi á treinta leguas de Alep.

El almirante Roussin, que habia respondido al gobierno francés que la tregua no seria rota por Mahmoud, supo de repente que la vanguardia del general turco habia ya adelantado hasta Nezil, y que catorce pueblos habian sido ocupados en el distrito de Anitat. Al instante mismo pidió una explicacion al ministro y al capitán bajá, y como diesen muestras de negársela, les enseñó el despacho oficial que acababa de recibir, y escribió directamente á la Francia.

Mehemet-Ali, por su parte, habia estado dispuesto á esta infraccion de las condiciones ya dichas, y como nada deseaba tanto como este rompimiento;

¡Gloria á Dios! exclamó, á Dios que permite á su viejo servidor el terminar sus trabajos por medio de las armas.

Inmediatamente envió á Ibrahim la orden de quitar á los cuerpos avanzados turcos de los puestos que ocupaban, que

marchase directamente sobre el ejército y diese la batalla. En el caso en que Ibrahim alcanzase victoria, no habia de hacer mas que acampar entre los muertos y continuar su marcha sobre Malatia, Carpout, Orfa y Diarbexir.

Esta batalla que mandó dar Mehemet-Ali á su hijo, es la batalla de Nezil, y en ella hubo tres bajás muertos y tomados ciento cuatro piezas de artillería, veinte mil fusiles y nueve mil prisioneros.

La víspera de ella el general Selves, nuestro valiente compatriota, habia dicho á los soldados de Ibrahim, á quienes tenia formados:

—Hasta mañana, bajo la tienda de Hafitz.

Y Hafitz, el vencedor de los albaneses, el vencedor de los kurues, el fiel creyente, delante de quien debia palidecer la estrella del rebelde Mehemet-Ali, Hafitz habia dejado su tienda, y tan de prisa, que habia olvidado en ella su nirham de diamantes.

Seis dias despues, habiendo espirado Mahmoud en el kiosko Jehamlidja é Ibrahim-Bajá quitado su tienda para atravesar el Tauro, se presentó un ayudante de campo del mariscal Sault, presidente del consejo, al vencedor, con una carta de Mehemet-Ali.

Esta carta prohibia á su hijo el atacar, si todavía no lo habia hecho, y le mandaba adelantarse si habia vencido.

En cambio de esta condescendencia á los deseos del cónclave europeo, la Francia prometia al bajá su poderosa mediacion.

El dia de la batalla, la cámara de diputados habia oido una manifestacion de M. Jouffraid, pidiendo fuese aprobada una suma de diez millones para el ministerio, la que seria consagrada al aumento de nuestras fuerzas en el Levante.

Los diez millones fueron concedidos.

Viendo esto el rey, volvió á su dotacion para el duque de Nemours.

Mas ya hoy, no era el dominio de Rambouillet, no eran

los bosques de Senonches, de Château-Neuf y de Montereau, no eran, en fin, cuarenta millones de un golpe lo que pedía el rey, era tan solo un pobre medio millon de renta anual, y otros quinientos mil francos, dados por una sola vez, para cubrir los gastos del casamiento de su hijo con la princesa Victoria de Saxe-Cobourg.

Sin embargo, á pesar de la modicidad de la pretension, la cámara se enfadó de nuevo, M. de Cormenin volvió á tomar su pluma y doscientas veintiseis bolas negras dieron á conocer al rey que era necesario renunciar á hacer dotar al duque de Nemours por la nacion.

El ministerio cayó repentinamente.

Se tuvo un momento de esperanza: otro ministerio que no fuese del mismo parecer del rey, haria volver á elevar, tal vez, nuestro nombre en Oriente, se aprovecharia de la muerte de Mahmoud, de la defeccion de su flota y de la victoria de Ibrahim; otro ministerio aceptaria quizá la propuesta hecha por lord Palmerston de reunir la flota inglesa á la flota francesa, de forzar el estrecho de Dardanelos y de ir hácia los rusos hasta Cuerno de Oro. Se saludó, pues, con un grito de gozo la repulsa de la dotacion y el anuncio oficial de que M. Thiers habia sido mandado llamar al castillo.

En efecto, M. Thiers habia llegado á ser el hombre necesario.

Era, pues, preciso pasar por lo que él quisiera, y dejarle hacer un ministerio á su modo.

Este ministerio descontentó á todo el mundo comenzando por el rey.

El centro izquierdo que acababa de rechazar la dotacion y que habia dejado escapar este impertinente apóstrofe:

—“Es una cuestion de alta mendicidad,” el centro izquierdo, repito, victorioso, no era en él representado mas que por M. Pelet (de la Lozère) y M. Vivien, de lo cual estaba descontento el centro izquierdo.

Los doctrinarios representados tan solo por M. de Remusat y M. Jaubert, estaban tambien descontentos.

En fin, los demócratas puros que tenian que echar en cara á M. Thiers las leyes de Setiembre, el privilegio electoral, el monopolio y la exclusion, los demócratas que veian en los tres años de oposicion de M. Thiers la espresion del rencor mejor que la de la vuelta á sus opiniones populares, los demócratas, decimos, estaban, y todavia con mas justo título, mas descontentos que el centro izquierdo y los doctrinarios.

Se notaban, ademas, entre los descontentos, los que tenian simpatías por el bajá de Egipto y en Francia, el número de estos era bastante crecido, y se conocia por otra parte que se habia tenido mucha razon al llamar al ministerio de marina al almirante Roussin, embajador nuestro en Constantinopla; es decir, al hombre que habia dado mayor número de pruebas de hostilidad contra Mehemet-Ali.

En cuanto á M. Guizot permanecia todavia de embajador en Lóndres.

Lo que habia que notar en la posicion de M. Guizot, era el que habia conquistado, como por lo regular se conquista, su lugar en la Academia, por medio de caidas.

Así es que en vez de venir á decir como el cardenal de Richelieu á los embajadores de todo el mundo: “Señores, la política ha cambiado,” M. Thiers se contentó con decirles: “Señores, la política es siempre la misma.”

Así, despues de haber resbalado desde el dia siguiente á su entrada al poder, de tal manera, que todos creyeron que iba á caer; M. Thiers que no habia vuelto á levantarse mas que para dejarse caer por entre las cuestiones secundarias de la ley sobre la convencion de rentas, adoptada por la cámara de diputados y rechazada por la de los pares, sobre la cuestion de azúcares, sobre la ley á causa de las salinas del Este y sobre la ley de la navegacion interior, M. Thiers sintió al momento en que su popularidad zozobraba, que

era necesario buscar un apoyo que estuviese fuera, no tan solamente de la situación y los sucesos, sino fuera de la época.

Pensado así, inmediatamente en la sesión de 21 de Mayo, en vez de la discusión sobre azúcares, M. de Remusat, subiendo á la tribuna y sin que nadie hubiese hecho presentir la comunicación que iba á hacer, pronunció las palabras siguientes:

“Señores,

“El rey ha ordenado á S. A. R. monseñor, el príncipe de Joinville, el trasportarse con su fragata á la isla de Santa Elena, para recoger los restos mortales del emperador Napoleón.

“Nosotros venimos á pedirlos los medios de recibirlos dignamente en el suelo de Francia.

“El gobierno, celoso de cumplir con un deber nacional, se ha dirigido á la Inglaterra, y le ha pedido el precioso depósito que la fortuna volvió á poner entre sus manos.

“El pensamiento de la Francia apenas ha sido espresado, cuando ha sido acogido, y he aquí la respuesta de nuestra magnánima aliada:

“El gobierno de S. M. B. espera que la prontitud de su respuesta será considerada en Francia como una prueba de su deseo de borrar hasta el último rastro de las animosidades nacionales que durante la vida del emperador, armaron una contra otra á la Francia y á la Inglaterra.

“El gobierno de S. M. B. se lisonjea en creer que si semejantes sentimientos existen aun en alguna de las dos partes, serán sepultados en la tumba en que los restos de Napoleón quieren ser depositados.”

Después de haberse aquí detenido un poco para ver el efecto que produciría en la Francia estupefacta la generosa respuesta de la Inglaterra, M. de Remusat continuó:

“La Inglaterra, señores, tiene razón; esta noble restitución estrecha mas y mas los lazos que nos unen. Ella acaba de hacer desaparecer las huellas dolorosas del pasado, y llegó ya el tiempo en que las dos naciones no deben acordarse mas que de su gloria.

“La fragata cargada de los restos mortales de Napoleón, se presentará de vuelta á la embocadura del Sena; otro buque conductor las traerá hasta París. Serán depositadas en los Inválidos, y una solemne ceremonia, una gran pompa religiosa y militar, inaugurarán el tálamo en que deben reposar para siempre.

“Importa, señores, á la majestad de tal recuerdo, que esta sepultura augusta no quede espuesta en una plaza pública y en medio de una multitud tumultuosa y distraída: es preciso que sea colocada en un lugar silencioso y sagrado, y en el que puedan visitarla con recogimiento todos los que respeten la gloria y el genio, la grandeza, y el infortunio.

“Él fué emperador y rey, *él fué soberano legítimo* de nuestro país, y con este solo título podía ser enterrado en San Dionisio; mas no basta para Napoleón la sepultura ordinaria de los reyes, es necesario que reine y mande aun en el recinto en que quieren reposar los soldados de la patria, y al que irán siempre á recibir inspiraciones los que serán llamados á defenderla. Su espada será depositada sobre su tumba.

“El arte elevará bajo la cúpula, en medio del templo consagrado por la religion al Dios de los ejércitos, un féretro digno, si puede serlo, del nombre que debe estar en él grabado.

“Este monumento debe ser de una sencilla belleza, de grandes formas y de ese aspecto de solidez inalterable que parece desafiar la acción del tiempo. Era necesario á Napoleón un monumento tan duradero como su memoria.”

“El crédito que acabamos de pedir á las cámaras, tiene

por objeto la traslacion á los Inválidos, la ceremonia fúnebre, la construccion del túmulo.

“Nosotros no dudamos, señores, que la cámara se asocie con una emocion patriótica al pensamiento real que acabamos de espresar ante ella. En adelante, la Francia, y la Francia sola, poseerá todo lo que queda de Napoleon. Tanto su tumba como su fama no pertenecen á nadie mas que á su país. La monarquía de 1830 es, en efecto, la única y legítima heredera de todos los recuerdos de que la Francia se enorgullece: á esta monarquía pertenecia, sin duda, como la primera que ha reunido todas las fuerzas y conciliado todos los votos de la revolucion francesa, elevar y honrar sin temor, la estatua y la tumba de un héroe popular; porque hay tan solo una cosa, uno tan solo, que no tema la comparacion con la gloria.

“Y esta es la libertad.”

No se puede formar una idea del efecto que produjo esta comunicacion. Un calosfrio eléctrico corrió por toda la asamblea que muchas veces estalló en aplausos.

En lugar de un millon que pedia el ministerio, la cámara votó por él dos.

Era necesario que Luis Felipe se sintiese despojado del todo de ese dulce manto de la popularidad, tan caliente á la espalda de los reyes, para hacerse uno con la levita gris de aquel á quien él llamaba *mónstruo*, y á quien odiaba tanto como despreciaba.

Así es que los hombres graves, no vieron desde luego en esta vuelta de los restos mortales de Napoleon, mas que una imprudente especulacion, hecha mas imprudente aun, por la eleccion del hombre que habia hecho la demanda á lord Palmerston.

M. Guizot.

Es decir, el hombre de Gand, el hombre que habia sido forzado á atravesar el campo de batalla de Waterloo para volver á entrar en Francia; el hombre que, para hacerse re-

cibir bien de lord Wellington, habia de ir á limpiarse en sus alfombras las últimas señales de sangre francesa que habian quedado en los cañones de sus botas.

Se buscó la causa real de esta comunicacion, porque no se podia creer fuese debida, como lo habia dicho el discurso, á una inspiracion francesa.

Y he aquí lo que se contó en esa época:

Uno de los parientes del emperador habia obtenido de O'Connell, ese gran incitador irlandés, interesado en meter en disturbios la Francia, que O'Connell presentaria á la cámara de los comunes una mocion que tendria por objeto el que se nos diesen los restos mortales de Napoleon, y en fin que qué necesidad tenia la Inglaterra de estos restos mortales, de este sauz cuyas hojas se esparcian por todo el mundo, de esta especie de sepulcro de Mahoma suspendido entre el agua y el cielo y hácia el cual tendia la peregrinacion incésante del mundo entero.

¿No era un insulto hecho á los vencedores de este hombre, de los cuales unos, viviendo aun, estaban completamente olvidados, este homenaje casi divino tributado al vencido?

Así es que cuando O'Connell le dijo á lord Palmerston su intencion:

—¡Diablo! dijo este, andad con cuidado. En vez de agradar al gobierno francés vais tal vez á embarazarlo mucho.

—La cuestion no es esa, respondió O'Connell, la cuestion es, segun creo, hacer lo que yo crea deber hacer. Ahora bien, mi deber es proponer á los comunes que devuelvan á la Francia la osamenta de su emperador: el deber de la Inglaterra es acoger mi mocion. La propondré, pues, sin dárseme un pito de que se lisonjee ó se enoje.

—Sea, dijo lord Palmerston, solo os pido quince dias.

—Os los doy, repuso O'Connell.

El mismo dia, se asegura, lord Palmerston escribió á M. Thiers, que iba, á causa de las interpelaciones de M. O'Co-

nell, á ser forzado á confesar que jamas habia rehusado la Inglaterra el volver á la Francia los restos mortales de Napoleon, y que haria ya bastante tiempo que los habria entregado si la Francia los hubiese reclamado.

M. Thiers habia comunicado el despacho al rey, y estos dos grandes artistas habian preparado, en colaboracion, la comedia que acababa de ser representada en la cámara y que habia obtenido tanto suceso.

Pero como de todas las falsas especulaciones, si de esta no dimanaba tan solo un bien, y si solo una atenuacion del mal por el presente, dimanaban tambien graves inconvenientes para el porvenir. Aquel discurso tan pomposamente preparado, tan acaloradamente aplaudido por los bulliciosos de la cámara, habia, penetrando de la superficie al fondo de la sociedad, herido á casi todos los partidos.

Habia herido al *partido legitimista*, haciendo de Napoleon un *soberano legitimo* de la Francia, y con derecho á ser enterrado en San Dionisio como un Borbon ó un Valois.

Habia herido al partido orleanista puro, estableciendo para la familia de Napoleon esperanzas para el porvenir de suceder á este soberano legitimo, y creando un derecho igual entre los hijos de Luis, de Luciano y de Geromo y los derechos del conde de Chambord.

Habia herido á los republicanos que, mal impuestos de la mision que llenó Napoleon y de lo que habia dimanado ese gran principio de igualdad que eleva sustituido á la igualdad que apoca, no veian en Napoleon mas que el hombre del 13 vindemario y del 18 brumario.

Habia, en fin, herido á los mismos bonapartistas que veian que los honores tributados á su emperador, estaban acaso á la altura de la especulacion y no á la de la rehabilitacion. Para ellos, los restos del vencedor de Arcóle, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Freidland y de Moskowa, no debian ser tomados por medio de contratos de ma-

nos de lord Palmerston, sino tomados por viva fuerza á los ingleses.

No era, pues, una simple fragata montada por el mas joven capitán de la armada la que debia trasportarlos á Francia, sino un navío del mas alto bordo que condujese con él una escuadra montada por nuestros mas ilustres y mas viejos almirantes. No debia ser por agua por donde se debia traer el féretro del Havre á Paris, sino que era menester que pasase el convoy fúnebre á través de la Francia entera y por su mayor estension. En fin, bajo la columna, como lo habia pedido en su testamento, era donde debia sepultársele, á fin de que el monumento fuese digno del solo hombre digno del monumento, y no bajo la cúpula de los Inválidos, confundido con las víctimas del atentado Fieschi, como un simple mariscal de imperio, como Catinat ó como Villars.

No era esto ciertamente lo que habia prometido la poesia A la Gloria, cuando dijo:

Duerme, que acaso llegarse un dia
En que á buscarte iremos,
Pues ya que por señor no te tuvimos,
Sí como á un dios celosos te tenemos.
Porque ha corrido nuestro amargo llanto
Al contemplar tu bárbaro infortunio,
Y jamas bajo el manto
Del oriflama ó de los tres colores,
Se unirán nuestras fuerzas
A tirar del cordel de los furores
Que te arranque violento
Del pedestal que tienes por asiento.

No temas, no, nosotros siempre leales
A tu memoria grata,
Te haremos, sí, gloriosos funerales:
Tendremos, podrá ser, nuestras batallas,

Y á tu féretro agosto
Sombra darán tambien nuestras metralas.

Llevaremos ante él la Europa toda,
El África y el Asia,
Y con ellas la jóven poesía
Que libertad sublime
Cante gloriosa en plácida armonía.
Tú estarás aquí bien, entre nosotros,
Bajo la alta columna reposando,
En Paris poderosa,
Que siempre cual la mar se está agitando.

Bajo este cielo, oscurecido á veces
Por negras tempestades horrorosas,
Bajo un suelo que vive
Y que hacinado cruje y se remueve,
Por dó pasa el cañon que á la campaña
Fiero se apresta y breve,
Por donde pasan las legiones bravas...
Y, en fin, donde es el pueblo
Cual una mar de enardecidas lavas.

Mas si solo los rayos y el abismo
Él tiene preparado al cruel tirano,
Tiene para el sepulcro
De cuya magestad es cortesano,
Largo gemido, triste y doloroso
De duelo y de pesar;
Y al oirlo, tal vez tu sombra augusta
Olvide los rugidos de la mar.

No es necesario decir que estos versos son de Victor Hugo, y que fueron hechos cuando la cámara de diputados rechazó, en 1830, la proposicion de volver á pedir á la Inglaterr-

ra el cuerpo de Napoleon, y de sepultarlo bajo la columna.

Por lo demas, como era fácil de preverse, despues de semejante comunicacion hecha á la cámara y en semejantes términos sucedió:

Que el príncipe Luis Napoleon trasportado á América por las órdenes de Luis Felipe, habia vuelto á Inglaterra, y desde Inglaterra habia oido la proposicion de M. de Rémusat y los aplausos de la cámara.

Entonces se preguntaron como podia hacerse un crimen al sobrino, de entrar en Francia, cuando se volvia á traer á ella triunfalmente el cadáver del tío.

CAPÍTULO XIX.

Hemos dicho ya, que hácia el año de 1832 ó 33, el príncipe Luis habia tenido una entrevista con el general La Fayette. Esta entrevista no habia tenido otro resultado que el de probar la diferencia de opinion que existia entre el príncipe Luis y los radicales.

Interrumpidas estas negociaciones, el príncipe Luis, despues de pasados siete años, despues de frustrada la tentativa de Estrasburgo, el príncipe Luis, repito, resolvió volver

Y á tu féretro agosto
Sombra darán tambien nuestras metralas.

Llevaremos ante él la Europa toda,
El África y el Asia,
Y con ellas la jóven poesía
Que libertad sublime
Cante gloriosa en plácida armonía.
Tú estarás aquí bien, entre nosotros,
Bajo la alta columna reposando,
En Paris poderosa,
Que siempre cual la mar se está agitando.

Bajo este cielo, oscurecido á veces
Por negras tempestades horrorosas,
Bajo un suelo que vive
Y que hacinado cruje y se remueve,
Por dó pasa el cañon que á la campaña
Fiero se apresta y breve,
Por donde pasan las legiones bravas...
Y, en fin, donde es el pueblo
Cual una mar de enardecidas lavas.

Mas si solo los rayos y el abismo
Él tiene preparado al cruel tirano,
Tiene para el sepulcro
De cuya magestad es cortesano,
Largo gemido, triste y doloroso
De duelo y de pesar;
Y al oirlo, tal vez tu sombra augusta
Olvide los rugidos de la mar.

No es necesario decir que estos versos son de Victor Hugo, y que fueron hechos cuando la cámara de diputados rechazó, en 1830, la proposicion de volver á pedir á la Inglaterr-

ra el cuerpo de Napoleon, y de sepultarlo bajo la columna.

Por lo demas, como era fácil de preverse, despues de semejante comunicacion hecha á la cámara y en semejantes términos sucedió:

Que el príncipe Luis Napoleon trasportado á América por las órdenes de Luis Felipe, habia vuelto á Inglaterra, y desde Inglaterra habia oido la proposicion de M. de Rémusat y los aplausos de la cámara.

Entonces se preguntaron como podia hacerse un crimen al sobrino, de entrar en Francia, cuando se volvia á traer á ella triunfalmente el cadáver del tío.

CAPÍTULO XIX.

Hemos dicho ya, que hácia el año de 1832 ó 33, el príncipe Luis habia tenido una entrevista con el general La Fayette. Esta entrevista no habia tenido otro resultado que el de probar la diferencia de opinion que existia entre el príncipe Luis y los radicales.

Interrumpidas estas negociaciones, el príncipe Luis, despues de pasados siete años, despues de frustrada la tentativa de Estrasburgo, el príncipe Luis, repito, resolvió volver

á emprender estas negociaciones con los demócratas de 1839.

El partido habia rechazado sus insinuaciones durante largo tiempo; pero al fin quiso ver si habia algun partido que sacar de ellas.

Se despachó á M. Degeorges al príncipe Luis, siendo aquel redactor en jefe del *Progreso del Paso-de-Calais*.

M. de Degeorges partió para Lóndres, vió al príncipe en una casa terciá, y lo encontró dispuesto á volver á comenzar una tentativa.

La conferencia duró muchas horas.

En lugar de encontrar en el príncipe las ideas de progreso que el tiempo y los acontecimientos habian de haber debido, segun él, hacer germinar en su jóven cabeza, M. Degeorges no encontró mas que las tradiciones napoleonenses, y rehusó, en nombre del partido republicano, todo pacto con él.

Antes bien la conferencia iba tomando el aspecto de acabar por un rompimiento completo.

—Os recibiremos á balazos, dijo M. Degeorges al príncipe, dejándolo con la mano tendida y yéndose.

Por lo demas, ni ninguna de las esperanzas del príncipe, ni ninguna de sus idas á Lóndres, ni ninguna de sus entrevistas con los representantes de los diferentes partidos y aun de diferentes tronos, eran ignorados por el gobierno frances.

Hácia el fin del año de 1830 hablaba yo del príncipe con el duque de Orleans.

—¡Ah! es verdad, me dijo, le conoceis personalmente.

—No á él, monseñor, mas sí á su madre.

—Eh, bien! en ese caso, haced que se les diga que nosotros sabemos muy bien, no tan solo todo lo que hacen sino hasta lo que dicen: no tan solo lo que dicen, sino hasta *todo lo que piensan*.

Yo no tenia el honor de estar en una relacion tan directa con esta rama de la familia de Napoleon para permitirme el darle ningun consejo. Solamente habiendo tenido ocasion de ir á Lóndres pocos dias despues, encontré en el barco de vapor á uno de mis amigos, M. D'Aneberg á quien habia yo unido á la fortuna del príncipe. Él sabia que, cuando fué el príncipe preso en Estrasburgo, la duquesa de Saint-Leu, creyendo estarme en alguna manera obligada, me habia enviado una piedra grabada encontrada por Napoleon en Egipto y traída por él, con una cartita de envío concebida en estos términos:

“*Al que dió un tan buen consejo, y que no ha sido seguido.*”

D'Aneberg me invitó, pues, á aprovecharme de mi morada en Lóndres para ir á ver al príncipe.

Yo sacudí la cabeza.

—Por qué rehusais? me preguntó; el príncipe os recibirá admirablemente.

—Lo dudo.

—Eh bien, entonces.

—No iré á ver al príncipe.

—Pero ¿teneis alguna razon?

—Tengo dos.

—¿Cuáles?

—Helas aquí:—La primera? la primera es que yo no tengo razon ninguna para ser bonapartista y que no lo soy.

—Pero el príncipe no recibe tan solo bonapartistas.

—Bien lo sé.

—Pues entonces, esta primera razon no puede deteneros.

—Tambien os he dicho que tenia dos.

—¿Entonces la segunda?

—La segunda.... hela aquí: es que antes que se cumplan tres meses, el príncipe habrá ya ensayado otra nueva tentativa que tendrá tan mal éxito como la primera. Es que como la policia tiene sobre él constantemente su mirada y

sobre los que le quieren ver, en la época en que haya esta tentativa, todos los que vayan á verlo serán inquietados, y yo no tengo muchas ganas de sufrir un martirio por una religion que no es la mia.

D'Aneberg insistió, pero inútilmente.

Él vive aun, se acuerda de este incidente y puede decir si yo cambio una sola palabra de la conversacion que tuvimos sobre este punto.

El príncipe Luis hizo que yo tuviese razon. El 7 de Agosto de 1840, pudo leerse en los diarios, que la víspera, á las seis de la mañana, el príncipe Luis Bonaparte habia desembarcado en Boulogne-sur-Mer con sesenta compañeros, habia hecho inútilmente una proclama á la poblacion y tres horas despues, estaba ya entre las manos de las autoridades francesas.

Cincuenta y dos personas habian sido presas con él.

Esta vez ya no hubo tentativa de disyuncion; el gobierno anunció que el príncipe y sus cómplices serian juzgados por una iustrucción municipal.

La cámara de los pares fué convocada.

El príncipe Luis fué conducido al castillo de Ham: estuvo en él hasta el 12 de Agosto; el 12 de Agosto fué vuelto á llevar á Paris y alojado en el palacio de justicia, congeria de las mujeres, en la misma pieza que habian ocupada Fieschi y Alibaud.

El ex-rey de Holanda vivia hacia ya largo tiempo en Florencia en un palacio situado en Longo-Larno; habia constantemente rehusado el ver á su hijo, pero en esta circunstancia, no titubeó sin embargo en darle una prueba de intereses paternal.

Los diarios publicaron una carta de él en la que se encontraba el párrafo siguiente:

“Declaro, sobre todo, con un santo horror, que la injuria que se le ha hecho á mi hijo encerrándolo en el cuarto de

un infame asesino, es una crueldad monstruosa, anti-francesa, un ultraje tan vil como incidioso.”

Los diarios del gobierno respondieron á este párrafo con la nota siguiente:

“Algunos diarios contienen en su número de hoy una carta del conde de Saint-Leu, el ex-rey de Holanda, padre de Luis Bonaparte, que declara ver como una injuria el haber dado á su hijo, por prision, la pieza que ocupó Fieschi.

“La pieza á que ha venido Luis Bonaparte á la casa de justicia, ha servido en efecto á Fieschi; pero debe notarse que no hay razon para echar esto en cara á la autoridad, pues la pieza de que se trata ha sufrido una gran trasformacion desde hace algun tiempo, y tanto que ha sido dada por habitacion particular á la inspectora del cuartel de las mujeres, y la que ha sido obligada á abandonarla, por la llegada de Luis Bonaparte.”

El príncipe Luis tomó por defensores á Berryer y M. Maria.

El 6 de Octubre fué condenado á prision perpétua.

—¿Cuánto tiempo dura la perpetuidad en Francia? preguntó el príncipe Luis cuando le leyeron la sentencia.

El prisionero fué vuelto á llevar al castillo de Ham en que debia sufrir su pena.

Los ministros de Carlos X, puestos en libertad tres años despues, le dejaron el lugar libre.

El 8 de Octubre, es decir, dos dias despues de la condenacion del príncipe Luis á prision perpétua, la *Belle-Poule*, que iba triunfalmente á traer los restos del emperador, llegaba á James-Town.

Siete dias despues, es decir, el 15, era el vigésimo quinto aniversario de la llegada de Napoleon al lugar de su destierro.

Este dia fué escogido para la ceremonia de la traslacion.

MM. Bertrand, Las Casas, Gourgaud y Montholon asistían á la exhumacion.

El hijo del general Bertrand, Arturo, nacido en Santa Elena y á quien su madre presentó al emperador como el primer francés, y que habia entrado en Longwod sin el permiso del gobernador, ha escrito uno sencilla pero escelente relacion de este viage.

En él se encontrarán todos los pormenores de esta ceremonia, á la que no pudieron quitar ni su grandeza ni su solemnidad, los mezquinos intereses de que estaba rodeada.

El domingo 18 de Octubre, á las ocho de la mañana, la *Belle-Poule* volvia á hacerse á la vela ya con su ilustre carga.

En medio del Atlántico, fué avisado el príncipe de Joinville por un navío mercantil que encontraron, que á aquella hora estaba ya probablemente declarada la guerra entre la Francia y la Inglaterra.

Al instante el jóven príncipe reunió la tripulacion é hizo jurar á todos, oficiales y marineros, que en caso que encontrasen un barco de alto bordo, bien fuera ingles ó bien una escuadra entera inglesa, se harian mejor ir á pique que volver á caer en manos del enemigo del glorioso cadáver que llevaban.

Diré yo luego á precio de qué sacrificios no habia tenido lugar aquella guerra.

El 8 de Diciembre el féretro fué pasado á bordo del vapor *La Normandia*.

El 14 llegó á Courbevoie.

El 15 hizo su entrada á París.

El rey lo esperaba bajo la cúpula de los Inválidos.

El ataud se detuvo á la entrada de la nave.

El rey se adelantó hácia él.

—Señor, dijo el príncipe de Joinville inclinándose y poniendo la punta de su espada en tierra, os presento el cuerpo del emperador Napoleon.

—Yo lo recibo en nombre de la Francia, respondió el rey.

¡Qué desgracia que M. de Talleyrand hubiese ya muerto! Sin duda que habria solicitado y obtenido el honor de decir la misa.

En defecto suyo fué el arzobispo de Paris quien la dijo.

Para seguir al príncipe Luis Bonaparte de Bolonia á la cámara de los pares, y de la cámara de los pares al castillo de Ham, hemos tenido necesidad de pasar por alto ciertos acontecimientos que pueden parecer de grande importancia, á aquellos que piensan que es importante al honor de los franceses, que el honor de la Francia no sea humillado.

Desde luego decimos, que este honor habia sido gloriosamente sostenido por el hijo primogénito, el duque de Orleans. Debe recordarse la expedicion de la garganta de Mouzaia, y de esta expedicion es de la que vamos á decir unas cuantas palabras.

El tratado de Tafna habia cedido al emir las dos plazas de Milianah y Medeah. De esta manera el emir se hallaba acampado en medio de las posesiones francesas que se estendian de Bona á Cherchell y formaban un círculo que daba vuelta en el interior de las tierras como un arco cuya cuerda era la mar.

Abd-del-Kader habia hecho de Medeah el centro de sus operaciones militares, y la guerra habia vuelto á encenderse con mas encarnizamiento que nunca. El mariscal Vallée habia resuelto desalojar al emir de esa formidable posicion.

Sí, formidable, esta es la verdadera palabra que le conviene, porque durante seis meses, el emir habia estado haciendo fortificar la garganta de Mouzia. Todos los puntos salientes de la posicion, habian sido coronados con ayuda de reductos ligados entre sí por medio de trincheras. Algunas obras en las que se conocia la mano de algun renegado francés, se estendian desde la cresta hasta la gargan-

ta. Cada arista que miraba al camino era una fortificación casi impenetrable y dominaba el estrecho camino que debía seguir la columna de ataque: todas las tropas regulares que tenía el emir, estaban reunidas en este punto: los batallones de Medeah, de Milianah, de Mascara y de Sebaou estaban allí, reunidos á los Babyles de todas las tribus de las provincias de Alger y de Tittery.

Por su parte el general Vallée había también hecho grandes preparativos. Un cuerpo expedicionario de diez mil hombres había sido reunido, y en cuando á sus rangos, simples oficiales generales, no teniendo sobre sus colegas más derecho que el de adelantarse en el fuego, eran el duque de Orleans y de Aumale.

El 25 de Abril el cuerpo expedicionario tomó posición en la Chiffa de Coleah. El 27 atravesaba la Chiffa, y se empezaba una batalla formal con la caballería del califa de Milianah sobre los bordes del Oued-Yer.

Ya se saben los pormenores de esta maravillosa expedición, que recuerda las tallas de Masséna en medio de las nubes. Tanto en el Atlas como en los Alpes, el pié del soldado francés fué á buscar precipicios en los que se hubiera creído que solo la gamuza podría moverse.

Se combatía entre el cielo y el abismo: el herido era muerto, y el muerto era demolido.

El mariscal había hecho todos los honores al duque de Orleans, pues lo había encargado de tomar la posición.

Fué tomada por el 23.º y el 48.º

Durante este tiempo parecía prepararse una guerra europea. La actitud de los soberanos era de tal manera agresiva, que la vergüenza nos ordenaba aparentar que hacíamos preparativos. Pero la Europa sabía bien nuestra falta de recursos. Nuestros arsenales se hallaban vacíos, nuestra caballería desmontada, y cuatrocientos millones, sacados con anticipación todos los años de nuestro presupuesto, no habían sido suficientes para dar armas á nuestros navíos.

No se atrevían á convocar las cámaras, por poco que fuesen temibles, porque suponiéndolas que por lo demás no era temible, un pensamiento belicoso, á la primera pregunta que hubieran dirigido al ministerio, hubiera este sido obligado á responder que estaba pronto.

Por lo demás, en defecto de una actividad real había las apariencias de ello; se trabajaba con los ingenieros en todas las costas de la Mancha; Vincennes repartía entre diversos puntos de la Francia, cien mil fusiles; en nuestros puertos estaba establecida mucha gente, y se hacían levadas para la marina en las que se comprendían los hombres de cuarenta á cincuenta años. En Brest estaban armadas cinco grandes fragatas y se construían otras cuatro. Era, á la verdad, una árdua cuestión para el ministerio, la de reunir una leva de ciento cincuenta mil hombres, y la organización de una reserva de trescientos, mil y más cuando se hablaba de reorganizar la guardia nacional en todas las ciudades del reino.

Pero si estos preparativos engañaban en Francia á algunas almas dichosas dispuestos á creerlo todo, no era tan absolutamente crédulo el extranjero.

La Inglaterra y la Alemania se burlaban de los pretendidos armamentos, y anunciaban anticipadamente, que á un momento dado, el rey Luis Felipe, después de haber metido inútilmente tanto ruido, abandonaría á su aliado Mehemet-Ali.

Es verdad que había dos partes, la una era el ministerio, la otra el rey. M. Thiers era el que hacía el ruido, M. Thiers era el que se ponía por delante, y M. Thiers era quien fortificaba, armaba y amenazaba; pero el rey era quien debería tomar la resolución final, y esta resolución sería muy pacífica.

El *Mercurio de Souabe*, la *Gaceta Universal de Leipzig* y la gaceta política y hebdomedaria de Berlín, sobre todo, hacían sobre esta miserable política las más chistosas burlas.

Se habia enviado á M. de Saint-Aulaire con una mision secreta para M. de Metternich.

“El conde de Saint-Aulaire es amigo de Luis Felipe, decia el Mercurio de Souabe, y es probable que esté iniciado en sus mas secretas intenciones.”

La Gaceta Universal de Leipzig, decia:

“No se cree que M. de Saint-Aulaire haya recibido una mision amenazadora, y lejos de que M. Thiers se haya dejado arrastrar mas allá de lo conveniente, es probable que el embajador tenga instrucciones moderadas dadas por una autoridad superior.”

Y en fin, *“Todo lo que se dice y se hace en Paris, no conducirá á nada,* decia la gacetilla política y hebdomedaria de Berlin. Los ciento cincuenta mil hombres serán llamados á las armas, se construirán algunos navíos, y se harán, en fin, gastos que vendrán á aumentar el presupuesto: y despues dos ó tres regimientos obrarán sobre las fronteras del Norte y del Este, como cuando se trató de la cuestion belga, y el gobierno, creyendo haber satisfecho el orgullo nacional, dejará que hagan y volverá á embainar su espada.

Y estos eran los hombres de Yena, que habian venido, no tan solo á pensar, sino á escribir estas cosas de nosotros.

Podrá ser que se pregunte ¿por qué Luis Felipe deja á M. Thiers representar esta comedia para venir luego á desmentirlo cruelmente á la faz de toda la Europa llegado que hubo el momento dado?

Luis Felipe queria ganar á todos sus poderosos desadictos, pues miraba esto como la salvaguardia de su corona.

Por otra parte. M. Thiers no debia caer ante la voluntad real. M. Guizot, el rey Leopoldo, el duque de Wellington y la reina Victoria, habian arreglado en Lóndres este pequeño negocio. M. de Metternich haria adoptar á Mehemet-Ali la mediacion de la Francia. Al mismo tiempo se

echaria por tierra á lord Palmerston, se haria venir á sir Roberto Peel y á los torys. M. Thiers caeria por voto de la cámara, y trabajando M. Molé y M. Pasquier, M. Guizot le reemplazaria. Nada era mas constitucional, no habria una palabra que decir á Luis Felipe, y entonces toda clase de concesiones serian hechas por el nuevo ministerio en el negocio de Mehemet-Ali.

Pero no era el negocio del emperador de Rusia el que la Francia se ligase de nuevo tan estrechamente con la Inglaterra. Esta alianza destruia sus proyectos sobre Constantinopla. Con ayuda de la Prusia, rechazó la mediacion francesa, y M. Thiers, sin siquiera sospechar que, cuando menos, habia dormido al borde de un precipicio, siguió en el poder.

Entretanto, la reina Victoria presidiendo la próroga de la sesion parlamentaria, pronunció un discurso en el que el nombre de la Francia ni aun siquiera fué pronunciado.

De esta manera la Francia no contaba ya con los consejos británicos.

Mientras esto pasaba, las cuatro potencias decidian de la suerte de Egipto, sin siquiera llamar á la Francia, que en otro tiempo habia conquistado este Egipto, que habia dejado en él los gérmenes de la civilizacion desarrollados despues por Mehemet-Ali; sin llamar, decimos, á la Francia á esta deliberacion.

El 14 de Agosto, el comodoro Napiér que mandaba la escuadra inglesa, dirigió de Beirouth al consejo ingles, la nota siguiente:

“Tengo el honor de preveniros, que la Inglaterra, la Austria y la Rusia, han resuelto que la Siria sea restituida á la Puerta. Prevendreis á las autoridades egipcias de esta resolucion, pidiéndoles la evacuacion inmediata de la ciudad, y la restitucion de los soldados turcos. Comunicareis esta carta á los comerciantes británicos para su gobierno.”

Esta carta fué enviada á Mehemet-Ali, dos dias antes de la notificacion del tratado.

De esta manera, como se ve, no habia sido observada ninguna medida. ¡Qué importaba á las potencias! La Francia era la sola aliada de Mehemet-Ali, y la Francia tenia la costumbre desde 1830, de dejarse abofetear en los carrillos de sus aliados.

El 19 de Agosto, los cónsules de los cuatro tronos, presentaron al virey de Egipto, una nota, ó mas bien, una notificacion que podia equivaler á una orden.

Esta nota se intitulaba

Reflexiones sobre la posicion actual del virey de Egipto.

Copiamos esta nota:

“Mehemet-Ali no ignorará la gran capacidad y la fuerza de una convencion solemne. El sistema político de la Europa, no reposa sino en la fé y en la ejecucion religiosa de los tratados.

“De esta manera es como á pesar de las gravísimas dificultades que rodean las cuestiones de la Grecia, Bélgica y España, las convenciones relativas á ellas, han recibido su completa ejecucion, bien que los intereses de todas las potencias europeas, con respecto á estas cuestiones, no hayan sido siempre idénticas.

“Creer aun en la posibilidad de un cambio ó de una modificacion en las condiciones de la convencion del 15 de Julio, seria alucinarse con una vana esperanza. Estas estipulaciones son inalterables é irrevocables; los términos perentorios que han sido fijados para su aceptacion, son una prueba patente de la imposibilidad de todo cambio ulterior.”

Las potencias, despues de algunas consideraciones que tenian por objeto el determinar á Mehemet-Ali á la sumision, añadian!

“La consecuencia inmediata de tal repulsa seria el em-

pleo de medidas coercitivas; el virey tiene bastantes luces, y conoce bastante los medios y los recursos de que pueden disponer las cuatro potencias, para lisonjearse un solo instante de poder, con sus débiles medios, resistir ni aun á una ó á otra de ellas; y seria alimentarse con una esperanza bastante funesta el contar en las circunstancias actuales, con un apoyo en el extranjero: ¿quién podria contener las decisiones de las cuatro grandes potencias? ¿quién se atreveria á desafiarlas? Lejos de serle favorable semejante intervencion en su favor, no haria mas que acelerar su pérdida ya entonces segura.

“Las cuatro grandes potencias desarrollarían fuerzas mas que suficientes para combatir todo lo que pudiera oponerse á la ejecucion de la convencion: y se llevará adonde el caso lo exija, una fuerza suficiente para hacer toda resistencia imposible y aniquilarla de un solo golpe.

“Alejandria, 19 de Agosto de 1840.

“Laurin, Hodge, Wagner, conde Méden.”

Esta nota, esta notificacion ó esta amenaza, como se quiera, era mas bien dirigida á Luis Felipe que á Mehemet-Ali.

Por lo demas, ya sea que ella se dirigiese á Egipto, ó ya á la Francia, la amenaza no tardó en tener efecto.

Los ingleses se apoderaron de doce navíos egipcios que estaban anclados en el puesto de Beyrouth.

El comodoro Napier, fué el encargado de esta ejecucion á la que sin mucho trabajo pudo dar cima, vista la rotura de las hostilidades.

Se conocia bien al comodoro Napier, y era el hombre á propósito para semejante expedicion. Capitan de navio, el comodoro Napier, habitó mucho tiempo en el Havre, con el objeto de vigilar el servicio de los buques de vapor de fierro, que acababa de establecer en el Sena. Fué esta una mala especulacion, que arrastró tras sí la disolucion de la

sociedad que él había fundado. Entretanto la Grecia se sublevó; el capitán Napier corrió á ella y puso su experiencia, su valor y su feliz imaginación á la disposición de los Helenos. Mas dichoso que Byron, asistió á la pacificación de la Grecia y como si se hubiese hecho notar en esta prodigiosa guerra, fué vuelto á llamar á Inglaterra, donde se le ofreció, en la marina real, el rango que le había sido conservado. Al cabo de algunas expediciones, siempre felices, pasó, con permiso de la Inglaterra y siempre con el grado de comandante de navío, al servicio de D. Pedro; tomó el mando de su flota y batió con ella la escuadra de D. Miguel en el cabo de San Vicente; y de ahí el título de conde de San Vicente que le fué concedido por D. Pedro.

Después de esta brillante campaña, el capitán Napier, volvió á entrar al servicio de la marina inglesa con el título de comodoro.

En Beyrouth, era comandante de una división de la escuadra inglesa, bajo las órdenes del almirante Stopport.

Al mismo tiempo que el comodoro Napier se apoderaba de los buques egipcios, publicaba estas dos proclamas:

“Habitantes del Líbano: vosotros que estais mas directamente á mi vista, levantaos y romped en fin el yugo bajo el cual gemis. Van á llegar de Constantinopla, muy pronto, armas, tropas, municiones; y en adelante los navíos egipcios no insultarán ya vuestras costas.”

Decimos *dos proclamas* porque ellas se dirigian á dos porciones bien distintas de súbditos sometidos á Mehemet-Ali.

Primeramente á los habitantes del Líbano.

Después á los soldados de su ejército.

He aquí la que se dirigia á los soldados:

“Soldados del sultan: vosotros que habeis sido arrancados de vuestras ciudades por la traición para ser arrastrados á las ardientes arenas de Egipto, y que después habeis sido

transportados á Siria, yo os conjuro igualmente, en nombre del Gran Señor, á que volvais á entrar bajo su dominio.

“He colocado dos navíos de línea cerca del lazareto en que estais acampados, para recibir á aquellos de entre vosotros que se pongan bajo mi protección. Un olvido completo de todo lo pasado; el pago de vuestras pagas atrasadas, está asegurado por el sultan, así como todo lo que es debido á los soldados que vuelven bajo sus banderas.”

Justamente á los mismos momentos en que el comodoro se apoderaba de los navíos egipcios, llamando á los montañeses del Líbano á la sublevación y á los soldados de Mehemet-Ali, M. de Pontois, nuestro embajador en Constantinopla, el órgano de M. Thiers, M. de Pontois protestaba, en nombre de la Francia, contra toda medida coercitiva.

El 26 de Agosto, Mehemet-Ali recibió á los cónsules de las cuatro potencias acompañados de Rifaat-Bey. Después de tres dias, Mehemet-Ali sabia ya el negocio de Beyrouth.

Mehemet-Ali estaba decidido á arriesgarlo todo, su vida y su reino, antes que hacer una concesión.

Escuchó los discursos de los cónsules y se contentó con responder:

—Dios da la tierra y vuelve á quitarla: yo confío en la Providencia.

—Si es así, respondió el enviado del sultan, no tengo ya que hacer nada aquí, y me retiro.

—Retiraos si quereis, respondió Mehemet-Ali, y si lo haceis espero que estos señores os seguiran.

Y señaló á los cuatro cónsules.

—Nosotros no tenemos instrucciones para abandonar nuestros puestos, respondieron estos. ®

—Sea así, respondió el virey; pero después de lo que ha pasado, comprendereis fácilmente que ya no tengo confianza en vosotros. Por otra parte, no está en los usos de las naciones, al menos yo creo, el que un monarca tenga en la suya los agentes de las potencias con que está en guerra.

Como los cónsules sabian anticipadamente que la Francia dejaría despojar al bajá sin decir una sola palabra, quisieron convencerle á que no contase con el apoyo del rey Luis Felipe.

Mehemet-Ali hizo un movimiento de hombros, y

—Sé, dijo, que la Francia no disparará un solo cañonazo por mí, pero cuento con sus simpatias y sus buenas intenciones. Yo debo, por aquellos que sirven mi causa, aceptar el apoyo benévolo que ella me ofrece, y lo he hecho.

Al día siguiente los cónsules se presentaron de nuevo; pero encontraron á Mehemet-Ali mas enojado que nunca y les declaró que, si las hostilidades continuaban, enviaria á su hijo con la orden de marchar sobre Constantinopla.

Desde tres días con anticipacion, y á la primera noticia que se tuvo de la toma de la flota egipcia, M. Valeski, nuestro enviado extraordinario cerca de Mehemet-Ali, habia partido para Constantinopla creyendo que nosotros éramos siempre contados en algo en el equilibrio europeo, y que él debia ofrecer al divan la mediacion de la Francia.

¿No era, pues, una cosa extraordinaria, ver á un hijo de Napoleon enviado de Luis Felipe ante Mehemet-Ali?

Aunpue es cierto que, por María Luisa, Napoleon, sobrino de Luis XVI, era primo tercero de Luis Felipe.

Pero habian presumido que llegaria nuestro honorable embajador, y al mismo tiempo que M. Waleski desembarcaba en Galata, Abdul-Medjid, sucesor del sultan Mahmoud, publicaba un manifiesto, en el que declaraba que la cesion de Egipto, á título hereditario y del solo pachalik de Acre, vitaliciamente, eran decisiones inmutables, y que á pesar de la intervencion de una potencia, cualquiera que fuese, Mehemet-Ali no debia esperar de él otra cosa.

Para ningun corazon podia ser mas grave la herida que para el de M. Waleski, porque ningun corazon era mas francés que el suyo.

Entonces fué cuando tuvo lugar en el gabinete de las Tuillerias esta grave discusion entre el duque de Orleans y el rey.

—La guerra es con la Europa, exclamó el rey respondiendo á su hijo que no queria que se abandonase á Mehemet-Ali.

—La guerra es con la Europa; sea así, respondió el duque de Orleans, por lo que á mí toca, mejor quiero ser muerto sobre las riberas del Rhin, ó del Danubio, que en un arroyo de la calle de San Dionisio.

¡Ay! pobre jóven príncipe que debia caer dos años despues, no en un arroyo de la calle de San Dionisio sino en el camino de *la Révolte*, que Luis XV habia hecho construir para no verse obligado á atravesar todo Paris.

El 11 de Setiembre, el comodoro Napier, reunido en las aguas de Beyrouth, por el almirante Stopfort, ponía en tierra diez mil hombres de desembarco.

Estos diez mil hombres se componian:

De una compañía de desembarco, de cada uno de los doce navíos ingleses ó austriacos, es decir, quinientos ó seiscientos hombres;

De mil quinientos hombres de infantería inglesa;

De tres mil turcos;

Y de cuatro á cinco mil alemanes.

El desembarco se operó en Djounis, baía situada á medio legua de Beyrouth.

No encontró oposicion ninguna el desembarco.

Los ingleses, los austriacos y los turcos, atacaron entonces simultaneamente á Caiffa, pequeña ciudad construida al pié del Monte Carmelo y que fué reducida á polvo; y el fuerte Djabaíl que, defendido por albaneses, no fué tomado sino despues de una vigorosa resistencia.

Entonces comenzó, por seis navíos ingleses anclados delante de Beyrouth, el bombardeo de la ciudad, que al cabo de tres dias no era mas que un monton de ruinas.

Este bombardeo retembló en el corazón de la Francia, y cada cual se preguntaba en donde estaba nuestra escuadra y qué hacia; que para qué habían servido aquellos millones pedidos, y concedidos, para poner á nuestra marina en estado de luchar con la inglesa.

A nuestra escuadra le había ordenado el ministerio retirarse, huir y ocultarse lejos del ruido: estaba en la baía de Salamina, de gloriosa memoria, porque, como decía un almirante, si nuestra escuadra hubiera sido testigo de la injuria hecha á la Francia, sus cañones habrían disparado por sí solos.

La guerra, pues, estaba declarada á pesar de la Francia, y por consecuencia contra la Francia.

M. Thiers se espantó del descrédito en que había caído la Francia; y el 2 de Octubre, el gabinete todo entero, dió su dimision.

Pero Luis Felipe se guardó bien de aceptar esta dimision. M. Thiers, completamente desprestigiado por la fortificacion de Paris y por haber alcanzado mal éxito en el negocio de Oriente, volvía á tomar por esta retirada una posición que tenía su significacion. La retirada de M. Thiers lo volvía á arrojar de nuevo al partido revolucionario. Se conocian los rencores del diputado de Aix, y al contrario de Aquiles que se retiraba á su tienda, M. Thiers, mohino, se hacía un escaramuceador encarnizado: el rey, embaucado por la reina y las princesas, fué á ver á aquel á quien en el fondo de su corazón detestaba tan cordialmente, para que abandonase su decision y conservase el ministerio.

Hay mas, el duque de Orleans que, apesar de sus diarias decepciones con respecto á M. Thiers, veía aun en él un sentimiento vivo de nacionalidad, distinto del de M. Guizot, el duque de Orleans, repito, se unió al rey, para obtener de M. Thiers que abandonase su decision de dejar los negocios, pues sembraba la turbacion en las Tullerías.

Mas M. Thiers se estuvo en lo dicho y rehusó.

Esta vez había salido tan perfectamente jugado, que parecía estar decidido á resistir á toda clase de zalamerías.

Luis Felipe empleó grandes medios: recurrió á la reina María Amelia.

La reina Maria Amelia, fria estatua rígida del honor, de la religion y de la aristocracia; la reina Amelia que jamás había dado un paso hácia M. Thiers, consintió en humillar su orgullo ante el ministro *revolucionario*, pues así era como se le llamaba en el castillo, y lo que parecerá estraño, así era como se le llamaba seriamente.

M. Thiers fué desarmado por esta real intervencion: volvió á tomar su cartera contentándose con significar á las cuatro potencias, un ultimatum referente á un *casus belli*.

Este *casus belli* hizo reír muchísimo á las potencias extranjeras.

Pero al componer Luis Felipe estos negocios con el extranjero, los ponía en mal estado con el interior.

Este espíritu revolucionario que se creía comprimido en Francia, surgía, desarrollado de una manera bien distinta y, conociéndolo solo M. Thiers, amenazadora. El pueblo no dejaba pasar ninguna ocasion de hacer conocer á la corte, cuán torpe era para la nacion esta humillacion hecha á la vista del extranjero.

En todas las representaciones extraordinarias, se pedía la *Marsellesa*, ese canto siempre adormido y siempre vuelto á resucitar, que cada vez que filtra por entre las grietas de la sociedad, indica que la máquina aristocrática ó real, está muy recargada y que es tiempo de abrir las válvulas de seguridad si no se quiere que reviente.

En fin, la misma guardia nacional, esta fiel aliada de Luis Felipe, comenzaba á traicionarle como él traicionaba á Mehemet-Ali; y á pesar de la orden del dia del mariscal Gerard, que so pretesto de menoscabo á la legalidad, había prohibido toda manifestacion, la guardia nacional envió á los diarios de la oposicion la declaracion siguiente:

“Considerando:

“Que la espresion de los votos de los ciudadanos es perfectamente legal;

“Que este derecho que tiene su fuente en la soberanía popular, dogma fundamental de todas las instituciones, tiene de mas, el haber sido consagrado en términos formales por el art. 66 de la Carta;

“Que este artículo, no ha podido ser destruido por tal ó cual disposicion de una ley reglamentaria de la guardia nacional.

“Que si se originasen dudas con respecto á esto, serian aclaradas por la conducta misma de los gefes de las legiones, que en diversas circunstancias, se han servido de la opinion que decian emanada de ella, para ejercer influencia sobre la direccion del poder;

“Que los principios y los hechos establecen con evidencia el derecho que tienen los ciudadanos de protestar publicamente contra la conducta del gobierno, y que importa mas que nunca mantener este derecho;

“Una vez que en las circunstancias en que nos hallamos, no importa menos evitar con el mayor cuidado el dar á *un poder cobarde para el exterior* ocasion de mostrarse *brutal en el interior*;

“Los oficiales, guardias nacionales y ciudadanos, creen ser de su deber el hacer ver tanto al gobierno como al extranjero, el grito de indignacion de toda la poblacion parisiense, contra la política deshonorosa que se sigue con respecto á la coalicion; pero deseando al mismo tiempo no dar el menor pretesto para coaliciones violentas, han decretado:

Primero. “Que una diputacion compuesta de oficiales y delegados de la guardia nacional, se encargue de protestar ante el presidente del consejo de los ministros, contra la

orden del dia del mariscal Gerard, y contra la vergonzosa inaccion del gobierno para el estradjero;

Segundo. “Que esta protesta será dirigida bajo la forma de una peticion á la cámara, despues de haber sido firmada por todos los ciudadanos que deben tomar parte en la manifestacion.”

El *Morning-Chronicle*, diario del ministerio inglés, se encargó de responder á esta manifestacion.

“Hácia el 1.º de Noviembre, dijo, es decir, antes que la cámara francesa haya podido comenzar sus debates, la Francia no tendrá ya nada que obstar en el Levante, porque la Siria no pertenecerá ya al bajá, y de él será de quien dependa la cuestion de saber si nosotros le dejaremos tranquilo ó no en Egipto.

“El tratado de 12 de Julio, ha recibido ya su ejecucion.”

De esta manera el pueblo protestaba, la guardia nacional protestaba; faltaba solo la protesta de los poetas.

Victor Hugo se encargó de ella.

Aparecieron estos versos:

Sí, sí, detente, ¡oh! Musa de los himnos de guerra,
Musa de la ley justa, del augusto derecho,
Tú cuya boca ardiente voces de fuego encierra,
Y centellas y llamas exhalas de tu pecho.

No digas nada aun, tenlas en tí tranquilas;
Soporta el espectáculo cual vírgen resignada,
Y cuando la hora llegue en que todo aniquilas
Diga entonces tu labio lo que es tu alma indignada. ®

De él solo un movimiento la rabia estensa espresé
Que allá en tu corazon furiosa se fermenta,
Al ver que el bien ó el mal por todas partes vese
Esparcirse al hazar cual agua de tormenta.

Porque hoy solo se miran la rabia y la impotencia,
Porque inútiles fardos en arrastrar se obstinan,
Y si sus proyectiles no tienen consecuencia
Quedan siempre los fuertes los que fuertes dominan.

La mar algunas veces se ve apenas rizada,
Tranquila, quieta, inmoble, sin amagar siquiera,
Mas ¡ay! sin esperarlo de repente alterada,
Brama, lucha, se mece, y al fin revienta fiera.....

¡Ay! que en medio de todos una diosa impasible,
Ya á descargar el golpe en actitud está,
Reuniendo cual tesoro su fuerza, sí, terrible
Que si querido hubiera lanzado habría ya.

Mas' sin embargo, no, y todo sí lo mira,
El cielo, el mundo.... todo, á los que obran el mal
Al mentiroso público que cual veleta gira,
Y al traficante vil con alma de metal.

Todos con la alma hipócrita de perversidad llena,
Dorados por defuera con mérito que es falso,
Ve al bastardo envidioso, que en el mal se enagena,
Y á grandes y á pequeños que demanda el cadalso.....

Mira ¡oh Musa! al tribuno, mas que mujer, cobarde
Vendiéndose por oro, hollando, sí, la ley,
De vender su palabra haciendo bello alarde,
Y de engañar al pueblo y censurar al rey.

Al falso amigo, ve, que siembra el descontento,
Y á los que noche y dia en orgia tumultuosa
Su vida infame pasan, y en medio el desaliento,
Te ven allá cruzar altiva y magestuosa.

Y pasas saludando con grave y dulce porte,
Tan sólo aquellas frentes que tú, Musa, veneras,
Vas muda, pero llevas dé aquesta infame corte
Mil cosas en la mente, risibles y severas.....

Consuma tu mirada sus rudos corazones,
Y cuando se pregunten las gentes una á una
—¿Sobre quién de la turba vendrán esos turbiones
Que allá en sus ojos tienen atroce horrible cuna?

Cada uno contemplando sus hechos con espanto
Dirá aterrorizado, "tal vez será por mí....."
Mas no, mientras tranquila, vé solo que tu manto
No arrastre por el fango inmundo que hay ahí

Y todos los perversos, sí, tiemblen desde ahora
De ver cerca de tí y á tu pié encadenada,
Tu cólera soberbia, que ya esterminadora
La cabeza va á herir de estrellas circundada.

Es una señal fatal para los reyes el que los poetas mez-
cLEN sus voces al clamor universal; los latinos no tenían mas
que una sola palabra para *poeta* y para *divino*.

¡VATES!



CAPÍTULO XX.

DESPUES de apurada esta última afrenta, y caido el ministerio Thiers en tiempo útil al rey, todo quedó tranquilo en la apariencia, si no en el fondo, todo apaciguado si no olvidado. Luis Felipe en su discurso de año nuevo, no temió decir en respuesta al discurso de M. Sauzet:

“Tenemos la esperanza de que esta larga carrera de paz que hemos recorrido tan honrosamente, no será interrumpida, sino al contrario será continuada sin que la patria tenga nada que echar de menos, ni en cuanto á su honor ni su dignidad.”

Entonces hay una caída de las altas regiones políticas á que habia habido elevacion el año de 1840; en 1841 se arastran en cuestiones legislativas de un orden secundario; se vota un crédito para los refugiados extranjeros; se discute la ley sobre las fortificaciones en Paris: se interpela á las dos cámaras sobre el tratado de 29 de Octubre de 1840 con Buenos Aires; se produce una peticion de los habitantes de las riberas de la Plata; se hacen leyes sobre la propiedad en general y de la expropiacion por causa de utilidad pública; se da la limosna á las gentes de letras, de treinta años de propiedad literaria; se ocupa, y ahí la cuestion se hace mas grave sin ser profundizada hasta donde debia, el trabajo de

los niños en las manufacturas; se vuelve á montar la caballería; se hace un tratado con la Holanda, y en fin, se votan los créditos suplementarios y el presupuesto.

Sin embargo, en medio de todo esto, la lucha continúa entre el espíritu de oposicion y el gobierno. Lamartine vuelve á la oposicion, Quinet y Lamennais continúan la lucha emprendida. Los procesos contra la prensa llegan á ser mas encarnizados que nunca. Un dia la *Gaceta de Francia* publicó las cartas del duque de Orleans en la emigracion, cartas que hemos citado en el lugar que les corresponde, cartas en las cuales el príncipe proscrito pide á España favor contra la Francia, y espresa á Luis XVIII su opinion con respecto á Napoleon; opinion bien distinta de la manifestada en la tribuna el dia en que se anunció la traslacion de las cenizas.

El 24 de Febrero, la “Francia,” á su vez, publicó un artículo intitulado, la *Politica de Luis Felipe explicada por el mismo*. Esta vez, no fueron ya cartas del príncipe proscrito pidiendo favor contra la Francia, ó espresando su opinion con respecto á Napoleon, sino fueron cartas de Luis Felipe que indicaban una adhesion completa á la Inglaterra, y en las que se leia el pasage siguiente:

“Por tesis general; mi mas sincera y firme resolucion, es la de mantener inviolables todos los tratados que han sido concluidos despues de quince años entre las potencias de Europa y la Francia. En cuanto á lo que concierne la ocupacion de Alger, tengo motivos mas particulares y mas poderosos aun para llenar fielmente los compromisos que mi familia tiene con la Gran Bretaña.

“Estos motivos son, el vivo deseo que tengo de agradar á S. M. B. y mi conviccion profunda de que una alianza íntima entre los dos paises, es necesaria no solamente á sus intereses recíprocos, sino tambien al interes de la civilizacion de la Europa. Vos podeis pues, señor embajador, afirmar á vuestro gobierno, que el mio se conformará puntualmen-

te con todos los compromisos celebrados por S. M. Carlos X, relativamente al negocio de Argel.

“Mas yo os ruego llameis la atencion del gobierno británico, sobre el estado actual de los ánimos en Francia, de hacerle observar que la evacuacion de Argel seria el signo de las mas violentas recriminaciones contra mi gobierno; que ella podria acarrear los mas malos resultados, y que importa á la paz de la Europa, no despopularizar un poder nacional y que ha trabajado en constituirse. Es necesario pues, que, asegurada de nuestras intenciones y convencida de nuestra firme voluntad de llenar con ella la promesa de la Restauración, S. M. nos deje la eleccion del tiempo y los medios.”

¿A quién, pues, se dirigen estas cartas? ¿es á algun amigo confidente de los pensamientos secretos del príncipe y que guardará para sí los secretos que se le han confiado?

No, es á lord Stuart Rothsay, embajador de Inglaterra.

Así es que el 25 de Enero se leian estas líneas en el *Moniteur*:

“Muchos diarios publican fragmentos de cartas, falsa y criminalmente atribuidas al rey. Acaban de ser mandadas hacer persecuciones por crimen de falso y ofensa á la persona del rey.”

En efecto, el 4 de Febrero, M. Subis y su administrador responsable, M. de Montour, fueron ambos presos y mandados comparecer para ser asentados en el libro de cárcel de Santa Pelagia, con nota de falso y ofensa á la persona del rey.

Mas cuando el 24 de Abril siguiente, M. de Montour compareció ante la corte de los assises, se retiró la acusacion de falso, lo que indica que las cartas eran de Luis Felipe y no de otro, y no fué ya perseguido sino como acusado de ofensa á la persona del rey.

Todavía mas, despues de una hora de deliberacion, bajo la abogacia de Berryer, quedó absuelto M. de Montour.

En la tarde, la *Gaceta de Francia*, apreciando el proceso y anunciando la absolucion, decia:

“Las consecuencias de semejante absolucion, no tienen necesidad de ser esplicadas, el público las comprende y sentirá toda su gravedad.”

Y por estas cuatro líneas la *Gaceta* fué denunciada á su vez.

La misma tarde, el diario del gobierno, anunciando la absolucion de M. de Montour, añade:

“No conviene, sin embargo, que el partido legitimista, por poco que sea de temer, confie tanto. No conviene que sueñe con un porvenir de impunidad. El gobierno tiene en las manos leyes que bastarán para llamar al deber y á mas calma á algunos revoltosos.”

La *Gaceta*, en efecto, fué menos feliz que la *Francia*. Fué condenada por contumacia el 30 de Abril, á cinco mil francos de multa, y el 21 de Mayo siguiente, la corte de los assises confirmó la sentencia.

Como se ve, en lugar de calmarse, se aumentaban las odiosidades. Se cree sofocar la oposicion con las condenas á prision y á multas, y de esta manera el que quiera entregar su persona y su dinero, podrá decir al gobierno la palabra de anatema. Thoré, por su folleto intitulado *Verdades sobre el partido democrático*, fué condenado á un año de prision y á mil francos de multa.

La misma condena está á punto de sufrir Lamennais en Santa Pelagia.

Y es la misma que va á sufrir á su vez Esquiros por su *Evangelio del Pueblo*.

No es esto todo; el *Nacional* publicó, con respecto al tratado de la Plata, el artículo siguiente:

“Nosotros esperábamos que al tomar la cámara de los pares la iniciativa de las interpelaciones hechas con respecto al tratado de la Plata, habria tenido intencion de empeñar una discusion seria dignamente defendida. Francamen-

te, esta esperanza nos sonreía: ver á viejos generales volver á la energía del sentimiento nacional, oir á administradores, á ancianos magistrados, á hombres experimentados en la conducta de los negocios, reivindicar para nuestro país el rango y la influencia que le pertenecen: hubiera sido este un espectáculo que habríamos aplaudido, porque, en la situación abyecta en que hoy se arrastran los poderes públicos, nuestro desprecio se fatiga, nuestra indignación se agota y las bajezas de la opinión dan ánimo á las depravaciones del gobierno.

“Hemos entrado á la cámara de los pares con poca esperanza; hemos salido como se sale de un hospital de incurables. No, la vida no penetrará jamás en este hosario; no hay energía posible cuando no hay independencia. Esta parodia de cámara que el buen gusto del monarca ha creado, desfallece en una atmósfera en la que no penetran ni el calor ni la luz. En esta sala reina no sé qué hedor á decrepitud, que resfria y entristece; diríase que es una comedia constitucional representada por muertos, una especie de fantasma mecánica que se han apresurado en hacer huir, por temor de que los resortes se quiebren.”

El *Nacional* fué citado ante la cámara, y aunque su administrador no pudo comparecer por estar malo, y no por temor de que fuese fundada la demanda, sin embargo se le condenó á un mes de prisión y á diez mil francos de multa.

Después de esto vino un proceso más grave. El 29 de Octubre de 1840, el rey había escapado de nuevo de ser víctima de un asesinato: el asesino, Ennedmond-Marius Darmès, fué condenado el 29 de Mayo á la pena de los paricidas, y ejecutado el 31.

Tres días después de esta ejecución, el rey hizo dar á la madre de Darmès, que se consumía en la más profunda miseria, un socorro de mil doscientos francos.

Esta ejecución tuvo lugar entre el bautismo del conde de Paris, y la muerte de Garnier Pagès.

Esta muerte llamó á Ledrú-Rollin á la cámara.

La profesión de fé de Ledrú-Rollin, le valió á la entrada de su carrera política, una condena á tres mil francos de multa y dos meses de prisión.

Sin embargo de esto, un extraño atentado, como lo son todos los crímenes sin razón, fué cometido cuando el duque de Aumale, llegando del África, hacia su entrada á la cabeza del 17.º ligero, teniendo junto á sí al duque de Orleans y de Nemours. La detonación de un pistoletazo se dejó oír, y un caballo cayó muerto.

El pistoletazo fué disparado por uno llamado Quénisset, dice, Poupert, y condenado, por sentencia de 23 de Diciembre siguiente, á la pena de muerte, con Brassier y Colombièr, á quienes la corte declaró sus cómplices.

Con relación á este proceso fué por lo que fué condenado el redactor en jefe del *Diario del pueblo*, M. Dupoty, á detención, por causa de complicidad moral.

Era esta la primera vez que semejante condenación se producía en los anales de la justicia.

Los diarios protestaron.

En medio de las protestas acabó el año de 1841, sin que se supiera lo que resultaría de la condenación á muerte de Quénisset y de sus cómplices.

Por lo demás, el año fué fecundo en muertes ilustres.

El 2 de Enero, la baronesa de Feuchères murió en Londres á la edad de 50 años.

El 18 de Enero, Barrien, el antiguo convencional, y á quien sus contemporáneos llamaron el Anacreón de la guillotina, murió en Tarbes, de edad de 85 años.

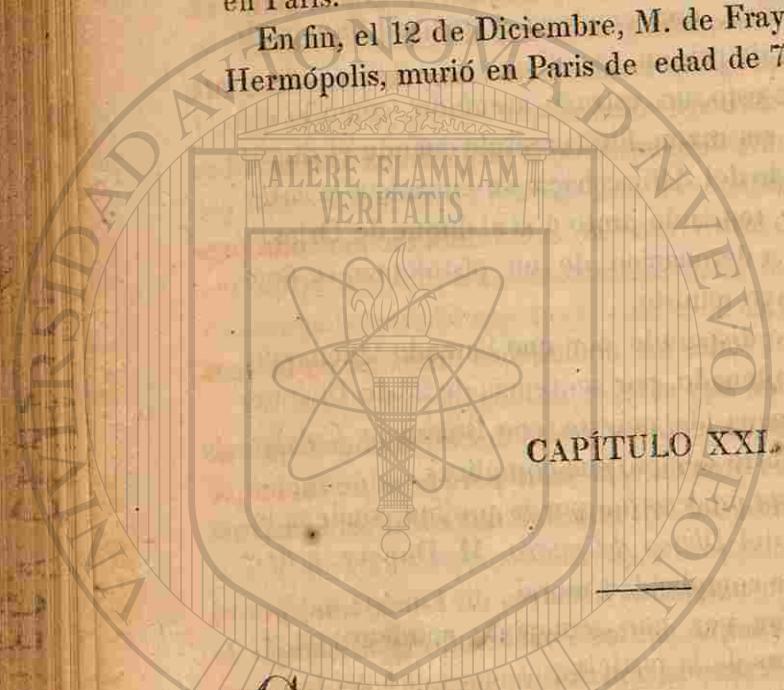
El 28 de Abril, el príncipe Bacciocchi, marido de la princesa Elisa Bonaparte, murió en Bolonia á la edad de 78 años.

El 4 de Junio, el duque de Doudeauville murió en Paris.

El 14 de Setiembre, M. Bertin, radactor en jefe del *Diario de los Debates*, murió en Paris de edad de 74 años.

El 3 de Octubre, Enrique V, príncipe de Monaco, murió en Paris.

En fin, el 12 de Diciembre, M. de Frayssinous, obispo de Hermópolis, murió en Paris de edad de 78 años.



COMENZÓ el año de 1842, conteniendo la caída del trono de Julio, encerrada en los gérmenes de dos acontecimientos que debía ver realizar.

La repulsa de las capacidades electorales.

Y la muerte del duque de Orleans.

Y sin embargo, al principio de este año se decía en alta

VOZ:

La tranquilidad y el porvenir están asegurados: todo ha vuelto al orden en el interior y el exterior; la paz del mundo no es ya turbada por ninguna gran cuestión política; los soberanos se ocupan en reducir sus armamentos, y cada país en multiplicar los medios rápidos de comunicación destinados á estrechar, para el porvenir, los lazos de los pueblos entre sí.

Inmediatamente que la proposición fué discutida y votada, M. Ganneron presentó su proyecto de ley sobre incompatibilidades.

Ciento noventa bolas blancas estuvieron por tomarla en consideración, y noventa y ocho negras por la repulsa.

La ley fué, pues, rechazada; pero como se ve, solamente por la mayoría de ocho votos.

Inmediatamente despues, vino la proposición Ducos sobre las capacidades.

Era sencilla, clara y concisa, como debería ser toda proposición de ley.

Hela aquí:

“Son electores todos los ciudadanos inscritos en la lista departamental del jury. (1)

“Son igualmente electores todos los ciudadanos que no hubieren sido inscritos en esta lista por causa de incompatibilidad, resultante del artículo 383 del código de instrucción criminal.”

No obstante, un magnífico discurso de Lamartine, por el cual pasaba del campo de los conservadores al campo de los progresistas, la proposición fué rechazada por una mayoría de cuarenta y una bolas negras.

Toda la cuestión de la reforma electoral quedó concentrada en la repulsa.

Pero al fin estalló en 1848.

El 18 de Junio, día mismo en que el presupuesto de cargos había sido adoptado por la cámara por mayoría de ciento veinte votos contra nueve, fué dada la orden de clausura y la asamblea de 1839 acabó su periodo de tres años de existencia.

¿Qué había hecho, en realidad, durante estos tres años?

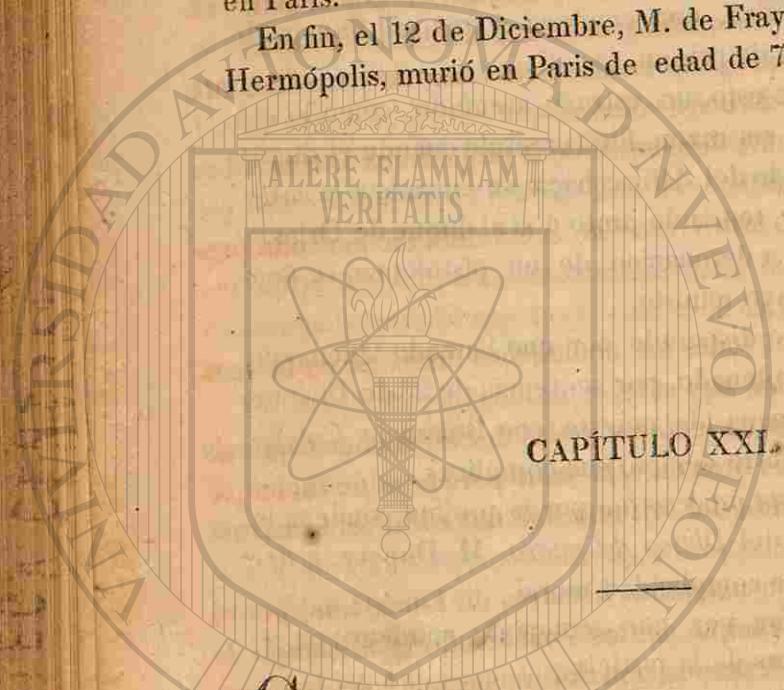
Había guardado el mayor silencio sobre la cuestión de

(1) *Comision de jurados.*

El 14 de Setiembre, M. Bertin, radactor en jefe del *Diario de los Debates*, murió en Paris de edad de 74 años.

El 3 de Octubre, Enrique V, príncipe de Monaco, murió en Paris.

En fin, el 12 de Diciembre, M. de Frayssinous, obispo de Hermópolis, murió en Paris de edad de 78 años.



CAPÍTULO XXI.

COMENZÓ el año de 1842, conteniendo la caída del trono de Julio, encerrada en los gérmenes de dos acontecimientos que debía ver realizar.

La repulsa de las capacidades electorales.

Y la muerte del duque de Orleans.

Y sin embargo, al principio de este año se decía en alta

VOZ:

La tranquilidad y el porvenir están asegurados: todo ha vuelto al orden en el interior y el exterior; la paz del mundo no es ya turbada por ninguna gran cuestión política; los soberanos se ocupan en reducir sus armamentos, y cada país en multiplicar los medios rápidos de comunicación destinados á estrechar, para el porvenir, los lazos de los pueblos entre sí.

Inmediatamente que la proposición fué discutida y votada, M. Ganneron presentó su proyecto de ley sobre incompatibilidades.

Ciento noventa bolas blancas estuvieron por tomarla en consideración, y noventa y ocho negras por la repulsa.

La ley fué, pues, rechazada; pero como se ve, solamente por la mayoría de ocho votos.

Inmediatamente despues, vino la proposición Ducos sobre las capacidades.

Era sencilla, clara y concisa, como debería ser toda proposición de ley.

Hela aquí:

“Son electores todos los ciudadanos inscritos en la lista departamental del jury. (1)

“Son igualmente electores todos los ciudadanos que no hubieren sido inscritos en esta lista por causa de incompatibilidad, resultante del artículo 383 del código de instrucción criminal.”

No obstante, un magnífico discurso de Lamartine, por el cual pasaba del campo de los conservadores al campo de los progresistas, la proposición fué rechazada por una mayoría de cuarenta y una bolas negras.

Toda la cuestión de la reforma electoral quedó concentrada en la repulsa.

Pero al fin estalló en 1848.

El 18 de Junio, día mismo en que el presupuesto de cargos había sido adoptado por la cámara por mayoría de ciento veinte votos contra nueve, fué dada la orden de clausura y la asamblea de 1839 acabó su periodo de tres años de existencia.

¿Qué había hecho, en realidad, durante estos tres años?

Había guardado el mayor silencio sobre la cuestión de

(1) *Comision de jurados.*

Oriente, se habia adherido á la política que se seguia y se habia, una sola vez sobre la cuestion del derecho de visita, declarado la intérprete de las repugnancias del pais. En fin, falta enorme, y que, como lo hemos dicho, minaba todo el edificio monárquico tan penosamente levantado por el rey, habia rechazado la ley sobre incompatibilidades de M. Ganneron, y la ley de capacidades de M. Ducos.

El solo resultado grave y material de esta sesion fué la ley sobre caminos de fierro. Esa ley que no alcanza á ninguno de los partidos, discutida sin éxito en las sesiones precedentes, larga é inútilmente discutida por la cámara de diputados y votada rápida y casi confiadamente por la cámara de los pares.

De esta manera, ignorante de lo que hacia, ciega en sus decisiones, la sesion de 1839 á 1842 preparaba la catástrofe de 1848 por la repulsa de dos leyes, y establecia por una tercera, esa fácil comunicacion de los individuos, que hace universal y rápida como el telégrafo eléctrico la comunicacion de las ideas.

Que el enrejado de los caminos de fierro que debe, á un momento dado, surcar la Europa, sea establecido; que se vaya de una capital á otra en tres dias; que treinta años de comunicaciones materiales y morales pongan en contacto á todos los hombres y acrezcan las ideas, y ya no habrá guerra europea posible.

El mes de Mayo trajo consigo dos catástrofes terribles. El incendio de Hamburgo y el accidente del camino de fierro del Havre.

En cuanto al incendio de Hamburgo, copiamos una carta que contiene todos los pormenores de este terrible acontecimiento, predicho, cosa singular, desde en tiempo de la guerra de la independenciam por Max Schenkendorf.

—“Que las llamas te devoren, ¡oh Hamburgo! Rica y hermosa como el Fenix resucitarás de tus cenizas á tu mas grande gloria!”

Mientras Hamburgo resucita mas hermosa y á su mas grande gloria está enteramente destruida.

“Hamburgo, Mayo 9.

“Señor:

“No es sino hasta hoy cuando os voy á dar conocimiento del fatal incendio que ha reducido á cenizas una parte de nuestra ciudad. Todas las imprentas de la prensa cotidiana han sido presa de las llamas ó están inservibles. Al presente todos los redactores de diarios de Hamburgo, dan una relacion circunstanciada del azote que nos ha herido; pero han tenido necesidad para espedirla, de recurrir á los diarios de las ciudades vecinas. Estos diarios, bien informados, han circulado sin embargo bien poco, y por otra parte las noticias comunicadas al extranjero por los hamburgueses dispersos é impresionados por ese gran desastre, no son siempre esactas. Yo os habria hablado con mas anticipacion de este triste suceso, que interesa á la Europa entera, si el incendio, que no ha cesado sino hasta ante ayer, me lo hubiera permitido. El incendio ha estallado en la noche del 4 á 8 de Mayo en la parte de la ciudad situada cerca del puerto de Austadt, llena de almacenes y cuyos accesos son poco fáciles.

“Las casas, la mayor parte de madera, y la gran cantidad de espíritus y materias combustibles, han ayudado á propagarlo. El viento del Oeste que ha soplado constantemente, ha venido á activarlo aun mas, y nada en el mundo podia preservar á las dos parroquias de la ciudad de una destruccion completa. En estas dos parroquias se encuentran reunidos una gran parte de edificios públicos y de la industria mas floreciente, las iglesias célebres por su antigüedad, el Hotel-de-Ville y la Lonja. Bien pronto se tiene la conviccion de que es imposible el apagar el fuego á pesar de todas las medidas tomadas al efecto. Entonces decidieron echar

abajo las casas mas inmediatas á la hornalla del incendio para aislarla de los otros cuarteles.

“Las bombas se dirigieron sobre las casas situadas al otro lado de los canales con que las llamas ya casi concluian: en efecto, por este medio se consiguió salvar los ricos almacenes de la parroquia de Santa Catalina; pero todos los esfuerzos de la compañía de zapadores y carpinteros, apenas bastaron á aislar el mercado de carne, construido de madera y que toca muy de cerca al mercado de lúpulo á un lado de la iglesia de San Nicolas. Los edificios públicos, aunque mas retirados, pudiendo dar, á pesar de la gran prontitud de los trabajos de demolicion, un pávulo considerable al fuego, el senado no titubeó en dar la orden de que se sirvieran de la pólvora. En esta circunstancia, en que la experiencia local no ha ido muy bien, muchos ingenieros de la ciudad y extranjeros, se reunieron al pueblo para poner en ejecucion este sistema de destruccion. Este medio tuvo éxito y el fuego fué en fin, separado por la parte de Neustadt del lado de Attona. La caída de la torre de San Nicolas que trataron de salvar por todos los medios posibles, hizo saltar las llamas hasta un círculo mas estendido. La segunda noche, el senado se reunió bajo la presidencia de sus venerables gefes en el Hotel-de-Ville, que se encuentra, así como la antigua Lonja y la Banca, en el centro de la ciudad. El fuego amenazaba ya las calles vecinas, estrechas é industriosas, y la antigua Lonja y el mismo Hotel-de-Ville debian ser sacrificados á la salud de la mas rica parte de la ciudad, la que puede mirarse como el lugar de depósito general del comercio de todas las partes del mundo.

“No fué sino á costa de muchos esfuerzos el que se lograra salvar el depósito de hipotecas y la parte mas importante de los archivos. En fin, el senado fué obligado á arrancarse de un peligro inminente y á trasportarse á otro edificio situado en el nuevo Wall, perteneciente á la ciudad. El canal que une el Alster con el Elba, garantizaba hasta ci e

to punto este nuevo lugar del senado. Algunos minutos después de instalados allí los senadores, el Hotel-de-Ville se desplomó con gran estruendo, cubriendo con sus ruinas los edificios de la Banca, en la que reposa hoy principalmente el porvenir del comercio de Hamburgo. Sin embargo, el incendio no habia llegado aun á su último término; se esparció por todos los puntos del nuevo Wall y ganó bien pronto toda la línea de los hoteles y tiendas del paseo de Jungferstied y las habitaciones vecinas, llenas de riquezas y de objetos de arte, y no fué sino sacrificando estos objetos como pudo llegarse á garantir el nuevo Jungferstied, la esplanada y el teatro. Se esperaba aun salvar la torre de San Pedro que era la mas antigua de la ciudad; pero ya allí todos los esfuerzos del valor y ánimo mas grandes, y las medidas mas hábiles vinieron á estrellarse. La torre vaciló, y sus campanas movidas, comenzaron á tocar como para anunciar el momento de su destruccion. El fuego se abrió un nuevo paso por una nueva brecha. Felizmente las ventanas de un gran edificio nuevo y vecino consagrado al colegio, á la escuela y á la biblioteca de la ciudad, estando cerradas, impidieron á las llamas el penetrar: fué salvado y con él una gran parte de la ciudad habitada por una poblacion pobre. La direccion del viento, que soplabá de mas en mas fuerte, causó inquietudes por el arrabal Saint-Georges, donde se halla el hospital que contiene dos mil enfermos, entre los que se contaban un gran número de víctimas del incendio. El cuerpo de guardia que estaba en el Wall, ardia tambien. Sin embargo, con ayuda de las bombas que se trajeron de las ciudades circunvecinas y que obraban con una grande potencia, y gracias á la Providencia, el fuego llegó á su término.

“Nosotros debemos particularmente la conservacion del resto de nuestra ciudad, después de á la asistencia Divina, y á la dedicacion infatigable de nuestros ciudadanos, á los socorros voluntarios y generosos de la ciudad vecina, Attona,

ciudades de las fronteras de Hannover y Holstein y ciudad de Lubeck. Estamos llenos del mas vivo reconocimiento hácia nuestros vecinos, que han ofrecido un socorro y un abrigo á los refugiados de nuestra populosa ciudad. La inauguracion de nuestro camino de fierro, ha sido anunciada para el 7 de Mayo. Este camino pone en relacion á Hamburgo con Berlin, Magdebourg, Hannover, y por consiguiente con toda la Alemania. Entretanto, ha servido para facilitar la emigracion á Bergedorff: el ingeniero en gefe de esta empresa, dirigió la destruccion de muchas casas vecinas á la hornalla del incendio. ¡Puedan los esfuerzos de nuestros vecinos en el cumplimiento de este camino de fierro, rival del de Elba, abrir bien pronto nuevas fuentes de bienestar para todos los paises de la patria comun!

“Dejo á los periódicos los pormenores concernientes á la destruccion de los edificios públicos y de las casas particulares. Debo solamente deciros que la nueva Lonja queda en pié como un feliz augur en medio de las ruinas. Es de sentir que las órdenes dadas por las autoridades para la destruccion de las casas situadas en los lugares en que el fuego no habia entrado, hayan dado lugar á sensibles desavenencias. Estas prudentes medidas dictadas por el mas noble deseo de hacer bien, fueron consideradas por el pueblo ciego como actos premeditados de barbárie. Una comision extraordinaria de vigilancia, compuesta de miembros del senado, acaba de ser disuelta. El príncipe Federico de Schleswig-Holstein, ha puesto hoy á la disposicion del senado, no solo su persona, sino todos los recursos de los dos principados de que es gobernador, y ha obviado á las mas urgentes necesidades, por medio de la formacion de comisiones de socorro. Las clases operarias no faltarán de trabajo, y nosotros nos confiamos en un dichoso porvenir. La economía sucederá á las costumbres del lujo, y la energía, despertada por la desgracia, sobrevivirá probablemente á

las crueles pérdidas que se esfuerzan en reparar por toda clase de medios.”

Mientras Hamburgo ardía, una noticia espantosa venia á estallar en Paris.

Mas de doscientas personas acababan de ser despachurradas, quemadas y molidas en el camino de fierro de Versailles á Paris.

El 8 de Mayo, un convoy directo, compuesto de quince wagoes y diligencias, trayendo á la cabeza dos remolcadores, el *Mathieu-Murray* y el *Relámpago*, se dirigia á Paris y atravesaba, á las cinco y media de la tarde, la estacion de Bellevue. Hacia apenas dos minutos que la habia pasado, cuando el eje de *Mathieu-Murray* se quebró repentinamente. El segundo remolcador que venia con toda su velocidad, se precipitó sobre el primero y arrastró con él tres ó cuatro wagoes que, aglomerándose los unos sobre los otros, se levantaron hasta la altura del primer piso de una casa.

El accidente por sí mismo era ya grave, pero una circunstancia lo volvió espantoso.

Las portezuelas estaban cerradas con llave, y era imposible á los desgraciados viajeros, encerrados en las cajas, el abrirlas.

Uno de los conductores habia desaparecido sin volverse á encontrar y el segundo estaba tirado casi sin conocimiento: no habia, pues, que esperar socorro ni del uno ni del otro.

A los gritos que arrojaban los viajeros y algunas personas que se hallaban en el camino, llegaron los guardas de la estacion precedidos por su gefe M. Martel. Este se apresuró á abrir las portezuelas del primer wagon, pero ya era muy tarde. Con una rapidez increíble el fuego de las dos máquinas habia ya ganado la materia combustible de los wagoes y era ya casi imposible el socorrer á los que en ellos estaban encerrados.

Figúrese un auto de fé de ciento cincuenta personas,

con sus alaridos, sus gestos desesperados y sus episodios de rabia insensata; á madres tratando de poner á sus hijos fuera de las llamas hasta que sus brazos quemándose los dejaban caer en medio de ellas: á un hijo arrojándose por tres veces consecutivas al fuego con rugidos de cólera, para salvar á su padre, y otras tres rechazando por un invencible dolor. Despues, desapareciendo bien pronto los pormenores, figúrense los seis wágones amontonados unos sobre otros, y no formando ya mas que un inmenso bracero, en medio del cual se agitaban brazos, cabezas y cuerpos, se inclinaban, se enderezaban y volvian á caer en todos sentidos queriendo escapar de este inevitable incendio.

Mientras que cien personas parecian fundirse como plomo en una hornalla, en medio de este inmenso bracero devorador como el cráter de un volcan, los otros wágones que no se habian quemado pero que sí habian sido molidos, rotos y dislocados por el sacudimiento, vomitaban sus heridos y sus muertos como harán los sepulcros en el dia del juicio final. Al cabo de un instante, ciento setenta y cinco heridos estaban tirados á los lados del camino, sobre colchones, paños y trapos de toda clase.

En el número de estos estaba Dumont Durville, el ilustre navegante, hecho despues almirante el 31 de Diciembre de 1840, y que, despues de haber hecho dos viajes alrededor del mundo, despues de haber escapado de los peligros de cuatro océanos, habia venido á morir allí miserablemente con su mujer y su hijo.

Cuando semejantes desgracias acontecen, venidas, por lo regular, como cometas, no son sino las precursoras de desgracias mas grandes aun.

El 13 de Julio á las cinco de la tarde, un gran grito retumbaba por toda la Francia.

“¡El duque de Orleans ha muerto!”

En efecto, el duque de Orleans acababa de matarse.

¿Cómo habia pasado esto? ¿de qué manera acababa de su-

ceder tan terrible desgracia? Era para no creerlo y no se creia á la verdad.

Fué necesario para que se hubiera creído, que al dia siguiente los diarios anunciaran oficialmente esta muerte.

He aquí los pormenores de la catástrofe.

El 13, á medio dia, el duque de Orleans debia marchar á Saint-Omer; sus equipages estaban ya en camino y sus oficiales le esperaban.

Los regimientos que esperaban al príncipe en Saint-Omer, despues de ser inspeccionados por él, debia marchar éste á reunirse á la duquesa de Orleans á las aguas de Plombiers.

A las nueve, el príncipe se sentaba á la mesa; despues de almorzar se cambiaba su vestido ordinario por un uniforme, y á las once montaba en coche para ir á despedirse á Neuilly del rey y de la reina.

El carruage que conducia al príncipe era un cabriolé de cuatro ruedas, muy bajo, á especie de calesa; tiraban de él dos caballos, y lo conducia su cochero ordinario Daumont.

Coche y cochero eran los que de ordinario servian al príncipe en sus expediciones á los alrededores de Paris.

Iba solo en el cabriolé: sus ayudas de campo se habian ofrecido á acompañarle, pero él no habia querido.

Llegado que hubieron á la puerta Maillot, el caballo que montaba el postillon se espantó y comenzó á galopar. Bien pronto el postillon no fué ya dueño de los caballos y se vió forzado á dejarlos correr y tomar el camino de la Revolte.

El príncipe era muy vivo y se habia acostumbrado mucho á los ejercicios gimnásticos: muchas veces habia discutido con sus hermanos, y una de ellas delante de mí, lo que era mejor hacer en el caso de encontrarse en un carruage cuyos caballos fuesen desbocados.

Su parecer era que se debia saltar.

Saltó.

Sus piés tocaron al suelo; pero la rapidez de la carrera

era tal, que apesar de la poca distancia que habia del estribo al suelo, no pudo quedar en pié, y dando una vuelta sobre sí mismo, cayó para atras y dió con la cabeza en el suelo.

La caída fué terrible. El príncipe quedó sin conocimiento en el mismo lugar en que habia caído.

A cien pasos de allí, el postillon ya pudo contener sus caballos, y despues, una vez dueño de ellos, se revolvió á ponerse á la disposicion del príncipe, á quien estaba muy lejos de creer herido ó muerto.

Le habian ya socorrido, y lo habian trasportado á la casa de un especiero que estaba en el camino á algunos pasos del lugar en que el príncipe habia caído.

El príncipe cayó enfrente de la casa núm. 13.

Se tendió al herido sobre una cama en una de las piezas del piso bajo.

Llegó un médico de los alrededores: era el doctor Baumy el que aplicó una sangria que quedó sin efecto.

Avisaron á la familia real. Pero cuando el rey, la reina y madama Adeleida llegaron junto al lecho del príncipe, no tan solo no habia vuelto en su conocimiento, sino que ni aun daba la menor señal de vida.

Sin embargo, la terrible noticia habia tomado alas de águila para ir á llamar á todas las puertas.

Pasquier, cirujano del príncipe, llegó de Paris, como tambien el duque de Aumale de Coubervoie y el duque de Montpensier de Vincennes.

Pasquier declaró que el estado del príncipe era de los mas graves, y que temia una congestion cerebral.

Era esto tanto mas probable cuanto que el príncipe no habia vuelto ni un instante en su conocimiento, y tan solo habia dejado escapar algunas palabras en aleman.

Sin embargo, la agonía se prolongaba, pero sin dar esperanzas al sabio doctor, que usaba, sin apartarse del príncipe, de todos los recursos de una curacion enérgica. La vida

se retiraba, pero á su pesar, y luchando palmo á palmo con la destruccion. En un momento, la respiracion pareció mas libre, el pulso se hizo sensible y todos los corazones volvieron á tener esperanza. Pero esta esperanza palideció bien pronto y á las cuatro de la tarde, el príncipe real estaba bajo la influencia de todos los síntomas de la agonía.

A las cuatro y media espiró.

¡Ay! ¡pobre príncipe! no habia muerto como deseaba sobre las riberas del Rhin ó del Danubio, sino como lo habia temido, sobre el suelo de una calle.

Y, cosa singular, en una calle que se llamaba la calle la Revolte. (1)

Por lo que á mi toca, su muerte fué un gran golpe, que acompañé de bastantes lágrimas, y profeta por el dolor, escribí aquellas palabras que en esa época parecieron á muchos una blasfemia y que ha confirmado el porvenir.

“Dios acaba de suprimir el solo obstáculo que existia entre la monarquía y la república.”

El duque de Orleans fué sepultado ocho dias despues en Eu, en el mausoleo de su familia.

El 26 de Julio, es decir, algunos dias apenas despues de esta triste ceremonia en que el padre conducia el duelo de su hijo, y el rey el de su dinastía, se abrió la sesion para votar la ley de regencia.

El 10 de Agosto, la nueva cámara electiva, despues de la verificacion de los poderes, se ocupó inmediatamente del negocio.

“Vos habeis perdido un hijo, señor, dijo al rey: la Francia ha perdido un reinado.”

El 9 de Agosto fué presentado el proyecto de ley: él apartaba de la regencia á la duquesa de Orleans, lo que fué

(1) *Revuelta, sublevacion, levantamiento.*

muy mal hecho porque ella era protegida por la popularidad de su marido, mientras el duque de Nemours, á quien se proponia como regente, era impopular y aun con los hombres mas apegados á la dinastía de la rama segunda.

El proyecto fué presentado, como acabamos de decir, el 9 de Agosto: el 16. M. Dupin, leyó su informe, y el 18 comenzó la discusion.

La ley fué consagrada por trescientas diez bolas blancas contra noventa y cuatro negras.

En la discusion, M. Lamartine habia pasado de los conservadores progresistas á los rangos de oposicion.

El año de 1842, año fatal que se habia inaugurado con un proceso de ultrage á la moral pública, se cerró con un proceso de corrupcion.

Por lo demas, él arrastró á la tumba un buen número de nombres famosos. Diríase que era preciso al príncipe real, descender á la mansion de la muerte con un cortejo digno de sí.

Alejandro Duvál, Jouffroy, Cherubini, madama Lebrun Aguado, el mariscal Moncey, el mariscal Clausel, Dumont-Durville, el conde de Las Casas y Simonde-Lismondi, murieron en el curso de este desgraciado año.

Despues de los acontecimientos del género del que acabamos de citar, es propio de un pais el encontrarse en la situacion de un hombre que, herido de un golpe mortal, entre en convalescencia.

Esta convaslecencia de la Francia fué respetada por todo el mundo.

Diríase que la cámara habia concluido su obra con la votacion de la ley sobre regencia, y que, una vez votada, no tenia ya que ocuparse sino de cuestiones secundarias.

Pero no; he aquí en lo que se ocupó en el año de 1843. En algunas interpelaciones sobre la cautividad de D. Carlos, en una ley relativa á la organizacion del consejo del Estado, en discusiones sobre la policia de transporte, sobre

la notaría, sobre el aumento de efectivo en la gendarmería, sobre la reacuñacion de moneda, sobre la poliaía de teatros, sobre la policia de caza, sobre los bosques comunales, sobre las tarifas de los comisarios-tazadores, sobre el préstamo griego, sobre los créditos suplementarios y sobre los presupuestos.

Dos miembros de la familia real se casaron.

El 20 de Abril, la princesa Clementina, se casó con el príncipe Augusto de Saxe-Cobourg, y el 7 de Mayo el príncipe de Joinville se casó con doña Francisca.

Mientras esto pasa, el duque de Burdeos, por su parte, viaja por Inglaterra.

La oposicion que se hubiera podido creer apagada desde que murió el duque de Orleans, se despierta al tratarse de la conclusion y del armamento de las fortificaciones de Paris. Llegase hasta amenazar con no pagar el impuesto. La tempestad no se ha concluido pues, estaba no mas adormida.

En fin, en medio de las discusiones de M. Rattimenton y de M. de Famigny se preparó una embajada á la China.

He aquí el estado de la Francia.

El duque de Aumale ha reemplazado á su hermano en Argelia. El 16 de Mayo se apodera de la smalah de Ab-el-Kader.

Fué esta una accion bellísima, que valdrá á la Francia un hermoso cuadro.

El 11 de Noviembre, un segundo jaque, mas temible que el primero, fué dado al emir; su lugar-teniente predilecto, el que le era mas adicto, el mas activo de sus amigos, Sidi Embarek, fue muerto.

Despues de estos dos acontecimientos, todas las tribus encerradas en las líneas del Tell, y la mayor parte de las tribus del desierto chico, se sometieron, y entonces se recorrieron sin dificultad nuestras posiciones de Argelia, de Alger á Dogar, de Constantino á Tlemcen.

Pero mientras que una colonia francesa se funda y consolida al Sud, una espantosa catástrofe acaba de arruinar la otra en el Occidente.

Queremos hablar del terremoto de Guadalupe.

Este terremoto duró dos minutos.

Durante ellos, la ciudad de Pointe-á-Pitre, desapareció, y de sus habitantes se contaban dos mil quinientos muertos y dos mil heridos.

La narracion de un testigo ocular, puede solo dar una idea de semejante catástrofe. Copiamos aquí la del señor abate Peyrol, cura del monte Carmelo, en Tierra-Baja.

“El 8 de Febrero, á las diez y tres cuartos de la mañana, mientras estábamos almorzando en casa del cura de la Pointe-á-Pitre, á quien habia yo ido á ver para descansar un poco de las numerosas fatigas de mi ministerio, oimos un ruido semejante al que harian muchos tambores redoblando, ó muchas carretas rodando al derredor de la casa. Era la accion subterránea de un terremoto. Uno de nosotros lo dijo; mas sin embargo, no quisimos creerlo. Fué aquella la primera sacudida: la segunda no se hizo esperar mucho tiempo, y agitó de tal manera las casas, que las de las tres cuartas partes de la ciudad vinieron abajo. La nuestra que era de madera y nuevamente levantada, se rajó en muchas partes, pero quedó en pié. El campanario se vino abajo, el altar de mármol, destruido, el tabernáculo rodó al suelo, el sagrado copon y la custodia se rompieron. Y entonces, ¡qué terrible espectáculo! Seres medio despedazados, viviendo aun, y arrojando los gritos mas fuertes que podian, pidiendo el golpe de gracia; millares de voces pidiendo misericordia; el polvo de las ruinas oscureciendo, impidiendo el que se reconociesen y ahogando nuestras voces: una ciudad poco antes tan encantadora, habitada por veinte mil almas, llena de elegancia y riqueza, cambiada en menos de dos minutos en un monton de ruinas, y la imágen de la muerte y la desesperacion haciéndose ver por todas partes.

“En un pestañear volamos en medio de estas escenas de desolacion, absolviendo á los moribundos, ayudando á extraer á los muertos, consolando y dando valor á los que habian perdido sus padres, sus madres, sus hijos, sus esposos. No, ¡jamás el labio humano será capaz de pintar semejantes cuadros! Y ¡creéis que es esto todo, amigo mio? No, nosotros estábamos reservados á males mas grandes, era menester que el furor del Todo-Poderoso derramase sobre nosotros toda su amargura,

“Estaba entonces un horno trabajando: con el temblor se desplomó, y el fuego que contenia comunicóse bien pronto á todo el maderámen de la casa, y he aquí que este fuego se apodera de todo lo que lo rodea, Yo salvé el tabernáculo de la capilla del hospital á la que habia entrado por medio de mas de veinte metros de ruinas que la rodeaban. Un capitán á quien yo conocia, quiso ofrecerme sus servicios; pero yo juntando ambas manos, le dije:—Capitán, he ahí el gran peligro con que va á consumirnos nuestra desgracia: corred al fuego con vuestra compañía, sacrificadlo todo, pero salvadnos de él. ¡Ay! ¡yo no decia mas que la verdad! El fuego, impelido por un viento Sud-Oeste, se apodera de todo el maderage que se ofrece á su actividad, y devora todo lo que el terremoto habia dejado de vestidos y provisiones en aquella desgraciada ciudad. En dos horas habia ya paseádose por todos los contornos de ésta, hecho nuevas víctimas, impedido el que se socorriesen á las primeras, y cambiado en un monton de cenizas aquellas tristes ruinas. Entonces ya retorciáanse los brazos de dolor, diré mejor, de desesperacion. Teníamos bombas, pero habian sido rotas por los edificios que las guardaban; y mientras que las olas del oceano bañaban nuestros piés, no teníamos ni un vaso para arrojarlas sobre aquellas llamas devoradoras.

“Entonces pensé en la situacion en que podia hallarse mi parroquia, situada á diez y ocho leguas de ahí y en la mis-

ma direccion que parecia haber tomado el azote de Dios. Hasta entonces no habia pensado mas que en socorrer á los infortunados que me rodeaban, esperando que mis feligreses, arruinados ya por el terremoto y huracán de 1825, serian perdonados de éstos; pero viendo á lo largo de la costa todos los edificios y todas las habitaciones por tierra, temí por ellos igual desgracia. Esta reflexion me consternó; me arrojé en la primera embarcacion, y recorrí la rada, suplicando á todos los capitanes de navío el que me llevasen á Tierra-Baja. Ellos no podian ó no se atrevian á hacerlo, cuando recogian los tráfugos que huían de la tierra para pedir un asilo á su bordo. En fin, encontré uno á quien habia yo ayudado á salvar de un naufragio que habia tenido en las costas de mi antigua parroquia. Me puse de rodillas, y le supliqué en nombre del servicio que le habia hecho, y en nombre de Dios, que me condujese á mi parroquia. Mi súplica hizo tanta impresion en su alma, que sin poder responderme me hizo entrar á bordo, levó ancla y partimos para Tierra-Baja.

“Jamás olvidaré con que dolorosa inquietud observaba al pasar la costa, si las casas estaban en pié, si mi parroquia subsistia aun. Eran las diez de la noche cuando llegamos. La ribera se cubrió de una gran multitud; habia yo pasado por muertó, se lloraba de gozo al verme, y me abrazaban. ¡Qué emocion! ¡mi pobre amigo! Corrí á casa del ordenador, donde encontré á la mujer del señor gobernador, quien habia ya marchado por tierra á Pointe-á-Pitre con el director de la administracion interior y el procurador general. Mandé dar noticias á las familias que habian perdido sus padres, y corrí á consolarlas. La noche, casi toda, se pasó así. Estaba todo trémulo de emocion y de dolor, y diré, casi tambien de gozo de volver á encontrar á mis feligreses sin desgracia. En la misa todo fué sollozos por los desastres de la Pointe-á-Pitre: yo les dije que los lloraríamos mas tarde, y que por entonces era necesario ir á socorrer á la pobla-

cion. Al instante se nos llevaron de todas las casas enormes bultos de efectos ya arreglados, y ciento sesenta y ocho francos en plata. Tuve cincuenta envoltorios llenos de vestidos, los que hice embarcar en una goleta del Estado, con raciones que el gobernador habia mandado, y una gran porcion de pan que el maire habia mandado hacer. Partí con todas estas provisiones: las remití á la administracion de la ciudad y añadí á ellas mil francos de mi bolsa. Corrí á las tiendas y á las barracas construidas por los infelices que quedaron vivos ó heridos, y los consolé y alivié todo lo mas que pude. Pero esto es largo, amigo mio, y el navío *Gomer* va á partir: escribid á mis parientes, y decidles que estoy sano y salvo, y mas dispuesto que nunca á consagrar toda mi vida al bien. Todo lo demas me es indiferente. La mayor parte de las iglesias están caidas: en toda la colonia han sufrido mucho las azucarerías. Hay mas de dos mil muertos y un número infinito de heridos. ¡Qué hará por nosotros la metrópoli?”

Este año opaco y sombrío que no tiene mas que dos relámpagos, el uno siniestro, el terremoto de Guadalupe, el otro glorioso, la toma de la smalah de Abd-el-Kader, se cerró para la Francia con la muerte de uno de sus mas ilustres hijos.

El 20 de Diciembre se conducia al cementerio del Padre Lachaise el cuerpo del autor de los *Mecenianos*, de la *Escuela de los ancianos* y de *Marino Fabiero*, y Victor Hugo, como presidente de la Academia francesa, pronunció este discurso sobre su tumba.

El orador fúnebre, tres meses antes, habia perdido su misma hija ahogada con su marido en frente de Villequier.

“El que tiene el honor de presidir en este momento la Academia francesa, no puede, cualquiera que sea su situacion, estar ausente en semejante dia, ni mudo delante de semejante féretro.

“Él se arranca de un luto personal para entrar en un luto

general y hace callar por un instante el doloroso egoísmo de la propia desgracia, para asociarse á la pena de todos. Aceptemos ¡ay! con una obediencia grave y resignada, los misteriosos arcanos de la Providencia, que multiplica á nuestro derredor las madres y las viudas desconsoladas, que impone al dolor deberes para con el dolor, y que, en su impenetrable omnipotencia, puede consolar al hijo que ha perdido á su padre, por el padre que ha perdido á su hijo.

“Consolar, sí, esta es la palabra, que el niño que nos escucha, tome por supremo consuelo el recuerdo de lo que fué su padre. Que esa vida hermosa, tan llena de obras excelentes, aparezca hoy á su jóven alma con ese no sé qué de grandeza, de perfeccion y de venerabilidad que la muerte da á la vida. Día vendrá en que diremos en otro lugar todo lo que aquí pierden las letras: la Academia francesa honrará, por un público elogio, aquella alma elevada y serena, aquel corazón dulce y bueno, aquella alma concienzuda y aquel grande talento. Pero digámoslo desde ahora, y digámoslo siempre, pocos escritores han cumplido mejor su misión que Casimiro Delavigne; pocas existencias han sido tan bien empleadas, á pesar de los sufrimientos corporales y tan bien llenadas á pesar de la brevedad de los días. Dos veces poeta, dotado al mismo tiempo del poder lírico, conoció todo, todo lo obtuvo, todo lo experimentó, todo lo atravesó; la popularidad, los aplausos, las aclamaciones de la multitud, los triunfos teatrales, siempre tan brillantes, siempre tan contestes.

“Como todas las inteligencias superiores, tenía siempre la vista fija en un punto grave: había comprendido esta verdad, que el talento es un deber; comprendía profundamente, y con el sentimiento de su responsabilidad, la alta función que el pensamiento ejerce entre los hombres, que el poeta llena entre los espíritus. La fiebre popular vibraba en él, amaba al pueblo del cual era, y tenía todos los instintos de ese magnífico porvenir de trabajo y de concordia

que espera la humanidad. Jóven, su entusiasmo saludó esos reinos brillantes é ilusorios que engrandecen á las naciones por la guerra; ya hombre hecho, su adhesión se apegaba á esos gobiernos inteligentes y sabios que civilizan al mundo por la paz.

“Trabajó mucho, ¡qué hoy repose! que los rencores mezquinos que persiguen á una gran fama, que las divisiones propias de escuela, que los rumores de partido, que las pasiones y las ingratitudes literarias, entren en silencio al derredor del noble poeta que reposa. Injusticias, clamores, luchas, sufrimientos, todo lo que turba y agita la vida de los hombres eminentes, se desvanezca en la hora sagrada en que estamos. La muerte es el porvenir de la verdad: ante la muerte no queda del poeta mas que la gloria, del hombre, la alma, de este mundo, Dios.”

CAPÍTULO XXII.

LA sesión que debía oírse en 1844, se había vuelto á abrir el 27 de Diciembre de 1843, y como de costumbre, se había, por el discurso del rey, sondeado el process de la monarquía. ®

Como siempre, este discurso encerraba un cuadro que aseguraba la situación interior.

general y hace callar por un instante el doloroso egoísmo de la propia desgracia, para asociarse á la pena de todos. Aceptemos ¡ay! con una obediencia grave y resignada, los misteriosos arcanos de la Providencia, que multiplica á nuestro derredor las madres y las viudas desconsoladas, que impone al dolor deberes para con el dolor, y que, en su impenetrable omnipotencia, puede consolar al hijo que ha perdido á su padre, por el padre que ha perdido á su hijo.

“Consolar, sí, esta es la palabra, que el niño que nos escucha, tome por supremo consuelo el recuerdo de lo que fué su padre. Que esa vida hermosa, tan llena de obras excelentes, aparezca hoy á su jóven alma con ese no sé qué de grandeza, de perfeccion y de venerabilidad que la muerte da á la vida. Día vendrá en que diremos en otro lugar todo lo que aquí pierden las letras: la Academia francesa honrará, por un público elogio, aquella alma elevada y serena, aquel corazón dulce y bueno, aquella alma concienzuda y aquel grande talento. Pero digámoslo desde ahora, y digámoslo siempre, pocos escritores han cumplido mejor su misión que Casimiro Delavigne; pocas existencias han sido tan bien empleadas, á pesar de los sufrimientos corporales y tan bien llenadas á pesar de la brevedad de los días. Dos veces poeta, dotado al mismo tiempo del poder lírico, conoció todo, todo lo obtuvo, todo lo experimentó, todo lo atravesó; la popularidad, los aplausos, las aclamaciones de la multitud, los triunfos teatrales, siempre tan brillantes, siempre tan contestes.

“Como todas las inteligencias superiores, tenía siempre la vista fija en un punto grave: había comprendido esta verdad, que el talento es un deber; comprendía profundamente, y con el sentimiento de su responsabilidad, la alta función que el pensamiento ejerce entre los hombres, que el poeta llena entre los espíritus. La fiebre popular vibraba en él, amaba al pueblo del cual era, y tenía todos los instintos de ese magnífico porvenir de trabajo y de concordia

que espera la humanidad. Jóven, su entusiasmo saludó esos reinos brillantes é ilusorios que engrandecen á las naciones por la guerra; ya hombre hecho, su adhesión se apegaba á esos gobiernos inteligentes y sabios que civilizan al mundo por la paz.

“Trabajó mucho, ¡qué hoy repose! que los rencores mezquinos que persiguen á una gran fama, que las divisiones propias de escuela, que los rumores de partido, que las pasiones y las ingratitudes literarias, entren en silencio al derredor del noble poeta que reposa. Injusticias, clamores, luchas, sufrimientos, todo lo que turba y agita la vida de los hombres eminentes, se desvanezca en la hora sagrada en que estamos. La muerte es el porvenir de la verdad: ante la muerte no queda del poeta mas que la gloria, del hombre, la alma, de este mundo, Dios.”

CAPÍTULO XXII.

LA sesión que debía oírse en 1844, se había vuelto á abrir el 27 de Diciembre de 1843, y como de costumbre, se había, por el discurso del rey, sondeado el process de la monarquía. ®

Como siempre, este discurso encerraba un cuadro que aseguraba la situación interior.

Todo el mundo convenia, en efecto, en que la tranquilidad no se habia tenido sino por medio de remedios violentos; pero esta tranquilidad ¿venia de la escelencia de la salud, del equilibrio de las fuerzas de comprension de la corona y de las fuerzas de resistencia de la nacion, ó era menester atribuirle tan solo á la inerte inmovilidad del luchador que siente la rodilla de su adversario sobre su pecho, pero que se levantará al primer descuido que le vuelva la libertad de sus movimientos?

El rey hablaba mucho de la paz, y se vanagloriaba mucho tambien de haberla conservado á la Francia en medio de todas las complicaciones europeas. Sí, sin duda, la habia conservado ¿pero á qué precio? Al precio de los tribunales escepcionales, al precio de las leyes de Setiembre, al precio de la libertad y de las cabezas de los conspiradores al extranjero, al precio de nuestra dignidad constantemente humillada, de nuestras prerogativas de grande nacion, atacadas sin cesar y de nuestra antigua influencia perdida. Eso no se llamaba mantenerse en paz con la Europa, eso se llamaba obtener la paz de la Europa y al precio de los mayores sacrificios.

El rey tentó el tomar sobre la España una especie de ascendiente que parecia volverle por derecho como sucesor y heredero de Luis XIV.

“Acontecimientos graves, decia, han acaecido en España y en Grecia. La reina Isabel II, llamada tan jóven á la pesada carga del poder, es, en este momento el objeto de toda mi solicitud y de mi mas afectuoso interes. Yo espero que la venida de estos acontecimientos, será favorable á las dos naciones amigas de la Francia; y que tanto en Grecia como en España, la monarquía se consolidará por el mutuo respeto de los derechos del trono y de las libertades públicas.”

Pero este patronato sobre España, esta proteccion paternal á la interesante Isabel, como se la llamaba en esa época á la jóven reina de España, ¿nos pertenecian de veras?

La Inglaterra, esta aliada que hace pagar tan cara su alianza, esta amiga que pone á tan alto precio su amistad, la Inglaterra, ¿no miraba desde el Portugal cada seña telegráfica que se hacia entre el gabinete de Madrid y el de las Tullerías?

Para algunos, por otra parte, esta alianza con la Inglaterra, ¿no era un poco sistemática? Las cartas del duque de Orleans, publicadas bajo el reinado de Luis Felipe, ¿no habian mostrado en todo tiempo, con respecto á la política de Lóndres, una admiracion y casi una adhesion que puede, sin inconveniente, espresar un príncipe independiente por su destierro, y cuya opinion como simple particular no tiene mas que el peso de una opinion aislada? Pero esta adhesion y esta admiracion, ¿no eran peligrosas en un rey, entre cuyas manos una nacion rival de la Inglaterra ha vuelto á poner sus intereses y su honor?

Esta frase reaseguradora, permítasenos este nombre, y que todo asegura para aquellos que no piden mas que ser asegurados, era inquietadora para muchos.

“La sincera amistad que me une á la reina de la Gran Bretaña, y la cordial inteligencia que existe entre mi gobierno y el suyo, me confirman en esta confianza.”

En efecto, estas relaciones indicaban bastante bien un sentimiento de simpatía personal: esta era la amistad de un rey y de una reina, muchísimo mejor que la union de dos grandes tronos.

Una frase sobre la instruccion secundaria fué acogida con mas favor: era esta una promesa contra la vuelta de los jesuitas á Francia, y cuya sombra algunas vistas muy perspicaces, demasiado tal vez, veian crecer en el horizonte.

“Un proyecto de ley sobre la instruccion secundaria, decia el rey, satisfará el voto de la Carta en cuanto á la libertad de enseñanza, manteniendo la autoridad y la accion del Estado sobre la educacion pública.”

El resultado de este discurso fué una prueba que dió la

cámara al rey de su adhesión á la política seguida, continuando M. Sauzet en la presidencia.

Por lo demás, esta inteligencia cordial con la Inglaterra, no tardó en oscurecerse.

Para consolarse de los golpes europeos, había tomado la Francia en el curso del año precedente, posesión de las Islas Marquesas. En una estension de cuatro mil leguas de oceano, la Francia no había tenido hasta entonces ninguna estacion en que sus embarcaciones pudiesen tomar descanso, ninguna escala para la pezca de la ballena que compone una parte tan importante del comercio para nuestras ciudades del Oeste, del Norte y del Este. Cumplida que fué esta toma de posesion, el protectorado de las islas de la Sociedad fué ofrecido á la Francia: para esta nueva ocupacion á tan gran distancia, y para los gastos de organizacion y de defensa de nuestros establecimientos, había reclamado el almirante Roussin en 1843 la suma de cinco millones novecientos ochenta y siete mil francos, que la cámara había acordado despues de una animada discusion, reduciéndola á cinco millones.

La Francia se había, pues, establecido en las islas Marquesas con protectorado y soberania exterior sobre las islas de la Sociedad: la reina Pomar y los gefes nacionales del pais, llamados *Tavanas*, habían reconocido este protectorado de la Francia, representado por el contra-almirante Dupetit-Thouars; pero, como siempre, la Inglaterra velaba allí, la Inglaterra que, impidiéndonos el que tomásemos posesion de un ángulo de la Nueva-Zelandia en donde queriamos fundar desde luego nuestro establecimiento, nos había relegado á las islas Marquesas. Velaba, no por sus fuerzas marítimas, no por sus embajadores, no por sus cónsules, velaba por sus misioneros.

Estos, que habían visto con un despecho muy nacional á los franceses, perder la posesion de las Islas Marquesas y estender su protectorado sobre las islas de la Sociedad, estos,

repito, se apoderaron del moral de la reina, y la impelieron á actos de resistencia.

Se entabló una cuestion sobre pabellones.

Desde el establecimiento del protectorado de la Francia, el pabellon del protectorado, es decir, los dos pabellones unidos, el de la Francia y el de la reina, habían flotado en Taíti.

Repentinamente se le ocurrió á la reina tener sobre su palacio un pabellon especial, el pabellon de ella, un pabellon que recordase su soberania. Ella izó este pabellon sin avisarlo á sus protectores, lo que, en materia de diplomacia, podia considerarse, cuando menos, como una grave inconveniencia.

Este fué el parecer del almirante Petit-Thouars. Exigió que el nuevo pabellon fuese arriado; mas sostenida por los misioneros ingleses, la reina rehusó. Entonces el almirante Petit-Thouars, cambiando su papel de protector en el de conquistador, ocupó la isla real el 5 de Noviembre de 1843. Esta querella que acababa de estallar entre el almirante Petit-Thouars y la reina Pomar, databa de tiempo mas atrazado.

En 1836, el mal tratamiento dado á muchos colonos franceses establecidos en Taíti, y en particular á M. Loyal y á M. Carret, misioneros apostólicos, llegaron á necesitar del envío de una fuerza naval para apoyar la demanda hecha por el gobierno frances, de una reparacion inmediata.

Una indemnizacion de tres mil dollars y el saludo del pabellon, fueron las condiciones impuestas por M. Petit-Thouars, entonces simple capitán de la fragata la *Venus*.

Despues de esta negociacion armada, fué concluida entre M. Petit-Thouars y la reina Pomar, una convencion, en virtud de la cual, los franceses residentes en Taíti debian ser tratados como á los extranjeros mas favorecidos.

Cuatro años despues de estos acontecimientos, que pasaban en 1838, los franceses residentes se quejaron de nue-

vo de la reina y de los gefes principales. El domicilio de muchos de ellos habia sido violado, sus propiedades tomadas, sus muebles ó dinero robados, y á muchos habian puesto presos sin ser juzgados y á uno habian hasta asesinado.

Esta vez el almirante Petit-Thouars, se enojó seriamente y declaró á la reina y á sus gefes, que no fiándose de su palabra, exigia, como caucion de la conducta futura del gobierno de Taïti, la remesa de diez mil pesos fuertes. En defecto de esta suma, el almirante amenazaba con ocupar la isla y los establecimientos dependientes de ella.

Entonces fué cuando el protectorado de las islas de la Sociedad, ofrecido á la Francia, fué aceptado por M. Petit-Thouars, el 9 de Setiembre de 1842, y por el gobierno el 28 de Abril de 1843.

El capitán de navío Bruat, fué nombrado entonces gobernador de estos establecimientos y comisario del rey cerca de la reina Pomar.

Se ha visto ya á consecuencia de qué nueva violacion del tratado, el almirante Petit-Thouars habia invadido de nuevo las islas de la Sociedad.

Y á la verdad, la bandera que enarbolaba la reina, no era su bandera, la bandera de la nacion, la bandera de los grandes gefes; era una bandera que le habian regalado los misioneros ingleses, adornada con una corona, enseña heráldica que nunca habia ella tomado.

Así es que el almirante escribió á la reina:

“Vos quereis una bandera, la de vuestros padres, sea; la quereis de tal ó cual color, consiento; volved á tomar la bandera que teniais cuando el tratado. ¿Quereis otra? poco importa: hacedme conocer su dimension y su color. Yo la saludaré como á un representante de vuestra soberanía; pero en cuanto á esa bandera que habeis recibido de Inglaterra, simbolo de una soberanía independiente de nuestro protectorado, y en la que las cornejas inglesas han puesto una corona que Pomar no habria adivinado, esa corona que es la

insignia de la preponderancia y de la soberanía europea, y mas cuando esa bandera no es la de vuestros padres, sino que es de vuestra fantasía, es la bandera de la Inglaterra patente ó disfrazada, no la sufriré.”

Este modo tan alto de hablar, es hablar como conviene á la Francia, pero no como convenia al rey y á los ministros: así es que el almirante Petit-Thouars, fué desaprobado. Hubo escusas con la Inglaterra, se acordaron indemnizaciones á sus misioneros, fué restablecido el simple protectorado y una nueva humillacion libó la Francia en esa copa de la que las grandes naciones hacen un cáliz para las naciones secundarias.

M. Thiers habia tenido su Nezil, M. Guizot su Taïti: el uno no tenia nada que echar en cara al otro. El doble latigazo que nos habia dado la Inglaterra, nuestra amiga, les habia hecho sus reproches, y podian ya formar en adelante un ministerio de comunidad como lo habian ya hecho.

Las interpelaciones de M. Carne ocuparon á la cámara el 29 de Febrero de 1844, y fué la sola discusion grave, que presentó, entre todas, toda la sesion.

Doscientas treinta bolas negras contra ciento ochenta y siete blancas dieron al ministerio un bill (1) de indemnizacion.

El resto de la sesion se pasó en discusiones sobre los fondos secretos, en proyectos de ley sobre la enseñanza secundaria, en leyes sobre las patentes, en proposiciones de hacienda sobre las reformas portales, sobre la conversion de las rentas y sobre los créditos suplementarios.

A escepcion de los pocos dias de apasionamiento producido por el negocio de Taïti, la cámara habia vuelto á caer en la mas profunda indiferencia política.

(1) *Voz inglesa, que se dice del proyecto de algun acto del parlamento de Inglaterra.*

Felizmente nosotros teníamos en Argelia esa especie de escuela de Marte dada á Francia para mostrar, que desde el momento en que empuñó la espada, es siempre digna de sí misma.

Pero hasta en este punto debia intervenir la Inglaterra.

Derrotado por todas partes, Abd-el-Kader, con algunos restos de sus tropas regulares, se habia retirado hácia las fronteras de Marruecos.

Marruecos era gobernado por el emperador Muley-Abder-Rhaman: era este un aliado natural del emir, un enemigo natural de la Francia.

Sin embargo, nosotros estábamos en paz con Marruecos; pero bien se sabe de qué hilo imperceptible pende la paz entre las naciones cristianas y los Estados berberiscos.

En efecto, viendo á su enemigo refugiado en un Estado vecino, la Francia concentró algunas tropas en una parte del territorio perteneciente á la Argelia y construyó un fuerte en Lalla-Maghrnia.

Por su parte, Marruecos, reunió algunos miles de hombres en Ouchdá. Entre estos hombres se encontraban Abd-el-Kader y quinientos regulares.

Repentinamente el 30 de Mayo, sin declaracion de guerra ninguna, un cuerpo numeroso de caballería marroquina pasó la Monlouaia, se adelantó hasta á dos leguas de la frontera francesa, y atacó el cuerpo de observacion del lugar-teniente general Lamoricière, sostenido por los suavios del general Bedeau y por la caballería del coronel Morris.

Los marroquinos fueron rechazados y perdieron tres ó cuatrocientos hombres.

Este combate fué tenido como una cascabelada, y el gobierno que temia, malquistándose con Marruecos, malquistarse con la Inglaterra, no quiso ver en ello mas que un simple accidente, alguna cosa parecida á aquellos reencuentros bajo la rúbrica de los cuales, á fines del siglo XVIII se hacia pasar un duelo.

En efecto, una guerra entre la Francia y Marruecos, podia interrumpir el comercio activo que hacen Marruecos y la Inglaterra.

Ademas de esto, las provisiones de la guarnicion de Gibraltar, provisiones que vienen todas de Marruecos, podian secarse en su fuente.

El gobierno británico, cuya nacionalidad es debida en parte á su odio contra la Francia, no se contentó con nuestra moderacion. Era necesario que esta moderacion fuese conocida no solamente de toda la Europa, sino que apareciese bajo su verdadero género y fuese designada con su verdadero nombre.

De las declaraciones hechas por M. Roberto Peel resultó, que las instrucciones dadas á nuestro agente, M. Nion, habian sido comunicadas anticipadamente á lord Cowley.

Fué una nueva prueba para la oposicion, los sacrificios de toda clase que nosotros haciamos á la famosa inteligencia cordial.

Se establecia un paralelo entre la manera con que M. Guizot se conducia en 1844, y aquella con que M. Polignac se habia conducido en 1830.

En efecto, sobre la demanda de la Inglaterra, con respecto á que le fuese hecha una declaracion sobre los proyectos ulteriores de la Francia en el caso de una guerra con Argelia, M. de Polignac habia respondido alta y altivamente, que la Francia seguiria su política y que de esta política no tenia que dar cuenta á nadie.

De esta manera, el gefe de la política inglesa decia en la tribuna:

“Estamos plenamente satisfechos de las esplicaciones que nos ha dado la Francia con respecto á Marruecos, y hemos recibido toda comunicacion de las instrucciones dadas por el rey á sus agentes y aun á su hijo el príncipe de Joinville.”

M. Guizot, interrogado sobre este puuto con cierta vehemencia, respondió: que las comunicaciones que habia he-

cho á Inglaterra, no eran sino comunicaciones generales; pero que en cuanto á su política con Marruecos, lo que tenia intencion de hacer era lo siguiente:

El gobierno no tenia contra Marruecos ninguna disposicion hostil, ni ninguna mira de acrecentamiento territorial. Todo lo que se pedia al emperador de Marruecos, era la paz, la seguridad debida á nuestro territorio y á nuestros establecimientos.

En consecuencia se le exigia:

El que se retirase Abd-el-Kader de nuestras fronteras.

El castigo y gracia de los agentes que habian violado nuestro territorio.

El despedimento de las tropas que inquietaban nuestras fronteras.

Que si sus deberes de musulman mandaban al emperador el dar la hospitalidad á su hermano en Mahoma Abd-el-Kader, que le fijase una residencia á orillas del oceano.

Tales eran las moderadísimas reclamaciones; pero al mismo tiempo positivísimas, que se dirigian al emperador de Marruecos.

Pero á los mismos momentos en que se esperaban del emperador las reparaciones pedidas, se hacia una notificacion violenta para su hijo, al mariscal Bugeaud, de que hiciese evacuar Lalla-Maghrnia.

Al mismo tiempo se pedia á M. Nion lo que nosotros mismos pediamos, es decir, la revocacion y el castigo de los gefes del ejército frances.

Entretanto se hablaba muy acaloradamente en el campo marroquino de una guerra santa emprendida contra nosotros, y de resultas de la cual los marroquinos se veian ya señores de Tlemcen, de Oran, de Mascara y aun de Alger.

El ministerio estaba de tal modo comprometido con la cámara que no habia medio de volverse atras. El ultimatum fué enviado á M. Nion, con orden de significarlo al emperador, y el príncipe de Joinville llegó delante de Tanger.

El 5 de Agosto, recibió el príncipe un despacho que le ordenaba comenzar las hostilidades, si la respuesta al ultimatum no era del todo satisfactoria.

Las instrucciones del príncipe de Joinville eran el destruir las fortificaciones, pero respetar la ciudad.

Al cabo de hora y media de cañoneo, todo habia ya concluido.

El príncipe se dirigió al punto sobre Mogador.

Mogador, ciudad marítima, situada al lado opuesto del imperio, es la propiedad particular del emperador. Además de las rentas particulares que saca de él es el centro de su comercio.

El príncipe debía ocupar Magador.

El cañoneo de Tanger, debía probar al emperador que no debía contar, contra nosotros, con el apoyo de ninguna potencia.

La ocupacion de Mogador, debía hacerle reflexionar en el mal material que podia hacerle la Francia.

En algunas horas, las baterías de Magador fueron reducidas á silencio como lo habian sido las de Tanger, y apesar de la resistencia desesperada de la guarnicion, fué ocupado por el príncipe de Joinville y por nuestras tropas.

Entretanto el mariscal Bugeaud pasaba el Isly apesar de una inmensa multitud de ginetes; y con ocho mil quinientos hombres de infantería, mil cuatrocientos caballos regulares y diez y seis piezas de artillería, marchó contra veinticinco mil marroquinos.

Se sabe el resultado de la funesta batalla de Isly en la que el enemigo dejó ochocientos muertos sobre el campo de batalla, tuvo dos mil heridos, perdió once piezas de artillería y todos sus pertrechos de guerra.

Nosotros tuvimos por nuestra parte, veintisiete muertos y ochenta y seis heridos.

La cuestion de Marruecos estaba resuelta.

Quedaba una especie de proceso sobre dinero entre la Inglaterra y nosotros.

Una especie de agente ingles, misionero, cónsul, ó no se supo jamas lo que era, llamado Pritchard, habia sido espulsado de Taíti y pedido una indemnizacion.

El gobierno frances consintió en que esta indemnizacion fuese arreglada de comun acuerdo entre los dos comandantes de las estaciones inglesa y francesa, en el mar pacífico, y entre el contra almirante Hamelin y el almirante Seymour.

El negocio se arregló de esta manera y se fijó la indemnizacion.

En cuanto á Marruecos, no se le pedia, despues del cañoneo de Tanger, la ocupacion de Mogador y la victoria de Isly, mas que lo mismo que se le pedia antes.

La paz fué concluida, pues, con las condiciones que hemos dicho. En cuanto á los gastos de la guerra que la oposicion queria cargar á cuenta del gobierno marroquino, no hubo la misma cuestion, y M. Guizot respondió con un sublime desinteres.

—La Francia es bantante rica para pagar su gloria.

El mariscal Bugeaud, libre ya por parte de Marruecos, pudo, pues, continuar tranquilamente su guerra de Argelia.

De esta manera el año de 1844, asienta en sus efemérides victoriosas:

La espedicion del general Marey en el desierto chico;

La espedicion y toma de Biscara por el duque de Aumale;

La sumision de Riban y de los montes Aureos;

La sumision de los Kabiles;

La sumision de los Flitas;

La sumision del scheik del Tugur;

El 27 de Enero de este año, fué el dia en que murió Carlos Nodier á la edad de sesenta y cuatro años.

Nodier, autor de *Juan Sbogar* y de *Teresa Aubert*, fué el

precursor de la literatura de género moderno en Francia, como Walter Scott en Inglaterra fué el precursor de la literatura histórica y como Cooper en América lo fué de la literatura descriptiva y pintoresca.

CAPÍTULO XXIII.

MERCED á las conseciones que acabábamos de hacer á Inglaterra en el mar pacífico y en Marruecos, la paz, llamada tan bien, la paz á todo precio, habia sido mantenida. Al mantenerla con esta obstinacion, el rey habia desafiado dos peligros: el primero, el de la impopularidad: el segundo, y mas grave, el de comprometer la paz por su misma obstinacion en mantenerla.

El rey, en su discurso de apertura de la sesion de 1848, anunciaba el mantenimiento de sus buenas relaciones con la Inglaterra, señalaba la estincion de la industria nacional, el desarrollo del comercio interior y exterior, y significaba el casamiento del duque de Aumale con la hija del príncipe de Salerno, tio del rey de Nápoles reinante.

De este modo Luis Felipe ya bien ya mal, enlazaba las ramas de la familia con las casas soberanas de la Europa.

La discusion de la proposicion fué viva sobre dos puntos. La indemnizacion acordada al misionero Pritchard.

Quedaba una especie de proceso sobre dinero entre la Inglaterra y nosotros.

Una especie de agente ingles, misionero, cónsul, ó no se supo jamas lo que era, llamado Pritchard, habia sido espulsado de Taïti y pedido una indemnizacion.

El gobierno frances consintió en que esta indemnizacion fuese arreglada de comun acuerdo entre los dos comandantes de las estaciones inglesa y francesa, en el mar pacífico, y entre el contra almirante Hamelin y el almirante Seymour.

El negocio se arregló de esta manera y se fijó la indemnizacion.

En cuanto á Marruecos, no se le pedia, despues del cañoneo de Tanger, la ocupacion de Mogador y la victoria de Isly, mas que lo mismo que se le pedia antes.

La paz fué concluida, pues, con las condiciones que hemos dicho. En cuanto á los gastos de la guerra que la oposicion queria cargar á cuenta del gobierno marroquino, no hubo la misma cuestion, y M. Guizot respondió con un sublime desinteres.

—La Francia es bantante rica para pagar su gloria.

El mariscal Bugeaud, libre ya por parte de Marruecos, pudo, pues, continuar tranquilamente su guerra de Argelia.

De esta manera el año de 1844, asienta en sus efemérides victoriosas:

La espedicion del general Marey en el desierto chico;

La espedicion y toma de Biscara por el duque de Aumale;

La sumision de Riban y de los montes Aureos;

La sumision de los Kabiles;

La sumision de los Flitas;

La sumision del scheik del Tugur;

El 27 de Enero de este año, fué el dia en que murió Carlos Nodier á la edad de sesenta y cuatro años.

Nodier, autor de *Juan Sbogar* y de *Teresa Aubert*, fué el

precursor de la literatura de género moderno en Francia, como Walter Scott en Inglaterra fué el precursor de la literatura histórica y como Cooper en América lo fué de la literatura descriptiva y pintoresca.

CAPÍTULO XXIII.

MERCED á las conseciones que acabábamos de hacer á Inglaterra en el mar pacífico y en Marruecos, la paz, llamada tan bien, la paz á todo precio, habia sido mantenida. Al mantenerla con esta obstinacion, el rey habia desafiado dos peligros: el primero, el de la impopularidad: el segundo, y mas grave, el de comprometer la paz por su misma obstinacion en mantenerla.

El rey, en su discurso de apertura de la sesion de 1848, anunciaba el mantenimiento de sus buenas relaciones con la Inglaterra, señalaba la estincion de la industria nacional, el desarrollo del comercio interior y exterior, y significaba el casamiento del duque de Aumale con la hija del príncipe de Salerno, tio del rey de Nápoles reinante.

De este modo Luis Felipe ya bien ya mal, enlazaba las ramas de la familia con las casas soberanas de la Europa.

La discusion de la proposicion fué viva sobre dos puntos. La indemnizacion acordada al misionero Pritchard.

La evacuacion de Mogador, sin indemnizacion acordada y mucho antes del tiempo fijado.

Se decia con mucho orgullo en la cámara que la Inglaterra era la que habia exigido la indemnizacion y la evacuacion.

Pero en todas estas cuestiones, el ministerio Guizot, que por sus mismos triunfos debia conducir á la monarquía á su pérdida, tuvo la mayoría.

Un nombre nuevo fué creado en el idioma que se quedó á los dadores de votos de indemnizacion, dispuestos siempre á aprobar por un voto unánime lo que el ministerio haria, fuese bien ó mal.

Se les llamó Pritchardistas.

El 2 de Mayo, M. Thiers, interpeló al gobierno sobre las congregaciones religiosas.

Sus observaciones rolaban sobre que, destruida en 1763 la corporacion de Jesus, habia sido restablecida en 1814 por la Iglesia romana. Restablecida así esta sociedad, se habia infiltrado de nuevo en Francia. En tiempo de la Restauracion los hombres que hacian parte de ella habian vuelto á entrar en Francia como individuos, despues como comunidad religiosa y luego habian tratado de apoderarse de la juventud. Las quejas habian sido en esta época tan violentas que habian espedidose órdenes en 1828 de retirarles su educacion; pero no por esto habian dejado de permanecer en Francia y de permanecer como comunidad religiosa.

Hoy la congregacion habia hecho grandes progresos y era tan poderosa, que estaba dividida en dos provincias: la provincia de Lyon y la de Paris: contaba veintisiete casas y un número cinco ó seis veces mas considerable de profesos que el de novicios. Esta existencia era oculta, aprobada, jurídicamente demostrada. La corporacion existia, pues, con desprecio de las leyes del pais.

El ministro de cultos conoció la verdad de las aserciones de M. Thiers. Conoció tambien que el gobierno estaba ar-

mado contra los jesuitas de muchas leyes, y podia obrar su disolucion; pero justamente á causa de estas armas poderosas que poseia el ministerio, tenia mucha razon en estar inquieto. Por otra parte el momento era propio para provocar una colicion seria, y ¿se encontraban amenazados de una ley de religion para que recurriesen á semejantes medidas de rigor? No, el dia en que los jesuitas traspasasen en el Estado el límite de ejercicio de religion que se les concedia en virtud de la libertad de cultos, el dia en que inspirasen desconfianza al gobierno, el dia en que arrojasen una sombra cualquiera que fuese sobre la seguridad pública, el ministerio estaba armado, y aseguraria su derecho.

En consecuencia, el ministerio pidió la orden del dia, y la orden del dia fué votada el 3 de Mayo por una inmensa mayoría.

M. Thiers, que pasaba ya por un enredador político, fué acusado de ser un enredador religioso.

Y sin embargo, alguna cosa parecida á esos ruidos sordos, á esos movimientos ligerísimos que preceden á un terremoto, hacia que los hombres de talento precoz volviesen siempre á un mismo punto.

“A la proposicion relativa á incompatibilidades.”

“Y á la proposicion relativo á adyuncion de capacidades.”

La proposicion relativa á incompatibilidades, fué presentada por M. de Remusat, á quien, á la verdad, no podia acusarse de ser un enemigo del gobierno.

M. Guizot se opuso á la proposicion, y ni aun fué tomada en consideracion.

La proposicion relativa á la adyuncion de capacidades, fué propuesta por M. Crémieux.

Combatida por el ministro del interior, fué retirada por la cámara en escrutinio público por una mayoría de veintiocho votos.

M. Enrique de la Rochejaquelein rechazó la proposicion

bajo el muy extraño pretexto de que era un nuevo privilegio el que este fuese ó no un privilegio de inteligencia.

Otro diputado fué aun mas lejos.

M. Ledrú-Rollin, para descargo de su conciencia, hizo una proposicion relativa á la abolicion del censo electoral, y á una indemnizacion pagadera á los diputados.

Esta proposicion ni aun tuvo lectura.

La cámara se habia reunido cuarenta y dos veces en los bufetes y ciento cuarenta y cinco en sesion pública.

Habia nombrado setenta y dos comisiones, y todas, á escepcion de dos, habian hecho sus informaciones.

Habia tenido que examinar con los proyectos nuevamente vueltos á presentar, otros ciento nueve proyectos, sin contar los de ley de interes local, en número de catorce, todos votados.

Habia adoptado sesenta y seis proyectos; ocho habian sido retirados; doce rechazados; otros habian quedado como proposiciones y podian ser vueltos á tratar en la sesion próxima.

Uno tan solo no habia sido ni aun leído y, lo hemos dicho ya, era el de M. Ledrú-Rollin.

Entretanto se cumplia en Argelia lo que se habia previsto.

El emperador de Marruecos habia visto en el abandono de Mogador, no una prueba de nuestra magnanimidad, sino de nuestra debilidad. En vez de desterrar á Abd-el-Kader á las orillas del oceano Atlántico, como habia sido convenido por el tratado, lo habia dejado en la frontera de Argelia. Resultó de esto que, el 31 de Enero, sesenta árabes sin armas, al menos aparentemente, se introdujeron en el campo, mataron al faccionario y á algunos soldados indefensos; pero habiendo dado estos alarma con sus gritos, fueron matados los árabes desde el primero hasta el último.

Sin embargo, este ataque tenia el carácter de un ataque particular: era atribuido á una secta fanática, la de Doelsr-

koana; y aunque el ataque nos costó una veintena de muertos y heridos, bien pronto se volvió á la seguridad de que nos habia sacado.

Se creyó mal; un gran número de emisarios árabes recorrian los valles y los campos, despertando por todas partes, por donde pasaban, ese fanatismo árabe, ese odio al cristiano, que algunas veces se adormece pero que jamas muere.

Un campo asaltado y tomado en Tenez, cerca de Orleansville, y el ataque de un convoy cerca de Cherchell, fueron señales de una insurreccion general.

En efecto, los partidarios del emir estaban en campaña; Ben-Salem, Bou-Charet y Bel-Kanem, se habian esparcido por la provincia de Oran, y habian venido á fomentar la rebelion en las montañas de la Kabilia.

Dos columnas se dirigieron inmediatamente hácia Sétif y hácia Medeah.

El general d'Arbouville mandaba la columna Sétif, y el general Marey la de Medeah.

El 17 de Junio se unieron cerca de Bordj-Hamza, el 19 atacaron vigorosamente al enemigo atrincherado en posiciones formidables, de las cuales, al cabo de cuatro horas fueron vigorosamente desalojados.

El 20, dos tribus, la de Beni-Yala y la de Kserma, vinieron á sometérsele.

Fueron formadas otras tres columnas para operar sobre puntos diferentes.

Estas tres columnas, bajo las órdenes de los coroneles Ladmirauld, Saint-Arnault y Pelissier, debian partir de Orleansville y sus alrededores.

El coronel Ladmirauld debia obrar aisladamente en el Este de Tenez, y los otros dos de concierto en la parte baja de Attrah. M. de Saint-Arnault, vencido que hubiera, de Tenez debia pasar la cadena de montañas que se estiende á lo largo de la mar.

Por su parte el coronel Pellissier debia bajar el Chétif

hasta Ouarizen, de ahí volver á subir á los Beni-Zerjès y tomar por el Oeste la cadena de montañas que M. de Saint-Arnault invadia por el Este.

El coronel Pellissier derrotó á los Beni-Zerjès y obligó á los Ouled-Riah á someterse. Una parte de la tribu consintió en ello y la otra rehusó de una manera absoluta.

Se le atacó.

Los Ouled-Riah fueron derrotados y se refugiaron en grutas inespugnables, á las cuales, con anticipacion, habian enviado sus hijos, sus ganados y todas sus riquezas.

El coronel Pelissier, mandó cercar las grutas: algunos hombres perecieron en esta operacion, pero las grutas quedaron cercadas.

Se trató entonces de parlamentar con los árabes, pero ellos hicieron fuego sobre los parlamentarios.

Uno de ellos fué muerto.

Se abrieron conferencias.

Los árabes exigieron que se retirase el campo frances, y prometieron entonces someterse.

Desgraciadamente no se podía ya fiar en sus promesas, mientras que por el contrario se comprometian con ellos á no hacer ningun prisionero de guerra y á limitarse á desar-marlos.

Durante todas estas conferencias, la columna francesa habia recibido la órden de amontonar combustibles á la entrada de las grutas á fin de que los árabes se convenciesen de que si no aceptaban nuestras condiciones, era una guerra de esterminio la que era menester hacer.

Rehusaron constantemente.

Entonces, con órden del gobernador general, el coronel Pellissier que no podia estar inactivo delante de las grutas hasta que se les antojase á los árabes rendirse; que no podia abandonar las grutas, lo que era dar á los árabes una muy grande idea de su inespugnabilidad, el coronel Pellissier

se decidió á arrojar en las grutas las faginas inflamadas y otras materias combustibles amontonadas á su entrada.

Quinientos treinta árabes con sus bueyes, sus cabras y borregos, perecieron allí ahogados.

Entonces fué cuando el cherif Bou-Maza, á quien hemos visto despues en Paris, comenzó á hacerse conocer exitando desórdenes entre los Oulet de Sitten.

Mientras esto pasaba, acaeció la terrible matanza de Sidi-Brahim.

Conócese ya la resistencia desesperada y la muerte heroica de esta pequeña columna mandada por M. de Montagnac y M. Froment-Coste.

La Francia se estremeció de argullo á esta mortandad como hubiera estremecidose á una victoria.

La sesion de 1846 se abrió el 27 de Octubre de 1845.

En ninguna época desde 1830, es decir, despues de los diez y seis años que habian pasado, habia establecido la oposicion tantas veces y con otra tanta mas persistencia las cuestiones del gabinete, y digámoslo, jamas hasta entonces la oposicion habia contado un tan gran número de descalabros.

Seis veces, durante los debates de la cuestion, la cámara de diputados habia tenido que pronunciarse contra la política del gabinete.

La enmendatura de M. Feuilla de Chauvin sobre la leal y sincera ejecucion de las leyes dirigida contra el mandato del guarda de sellos sobre el consejo del Estado, habia sido rechazada por una mayoría de veinticinco votos.

La enmendatura de M. Grandin sobre las transacciones de los caminos de fierro, habia sido rechazada por cuarenta y nueve votos.

La enmendatura de M. Berryer dirigida á censurar la conducta del gobierno sobre sus relaciones con los Estados-Unidos, habia sido rechazada por la mayoría de setenta y ocho votos.

La enmendatura de M. de Remusat sobre la neutralidad en ambos mundos, habia sido rechazada por la mayoría de setenta y ocho votos.

En fin, la enmendatura de M. Billaut sobre el derecho de visita, habia sido rechazada por la mayoría de setenta y tres votos.

Por otra parte, la cámara, mayoría y minoría, se habia inteligentemente reunido para votar la abolicion de los nuevos impuestos con que se habia gravado la correspondencia de los habitantes del campo, y habia, ademas, facilitado las remesas de dinero tan onerosas al ejército y á las clases operarias.

Sobre un vasto proyecto presentado por el ministerio de marina, habia votado, sin oposicion ninguna, y movida por un comun sentimiento de grandeza nacional, un crédito de noventa y tres millones.

En fin, el proyecto de ley relativo á la libreta de obreros, habia sido adoptado por la cámara de los pares, por un sentimiento instintivo nacido sin duda del movimiento invisible, pero sensible: que se hacia el progreso social.

Mientras todo esto, habian sido amenazados los dias del rey por dos nuevas tentativas de asesinato.

El 16 de Abril de 1846 al ir el coche del rey siguiendo á gran trote uno de los muros del parque de Fontainebleau, se oyeron dos tiros, que se llevaron uno á otro algunos segundos de intervalo: los galones del coche fueron cortados por las balas y uno de los tacos cayó á los piés de la reina quedando el rey sin novedad.

Fué prendido el asesino. Era un tal Lecomte, en otro tiempo guarda general del dominio de la corona.

Lecomte fué condenado á la pena de los parricidas y ejecutado el 8 de Junio.

Tres meses despues, el 29 de Julio, estando el rey en el balcon de las Tullerías, y al momento en que saludaba á la

multitud, se oyeron dos pistoletazos tirados á una gran distancia por un hombre oculto tras una estatua.

Fué preso inmediatamente, y declaró llamarse José Enrique.

Fué condenado á trabajos forzados.

Este año de 1846 era aun uno de esos años fatales que aparecen de tiempo en tiempo para presagiar otros mas fatales aun.

Ademas de estas dos tentativas de asesinato debia contar:

El 21 de Marzo, el accidente del camino de fierro de Rouen: el 27 de Abril, la matanza de los prisioneros franceses en la deira de Abd-el-Kader; el 5 de Mayo, el accidente del camiuo de fierro de Nimes á Alais; el 20 de Junio, los tumultos de Nancy á causa de la carestía de pan; el 8 de Julio el accidente del camino de fierro de Fampoux, pendiente terrible á la de la orilla izquierda del camino de fierro de Versailles.

El 30 de Setiembre los desórdenes del arrabal de San Antonio.

En fin, los dias 18 y 19 de Octubre, la inundacion del Loira.

Los otros acontecimientos importantes del año, fueron:

El casamiento del duque de Montpensier con doña Luisa, infanta de España.

La visita del bey de Tunéz á Paris.

El casamiento del duque de Burdeos.

Y la evasion del príncipe Luis Napoleon, que se fugó de su prision disfrazado de trabajador y ocultando el rostro con un manojo de rábanos que fingia ir comiendo y aun haciéndolo.

De esta manera, todo habia pesado sobre este año fatal de 1846: inundacion, penuria de subsistencias, embarazos políticos, tentativas de asesinato, siniestros espantosos. Así es que una vaga inquietud se habia esparcido por toda la

sociedad, como es costumbre, á la aproximacion de grandes catástrofes.

Una cámara nueva acababa de ser convocada: contaba veinte diputados nuevos.

La oposicion creia poder contar con la mayor parte de estos nuevos elegidos.

Uno de los sucesos importantes de la sesion, se presentó luego que se abrió. M. Dauvergier de Hauranne hizo una nueva proposicion de reforma electoral.

Era la tercera vez que esta terrible cuestion, que habia de echar por tierra la monarquía, se presentaba á la cámara.

En 1842, M. Ducos habia tomado la iniciativa, y la adyuncion de las capacidades sobre las listas electorales, fué rechazada por una mayoría de cuarenta y siete votos.

En 1845, M. Cremieux habia vuelto á hacer la proposicion de M. Ducos, que fué rechazada por una mayoría de veintitres votos.

En fin, á su vez, M. Duvergier de Hauranne, subia á la tribuna el 6 de Marzo para hacer una nueva proposicion. Esta proposicion, ademas de las de MM. Ducos y Cremieux contenia otras tres proposiciones.

Primera. Reducia el censo electoral á cien francos, tomando por base la sola contribucion principal.

Segunda. Concentraba la eleccion en todas las ciudades de Francia, que elijen, en un solo colegio; esceptuando Paris.

Tercera. En fin, llevaba el número de diputados, de cuatrocientos cincuenta y nueve, á quinientos treinta y ocho.

La discusion se trabó el 23 de Marzo.

MM. de Colbéry, Ladières y d'Aussonville, se opusieron á la reforma pedida.

La tomada en consideracion fué rechazada por la mayoría de noventa y ocho votos.

Oposicion ciento cincuenta y cuatro.

Partido conservador, doscientos cincuenta y dos.

Así M. Guizot mintió aun una vez en ese famoso programa de Licieux que decia:

Todos los partidos os han prometido el progreso, el partido conservador, solo, os lo dará.

Esta era, á la verdad, la vez última que debia mentir.

Y tambien es verdad que á su turno la oposicion tuvo un triunfo.

M. Hebert, vice presidente de la cámara, habiendo sido llamado al ministerio, M. Leon de Malleville, candidato de la oposicion, le ganó la eleccion por un solo voto sobre M. Duprat, candidato del ministerio.

Como se adelantaba cada vez mas y mas hácia la catástrofe, los síntomas de desmoralizacion iban siendo mas y mas frecuentes. La propiedad del gobierno de Luis Felipe habia sido siempre la de sustituir á los sentimientos de honor público y de susceptibilidad nacional, el sentimiento de los intereses materiales; y de este sentimiento llevado hasta cierto grado, al olvido de las leyes del honor y de la delicadeza, no hay mas que un paso.

Este paso fué dado por hombres de una tan alta posicion social, que la Francia quedó espantada al ver de que rango descendian los acusados que, el 8 de Julio, se habian sentado en el banquillo de los reos de la cámara de los pares.

¡El general Despans-Cubièrs!

¡M. Teste, antiguo miembro de trabajos públicos!

¡M. Parmentier, agente de negocios!

El cuarto acusado, M. Pellapra, banquero, habia huido.

M. Teste fué reconocido culpable de haber, en 1842 y 1843, siendo ministro de trabajos públicos, admitido ofrecimientos y recibido dones y presentes, para hacer un acto de sus funciones no sujeto á salario, y fué condenado á la degradacion cívica, á noventa y cuatro mil francos de multa, y á tres años de prision.

M. Despans-Cubièrs, absuelto de la acusacion de estafa,

fué reconocido culpable de crimen de corrupcion en un ministro de Estado, para obtener la concesion de una mina, y condenado á la degradacion cívica y á diez mil francos de multa.

M. Parmentier, culpable del mismo crimen, sufrió la misma condenacion.

Casi inmediatamente resonó, encima de la sociedad parisiense, como uno de esos gritos estraños y desconocidos que arroja en la noche algun invisible espíritu de las tinieblas, estas palabras empapadas en sangre:

“La señora duquesa de Praslin, nacida Sebastiani, acaba de ser asesinada por su marido, el duque de Choiseul-Praslin, par de Francia, de la promocion de 6 de Abril de 1845.”

Esta vez no se trató ya solamente de degradacion cívica, de multa y de prision.

Se trató de guillotina.

Porque no habia medio de abogar circunstancias atenuantes. La recámara llena de sangre desde el pavimento hasta el cielo, la tapicería toda manchada desde el lecho hasta la puerta, el cuerpo mutilado, el cuello estrujado y las manos llenas de cortadas, indicaban una lucha terrible, una resistencia desesperada.

El asesinato habia tenido lugar el 18 de Agosto; el mismo dia, M. de Praslin fué denunciado como el asesino por la medicina legal, y sin embargo, merced á su título de par de Francia, no fué sino hasta el 21 á las cinco de la mañana cuando fué prendido, por orden del canciller Pasquier.

El 24 de Agosto, el duque de Praslin, moria envenenado por una fuerte dosis de arsénico.

Esperad: teneis la corrupcion; acabais de ver el asesinato; vais á ver el suicidio.

El 2 de Noviembre, el conde Bresson, nuestro embajador en Nápoles, fué encontrado muerto en su recámara.

Se habia degollado con una navaja de barba.

El año pasado habeis visto los casos siniestros de los caminos de fierro.

Este año volved la vista hácia el Oceano.

El *Etna* fué quien comenzó la serie de naufragios: se perdió al principio del año.

El *Caribe*, se perdió en las costas del Senegal.

El *Groenlandia*, el *Eridan* y el *Papin*, desaparecieron en algunos meses.

La fragata la *Gloria* y la corveta *Victoria*, naufragaron en el archipiélago de las costas occidentales de la Corea.

La corveta la *Cuna*, se tragó cuerpos y bienes entre Borbon y Madagascar.

En fin, el *Conde-d'Eu*, quemó á toda su tripulacion con la agua hirviente de su caldera.

Esperad, vamos á volver atras y ver otra cosa; porque las catástrofes de este año fatal de 1847, último de la monarquía, se suceden con tal rapidez, que se nos van de las manos dos ó tres de las mas terribles.

El motin recorria los departamentos.

¿Y qué motin! el del pillage y el del hambre.

En Buzançais, en los alrededores de Châteauroux son pilladas muchas casas, y asesinado un propietario, M. Chambert-Huart.

Cinco ó seis dias despues, á la mitad del dia y á mano armada, se comete otro asesinato en Bellabre, en la persona de M. Robin Vaillard.

Las consecuencias y espiacion de estos dos asesinatos, fueron; tres condenaciones á muerte, cuatro condenaciones á trabajos forzados á perpetuidad, diez y ocho á trabajos forzados limitados, y una sola absolucion

Por lo demas la Argelia era siempre nuestra constante aureola: la poca gloria que quedaba aun á la Francia venia de allá, y así resolvió el rey Luis Felipe hacer de ella un vi-reinato para su hijo.

El general Bugeaud dió su dimision, y el duque de Auma-

le, mientras hacia mejor cosa, fué á tomar la gubernatura general de Argelia.

Hacia aun muy poco tiempo que estaba allí, cuando dirigió al gobierno frances la mas inesperada nueva.

Acosado en el territorio marroquino, y prefiriendo rendirse al hijo del rey de los franceses, mas bien que al hijo del emperador Abd-er-Rhaman, un hombre habia entrado en la tienda del duque de Aumale, despues de haber dejado sus sandalias á la puerta, y le habia dicho:

—Hubiera querido hacer antes lo que hago ahora: he esperado la hora marcada por Dios: el general Lamorriciere me ha dado una palabra en la que he fiado: no temo que esta palabra sea violada por el hijo de un rey tan grande como el de los franceses.

Era el morabito de Sidi-Brahim, lugar en que Abd-el-Kader habia degollado cuatrocientos cincuenta franceses, á quien la Providencia le traia humilde, vencido, sometiéndose.

Pero por mas humilde, por mas vencido, y por mas sumiso que estuviera el emir, era menester no perderle de vista.

No convenia quebrantar la palabra á este hombre, bajo el pretesto de que él habia quebrantado la suya con nosotros.

Na convenia mandarlo prisionero á Francia, cuando se le habia prometido mandarlo libre á Alejandria ó á San Juan de Acre.

¡Cosa estraña! como habia visto el bey de Alger, al tocar el suelo europeo, la caída de los que habian desquiciádole, el emir, al llegar á Francia, veia la caída de sus vencedores. Este fué el último favor que la Providencia ya cansada hacia á este hombre que, si hubiera sido muerto por Fieschi, por Alibaud ó por Lecomte, hubiera pasado por el mas grande de los reyes que habian reinado en Francia.

Luego para cerrar el año con una de esas desgracias supremas, como habia ya sucedido dos veces á Luis Felipe, el 31 de Diciembre murió madama Eugenia Luisa Adelaida

de Orleans, esa hermana de destierro tan querida del príncipe y del rey.

El año de 1848, se abrió, bajo la grave preocupacion de la reforma que, por lo demas, despues de la repulsa de la proposicion de M. Duvergier de Hauranne, habia sido la preocupacion de la Francia.

Pero nada hace que el rey vea la realidad, ni catástrofe pública ni catástrofe privada: á pesar de sus setenta y seis años, á pesar de la muerte de su hermana, madama Adelaida, su consejero íntimo; á pesar de la sucesion de seis ú ocho ministerios representados por MM. Laffitte, Casimiro Périer, Sault, Thiers, Molé de Broglie y Guizot, se jactó siempre de ser, y tuvo siempre pensamiento inmutable.

Colocado en 1830 entre dos alternativas, pudiendo ser el aliado de los soberanos ó el representante de los pueblos, cayó en las mismas faltas cometidas por sus predecesores y optó por los soberanos. Las Jornadas del 5 y 6 de Junio, del 10 de Abril de 1834, y del 12 y 13 de Mayo de 1839, no han hecho que se quite la venda de los ojos, y en vano Fieschi, Alibaud, Lecomte, Meunier, Darmès y Henri dispararon sobre él: ha visto en todas estas tentativas, no un aviso de la Providencia, una proteccion de Dios, sino que ha llegado en medio de su ceguedad á luchar no ya con partidos aislados, sino contra la mayoría de la Francia. Apoyado en los dos hombres de su confianza, Guizot y Duchâtel, lucha contra la reforma, se burla de las demostraciones de las provincias y declara que se opondrá, aunque sea por la fuerza, al banquete reformista que debe tener lugar en los Campos Elíseos el 22 de Febrero de 1848.

De este modo la inquietud comenzó á agitar todos los espíritus, viendo á un mismo tiempo la actitud del rey y la de la oposicion conducida por Odilon Barrot.

Esta inquietud llega hasta el ministerio, que toma medidas á la vez ofensivas y defensivas.

La clase media, esta clase que M. Guizot creia habersele

adherido, si no por simpatía al menos por interes, la clase media se reúne en las cincuenta ciudades importantes, y protesta altamente contra la marcha del gobierno. La mayoría de la Francia, cree necesaria una reforma.

Esto no impide á Luis Felipe pronunciar en el discurso del trono esta frase cáustica para la minoría de la cámara de diputados:

“En medio de la agitacion que fomentas unas pasiones enemigas ó ciegas, una conviccion me anima y me sostiene, y es, que poseemos la monarquía constitucional; y en la union de los grandes poderes del Estado, el medio seguro de vencer todos los obstáculos, y de satisfacer todos los intereses morales y materiales de nuestra cara patria.”

En medio de estas preocupaciones políticas, que se hacen cada dia mas y mas graves, llegamos al 15 de Febrero de 1848.

Desde el 13 fué hecha una comunicacion al *Constitucional*, al *Correo francés*, al *Siglo* y al *Nacional*.

El 14 apareció; hela aquí:

“Una reunion de mas de cien diputados, pertenecientes á las diversas facciones de la oposicion, ha tenido lugar en la mañana de hoy para decidir de mancomun, qué línea de conducta conviene seguir despues del voto del último párrafo de la proposicion.

“La reunion se ha ocupado inmediatamente de la situacion política en que la pone este párrafo; ha reconocido que la proposicion, tal cual ha sido votada, constituye, por parte de la mayoría, una violacion flagrante, atrevida y audaz de los derechos de la minoría, y que el ministerio, arrastrando á sus partidarios á un acto tan exorbitante, ha desconocido á un mismo tiempo, uno de los principios mas sagrados de la Constitucion, violado en la persona de las representantes, uno de los derechos mas esenciales de los ciudadanos, y por una medida de salud ministerial, derramado en el pais fermentaciones funestas de division y de desórden.

“En tales circunstancias, ha creído que sus deberes se hacian mas graves, mas imperiosos, y que en medio de los acontecimientos que agitan la Europa y preocupan la Francia, no le era permitido abandonar un solo instante la defensa y vigilancia de los intereses nacionales; la oposicion permanecerá en su puesto para vigilar y combatir incesantemente la política contra-revolucionaria, cuyas temeridades inquietan hoy dia á todo el pais.

“En cuanto al derecho de reunion de los ciudadanos, derecho que el ministerio trata de subordinar á su antojo y confiscar en su provecho, la asamblea, unánimemente convencida de que este derecho es inherente á toda constitucion libre, y por otra parte establecido por nuestros derechos; ha resuelto proseguir su mantenimiento y consagracion, por todos los medios legales y constitucionales. En consecuencia, ha sido nombrada una comision para que se entienda con la junta electoral de Paris, y para que arregle de concierto el concurso de diputados, al banquete que se prepara, á título de protesta contra las pretensiones arbitrarias. Esta decision ha sido tomada sin perjuicio de las apelaciones que bajo otras formas se reservan á dirigir los diputados de la oposicion al cuerpo electoral y á la oposicion pública.

“La reunion ha pensado, que el gabinete, al desnaturalizar el verdadero carácter del discurso de la corona y de la proposicion, para hacer de ella un acto atentatorio al derecho del diputado, ponía á la oposicion en la necesidad de espresar en toda ocasion, su reprobacion contra tal exceso de poder. Ha resuelto, pues, por unanimidad, que ninguno de sus miembros, ni aun los que la suerte designare para hacer parte de la gran diputacion, tomará parte en la presentacion de la proposicion.”

El resultado de esta reunion fué que quedó decidido, que por principio tendria lugar un banquete, y que los miembros de la oposicion asistirían á él.

Esta decision fué por unanimidad.

La comision del banquete, compuesta de los diputados de Paris, de tres miembros de cada fraccion de la *izquierda*, de los delegados de la junta central y de algunos redactores en jefe, fué convocada para el dia siguiente para preparar los medios de la manifestacion solemne en favor del derecho de reunion y de la reforma.

El mismo dia, M. Emilio de Girardin, diputado por la Creuse, que habia creido deber salir el año último de los rangos de la mayoría para entrar en los de minoría, dirigió á la cámara su dimision concebida en estos términos:

Febrero 14 de 1848.

“Señor presidente:

“Entre la mayoría intolerable y la minoría inconsecuente, no hay lugar para el que no comprende:

“El poder sin la iniciativa y el progreso;

“La oposicion sin el vigor y la lógica.

“Doy mi dimision.

“Esperaré las elecciones generales.

“Tengo el honor, señor presidente, de ser vuestro muy humilde y obediente servidor:

“Emilio de Girardin.”

Se esparció el ruido de que, en la décima legion, habian sido pedidos, á escusas de los gefes de batallon y capitanes, á los sargentos primeros de cada compañía, diez y seis órdenes de servicio en blanco, todas firmadas, para depositarlas en la alcaldía, y habian sido entregadas, en vez de lo dicho, á diez y seis hombres de confianza.

Se aseguró que los gefes de los cuerpos instruidos de esta medida ilegal, hicieron vivas reclamaciones al Estado Mayor, y que los sargentos primeros dijeron se habian rehusado á dar aquellas firmas en blanco.

Segun toda probabilidad, fué puesto el mismo procedi-

miento en las otras legiones, y se acusó al gobierno de improvisar de esta manera, una guardia nacional falsa, que podria hacer obrar á su voluntad y á la hora en que pudiese tener necesidad de ella.

Las noticias que entonces llegan de Italia, son todas liberales.

La Sicilia ha echado enteramente á todas las tropas napolitanas. Nápoles, por su lado, ha obtenido la promesa de una constitucion que un nuevo ministerio está para elaborar. Carlos Alberto ha declarado solemnemente, que está dispuesto á reconocer la ley del tiempo y á dar por sentadas en sus reformas administrativas, las reformas y garantías del orden político. Sus ministros acaban de separarse declarando que el gobierno del Piamonte será en adelante un gobierno representativo, y que la Carta que dá á su pueblo, está copiada de la Carta francesa de 1830.

Por el contrario, el duque de Modena hace prender y encerrar en calabozos á todos los hombres recomendables, cuya inteligencia le hace sombra, y lejos de ocultar que es la inteligencia la que castiga en ellos, lo proclama. He aquí su último decreto contra tres de sus súbditos:

“Vistas las reseñas comunicadas por el gobernador de Reggio, con respecto al doctor Pietro Menozzi, al cirujano Cire Berselli y á Campana, y considerando:

“Primero. Que el doctor Pietro Menozzi tiene talento y conocimientos, le condenamos á ocho meses de prision.

“Segundo. Que el cirujano Berselli tiene menos talento y conocimientos, le condenamos á cuatro meses de prision.

“Tercero. Y que Campana tiene todavía menos talento y conocimientos, le condenamos á dos meses de prision.”

CAPÍTULO XXIV.

VAMOS á partir desde este momento, y pues hemos llegado al 15 de Febrero de 1848, vamos á seguir tambien los acontecimientos dia por dia.

15 de Febrero.—Ciento siete diputados se han hecho inscribir para tomar parte en el banquete.

Se asegura que M. Sallandrouze ha sido delegado por el comercio á S. M. Luis Felipe, para suplicarle en nombre de la industria parisiense, que no dé una importancia desastrosa á la manifestacion que debe tener lugar el domingo 20 de Febrero.

Se dice que el rey le interrumpió á mitad de su discurso para preguntarle si sus tisúes se vendían bien.

Se habla, temiendo un motin, de trasportar el banquete parisiense á San Dionisio ó á Corbeil; pero este zumbido es á poco desmentido: tan solo sí, el banquete tendrá lugar en una propiedad particular.

Se asegura que se han ofrecido batallones enteros de la guardia nacional á escoltar á los diputados.

16 de Febrero.—Se sabe que han sido mandadas órdenes á Vincennes para que se fabriquen noche y dia municiones

y mande cañones, cajas de cañon abastecidas, y carros de materiales á la escuela militar.

Se dice que todo se prepara en el castillo de Vincennes como para un sitio, y se hace circular la copia siguiente de una orden diz que escrita por el duque de Montpensier:

“Entregad con urgencia de los almacenes de artillería de Vincennes, y espedidlos sin demora á la Escuela militar de Paris, los objetos y municiones que siguen:

“Dos baterías de artillería de campaña, cajones de parque para cañon, veinte cajones de parque de infantería, trescientos botes de metralla, cuatrocientos petardos y un cajon de hachones para el servicio de la noche.

Firmado A. d'ORLEANS.”

Una discusion se suscita en la cámara. M. de Lesseps pregunta al ministro de la guerra, qué se habian hecho los cañones destinados á las fortificaciones de Paris. Estos cañones no están en Bourges. M. Allard sostiene que no están en Paris sino que están en Douai, en Estrasburgo y en Tolosa.

M. Trezel rehusó el presentar una reseña.

Se acercan tropas á Paris.

Todas las guarniciones de los alrededores están para ponerse en marcha. Merced á los caminos de fierro, podrán estar reunidos al derredor de la capital, el 20, de sesenta á ochenta mil hombres.

Cada vez que llegan á Paris nuevos regimientos, los gefes, vestidos de paisanos, son conducidos por oficiales del Estado Mayor de la plaza, tambien de paisanos, á los diversos puntos que deben ocupar sus cuerpos en caso de ataque. Una parte de las tropas es consignada á Paris y al Distrito. Son trasportadas municiones á las casernas, y surtidas de víveres y leña para cinco ó seis dias.

El proceso del hermano de Léotade se continuaba en Tolosa pero han cesado de ocuparse de él.

19 de Febrero.—El banquete reformista del 12.º Dis-

trito, que debia tener lugar el 20 de Febrero, es trasmitido para los primeros dias de la semana.

De Lyon, de Châlons, de Péronne, escriben á los diputados de la oposicion, cartas por las que se les ruega, cuenten con el auxilio de los reformistas de estas ciudades. Cartas semejantes les llegan de San Quintin, de Saint-Germain-en-Laie, de Orleans, de Amiens y de Saint-Omer.

El duque de Harcourt, el conde de Althor-Shée y el marqués de Boissy, miembros de la cámara de los pares, anuncian que asistirán á la reunion reformista.

18 de Febrero.—La comision general del banquete del 12.º Distrito, ha decidido que la manifestacion tendrá lugar inmediatamente, el miércoles próximo, 22 de Febrero á medio dia.

El consejo de los ministros se ha reunido para ocuparse de las medidas que deben tomarse en la manifestacion en favor del derecho de reunion, contestado por el ministerio.

La asamblea ha conocido que era mas necesario que nunca protestar, por un gran acto legal, contra una medida contraria, tanto al principio de la constitucion, como al texto de la ley. Ha sido, pues, resuelto que el miércoles próximo se dirigirá en cuerpo al lugar de la reunion.

La guardia que montaba, ha hecho oír en el patio de las Tullerías, gritos de *¡Viva la república!* Este incidente ha conmovido vivamente el castillo, y se han dado órdenes al Estado Mayor de la guardia nacional, para que prevengan en adelante semejantes vivas.

Las disposiciones tomadas por la comision del banquete, han sido regladas de la manera siguiente:

“El dia del banquete queda siempre fijado para el martes 22, y la hora, las doce. El lugar escogido definitivamente, es un terreno perteneciente á M. Nitot, situado en la calle de Chaillot.

“Miércoles, hácia las once y media, los diputados y pae

de Francia que se proponen asistir al banquete, partirán en cuerpo de la plaza de la Magdalena, y se reunirán al paso á los otros suscritores para los que se fijará una cita en la plaza de la Concordia.

“Inmediatamente que se haga esta reunion, la asamblea se pondrá en marcha para pasar al lugar del banquete, atravesando una doble baya, desde la plaza de Vendôme hasta la barrera de la Etoile, formada por diez mil guardias nacionales uniformados pero sin armas, y formados en corrillos distintos, al mando de sus respectivos oficiales.

“Llegados que sean al lugar de la manifestacion, los convidados se contentarán con figurar un simulacro de banquete, tomando precipitadamente, y solo por la forma, parte de los manjares que estén en la mesa.

“Un solo brindis *¡A la reforma!* y al *¡derecho de reunion!* será pronunciado por M. Odilon Barrot, y no lo acompañará mas que con algunas ligeras reflexiones.

“Inmediatamente despues, los convidados se retirarán, teniendo cuidado al pasar de decir á los guardias nacionales que se dispersen con calma y sin turbar en manera alguna el orden público.”

Mañana, el *Nacional*, que ha quedado el órgano de la comision del banquete, dícese, que debe publicar en sus columnas una invitacion á la poblacion á que se mantenga en los mas estrictos límites de la legalidad y la moderacion.

Añádese que la *Reforma* se ha separado bruscamente de la comision á que habia asegurado su concurso primitivamente.

El número de diputados que se habia, por escrito, comprometido á ir al banquete, era, á las cuatro y media de esta tarde, el de setenta y siete. M. Lamartine era del número.

El número de suscritores y convidados, será, poco mas ó menos, el de mil quinientos.

Por lo demas, no se ocupan mas que del banquete; no se

habla sino de las medidas que toma el gobierno para impedirlo, aunque fuera necesario que recurriese á una demostracion armada: la inquietud se aumenta. Despues de tres dias las entradas de los teatros, este termómetro de la tranquilidad pública, llegan á ser casi nulas.

20 de Febrero.—La comision general encargada de organizar el banquete del 12.º Distrito, cree deber recordar que la manifestacion fijada para el mártes próximo, tiene por objeto el ejercicio legal y pacífico de un derecho constitucional, el derecho de reunion política, sin el que el gobierno representativo no seria mas que una irrision.

“El ministerio, habiendo declarado y sostenido en la tribuna que la práctica de este derecho estaba sometido al antojo de la policia, los diputados de la oposicion, pares de Francia, antiguos diputados, miembros del consejo general, magistrados, oficiales, sub-oficiales y soldados de la guardia nacional, miembros de la junta central de los electores de la oposicion, y redactores de diarios de Paris, han aceptado la invitacion que se les ha hecho de tomar parte en la manifestacion, á fin de protestar, en virtud de la ley, contra una protesta ilegal y arbitraria.

“Como es natural de preveer que esta protesta pública puede atraer un concurso considerable de ciudadanos; como debe tambien presumirse, que los guardias nacionales de Paris, fieles á su deber, libertad y orden público, quieran en esta circunstancia cumplir con este doble deber; que querran defender la libertad uniéndose á la manifestacion, para proteger el orden é impedir toda colision con su presencia; que previéndose una numerosa reunion de guardias nacionales y ciudadanos, ha parecido conveniente tomar disposiciones para alejar toda causa de turbacion y de tumulto.

“La comision ha creido que la manifestacion debia tener lugar en el cuartel de la capital cuyas calles y plazas fuesen mas grandes, para permitir á la poblacion el que se aglomere sin que resulte bola.

“A este efecto los diputados, pares de Francia, y las demas personas convidadas al banquete, se reunirán el mártes próximo á las once de la mañana, en el lugar ordinario de reunion de la oposicion parlamentaria, plaza de la Magdalena número 2.

“A los suscritores al banquete que hacen parte de la guardia nacional, se les suplica que se reunan delante de la iglesia de la Magdalena y formen dos hileras paralelas entre las que se colocarán los convidados.

“El cortejo será encabezado por los oficiales superiores de la guardia nacional.

“Detras de estos, los guardias nacionales formados en columnas segun el número de legiones.

“Entre la tercera y cuarta columna, los jóvenes de las escuelas presididos por los comisarios que ellos designen.

“Despues los otros guardias nacionales de Paris y del Distrito en el orden arriba designado.

“El cortejo partirá á las once y media, y se dirigirá por la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos hácia el lugar del banquete.

“La comision, convencida de que esta manifestacion será tanto mas eficaz cuanto sea mas pacífica; tanto mas importante cuanto evite todo pretesto de conflicto, invita á los ciudadanos á no arrojar ni un grito y á no llevar banderas ni ninguna otra señal exterior. Invita á los guardias nacionales que tomen parte en la manifestacion, á que se presenten sin armas. Se trata aquí de una protesta legal y pacífica que debe, sobre todo, ser poderosa, por el número y actitud formal y tranquila de los ciudadanos.

“La comision espera que, en esta ocasion, todo hombre presente se considerará como un funcionario encargado de hacer respetar el orden: ella se confía en la presencia de los guardias nacionales, y en los sentimientos del pueblo parisiense que quiere la paz pública con la libertad, y que sabe que para asegurar el sostenimiento de sus derechos, no tie-

ne necesidad mas que de una demostracion pacífica, como conviene á una nacion inteligente, esclarecida, con la conciencia de la autoridad irresistible por la fuerza moral, y que está segura de hacer prevalecer sus votos legítimos, por la espresion legal y pacífica de su opinion."

Esta pieza ha producido un grande efecto, tan grande, que ha despertado la susceptibilidad del señor prefecto de policía que, en el mismo dia ha hecho fijar la proclama siguiente:

"Habitantes de Paris:

"Una inquietud nociva al trabajo y á los negocios, reina desde hace algunos dias en los ánimos: ella proviene de manifestaciones que se preparan. El gobierno, determinado por motivos de orden público, que no son sino muy justificativos, y usando de un derecho que las leyes le dan y que ha sido constantemente ejercido sin contestacion, ha puesto interdicto al banquete del duodécimo Distrito.

"Siu embargo, como él ha declarado ante la cámara de diputados que esta cuestion era de tal naturaleza que podia recibir una solucion judiciaria, ha tomado la resolucion de dejar justificar la contravencion, permitiendo la entrada de los convidados á la sala del banquete, esperando que estos convidados tendrán la prudencia de retirarse á la primera notificacion; á fin de no convertir una simple contravencion en un acto de rebelion. Este era el único medio de hacer juzgar la cuestion por la autoridad suprema de la corte de casacion.

"El gobierno persiste en esta determinacion; pero el manifiesto publicado esta mañana por los diarios de la oposicion, anuncia otro fin, otras intenciones. El eleva un gobierno al lado del verdadero gobierno del pais, del que es constituido por la Carta y que se apoya en la mayoría de las cámaras: él convoca á una manifestacion pública, peligrosa para el reposo de la ciudad, y convoca violando, la ley de 1831, á los guardias nacionales á quienes dispone ya en baya regular

por número de legiones, con sus oficiales á la cabeza. En esto, hablando de buena fé, no hay duda posible; las leyes mas claras, las mejor establecidas, son violadas. El gobierno sabrá hacerlas respetar; ellas son el fundamento y la garantía del orden público.

"Yo invito á todos los buenos ciudadanos á conformarse con estas leyes y á no unirse á ningun concurso, temiendo se dé lugar á turbaciones dignas de sentirse. Apelo con esto á su patriotismo y á su razon en nombre de nuestras instituciones, del reposo público y de los mas caros intereses de la ciudad.

"Paris, 20 de Febrero de 1848.

"*Gabriel Delessert.*"

21 de Febrero.—Al abrirse la cámara y durante casi toda la sesion, los bancos de la izquierda están enteramente vacios. Unos sesenta miembros de la mayoría y algunos otros miembros de la derecha, ocupan solo sus lugares y se entregan á conversaciones animadas. En medio de una distraccion evidente se establece la discusion de un proyecto de ley relativo al Banco de Burdeos: vese palpablemente que todos los discursos no son mas que maquinales.

A las cuatro y media la oposicion llega toda entera por el pasillo de la izquierda; los miembros de la mayoría entran por el pasillo de la derecha y van á sentarse á los lugares.

Se establece una discusion animada entre M. Odilon Barrot y el ministro del interior sobre el manifiesto publicado la vispera.

M. Odilon Barrot sostiene que la oposicion no ha hecho mas que usar de un derecho que le es concedido por la Carta. M. Duchâtel pretende que este manifiesto viola todas las leyes del pais sobre las cuales reposan la tranquilidad y el orden público. Segun él, la ley sobre reuniones tumultuarias es violada, pues este manifiesto provoca una de ellas. Segun él, la ley sobre guardia nacional es violada,

pues que este manifiesto convoca á la guardia nacional que no tiene que recibir órdenes mas que de sus gefes. Este manifiesto, segun él, no es otra cosa que un gobierno improvisado al lado del gobierno general y constitucional. En consecuencia, M. Duchâtel declara que, encargado de mantener el orden público, lo mantendrá por todos los medios que están á su disposicion.

Esta amenaza termina la discusion. El presidente propone volver á ocuparse del proyecto de ley sobre el Banco de Burdeos. Por todas partes gritan: *no! no! mañana! mañana!* La discusion, pues, es trasferida para el 22 de Febrero á medio dia.

En la tarde los diputados de la oposicion mandan á los diarios la nota siguiente, cuyo corolario es la proposicion de la puesta en acusacion del ministerio.

“Una grande y solemne manifestacion debia tener lugar hoy, en favor del derecho de reunion contestado por el ministerio. Se habian tomado todas las medidas para asegurar el orden y prevenir toda clase de alboroto. El gobierno estaba instruido desde hacia algunos dias en estas medidas y sabia cual seria la forma de esta protestacion. No ignoraba que los diputados irian en cuerpo al lugar del banquete acompañados de los ciudadanos y guardias nacionales desarmados. Habia anunciado su intencion de no poner ningun obstáculo á esta demostracion, mientras el orden no fuese turbado, y de limitarse á justificar, por medio de un proceso verbal, lo que él mira como una contravencion, y que la oposicion mira como el ejercicio de un derecho. Repentinamente, tomando por pretesto una publicacion cuyo solo objeto era prevenir los desórdenes que hubieran podido nacer de una gran afluencia de ciudadanos, el gobierno ha hecho conocer su resolucion de estorbar por la fuerza toda reunion sobre la via pública, y de impedir, ya á los guardias nacionales ya á la poblacion, toda participacion en la manifestacion proyectada.

“Esta tardía resolucion del gobierno, no permitía ya á la oposicion el cambiar el carácter de la demostracion; se encuentra pues, colocada en la alternativa de, ó provocar una colision entre los ciudadanos y la fuerza pública, ó renunciar á la protesta legal y pacífica que habia resuelto. En esta situacion los miembros de la oposicion personalmente protegidos por su calidad de diputados, no podian esponer voluntariamente á los ciudadanos á una lucha tan funesta al orden como á la libertad. Ella conjura á todos los ciudadanos á seguir su ejemplo.

“Emplazando de esta manera el ejercicio de un derecho, la oposicion se compromete para con el pais á hacer prevalecer este derecho por todas las vias constitucionales. No faltará á este deber; proseguirá con perseverancia y con mas energía que nunca la lucha que ha emprendido contra una política corruptora, que viola todo, y es anti-constitucional.

“Al no ir al banquete, la oposicion cumplió con un gran acto de moderacion y de humanidad, pero sabe que le resta aun por cumplir un gran acto de firmeza y de justicia.”

En consecuencia de la resolucion tomada por la oposicion, será propuesta inmediate una acta de acusacion contra un gran número de diputados, entre los que se cuentan MM. Odilon Barrot, Duvergier de Hauranne, de Melleville d’Aragon, Abattucci, Beaumont (de la Somme), Georges de La Fayette, Boissel, Garnier-Pagès, Carnot, Chambolle, Drouyn de Lhuis, Ferdinand de Lasterye, Havin, de Courtais, Vavin, Garnon, Marquis, Jouvencel, Taillandier, Bureaux de Pucy, Luneau, Saint-Albin, Cambacérès, Moreau (Seine), Berger, Marie, Bethmont, de Thiers, Dupont (de l’Eure), &c.

Estas diversas resoluciones circulaban por Paris y causaban en la noche una agitacion visible. Se establecen discusiones animadas sobre lo que han hecho los diputados y lo que tendrán que hacer todavía como miembros de la oposi-

cion y como suscritores al banquete. Los unos les alaban el haber sacrificado la conciencia de su derecho al temor de una colicion, y los otros por el contrario, dicen que armados de este mismo derecho debieran llevar la resistencia al poder hasta el último grado.

Todo el mundo prevee para el día siguiente, un día borrascoso.

Se asegura que esa confianza que parece tener el gobierno, viene de las disposiciones hostiles que se le atribuye al ejército contra la población.

El mariscal Bugeaud, consultado por el rey sobre lo que debía hacer, se dice que respondió:

—Que V. M. me dé el mando de París, y yo me encargo de hacer tragar á los parisienses la espada de Isly hasta la guarnición.

Nótase que las tiendas se cierran mas temprano que de costumbre. Mientras estas se cierran, la oposicion se retira en desorden á casa de M. Odilon Barrot; delibera como despues de diez y siete años ha hecho todas las veces que debía haber hecho. M. Thiers, á causa de las palabras amenazadoras del ministro, propone abstenerse. M. Barrot duda, cede primeramente á algunos instintos de resistencia, despues es de la opinion de M. Thiers y arrastra consigo toda la mayoría de los miembros presentes.

Entonces se hace una division en la asamblea; un corto grupo se separa de ella y se dirige á casa de M. Lamartine; allí se protesta que al día siguiente se irá sobre las bayonetas al lugar del banquete, á mantener, por un acto de presencia, el derecho de reunion.

Durante esta deliberacion, la inquietud pública se ha aumentado. Se reparte la circular del prefecto. Se habla de medidas estratégicas tomadas con anticipacion sobre el terreno que debe recorrer el acompañamiento. Una ligera incertidumbre se suscita entre los huéspedes de M. Lamartine.

—La plaza de la Concordia debe estar desierta, dijo entonces, y todos los diputados se apartan de su deber; yo iré solo al banquete, sin otro compañero que mi sombra.

Al instante se anuncia oficialmente que los comisarios del banquete han hecho desaparecer todo preparativo de reunion, y que todos los que se presenten á la cita, no encontrarán mas que una puerta cerrada.

22 de Febrero.—Se sabe ya que hacia tres días se estaba haciendo un gran movimiento de tropas al rededor de París. Veintisiete mil hombres estaban acuartelados en la ciudad, cuarenta mil se hallaban á sus puertas, una guarnición ocupaba Vincennes y otra el monte Valeriano. Podian llegar á un mismo tiempo refuerzos por la barrera del Tro-no y por la barrera de la Estrella.

El estado oficial de la fuerza armada que ocupaba París, era de 37 batallones de infantería, un batallon de Cazadores de Orleans, tres compañías de ingenieros, cuatro mil guardias municipales y veteranos, veinte escuadrones de caballería y cinco baterías.

Una de estas baterías debía mantenerse desde las seis de la mañana, con el estopin ardiendo, en el arrabal de San Antonio.

Todos los cuerpos de guardia estaban fortificados. Se habian sacado almenas revestidas de yeso y colocádolas encima de las paredes.

Los ministros, pues, podian estar seguros: el potentado podia dormir tranquilo.

La rama primera, se decia, habia caido por una sorpresa; los Borbones de la rama segunda han visto venir el nublado desde mas lejos, el nublado los encontrará preparados. ®

París ha presentado toda la noche un aspecto extraño; mientras han podido leerse las proclamas del prefecto de policia á la luz de una tienda abierta ó de un farol encendido, han permanecido los grupos rodeados del que las leia. En fin, la noche ha apagado todo.

Cada cual vuelve á entrar en su casa. Paris, en apariencia, está tranquilo; Paris solo espera.

Los oficiales de ordenanza recorren á caballo los cuarteles mas populosos. Encuentran á unos hombres de blusa que se detienen para verlos pasar: no cambian ninguna palabra, pero sin embargo se perciben las amenazas que hacen unos á otros.

Habiendo partido de las Tullerías vuelven á entrar á ellas. No han encontrado ninguna resistencia, si no es la de los pensamientos; no han oido otros ruidos que los de las horas, y no pueden decir sino una cosa tan solo.

“PARIS ESTÁ TRANQUILO”

Comienza á despuntar el dia; el cielo está cubierto; un viento húmedo sopla del Este; el aire está caliente; las calles á esa hora en que ya hay gente, están en calma.

Hacia las diez, una poblacion, esa poblacion de los futuros tumultos tan fácil de conocer, desciende de bracero de los cuarteles distantes. Sabe las medidas que ha tomado el gobierno, sabe la voluntad de ponerlas en ejecucion, y sin embargo, asiste con esactitud á aquella cita que no le ha dado nadie.

Los curiosos por su lado, tan fáciles de distinguir de los que hemos designado, ruedan por las tres grandes arterias de Paris; los baluartes, la calle de San Honorato y los muelles.

A las diez, el cuartel de San German, tan tranquilo de ordinario, se despierta sobresaltado al canto de la *Marsellesa* y del coro de los *girondinos*. Son los estudiantes que se han reunido en la plaza del Panteon, bajan por la calle de los Grès, siguen la del Harpe, la de la Escuela de Medicina, la de Dauphine, el Puente Nuevo, y que llegan al fin á la plaza de la Magdalena en medio de una turba compacta, curiosa, pero fria y que parece no haber tomado aun un partido.

Vuelven á comenzar allí los cantos, y atraen á sí de en-

tre la turba á todo aquel que es obrero. La chaqueta y la blusa se separan de la levita y la casaca, van á unirse á los estudiantes á tomar lugar entre sus filas, y la columna casi duplicada, despues de haber dado una vuelta al derredor de la plaza de la Magdalena, se desborda como un torrente y se aleja con direccion á la plaza de la Concordia. A la entrada del Puente de la Revolucion, va á atropellar la multitud á un peloton de guardias municipales que bajan los fusiles y calan bayoneta sobre ella.

La cabeza de la columna quiere detenerse, pero la multitud que la sigue la precipita y la empuja sobre las bayonetas. Un jóven entonces abre sus vestido y descubre su pecho.

Levántanse las bayonetas: pasa la columna.

Se la apercibe por algun tiempo encerrada entre los dos parapetos, despues se separa de ellos para echar abajo todos los basamentos del Palacio Borbon, pasa por encima de las rejas, sube al peristillo y se desborda hasta en los jardines que lo rodean.

Los primeros están ya en los pasadizos que conducen á las tribunas, cuando los otros todavía están al pié del obelisco.

Entonces las puertas de la caserna del muelle de Orsay, se abren, un escuadron del 8.º de dragones sale, se forma en peloton, parte al trote y llega con la espada desnuda sobre la turba. Habiendo llegado allí cada uno con una mano detiene su caballo y con la otra envaina su espada, y despues, con paso grave y silencioso, se contentan con hendir las masas con el pecho de sus caballos.

El pueblo grita: *¡vivan los dragones!* los dragones saludan al pueblo.

Detras de la caballería acude un batallon de tropa de línea, á paso gimnástico y toma posicion en la plaza del palacio Borbon; un comisario viene con él dispuesto á hacer las insinuaciones de costumbre.

Al mismo tiempo salen por todas partes piquetes de infantería, de caballería, de cazadores, de dragones y municipales y se apoderan de todas las avenidas que conducen á la cámara de diputados, mientras que dos piezas de campaña se ponen en batería en la calle de Borgoña.

Un general pasa corriendo con la pluma tremolando al viento, seguido de su Estado Mayor, y grita al pasar al comandante de la guardia del palacio:

—No tengáis cuidado; el puente está ya guardado; las mejores tropas de la Europa no lo forzarían.

Era este el general Perrot.

En efecto, la cámara estaba bien defendida, y tan bien defendida, que aun los mismos diputados tendrían trabajos para entrar. Jamás se hubiera creído que para custodiar hombres que iban á discutir un proyecto de ley sobre el banco de Burdeos, era para lo que se había juzgado necesario desplegar tales fuerzas.

Desde lo alto del peristilo se podía conocer á primera vista la hábil disposición estratégica de las tropas. Mas allá de la entrada del puente, la vista encontraba una multitud inmensa, compacta, sin otros movimientos que ese de ondulacion que se nota en la superficie de los sembrados de trigo cuando pasa el viento. Solo de trecho en trecho esta vega humana es dominada por grupos colgados á las estatuas, á las columnas del alumbrado, á las tazas de las fuentes que no corren en aquel momento, y en fin, por el anfiteatro del pórtico de la Magdalena que va á inclinarse al otro horizonte del de la cámara de diputados.

Repentinamente hierve esta inmensa multitud. Antes podía apenas bullir, ahora huye. Vense los sables y los cascos de los municipales que la surean. Una anciana es muerta y un hombre herido. Las masas se replegan; la plaza queda evacuada, salvo una treintena de personas que estrechadas por los sables y los caballos se han dejado ir á los fosos de la plaza de la Concordia, y van saliendo una á una

precipitadamente para escaparse por la calle de Rivoli y la calle Real.

CAPÍTULO XXV.

Los sucesos que acabamos de contar, han acaecido de diez de la mañana á dos de la tarde.

En medio de todos ellos no se ha visto brillar ni un solo fusil de la guardia nacional.

La guardia nacional no ha sido convocada.

Mientras tanto, la cámara discute; pero M. Odilon Barrot se aprovecha de un momento de silencio para ir á poner sobre el bufete del presidente un papel del que cada cual sabe el contenido, papel que el presidente no abre.

Este papel es la acusacion del ministerio.

Está concebida en estos términos:

“Proponemos poner en acusacion al ministerio como culpable:”

“Primero. De haber traicionado al honor y á los intereses de la Francia. ®

“Segundo. De haber falseado los principios de la Constitucion, violado las garantías de la libertad y atentado contra los derechos de los ciudadanos.

“Tercero. De haber, por una corrupcion sistemática, tentado el sustituir á la libre espresion de la opinion pública

Al mismo tiempo salen por todas partes piquetes de infantería, de caballería, de cazadores, de dragones y municipales y se apoderan de todas las avenidas que conducen á la cámara de diputados, mientras que dos piezas de campaña se ponen en batería en la calle de Borgoña.

Un general pasa corriendo con la pluma tremolando al viento, seguido de su Estado Mayor, y grita al pasar al comandante de la guardia del palacio:

—No tengáis cuidado; el puente está ya guardado; las mejores tropas de la Europa no lo forzarían.

Era este el general Perrot.

En efecto, la cámara estaba bien defendida, y tan bien defendida, que aun los mismos diputados tendrían trabajos para entrar. Jamás se hubiera creído que para custodiar hombres que iban á discutir un proyecto de ley sobre el banco de Burdeos, era para lo que se había juzgado necesario desplegar tales fuerzas.

Desde lo alto del peristilo se podía conocer á primera vista la hábil disposición estratégica de las tropas. Mas allá de la entrada del puente, la vista encontraba una multitud inmensa, compacta, sin otros movimientos que ese de ondulacion que se nota en la superficie de los sembrados de trigo cuando pasa el viento. Solo de trecho en trecho esta vega humana es dominada por grupos colgados á las estatuas, á las columnas del alumbrado, á las tazas de las fuentes que no corren en aquel momento, y en fin, por el anfiteatro del pórtico de la Magdalena que va á inclinarse al otro horizonte del de la cámara de diputados.

Repentinamente hierve esta inmensa multitud. Antes podía apenas bullir, ahora huye. Vense los sables y los cascos de los municipales que la surean. Una anciana es muerta y un hombre herido. Las masas se replegan; la plaza queda evacuada, salvo una treintena de personas que estrechadas por los sables y los caballos se han dejado ir á los fosos de la plaza de la Concordia, y van saliendo una á una

precipitadamente para escaparse por la calle de Rivoli y la calle Real.

CAPÍTULO XXV.

Los sucesos que acabamos de contar, han acaecido de diez de la mañana á dos de la tarde.

En medio de todos ellos no se ha visto brillar ni un solo fusil de la guardia nacional.

La guardia nacional no ha sido convocada.

Mientras tanto, la cámara discute; pero M. Odilon Barrot se aprovecha de un momento de silencio para ir á poner sobre el bufete del presidente un papel del que cada cual sabe el contenido, papel que el presidente no abre.

Este papel es la acusacion del ministerio.

Está concebida en estos términos:

“Proponemos poner en acusacion al ministerio como culpable:”

“Primero. De haber traicionado al honor y á los intereses de la Francia. ®

“Segundo. De haber falseado los principios de la Constitucion, violado las garantías de la libertad y atentado contra los derechos de los ciudadanos.

“Tercero. De haber, por una corrupcion sistemática, tentado el sustituir á la libre espresion de la opinion pública

los cálculos de interes privado, pervirtiendo así el gobierno representativo.

“Cuarto. De haber traficado, con un interes ministerial, tanto en las funciones públicas como en todos los demas atributos y privilegios del poder.

“Quinto. De haber, con el mismo interes, arruinado la hacienda del Estado y comprometido así las fuerzas y grandeza nacionales.

“Sesto. De haber, violentamente, despojado á los ciudadanos de un derecho inherente á toda constitucion libre y cuyo ejercicio les habia sido garantido por la Carta, por las leyes y por el uso.

“Séptimo. De haber, en fin, por una política abiertamente contra-revolucionaria, vuelto á poner en cuestion todas las conquistas de nuestras dos revoluciones y sembrado en el país una perturbacion profunda.”

Siguen cincuenta y cuatro firmas, recogidas con precipitacion y que necesariamente se irán aumentando en el dia.

Por su parte, y casi al mismo tiempo, M. de Genoude, bajo su sola responsabilidad, sube al bufete del presidente y deja otro papel ya abierto. Es una segunda acusacion, cuyos términos son estos:

“Atendiendo á que los ministros, al rehusarse á la reforma de una ley electoral que priva á los ciudadanos de toda participacion en los derechos políticos, violan la soberanía nacional, y son causa, por consiguiente de turbaciones y peligros para el órden social; atendiendo á que mantienen á la Francia de esta manera en un sistema inmoral y ruinoso para el interior, y funesto y degradante para el exterior; el infrascrito, diputado por la Haute-Garonne, pide á la cámara, el que sean acusados el presidente del consejo y sus colegas.

“Genoude, diputado por Tolosa.”

Algunas voces reclaman la lectura de estas dos proposiciones; pero M. Sauzet responde que no pueden ser leídas sino hasta despues de la autorizacion de los bufetes que las examinarán el juéves 24 de Febrero. Un instante despues llega M. Duchâtel. Viene de *paletau*, trae su sombrero en la mano, sube á un sillón, dirige algunas palabras al presidente, va á sentarse al banco de los ministros, y despues de una corta conversacion con sus colegas deja el salón.

Son las cuatro.

A las cuatro y media el presidente levanta la sesion.

Mientras que M. Odilon Barrot y M. de Genoude presentan sus proposiciones, mientras M. Duchâtel aparece y desaparece, una treintena de hombres del pueblo armados de piedras atacan el apostadero de los Campos Eliseos, escalan las azoteas, echan abajo sus ventanas y desarman á los soldados. Despues, precipitándose hácia la iglesia de la Asuncion, y el palacio del Garde-Meuble, con sus manos acostumbradas á torcer el fierro, arrancan las rejas y pretenden tomar las primeras barricadas de los Campos Eliseos, calle de San Honorato y calle de Rivoli.

Pero bien pronto se convencen de que son muy pocos para organizar una resistencia en las calles anchas y abiertas, y se retiran hácia el centro de la ciudad, destruyendo los dos almacenes de Lepage y Devisnes; despues van á engolfarse en las calles tortuosas de los cuarteles de San Dionisio y San Martin, en donde volverán á encontrar pronto el convento de Saint-Mery y la calle Transmonain, de trágica memoria.

Las barricadas que habian sido levantadas, han sido casi inmediatamente destruidas; han durado lo que duran las primeras olas que anuncian la tempestad.

La tempestad está en el aire, se la siente venir.

El sol se pone tras de los Inválidos; su cúpula negra se dibuja sobre dos anchas fajas color de sangre. Ciérrase el

jardin de las Tullerías, el puente real está custodiado y fuerzas considerables se concentran en el Carrousel.

Las tropas que salieron de las casernas no han vuelto á entrar. Andan diseminadas en compañías, en pelotones y en piquetes. Se les percibe agrupadas en los muelles, en las plazas, en las encrucijadas: un batallón entero bivaquea en Halles, y en las esquinas de cada una de las calles se ve brillar el fusil de un centinela.

Es la hora en que los más tímidos se arriesgan á salir para adquirir noticias.

A media noche se supo esto:

Los combatientes han ocupado sucesivamente las calles Tiquetone, Bourg-l'Abbé y Transmonain. Treinta ó cuarenta apenas estaban armados, y el más rico en municiones no tenía arriba de seis cartuchos.

La más reñida carnicería ha tenido lugar en la calle de Beaubourg, á la puerta de una casa en que habían sido encerrados cinco presos: sus camaradas han tratado de ponerlos en libertad y defenderlos, y una lucha cuerpo á cuerpo se traba entre el pueblo y los municipales. No se puede saber ni el número de muertos ni el de heridos aunque, á la verdad, no llegan á diez ó doce personas.

Los presos por quienes se peleaba han quedado en poder de la fuerza pública.

Se han hecho cerca de doscientas arrestaciones.

Desde las doce de la noche hasta las tres de la mañana, París parece alumbrado por dos grandes incendios.

Los reflejos del uno es el resultado de luminarias encendidas por la tropa, desde la puerta de San Martín hasta el baluarte Bonne-Nouvelle: los reflejos del otro los causan la llama que se levanta de una multitud de casas y barracas apiñadas que están ardiendo en medio de la grande avenida de los Campos Elíseos.

23 de Febrero.—Toda la noche han bivaqueado en medio del lodo. Al aparecer el día se apagan las luminaria

la lluvia comienza á caer á torrentes y hace repetir á algunas personas las palabras de Petion.

“Llueve, ya no habrá nada.”

Se engañan; durante la noche los hombres que se vieron desaparecer en ese laberinto de calles que se extiende de la plaza del Cairo á la plaza Real, ha trabajado. Se ven barricadas, levantadas por todas partes y al aparecer el día, alumbraba el trabajo silencioso y amenazador de la noche.

Dos generales mandan las dos fuerzas á las cuales el gobierno ha pedido siempre su apoyo: el general Tiburcio Sebastiani y el general Jacqueminot; éste dirige la guardia nacional, aquel la tropa de línea.

El primero se espanta al peso de la responsabilidad con que carga, no toma medidas sino á medias y duda, ignorando esta guerra de barricadas para la que no ha formulado reglar ninguna escuela militar. El otro padeciendo, recientemente levantado de una enfermedad grave, y sintiendo en la guardia nacional una sorda oposición que parece que no quiere sino el momento de estallar, no toma ninguna iniciativa y se contenta con escuchar las informaciones que se le hacen.

Durante la noche se han dado órdenes á las fuerzas que circuyen la ciudad. Llegan á marchas forzadas por la barrera de Passy y se meten al Carrousel que cierra tras ellos sus puertas de fierro.

A las diez de la mañana un regimiento de línea, precedido de una batería de artillería, desfila por la izquierda y va á tomar posición cerca de la isla de San Luis.

La víspera, en la noche, se ha esparcido la voz de que ha sido convocada la guardia nacional; pero que á las tres de la mañana habían dado contra-órden á todos los maires, y ya no se percibía en las calles ningún representante de este grande poder que había hecho ya inclinar tres veces la victoria en favor del gobierno.

Cerca de las once batieron las primeras llamadas.

Se comprendió, por aquel grito del trono á la guardia nacional, que los acontecimientos se iban haciendo graves. En efecto, batíanse con encarnizamiento en las calles Beau-bonrg, Quncampoix, Bourg-l'Abbé, y en los cuarteles del Monte de Piedad, Saint-Martin-des-Champs y de Templo. En la esquina de la calle de Rambuteau habia sido levantada una barricada hecha de dos diligencias volcadas y llenas de tierra y ladrillos. El 69.º de línea y un batallon de cazadores de Vincennes, fueron rechazados allí tres veces y no la tomaron sino hasta la cuarta tentativa, perdiendo doce hombres del regimiento y cuatro del batallon.

El 34.º de línea perdía uno de sus comandantes de batallon á quien dieron un balazo de una de las ventanas de la plaza del Châtelet.

Mientras se hacian estas colisiones, eran incendiadas las barreras y la guardia nacional de los Batignolles, á la que habian querido desarmar en nombre del pueblo, hacia fuego y mataba tres hombres que despues trasportaba á la Morgue.

Hemos dicho ya que la llamada habia sido tocada á las once para la guardia nacional. El desprecio que parecia haberse hecho á ésta, la hizo titubear; pero bien pronto conoció que aquella llamada era tocada mas bien en nombre del pueblo que en el del trono.

Entonces comenzó á aparecer en las calles, tan solo sí, que ya habia tomado su partido. Esta vez contendrá el fuego, se pondrá intermediaria entre el arrabal de San Antonio y las Tullerías y presentará su plan: el ministerio caerá y la Reforma será adoptada.

Al grito de: *¡viva la Reforma! abajo el ministerio!* se adelanta la 10.ª legion. Pasan por la plaza de Borbon unos carros de la artillería; los detiene. Desde este momento nada ya de municiones ni á la tropa ni al pueblo. Es menester que la sangre deje de correr.

Un batallon de la segunda legion se dirige á las Tulle-

rias. Se le ha dicho que el rey ignoraba el voto popular: ella va á llevárselo de viva voz. Es mandado por M. Leon de Laborde, el hijo del antiguo general, hecho baron en Wagram. Pero las rejas de las Tullerías están cerradas, el batallon se vuelve y encuentra en el baluarte un batallon de coraceros dispuesto á cargar sobre el pueblo. Se coloca entre el pueblo y él. La carga fué detenida.

Un destacamento de la tercera legion ha seguido la calle de Montmartre y ha bajado hasta la calle de los Petits-Pères á los gritos de *¡viva la reforma! ¡abajo el ministerio!*

Habiendo llegado á la iglesia encuentra á los guardias municipales cargando sobre el pueblo. Cala bayoneta, se dirige á los soldados y estos se retiran.

Entonces los destacamentos de guardia nacional se dividen y recorren las calles, los baluartes y las barreras. Diríase que se ha pronunciado una palabra de orden universal y que esta palabra es: *¡alto, las armas!*

Ni un acto de hostilidad se cambia entre ellos y la tropa. Los soldados no gritan *¡viva la reforma! ¡abajo el ministerio!* pero dejan á los guardias nacionales y al pueblo que griten á sus anchuras.

Bien pronto esta intervencion de la guardia nacional, demasiado amigable para el pueblo y muy amenazadora para el poder, es conocida en las Tullerías. Los gritos de *¡viva la reforma! ¡abajo el ministerio!* han sido oídos por el rey y por los ministros. M. Guizot en su nombre y en el de sus colegas, ofrece su dimision que es aceptada.

Ha abandonado un cuarto de hora la cámara; este cuarto de hora le ha sido bastante para ir y volver á las Tullerías.

Va y se sienta en el banco de los ministros.

Apenas está allí cuando M. Vavin sube á la tribuna é interpela al ministerio.

El honorable diputado quiere saber por qué la guardia

nacional ha sido convocada tan tarde; se dirige á los ministros y les pide esplicaciones.

M. Guizot se levanta y desde su lugar responde:

—Creo que no seria conforme al interes público, ni es el tiempo á propósito para entrar en un debate sobre las interpelaciones del honorable M. Vavin.....

Interrumpen rumores al ministro. Se cree que es esta aun una de aquellas altivas retiradas que le son habituales; pero levanta la mano y hace comprender que no ha acabado aun de hablar. Cállanse entonces.

—El rey, continúa, acaba de hacer llamar al señor conde de Molé.....

Parten aplausos de las tribunas que vuelven á interrumpirlo. Espera, con su calma habitual, á que esta cruel aprobacion cese, y continúa con su tono de voz ordinario:

—El rey ha hecho llamar al señor conde de Molé para encargarlo de la formacion de un nuevo gabinete. En cuanto á nosotros, mientras tengamos en la mano el poder, mantendremos el orden como lo hemos hecho hasta el dia.

Apenas fueron pronunciadas estas últimas palabras cuando la agitacion llega á su colmo: todo el mundo se levanta, se forman grupos animados en el hemiciclo, el banco de los ministros está literalmente sitiado por una oleada de diputados del *centro* que preguntan con violencia á M. Guizot; las palabras de *cobardía* y de *traicion* se hacen oír en medio de esta mayoria abandonada por su gefe.

Despues, las palabras *¡vamos al rey! ¡vamos al rey!* arrastran fuera de la reja casi á la mitad de los diputados.

Al instante mismo se vacian las galerias. Cada cual se da prisa en ir á gritar afuera la noticia que nadie sabria aun sin la interpelacion de M. Vavin.

Mientras esta nueva va á pasar sobre todo Paris como una brisa de consuelo y de paz, veamos lo que hace el rey.

El rey está parado con M. Molé en el alfeizar de una ventana. Parece ser estraño á todo lo que pasa. La terrible

leccion que ha aterrado todas las convicciones y aun todos los intereses, ha pasado junto á él sin desengañarlo un solo instante. Discute la formacion de un nuevo ministerio con M. Molé; pero como está convencido de que su política es irreprochable, quiere mas bien sacrificar los instrumentos de su política que no á ella misma.

—Es un paseo de estudiantes, dice, eso es todo.

Inútil es que M. Molé quiera hacerle comprender que esta vez es ya un duelo entre el pueblo y el trono. No obtiene ninguna concesion, se retira sin haber decidido nada, y volverá á ver al rey en la tarde.

En efecto, se cree un momento que esta concesion bastará á las exigencias populares. Apenas se ha esparcido el ruido de la caida de M. Guizot, cuando, como si todo el odio pesase sobre él solo, parece filtrarse é introducirse por todas partes.

Este ministerio en el concepto de todos era muy bajo, puesto que el de M. Molé era mas alto.

A las cuatro fué cuando se esparció este ruido: al instante mismo todo cambia de aspecto, la multitud refluye á los baluartes, la confianza está en todos los semblantes. Interpélanse sin conocerse, se preguntan si esta noticia que no puede creerse es verdaderamente cierta, y cuando se han respondido *si*, mutuamente se aprietan la mano como si fuesen antiquísimos amigos.

Se estaba entonces en los dias cortos y sombríos del año.

A las cinco y media anocheció; pero al mismo tiempo millares de luces fulguraron en las ventanas. Paris estaba iluminado no tan solo en toda la línea de los baluartes sino que se miraban alumbradas todas las calles que trasversales vienen á salir á ellos.

No es esto todo, los hachones arden en las manos de los hombres del pueblo; velas colocadas en los cañones de los fusiles bajo aquella iluminacion fija, hacen una iluminacion moviente. La lluvia que desde la mañana no ha dejado de

caer, cesa; el viento que soplabá hacia dos días se aquieta. Un cordon de llamas se estiende desde la Magdalena hasta la Bastilla.

En medio de todas estas fiestas se hacen escuchar dos cantos, la *Marsellesa* y los *Girondinos*.

Cincuenta años están encerrados, por decirlo así, en estos dos himnos patrióticos, de los cuales el uno es la espresion de la amenaza y el otro el del rendimiento.

Sobre todo, delante del café del Gran Balcon, esta segunda fachada de la Opera Cómica es donde la multitud se aglomera: allí es donde los cantos resuenan mas ruidosos y allí es donde los aplausos se hacen oír mas frenéticos. El propietario ha abierto todos los bitoques de gas y se ha hecho una erupcion de luz que arroja un reflejo fantástico sobre todos los rostros alegres.

Son las nueve y media, y la noche promete pasarla en un largo paseo. Sin embargo, algunas inquietudes circulan todavía entre los ánimos acostumbrados á dudar.

¿Cómo se compondrá este ministerio Molé? ¿Existe ya? ¿No es una falsa noticia arrojada, así, al pueblo para desarmarlo?

Una cosa asegura y es que se ve iluminado el hotel Guizot como todas las demas casas, y que esta iluminacion no puede ser dirigida sino por la mano de su sucesor.

Un destacamento del 14.º de línea formado en cuadro delante del hotel del ministerio, y encerrando en su centro una centena de dragones, mira este extraño espectáculo forzando á la multitud á interrumpir su paseo y á bajar por la calle Basse-du-Rempart si quiere, ir de la Magdalena á la calle del Mont-Blanc, ó de la calle del Mont-Blanc á la Magdalena.

Repentinamente vese que se adelanta, viniendo de la Bastilla una tropa que se diferencia de todas las que se han visto pasar.

Es conducida por un hombre que viste solamente unos

pantalones azules y una camisa: de sus brazos desnudos se levanta sobre su cabeza y sobre todas las de los compañeros una bandera roja; á sus lados van dos hombres con hachones. Detras de él otra cuarta persona lleva en un largo palo un maniquí de paja untado de pez. El maniquí va ardiendo, y despues de una bandera de sangre vese una bandera de fuego. Doscientos hombres de pueblo, poco mas ó menos, siguen esta doble bandera.

Habiendo llegado á la puerta de San Martin el extraño cortejo, encuentra un regimiento de coraceros que sigue á lo largo los baluartes en sentido inverso al que él lleva. Soldados y pueblo cambian el doble grito de *viva la reforma! ¡abajo Guizot!*

Despues, cada uno de ellos continúa su camino; los coraceros hácia la Bastilla, el cortejo flamijero hácia la Magdalena.

Los que lo ven venir de lejos lo miran con espanto y lo ven pasar con temor. Se adivina que es una de esas nubes preñadas de relámpagos que llevan el rayo en sus estremidades.

Habiendo llegado á la calle de la Paz, una porcion del cortejo se separa de él y se pierde en medio del pueblo.

Los que la siguen con la vista, pueden ver que toma la calle Neuve-Saint-Augustin.

Sin duda, las dos fracciones que se separan por un instante van á reunirse á la Magdalena.

Lo que queda del cortejo continúa siguiendo el baluarte y dejando tras sí como haria un buque de vapor un celaje moviente y una columna de humo toda tachonada de chispas.

Pero llegando al ministerio de negocios estranjeros, encuentra la columna una de las faces del cuadro formado por el 11.º de línea, y se para.

Por sus flancos y retaguardia hay una multitud compacta.

El oficial que manda el destacamento, abre el cuadro, pasa y se adelanta hácia el cortejo.

Por su parte, el hombre de la bandera roja, se desprende del batallón y marcha hácia el oficial.

¿Cuáles fueron las palabras que se cambiaron estos dos hombres? nadie lo sabe. Repentinamente se escucha una detonación aislada; el caballo del comandante se encabrita en medio de una nube de humo; el oficial entra de un brinco al cuadro y la palabra *¡fuego!* se deja oír; dos líneas de fusiles se inclinan; un largo relámpago brota de toda la línea y resuenan gritos de agonía; el baluarte, que estaba todo absolutamente lleno, se desahoga en cinco minutos, saliendo sus corrientes por la calle de la Paz y la de Basse-du-Rempart; todos los parapetos han sido rotos.

Los que están en las ventanas ven entonces un horrible espectáculo; cincuenta y dos entre muertos y heridos están tendidos sobre el pavimento de los baluartes; los cadáveres yacen inmóviles, los heridos se revuelcan en su sangre.

Dos mujeres están entre los cadáveres.

¿De dónde viene esta matanza sin advertencia, este asesinato sin notificación? ¿Cómo toda una línea de hombres armados ha tirado á quema-ropa sobre una masa de hombres, mujeres y niños sin armas?

El comandante comprende ¿qué fúnebre responsabilidad no va á pesar sobre él cuando se vea solo en el desierto baluarte y en frente de estos muertos y de estos agonizantes! Se espanta y manda á uno de sus oficiales que vaya á dar esplicaciones al pueblo.

¡Esplicaciones! como si una lengua humana pudiese explicar semejante carnicería!

El oficial parte esclavo de la disciplina. Pocas misiones han ofrecido jamas un peligro semejante. Gerard, atacando á un león hasta en su cueva, está mas seguro de su vida de lo que lo estaba el enviado de la suya.

Pasa rápidamente por en medio de los cadáveres, entra en casa de Tortoni y dá la esplicación siguiente:

“El comandante ha mandado tan solo calar bayoneta; uno de los fusiles estaba montado, con el movimiento disparó: toda la línea creyó que se mandaba hacer fuego y lo ha hecho.”

Al estar dando esta esplicación, un hombre con un fusil de dos tiros se precipita en el café, apunta al oficial y va á matarlo á quema-ropa, cuando unos guardias nacionales levantan el fusil, hacen al oficial una trinchera con su cuerpo y lo conducen á su batallón.

Se encuentra allí la misma columna pero diezmada: ha ido á traer un carro fúnebre para llevar sus muertos. Diez y siete cadáveres son amontonados en el fúnebre carruaje; despues se pone en marcha alumbrándose con los hachones de los soldados y va dejando, por donde pasa un rastro de sangre.

Por todas partes por donde pasa el lúgubre convoy se grita: *¡á las armas!* las tiendas se cierran, las ventanas se oscurecen y se ven agitar sobre las sombras hombres armados que salen no se sabe de donde.

El carro y los que lo escoltaban se dirigieron hácia los bufetes del *Nacional* gritando: *¡á las armas! se nos asesina! á las armas!* Hacen allí una lijera posa y despues continúan á paso lento en medio de una multitud que se embriaga de venganza á este espectáculo.

De tiempo en tiempo los gritos se redoblan; y es que un hombre ha subido al carro, levanta y endereza de cuando en cuando el cadáver de una muger que tiene el pecho taladrado por una bala; despues cuando la luz vacilante de la antorcha ha alumbrado durante un minuto aquella terrible vision, suelta el cadáver que cae con un ruido mate en su lecho de muerte.

Por todas partes por donde pasa el cortejo sombrío siem-

bra la venganza: brotará en la noche y estará ya buena para cosecharse á la mañana.

En fin el carro deja los baluartes, se mete por las calles todovía iluminadas, y despues toma esas calles sombrías en que el odio es mas implacable por que la miseria es mas grande.

Se le oye aun, como á un trueno lejano, cuando ya ha desaparecido.

¿Se sabe de donde viene y adonde va?

CAPÍTULO XXVI.

DESDE este momento ya no es la caída del ministerio la que el pueblo pide, es la caída del trono.

Un destacamento de la segunda legion entra por la calle Lepelletier encaminándose al patio de la alcaldía, calle Chauchat. Era seguida por todo un pueblo que gritaba: *¡á las armas!* y que le afeaba su retirada. Cada hombre tenia la muerte en el corazon y pedia marchar, pero el coronel no venia en ello.

El comandante de la guardia nacional de San German que habia asistido á la escena del hotel de los Capuchinos, y que habia puéstose precipitadamente su uniforme, se precipitó entónces en el interior del patio de la alcaldía: allí

encontró á M. Berger con trescientos hombres, poco mas ó menos, y preguntó si podia marchar sobre el hotel de los Capuchinos. El maire, revestido de las insignias de su autoridad, duda un instante: la posicion es grave pues desde este momento aquello es ya una rebelion.

Pero el destacamento, todo, grita: *¡adelante!* Pide cartuchos y se los niegan: las bayonetas bastarán. Sacan fuera un tambor y lo hacen que se aleje en la direccion de la calle del Faubourg-Montmartre tocando generala.

El destacamento de la segunda legion sale, corre al baluarte y se apodera del punto que guardaba el 14^o, el cual se retira por el lado del Carrousel. En este momento se oye tocar arrebato.

Al doble ruido del tambor y la campana, vibra la última hora de este dia de las fatales peripecias.

24 de Febrero.—Se oye en las Tullerías el doble arrebato que llama al pueblo á las armas, y á Dios al socorro del pueblo.

A la una de la mañana el rey ha mandado llamar por tercera vez á M. Molé. M. Molé no parece.

M. Guizot solo permanece fiel á aquel puesto del que el rey no puede decidirse á quitarlo ni él á abandonar.

Estos dos hombres que ruedan juntos hácia el abismo comun que cada uno ha cavado al otro, se harán ilusion mientras tanto que las paredes de los palacios reales sean bien espesas y sus puertas bien guardadas contra la verdad,

Están descontentos de la debilidad del general Tiburce y del desaliento del general Jacqueminot. Es menester dar el mando de las tropas al mariscal Bugeand; sí, es preciso manchar de sangre popular el escudo de Isly.

El nombramiento del mariscal Bugeaud para el mando de la plaza, es firmado por el rey y visado por Guizot.

El último acto del hombre de Gand, será la flecha de Parto.

bra la venganza: brotará en la noche y estará ya buena para cosecharse á la mañana.

En fin el carro deja los baluartes, se mete por las calles todovía iluminadas, y despues toma esas calles sombrías en que el odio es mas implacable por que la miseria es mas grande.

Se le oye aun, como á un trueno lejano, cuando ya ha desaparecido.

¿Se sabe de donde viene y adonde va?

CAPÍTULO XXVI.

DESDE este momento ya no es la caída del ministerio la que el pueblo pide, es la caída del trono.

Un destacamento de la segunda legion entra por la calle Lepelletier encaminándose al patio de la alcaldía, calle Chauchat. Era seguida por todo un pueblo que gritaba: *¡á las armas!* y que le afeaba su retirada. Cada hombre tenia la muerte en el corazon y pedia marchar, pero el coronel no venia en ello.

El comandante de la guardia nacional de San German que habia asistido á la escena del hotel de los Capuchinos, y que habia puéstose precipitadamente su uniforme, se precipitó entónces en el interior del patio de la alcaldía: allí

encontró á M. Berger con trescientos hombres, poco mas ó menos, y preguntó si podia marchar sobre el hotel de los Capuchinos. El maire, revestido de las insignias de su autoridad, duda un instante: la posicion es grave pues desde este momento aquello es ya una rebelion.

Pero el destacamento, todo, grita: *¡adelante!* Pide cartuchos y se los niegan: las bayonetas bastarán. Sacan fuera un tambor y lo hacen que se aleje en la direccion de la calle del Faubourg-Montmartre tocando generala.

El destacamento de la segunda legion sale, corre al baluarte y se apodera del punto que guardaba el 14^o, el cual se retira por el lado del Carrousel. En este momento se oye tocar arrebato.

Al doble ruido del tambor y la campana, vibra la última hora de este dia de las fatales peripecias.

24 de Febrero.—Se oye en las Tullerías el doble arrebato que llama al pueblo á las armas, y á Dios al socorro del pueblo.

A la una de la mañana el rey ha mandado llamar por tercera vez á M. Molé. M. Molé no parece.

M. Guizot solo permanece fiel á aquel puesto del que el rey no puede decidirse á quitarlo ni él á abandonar.

Estos dos hombres que ruedan juntos hácia el abismo comun que cada uno ha cavado al otro, se harán ilusion mientras tanto que las paredes de los palacios reales sean bien espesas y sus puertas bien guardadas contra la verdad,

Están descontentos de la debilidad del general Tiburce y del desaliento del general Jacqueminot. Es menester dar el mando de las tropas al mariscal Bugeaud; sí, es preciso manchar de sangre popular el escudo de Isly.

El nombramiento del mariscal Bugeaud para el mando de la plaza, es firmado por el rey y visado por Guizot.

El último acto del hombre de Gand, será la flecha de Parto.

Viendo el-rey que M. Molé no venia, habia hecho llamar á M. Thiers.

A las cinco y cuarto un hugier lo anunció.

M. Guizot y él se encontraron en la puerta; aquel saliendo y M. Thiers entrando.

Estos dos hombres, que se saludan con la política de dos enemigos que saben vivir, estaban muy lejos de sospechar que su doble carrera habia concluido.

M. Thiers encontró el nombramiento de Bugeaud sobre la mesa; lo aceptó pero con la condicion de que no se atacaria al dia siguiente ninguna barricada.

Ademas, pidió se le anexase M. Barrot.

El rey consintió.

Entónces M. Thiers tomó una pluma y escribió la proclama siguiente:

“Ciudadanos de Paris:

“Se ha dado la órden de suspender el fuego. Acabamos de ser encargados por el rey de componer un ministerio.

La Cámara va á ser disuelta. El general Lamoricière es nombrado general en jefe de la guardia nacional de Paris.

“Son ministros MM. Odilon-Barrot, Thiers, Lamoricière y Duvergier de Hauranne.

“LIBERTAD—ÓRDEN—UNION—REFORMA.”

Esta proclama fué enviada á la policia, con órden de que la fijase en la noche.

M. Thiers, con esa confianza admirable que tiene en sí mismo y que, segun el tiempo es una cualidad superior ó un supremo defecto, M. Thiers, que creia en su popularidad y en la de M. Odilon-Barrot, no dudó en que al ver á la mañana siguiente el pueblo en todas las paredes su nombre y el de su colega, arrojaria las armas para aplaudir.

Se retiró á su casa esperando el dia muy seguro.

M. Guizot entró acabando de salir M. Thiers: se habia quedado en las Tullerias y el rey lo esperaba en su gabinete.

Se asegura que estos dos hombres cuya prevision, decian, es muy grande, estuvieron todavía una hora juntos, sin remordimientos por el pasado, sin prevision para el porvenir.

El poeta latino ha dicho:

“Jupiter ciega á los que quiere perder.”

Y sin embargo, podria decirseles lo que pasa en Paris.

En esta ocasion vino la noche entrándose sin que la ciudad se durmiese completamente.

La resistencia vela y organiza el combate para el dia siguiente.

Hemos visto aquella estraña noche en la que parecia que un terremoto universal conmovió el pavimento, en que un ejército silencioso de trabajadores levantaba una multitud de barricadas, y en que el pueblo, este admirable estrategista, tomaba sus disposiciones.

Las Tullerias eran las que á su vez eran ahora cercadas: el ataque, como una serpiente de mil cabezas y cuerpo gigantesco, habia envuelto el castillo real. Desde por la mañana cada una de estas cabezas comenzó á soplar fuego.

M. Thiers se despertó al ruido de la fusilería. La proclama que se habia fijado no estaba firmada y no habia omitidose mas que una cosa, enviarla al *Monitor*.

Los que la leyeron en las paredes la juzgaron un nuevo lazo.

Mas quizá la presencia de M. Thiers y de M. Odilon-Barrot, haga lo que no ha podido hacer su nombre.

Estrechan á M. Odillon Barrot á que monte á caballo y se baya á recorrer las calles: duda y acaba por declarar... que no sabe montar á caballo.

Lo levantan y lo sientan en la silla..... se le conducirá por la brida cual á otro Mardoqueo.

Mientras tanto, M. Guizot sale de las Tulleras por el portillo de l'Echele. Al llegar á la calle de Rivoli, resuenan do s

fusilazos cuyas balas vienen á gemir al patio del castillo; entra por el postigo del Carrousel y sube al Estado mayor.

Allí se le pierde de vista.

A las cinco de la mañana vuelve á entrar M. Thiers en las Tullerías: ha reunido á MM. Duvergier de Hauranne, Cremieux, Lasteyrie, de Remusat, de Beaumont y Lamoricière.

Es una especie de ministerio.

Da noticia de que M. Bugeaud será nombrado comandante de la plaza ha producido un efecto tan terrible, que la primera demanda de M. Thiers es su revocacion.

El rey revoca.

Se ha dado orden de que cese el fuego por todas partes y que solo se conserven las posiciones.

A eso de las nueve se oye un gran rumor en el patio mismo del castillo: llaman á los centinelas de vista, toman estos sus fusiles y se precipitan por el postigo. Tres ó cuatro fusilazos acaban de salir de la casa situada en la esquina de la calle de Rivoli y l'Echele.

La vanguardia del pueblo está ya allí.

La señora duquesa de Orleans hace cerrar aquellas ventanas de su habitacion que dan á la calle de Rivoli. Se retira á la casa del rey y manda que vistan á sus hijos y los lleven á casa de la reina.

Un instante despues los celadores entran con dos presos.

El patio del castillo se halla guardado por cerca de tres mil hombres y por seis baterías.

A las diez y media se reunen para almorzar como de costumbre, en la galería de Diana. Se espera un instante al rey el cual llega sonriendo, ¿Qué tiene que temer ahora que le cubre el escudo de la oposicion?

Se pone á la mesa y cada cual se sienta.

Apenas han comenzado á almorzar, cuando se abre una puerta y se ven aparecer, con desprecio de toda etiqueta, sin ser anunciados, á MM. de Remusat y Duvergier de Hauranne.

Son conducidos por M. de Lanbesein, oficial de ordenanza.

Los dos ministros no están pálidos sino lívidos.

Desean ver al señor duque de Montpensier.

El señor duque de Montpensier se levanta y hace seña con la mano al rey y á la reina de que se tranquilicen; pero la señal es insuficiente, todo el mundo se para, y el rey y la reina se adelantan hácia los dos ministros al mismo tiempo que el jóven príncipe.

—Señor, dice M. de Remusat, ¿V. M. no sabe, pues, lo que pasa?

—¿Qué pasa? pregunta el rey.

—Pues señor, aquí, en la plaza de la Concordia, á trescientos pasos de V. M., los dragones rinden sus espadas y los soldados sus fusiles.

—¡Imposible! exclamó el rey.

—Perdon, señor, dijo de Remusat, yo lo he visto.

Esta es la primera vez que la verdad llega á Luis Felipe. Nadie piensa ya en sentarse á la mesa; el rey sale con los dos ministros, conduciendo al duque de Montpensier.

La reina corre tras de su marido y se une á él.

—Señor, le dice, montad á caballo y morid si es preciso: vuestra mujer y vuestros hijos os verán morir desde el balcon de las Tullerías.

En efecto, el rey monta á caballo y pasa revista á las tropas que se hallan en el patio de las Tullerías.

A estas tropas están unidos dos batallones de la guardia nacional.

La infantería de línea y la caballería gritan: *viva el rey!*

Muchos gritos de *viva el rey!* salen tambien de las filas de la guardia nacional; pero son acompañados de algunos otros de *viva la reforma!*

La reina y las princesas están á una ventana y siguen al rey con la vista.

El rey vuelve á entrar: M. Thiers lo espera; su esperan-

za ha sido engañada, su popularidad no está á la altura de la rebelion; pide la presidencia para M. Odilon Barrot.

En este mismo instante se sabe que M. Odilon Barrot se ha presentado en las barricadas, y que habiendo sido friamente recibido se habia retirado.

De esta manera la barca del trono hace agua por todas partes: en algunas horas son arrojados tres ministros á la mar y la tempestad continúa.

El rey toma la pluma y se dispone á firmar el nombramiento de M. Odilon Barrot para la presidencia.

En este momento tiene el rey cerca de sí á MM. Thiers, de Remusat, al señor duque de Montpensier y M. de Lamoricière.

MM. Thiers y de Remusat están parados delante de la chimenea, el duque de Montpensier habla muy bajo con M. de Lamoricière.

Está el rey en el bufete.

Oyese una animada fusilería por el lado del Palacio Real.

Repentinamente la puerta del gabinete se abre y se presenta M. de Girardin.

M. de Girardin, director de la *Prensa*, ha sido encargado, con M. Merruau, redactor en jefe del *Constitucional*, de publicar el bando que pone en el ministerio á M. Thiers y Barrot.

M. de Girardin está mas pálido, pero tambien mas tranquilo que de costumbre.

Se adelanta hácia el rey.

—Señor, le dice, ¿qué vá á hacer V. M.?

—A firmar el nombramiento de M. Odilon Barrot para la presidencia del consejo.

—Ya es muy tarde.

El rey le mira con asombro.

Es la segunda vez en la mañana, que se pronuncia esta palabra delante de él.

—Señor, no es ya un cambio de ministerio lo que el pue-

blo quiere, es una abdicacion. Abdicad, señor, ó dentro de una hora no habrá ya en Francia ni pueblo, ni trono.

El rey deja caer la pluma.

—Señor, dice M. de Girardin, volviendo á ponérsela en las manos, si hay un minuto de retardo todo se ha perdido.

El rey parece buscar alguna cosa á su derredor.

—He aquí la proclama inmediatamente; la he hecho imprimir con anticipacion, dijo M. de Girardin.

Y pone á la vista del rey un pasquin en el que se lee esta corta abdicacion:

Abdicacion del rey;

Regencia de la duquesa de Orleans;

Disolucion de la cámara;

Amnistia general.

El rey duda.

El duque de Montpensier se acerca.

—En nombre de la Francia, señor, abdicad; dijo.

—¡Eh bien! sea, dijo el rey, puesto que lo quereis; abdicó.

—Vuestra palabra, señor, dijo M. de Girardin.

—Está dada, respondió el rey.

M. de Girardin no pregunta mas, se precipita por las escaleras, sale de las Tullerías á todo correr y llega á la barricada de la calle de Saint-Honoré.

—¡Abdicacion! grita, ¡abdicacion! el rey abdica!

—¿Está escrita? ¿Está impresa? ¿Está firmada? preguntan. ¿En dónde está el acta?

—Va á presentarseosla al punto.

—¿No es para engañarnos aun? ¿No es un nuevo ardid? ¿No es una nueva trampa?

—No, bajo mi cabeza.

—Bien; pasad.

M. de Girardin pasa como un soldado que corre al fuego.

Oye la fusilería que peterrea en la plaza del Palacio Real y corre allá. Pero allí no tan solo la dificultad es mas grande sino el peligro mas urgente.

La fusilería tapa su voz; las balas silvan á su derredor.

—¡Abdicacion! ¡abdicacion! grita.

Algunos combatientes se detienen.

—¿Está escrita?

—El rey firma en este momento.

—Que se nos traiga la abdicacion firmada y entonces veremos.

El combate vuelve á comenzar.

En efecto, durante este tiempo el rey escribe estas palabras, triste y último autógrafo que quedará de la mano real.

“Abdico en favor de mi nieto, el conde de Paris. Deseo que él sea mas feliz que yo.”

Y firma.

El general Lamoricière toma la hoja de papel y parte á su turno.

El hijo del almirante Baudin se arroja tras el encargado de una mision semejante.

El uno irá á la plaza del Palacio Real, el otro á la de la Revolucion.

En este momento anuncian al rey que el mariscal Gerard, á quien ha hecho llamar, está á sus órdenes. Hace dos años que el rey no ve á este viejo amigo; pero á la hora del peligro se ha acordado de él y lo ha mandado llamar.

—¡Qué entre! ¡Qué entre! esclama el rey.

Y corre á recibirlo.

—¡Oh! mi bravo mariscal, le dice, todo trémulo de emocion, no es sino vos el que podrá sacarnos de este atolladero.

—Señor, responde el mariscal, no tengo que ofrecer á V. M. mas que mi vida y ella es toda vuestra.

—Id á ver á *esas gentes*, mariscal, y decidles que yo abdicó.

—Haced que se me dé un caballo, señor.

Se trasmite la órden; pero todo el mundo tiene de tal manera perdida la cabeza que no pueden encontrar otro caballo que el que acaba de montar el rey. Se lo llevan todo caparazonado de flecos de oro.

Sube encima de él con su paletó y su sombrero redondo, sale por la gran reja de las Tullerías, y atraviesa la plaza del Carrousel con una rama verde en la mano.

Solo que, como el 24 de Febrero no hay mas árboles verdes que los cipreses, con una rama de cipres es con la que marcha hácia el motin.

Llega á la estremidad de la calle de Santo Tomas del Louvre.

Allí una gran turba se precipita, reconoce al mariscal Gerard y grita: *¡viva el mariscal Gerard!*

—Amigos míos, dijo, os traigo una buena noticia, y que podeis creer: el rey ha abdicado en favor del señor conde de Paris.

Pero ninguna aclamacion responde á esta noticia. Gritan: *¡viva el mariscal Gerard!* y eso es todo.

Y gritando, gritando *viva el mariscal Gerard*, la multitud fué llevándose á empellones hácia la plaza del Carrousel en la que comienza á dejarse ver.

Entonces los soldados que están acampados en la plaza se retiran á las Tullerías y cierran las rejas.

El mariscal no puede tampoco entrar ya para dar cuenta al rey de su comision; comprende que todo se ha acabado ya, baja del caballo real, el que deja como trofeo á la multitud, y sale por el postigo del *bordo del agua*.

Lamoricière ha andado aun mas desgraciado que él; han tirado sobre él y una bala le ha atravesado una mano.

Ademas, un hombre del pueblo le apoyó el fusil sobre el costado izquierdo y tiró del llamador.

Mintió el fusil.

El hijo del almirante Baudin, no ha encontrado mas que un débil eco en la plaza de la Revolucion aunque á la verdad, el combate ha acabado casi por aquel lado.

Mientras los cuatro embajadores de la magestad espirante de nada sirven en los cuatro puntos, ella se quita el uniforme, desata su cordon, pone la espada sobre una mesa y se pone su vestido ordinario.

La reina le mira hacer, pálida, inmóvil. Se conocia inmediatamente que la altiva hija de Carolina, en quien la sangre de los Borbones no se ha alterado, hubiera querido mejor ver despojado así á su marido por la tumba que por la huida.

Se vuelve á M. Thiers y le dice:

—Ved vuestra obra, señor, vos sois quien habeis hecho eso.

M. Thiers comprende todo el respeto que debia á esta magestad decaida, y no responde.

—Los caballos, dijo el rey.

—Los traian, le responden, cuando han sido matados con el picador y los dos primeros del tiro.

—¿Entonces no hay nada que se parezca á coche?

—Sí, tal, señor, están dos coches en el puente Tournant, dos coches de la casa de un alquilador, dos coches sin libreas, sin armas..... así es mas sencillo.

—Entonces partamos.

El rey vuelve en sí un momento, toma sus llaves, abre una gaveta, busca como un hombre cuya razon está turbada, se levanta y vuelve á dar las llaves á M. Fain, diciendo: “Esperareis mis órdenes.

M. Cremieux se acerca al rey.

—¿Es bien entendido, señor, que la regencia es de madama la duquesa de Orleans?

—La regencia es del duque de Nemours, dijo el rey, una

ley se la dá. Ahora si quereis violar la ley, violadla en buena hora. Vamos, partamos, partamos.

Y sale el rey llevando á la reina por el brazo. Le siguen.

Toma el subterráneo que el emperador habia mandado hacer para el rey de Roma cuando iba á pasear, sigue el terraplen del *bordo del agua* y vuelve á bajar al hemicycle: al ir por este pasa junto á un monton de arena, bajo el cual acaban de sepultar precipitadamente tres cadáveres [lisonja última á la magestad á la que no quiere entristecerse con la vista de la sangre], sale por la puerta que da al puente Tournant y se encuentra rodeado del pueblo entremezclado con la tropa.

Parece que está quebrantado y se apoya en la reina en vez de que ésta lo haga en él.

La reina llevaba la cabeza levantada y erguida y sus ojos arrojaban centellas.

Resonaron muchos gritos que respondian al requerimiento de

—Lugar á un grande infortunio:

Con *¡viva la Reforma! viva la Francia!* y algunos otros de *¡viva el rey!*

El grupo marchó de esta manera hasta el asfalto del obelisco, y allí se detuvo como dudando.

Inmediatamente la multitud rodeó al rey: se halló este comprimido por una masa viviente y pareció espantarse.

Y en verdad que habia por qué y era una rara coincidencia.

A diez pasos del lugar en que se hallaba el hijo de Felipe Igualdad, habia rodado sobre el cadalso la cabeza de su padre. ®

Entonces el rey soltó á la reina, levantó su sombrero y pronunció una frase que no se le oyó.

A poca distancia estaban parados los dos coches, en que el rey no habia reparado, á causa, sin duda, de su pobre apariencia.

Este era sin embargo el único medio de huida que le quedaba.

Dos niños esperaban en el primer coche con la cara pegada al vidrio. Abrieron la portezuela de este; el rey tomó la izquierda y la reina la derecha.

La duquesa de Nemours montó en el segundo.

Los cocheros azotaron sus caballos y los dos coches tomaron la dirección de Saint-Cloud.

—¡Ah! estais aquí, dijo uno á M. Cremieux, qué haceis?

—Acabo de poner á la magestad en coche, respondió.

Mientras el rey, la reina y la duquesa de Nemours huían por los muelles, y que la duquesa de Montpensier erraba perdida entre la multitud, madama la duquesa de Orleans esperaba noticias en medio de un pequeño grupo de fieles compuesto del general Gourgaud, de M. de Montguyon, del duque de Elchingen, del conde Vuillaumez, de M. de Boismillon y de M. Arsseline.

Desde la escena del almuerzo se hallaba separada del rey y de la reina.

Inmediatamente que el mariscal Gerard fué rechazado hasta el Carrousel, el pueblo se derramó en él.

Iria el rey apenas por la mitad del camino de las Tullerías, cuando el sonido de dos piezas de artillería se oyó y resonó la fusilería:

El Carrousel que estaba lleno de gente fué evacuado en un instante.

La duquesa de Orleans arrojó un grito.

—Pero si yo he oído al rey, dijo, dar la orden de que cesase el fuego.

—En efecto, se ha dado esta orden, respondió uno de los oficiales, pero se les habrá olvidado trasmitirla á los soldados del palacio.

—General, dijo la princesa á M. Gourgaud, vos que tenéis el uniforme de los oficiales de artillería, corred y dad orden á las baterías de que cesen.

El general Gourgaud corrió; apareció por un instante en el patio y dió la orden.

Las mechas de los artilleros fueron apagadas y los soldados de infantería descansaron las armas.

En este momento entró un hugier y dijo á la duquesa de Orleans.

—El rey y la reina han partido.

—¡Cómo partido!

—Sí; monseñor el conde de Paris es el rey y V. A. la regente.

—¿Y el rey no ha encontrado á otra persona mas que á vos para anunciarme semejante noticia?

El hugier se inclinó.

—M. de Boismillon, dijo la duquesa, id, corred, puede ser que encontréis todavía á alguno: es imposible que se me deje sola y con semejante responsabilidad.

M. de Boismillon obedeció; atravesó las piezas solitarias y volvió diciendo:

—Nadie, señora duquesa.

—¡Eh! ¡bien! dijo ella entonces, voy á sentarme con mis dos hijos en los brazos bajo el retrato de mi marido: los que vengan á buscarme para hacerme regente ó para matarme, me encontrarán allí.

Al ir á retirarse entró M. Dupin.

—¡Ah! señor, dijo arrojándose á él, ¿qué venis á anunciarme? ¿Qué será lo que vais á decirme?

—Os diré, señora, que tal vez vais á ser llamada para representar el papel de María Teresa.

—Disponed de mí, señor, mi vida pertenece á la Francia y á mis hijos.

—Entonces partamos, partamos presto: no hay tiempo que perder.

—Partir. . . ¿y adonde?

—A la cámara.

—Ya os sigo: venid, señores.

Estas palabras se dirigian al débil grupo de fieles que hemos descrito arriba.

En este momento entró el duque de Nemours. Se habia quedado para acompañar á su cuñada, y renunciar en su favor los poderes de regente.

El acompañamiento se puso en marcha.

Al salir por el pabellon del Horloge, el pueblo entraba por la reja del Carrousel y por los portillos que dan á los muelles y á la calle de Rivoli.

La duquesa de Orleans llevaba al conde de Paris de la mano; un ayuda de campo llevaba al duque de Chartres.

Un criado, llamado Hubert, los seguía á algunos pasos.

En medio del puente de la Concordia cayó el conde de Paris: no habian tenido tiempo para amarrarle los cordones de sus zapatos y uno de ellos iba todo jugándosele. Se levantó el niño; no se habia hecho ningun mal.

Esto no era un accidente; era aun peor, un presagio.

Mientras la duquesa de Orleans entra en la cámara, echemos una ojeada sobre lo que pasa en Château-d'Eau y lo que va á pasar en las Tullerías.

Hemos visto á M. de Girardin venir sin suceso á la plaza del Palacio Real; hemos visto al general Lamoricière rechazado de la calle de Saint-Honoré; y hemos visto tambien al mariscal Gerard que ha sido conducido al Carrousel.

El centro de esta triple resistencia estaba en la plaza del Palacio Real. Allí era donde el trono hacia estremecer aun á Paris con las últimas convulsiones de su agonía; era allí donde el volcan popular arrojaba sus últimas llamas.

El gobierno de Luis Felipe habia hecho fortificar con gran cuidado el Château-d'Eau: comprendia que esto era, en términos de fortificacion, una de las obras avanzadas de las Tullerías. Las puertas no podian ser tiradas sino por el cañon ó por el pueblo, estas dos fuerzas que todo lo destruyen.

Allí duró el combate cerca de cinco horas.

El pueblo se habia apoderado del Palacio Real y hacia fuego desde sus ventanas; habia tomado las barricadas y hacia fuego tras de ellas.

¡Cuántas maldiciones no fueron pronunciadas! ¡Cuántas promesas de venganza no fueron hechas durante estas cinco horas!

En medio de esas balas que se cruzan y silban, rodeadas de esa llama que brota de todas las ventanas, una jóven va á buscar los heridos, los lleva á su casa y los cura. Creeríase que no es de este mundo, ó cuando menos, que es invulnerable.

Este ángel del campo de batalla del que los Escandinavos habrian hecho una cuarta Valquivia, es la Srta. Lopez, artista del Odeon.

Mientras los muros del Château-d'Eau se despostillan por las balas, mientras el suelo de la plaza se pone tinto de sangre, se forzan las caballerizas del rey y se queman en la plaza del Carrousel los carruages de la corte.

Repentinamente resuena el grito de

—¡Fuego! ¡fuego en Château-d'Eau! El pueblo, con esa rapidez de intencion que solo á él es peculiar, comprende que acaba de encontrar el solo auxiliar que puede hacerle vencedor: tira de los carruages inflamados, los empuja, los arrastra, sale con ellos á la plaza del Palacio Real y los reúne al derredor del bastion. Echan un tonel de agua-ardiente en medio de este cráter, arrojan los muebles por las ventanas del castillo Egalité, levántase una hoguera, la llama se aumenta, el viento la azota contra las paredes, se pega á todo aquello que su furia puede morder, se encarniza en las ventanas y puertas, hace tizones la madera, pone rojo el fierro y victoriosa, rugiente y mortal, penetra por todas las aberturas: los fusilazos van cesando poco á poco: el incendio ha matado la fusilería.

Toda la historia que acabamos de contar, está escrita sobre la fachada ennegrecida por el humo y acribillada por

las balas. Id á ver esta página de piedra y podreis entonces comprender lo que fué la lucha.

Pero ha concluido ya; la multitud se dirige á las Tullerías; mas llega muy tarde, hace dos horas que han sido tomadas.

Por lo demas, el minuto, el segundo en que ha sido tomado el castillo se hace constar:

Un dedo poderoso ha detenido el tiempo: un hombre del pueblo ha subido al relox y ha roto el péndulo.

Y el péndulo impasible é inexorable ha marcado la hora de la victoria del pueblo, la caída de la monarquía.

ES LA UNA Y MEDIA.

Mientras el duque de Nemours, la duquesa de Orleans, los jóvenes príncipes, los ayudas de campo y los secretarios salian por el pabellon de en medio, el pueblo, como hemos dicho, entraba por la reja, por los muelles y por la calle de Rivoli.

Se abalanzó sobre el castillo.

Despues del 10 de Agosto de 1792, será la tercera vez que tome, volcando el trono, esta fortaleza que le sirve de abrigo.

Dos veces el trono ha vuelto á quitársela.

El número tres es cabalístico y sagrado: esta vez le quedará ya para siempre.

Pero mientras el pueblo pasa como un torrente, como un incendio, como una lava, los cristales, vasos de china, muebles de Boule, mesas incrustadas de marfil ó ágata, todo perece en sus manos; todo, escepto los cuadros, *que no podrá volver á hacer.*

El mismo es quien ha dicho estas palabras ¡sublime confesion de infortunio! ¡reconocimiento sublime del ingenio!

Repentinamente se oye una descarga.

Un busto de Luis Felipe vuela en pedazos á la fuerza de mas de veinte balas; el rey juzgado por contumacia, acaba de ser ejecutado en efigie.

¿En dónde será donde se destruya este torrente? ¿Dónde encontrará esta lava un obstáculo? ¿Dónde podrá apagarse este incendio?

Delante de un recuerdo.

Delante de la habitacion del príncipe que amó; á la puerta de la recámara del duque de Orleans.

Allí viene á morir la oleada que por todas partes azota las paredes, rauda se esparce, rompe, cava, pulveriza.

¡Ah! nosotros nos engañamos hay todavía una cosa que se respeta: el oro, las alhajas, los diamantes.

Dos hombres andrajosos montan la guardia delante de los millones, mientras otros hombres andrajosos arrojan el trono por las ventanas.

He aquí lo que pasa en la cámara durante esta hora de tantos sucesos.

A medio dia se reunieron los diputados.

Diez minutos despues de abierta la cámara se presentó M. Thiers.

Llevaba su sombrero en la mano y su rostro estaba descompuesto.

—Y bien, le gritan por todas partes, ¿sois ministro?

—La marea sube, sube y sube, dijo él alzando su sombrero sobre todas las cabezas.

En efecto, la marea subia, la oleada popular debia, al concluir el dia, cubrir muchas frentes, sobrepasar muchas cabezas.

Se busca por todas partes á M. Barrot.

M. Barrot no se hallaba en el salon.

Muchas personas le habian visto, por la mañana á caballo, á las once en coche, á las doce á pié.

A esta hora parecia fatigadísimo y sobre todo muy desanimado: habia tragado los últimos asientos de su popularidad.

M. Carlos Laffitte sube á la tribuna y pide que la cámara se constituya en permanente hasta el fin de los sucesos.

Esta proposición se vota por medio de aclamaciones.

Un oficial se acerca al presidente y le habla al oído.

—Señores, dijo éste, acaba de anunciármese que madama la duquesa de Orleans va á entrar en la cámara.

Dos huyeres se dan prisa en poner un sillón bajo la tribuna y á sus lados dos sillas.

Se abrió repentinamente la puerta de la cámara y la duquesa se encuentra delante del presidente; bajó la suave pendiente que conduce de esta puerta á la tribuna y va á sentarse al sillón acompañada de sus dos hijos que lo hacen en las otras dos sillas.

Una pequeña escolta compuesta del duque de Nemours, con uniforme de general, y de algunos ayudados de campo y otros soldados de la guardia nacional la acompaña.

Hay un gran silencio en la cámara: es el silencio del que espera, el silencio de la inquietud.

Nadie pide la palabra.

Al fin M. Lacrosse se levanta.

—M. Dupin, dijo, hablad, hablad pues; mirad que conducis al conde de Paris á la Cámara.

—Yo no he pedido la palabra.

—¡Nada importa! nada importa! el tiempo urge y es menester que sepamos á que atenernos! gritan por todas partes ¡á la tribuna! á la tribuna!

M. Dupin, levantado, por decirlo así, por una fuerza moral, sube á la tribuna.

—Señores, dijo, conoceis bastante bien la situación de la capital y habeis visto los manifiestos que se han hecho; ellos han dado por resultado la abdicación de S. M. Luis Felipe, el que ha declarado al dejar el poder, que le dejaba su libre trasmisión al conde de Paris siendo regente la duquesa de Orleans.

Son acogidas estas palabras con aclamaciones y gritan por todas partes:

¡Viva el rey! viva el conde de Paris! viva la Regente!

Baja de la tribuna M. Dupin y llaman á M. Odilon-Barrot; lo buscan por todas partes pero no está aun en el salón.

—Pido, dijo M. Dupin desde su lugar, que mientras llega la acta de abdicación, que probablemente traerá M. Barrot, sean inscritas, en forma de proceso verbal, todas las aclamaciones que se han hecho aquí saludando al conde de Paris como á rey de Francia, y á la Señora duquesa de Orleans como regente: todo con la garantía del voto nacional.

—Señores, respondió el presidente, páreceme que la Cámara por medio de sus unánimes aclamaciones. . . .

M. Sauzet, que parecia indicar iba á jugar con artificio como lo habia hecho en 1830, no concluyó, pues se levantaron protestas de los estremos de la Cámara, y sobre todo, de las galerías. Se abren repentinamente las puertas; los guardias nacionales que las han roto entran y rechazan á los huyeres.

La oleada que parecia iba á anegar todo, se detiene, sin embargo, á la vista de la duquesa de Orleans y de sus dos hijos.

Entonces se cambian mil preguntas entre el duque de Nemours y el pueblo, y por fin este se retira hasta el pié de las escaleras de las galerías.

En este momento M. Manuel Arago codea á M. Marie, diciéndole:

—Vamos, habla, habla pues.

A la verdad era el momento de hablar; el instante es supremo: el segundo que va á pasar, traerá la corona sobre la cabeza del hijo de Luis Felipe ó va á robársela para siempre y llevarle, no tan solo lejos de la dinastía, sino de toda la Francia.

M. Marie corre, en efecto, á la tribuna, pide en vano un momento de silencio, no puede obtenerlo y da un paso atrás.

Entonces M. Lamartine se levanta, tiende la mano y con solo esto obtiene lo que M. Marie no pudo conseguir.

—Pido, dijo, pido al señor presidente que suspenda la se-

sion; lo hago por dos motivos: primero por el respeto que nos inspira la representacion nacional, y segundo por la presencia de la augusta princesa que tenemos delante.

Se oyen diversos gritos de ¡no! no! no! sí!

—La cámara va á suspender su sesion, dijo el presidente, hasta que la señora duquesa de Orleans y el nuevo rey se hayan retirado.

El duque de Nemours y muchos diputados se acercan á la princesa.

Es fácil inferirse que insisten en que la princesa deje la cámara, pero ella rehusa porque comprende que si se aleja todo se ha perdido para ella y para su hijo.

—La señora duquesa de Orleans, dice M. Lherbette, desea quedarse.

M. Marie está todavía en la tribuna, la duquesa de Orleans y sus hijos están todavía en el hemiciclo pero con la diferencia de que ahora están parados.

M. Marie logra conseguir un momento de silencio.

—Señores, dice, en la situacion en que se encuentra Paris, está en nuestro deber y lo pide la necesidad, el que se tomen medidas que obren con autoridad en la poblacion.

Desde esta mañana el mal está haciendo inmensos progresos ¿qué partido debemos tomar? La duquesa de Orleans ha sido nombrada regente pero hay una ley que nombra al señor duque de Nemours y no podeis ponerlos á hacer ahora una ley.

Lo que podemos hacer mejor es nombrar un gobierno provisional, no para que dé instituciones sino para que obre con las dos cámaras para satisfacer el voto del pais.

Mil aclamaciones acojen estas palabras; pero al mismo tiempo hacen estremecer á la duquesa de Orleans que comprende que no tan solo no se sostiene ya su regencia, sino que se la ataca.

M. Crenier sube á la tribuna sin que haya bajado M. Marie, y colocándose á su lado pronuncia estas palabras:

—Está en el interes de la salud pública el que se tome una medida; importa que todo el mundo esté de acuerdo en la proclamacion de un príncipe, y el que se proporcionen al pueblo garantías verdaderas. No hagamos lo que hicimos en 1830, pues veis que lo comenzado entonces ha sido menester concluirlo en 1848. . . .

Los aplausos le interrumpieron.

—Instituyamos un gobierno provisional, no para que arregle el porvenir sino para que restablezca el orden en el presente.

Respeto muchísimo á la señora duquesa de Orleans y acabo ahora mismo de conducir á la familia real al coche que la conduce, la poblacion parisiense ha mostrado tambien un grande respeto al rey, pero nosotros que hemos sido enviados aquí para hacer leyes, no podemos violarlas. Ahora bien, una ley dispone de la regencia, y no estoy porque se abrogue en este momento.

Creedme, ya que hemos llegado á sufrir una revolucion cuando tan solo queriamos un simple cambio de política, sepamos aprovechar los acontecimientos, no dejemos á nuestros hijos la tarea de renovar esta revolucion. Pido la institucion de un gobierno provisional, y propongo que sea compuesto de cinco ministros.

—¡Adoptado! ¡adoptado! gritan por todas partes.

Al estar en esto apareció M. Odilon Barrot.

Todas las miradas se vuelven á él y las de la duquesa de Orleans mas que ningunas otras. Este hombre á quien el rey ha mirado tanto tiempo como á su enemigo, es la última esperanza de la regencia.

M. Odilon Barrot se dirige hácia la tribuna: está abatido; parece que comprende que ya no es simpático á aquellas masas que invaden la cámara. El pueblo de Febrero no es ya para él lo que era el pueblo de Julio; un sentimiento instintivo le revela que su popularidad ha caido.

Lleva en las manos la abdicacion de un rey cuyo pueblo

ha roto violentamente el trono, y lleva á un niño una corona arrancada por la fuerza de la cabeza de un anciano.

Teme, duda.

M. de Genoude se le ha adelantado á la tribuna: se pide la palabra para M. Barrot, pero éste pide con una señal que se escuche á su colega. Tomará algunas inspiraciones del discurso de éste y tendrá al menos tiempo para reponerse.

M. de Genoude exige el concurso del pueblo.

—Se ha descuidado, dice, se ha echado en olvido este principio en 183 y ved hoy lo que nos sucede.

M. Odilon Barrot toma la palabra, un silencio religioso se difunde como por encanto.

—Jamás, dijo, hemos tenido necesidad de mas patriotismo y sangre fría que al presente.

Podemos todos unirnos bajo un mismo sentimiento; el de salvar nuestro país del mas horrible de los azotes: de la guerra civil.

Las naciones no mueren, tan solo se debilitan por las disensiones intestinas, y nunca la Francia ha necesitado mas que ahora de todas sus fuerzas vivas y del concurso de todos sus hijos.

Nuestro deber está ya señalado, tiene felizmente esa sencillez que seduce á una nacion, pues se dirige á su valor y honor. La corona de Julio reposa en las cabezas de un niño y una mujer.

Los aplausos del centro interrumpen á M. Barrot. A esta señal de simpatía la duquesa se levanta y saluda, y volviéndose al joven príncipe le dice algunas palabras, al cabo de las cuales éste se levanta y saluda tambien.

M. Ledrú-Rollin pide la palabra.

M. Barrot continúa:

—Yo hablo en nombre del país y de la verdadera libertad, y ya veis cual es mi opinion que no me hubiera atrevido á indicar en otra situación.

M. de La Rochejacquelein, que hacia algun tiempo espera-

ba nomas que concluyese M. Barrot para seguir él, sube á la tribuna sin que se le oponga la mas mínima resistencia.

M. Barrot baja de aquella tribuna á la que habia subido tantas veces inútilmente para defender, y á la que acaba de subir, tambien inútilmente, para atacar.

—Ninguno respeta mas que yo, dijo M. de La Rochejacquelein, ni nadie conoce tan profundamente la belleza de ciertas situaciones; no estoy yo hoy en mi primera prueba.

Señores, pertenece á todos aquellos que en el pasado han servido á los reyes, el hablar hoy del país y del pueblo.

M. de La Rochejacquelein es interrumpido por señales de aprobacion.

—Hoy, continuó, alzando mas la voz, vosotros ya no sois nada aquí, nada, lo entendeis, nada, nada ya.

A estas palabras que terminan con tanta violencia su carrera política, los centros responden con furiosos gritos.

—Señor, dijo el presidente, dirigiéndose al orador, os separais del orden, yo os llamo á él.

—Permitid el que hable, responde M. de La Rochejacquelein.

En efecto, el orador va á continuar pero su ademan y su voz quedan tan solo en actitud.

CAPÍTULO XXVIII.

EN este instante entra en el salon una inmensa turba de hombres con armas, de guardias nacionales, de estudiantes y operarios, y se adelantan hasta en medio. Unos llevan banderas, otros vienen provistos de espadas, pistolas y fusiles, y otros, en fin, traen picas ó barretas.

La duquesa, cuyo primer pensamiento fué el de permanecer tranquila é inmóvil, fué tragada por aquella marea armada y arrastrada por los que la rodean; va á buscar en el punto mas elevado de la cámara un lugar donde no llegue la inundacion.

Esta multitud arroja los mas fuertes gritos de

¡Nada ya de regencia! ¡La prescripcion del rey! ¡La prescripcion!

Una voz se hace oír mas fuerte que sobresale entre todas y dice:

¡VIVA LA REPÚBLICA!!!

Se ignora quien ha arrojado aquel grito, soltado por primera vez dentro el recinto donde se encuentran reunidos

todavía los últimos restos de la monarquía y que va muy luego á hallar infinitos ecos.

A este grito la confusion y turbacion llegan á su último grado: una segunda tropa hostil está á las puertas; pero no encontrando lugar sube hasta las galerías.

Un hombre se inclina sobre el pasamano y apunta con su fusil á M. Sauzet el cual al verlo, desaparece bajo su mesa como si la tierra hubiera abiertose á sus piés.

Consignemos esta desaparicion: ella será probablemente el último acto político del honorable presidente.

Al estar en esto déjase ver por la puerta de en medio otros hombres equipados como los primeros; lugar justamente donde se hallaba la duquesa de Orleans y que era su última retirada.

Una especie de lucha se traba entre los oficiales que rodean al duque de Nemours y á la duquesa y los invasores.

La madre del conde de Paris siente dos manos sobre su cuello.

El hombre que la ha tocado va ya arrastrado violentamente lejos de ella; pero al levantar las manos para quitar las del que la tocaba, habia soltado á sus dos hijos y el torrente que corre los arrastra lejos de su madre.

Entonces el grupo se separa en dos distintas fracciones, cada una de ellas baja por cada uno de los pasillos que conducen al salon grande que da á la plaza de Borbon.

La duquesa de Orleans no forma parte de ninguna de estas dos secciones sino que se ha quedado atras para buscar á sus hijos.

Una de las fracciones se compone de oficiales y de hombres del pueblo que rodean y arrastran á otro hombre alto, pálido y medio desnudo. Es el señor duque de Nemours que va cambiando sus pantalones é uniforme militar por unos pantalones negros y un paletó que le dan precipitadamente.

La otra fraccion es compuesta de una docena de guardias

nacionales en medio de los que sobresale un hombre de talla colosal y que lleva al conde de Paris en los brazos apretándolo contra su pecho; pero lo oprime de tal modo que es difícil conocer si lo salva ó lo ahoga.

El niño asustado no pronuncia mas que esta interrogacion:

—¿Qué es esto? señor, ¿qué es esto?

Detras del joven príncipe va su ayo Hubert que no lo ha abandonado y que suplica al guardia nacional que le devuelva el niño.

—Prometo salvar al príncipe, y lo salvaré, respondió el guardia.

Habiendo llegado á la puerta de salida, notan que está cerrada; corren á la ventana y la abren: esta ventana está á la altura de ocho á diez piés.

El guardia nacional sube á ella y se ofrece á saltar con el príncipe, pero el ayo le detiene, pide con instancia saltar él primero para volver á darle el niño cuando esté abajo.

—¿Me lo volvereis? pregunta el guardia.

—Bajo mi palabra.

Hubert salta, recibe al niño, el hombre salta tambien, el grupo hace otro tanto y se aleja corriendo por el jardin.

Entretanto, el duque de Nemours ha desaparecido.

En este momento llega la duquesa de Orleans. Está ya segura de la suerte del duque de Chartres. Un huir lo ha encontrado al instante mismo en que se caía y lo ha llevado á su casa. Le aseguran tambien que el conde de Paris está en salvo y que puede verlo todavía por la ventana que ha quedado abierta.

Entonces consiente en retirarse á los salones de la presidencia en donde encuentra á M. Sauzet.

Sin embargo, es necesario huir. Piensan un instante en si tomarán uno de los coches que están parados delante de la cámara; pero estos coches están rodeados de una gran multitud de pueblo armado cuyas intenciones no se cono-

cen, y resuelven que es mejor huir por la plaza de Borbon y calle de la Universidad.

Entretanto los diputados han huido por su lado, la sala de sesiones está invadida por el pueblo, y tan solo cinco ó seis miembros de la pasada representacion nacional han quedado en ella.

Estos son M. Dupont (de l'Eure) á quien han hecho sentar en la silla presidencial, M. Lamartine, M. Ledrú-Rollin, M. Garnier Pagès, M. Marie, M. Cremieux y M. de La Rochejacquelein.

M. Lamartine está colocado por un singular capricho del destino entre un hombre del pueblo, que está á su izquierda, de una larga barba, de sombrero aboyado, de un sucio y mezquino vestido y que parece muestra de taller, y el autor de las *Meditaciones* que está á su derecha y se apoya en una grande espada con las dos manos; éste representaba al pueblo en su última espresion.

A la derecha del diputado de Macona está el conde Enrique de La Rochejacquelein; éste representa la nobleza histórica.

Esto es parecido en algo á una transfiguracion.

La sala presenta entonces un raro espectáculo que puede recordar uno de aquellos fatales dias de 1793.

Todas las espadas están desenvainadas, todos los fusiles preparados, todos los brazos y manos se agitan y todas las bocas hablan á un mismo tiempo.

Entre esta multitud, ademas de los diputados que están agrupados en la tribuna, se cuentan solo cinco ó seis hombres de levita ó chaqueta, ocho ó diez guardias nacionales y un oficial; todo el resto es puramente popular.

Entonces tratan de que se proclamen los nombres de los miembros del gobierno provisional. Dupont (de l'Eure, Arago y Lamartine pasan por unanimidad, y Ledrú-Rollin, que era el que leía, fué proclamado el cuarto.

Al oír los nombres de MM. Marie, Bethmont y Cremieux,

se empeñó una animada discusión; la voz de la multitud cubre la de M. Ledrú-Rollin y es obligado á escribir los nombres de Garnier Pagès, Cremieux, Bethmont y Marie.

Los dos primeros han sido proclamados por una inmensa mayoría.

Entonces una voz grita: *¡al Hotel-de-Ville!*

En efecto, el gobierno provisional está ya nombrado por el pueblo y no resta mas que conducirlo al palacio de este mismo pueblo.

Lamartine baja el primero. Lo acompañan no mas cuatro ó cinco personas, que son: MM: Laverdan, Cantugrets de la *democracia pacífica*, La Rochejacquelein y el oficial de que hemos hablado.

Habiendo llegado á la sala de los Pasos Perdidos se detiene y espera á sus colegas cosa de cinco minutos.

Al fin aparecen. M. Dupont (de l'Eure) sostenido por dos personas y tras de él Ledrú-Rollin y Cremieux.

M. Garnier Pagès se ha ido ya para el Hotel-de-Ville.

Traen un cobriolé y hacen subir á él á M. Dupont (de l'Eure), pues anda con trabajo. Dos hombres del pueblo armados de fusiles suben con él, otros dos suben al pescante y unos cinco se ponen á la zaga llevando una bandera roja en la mano.

Los otros miembros marchan sin sombrero, á pié y casi sin escolta.

Se cuenta que al pasar por el muelle, delante de la caserna de Orsay, se oyeron tras de las rejas algunos sonidos mal articulados que se parecían mucho á unas amenazas.

Lamartine hizo abrirla, entró hasta el patio, pidió una botella y un vaso, llenó éste, remojó en él sus labios, y levantándolo despues mas alto que su cabeza, exclamó:

—Amigos, he aquí el banquete que os habíamos prometido.

Y despues de esto, el acompañamiento siguió su camino hácia el Hotel-de-Ville.

El Hotel-de-Ville ya habia sido invadido con mucho antes, y el pueblo armado lo custodiaba. Tres piezas de artillería estaban en batería en la plaza.

El Hotel-de-Ville es las Tullerías del pueblo.

El consejo municipal delibera en medio del pueblo en una gran sala de cielo de encina esculpido, del que penden tres arañas de oro y que está rodeada de tres hileras de mesas con sus sillones forrados en terciopelo azul.

Se sabe ya todo lo que ha pasado.

La regencia de la duquesa de Orleans.

La prescripcion del rey.

Se ignora todavía la proclamacion de la república y la formacion del gobierno provisional,

Se ha elegido tan solo á M. Garnier Pagès maire de Pons y MM. Recurt y Guinard sus agregados.

M. Garnier Pagès dice que quiere retirarse lejos del tumulto para tomar, con calma, las medidas que la situacion exige.

MM. Recurt y Guinard lo acompañan.

Se ha dejado la sala en poder del pueblo que todavía no sabe lo que pasa.

Tan solo sí en medio de la muchedumbre hay un hombre que lleva una pica y clavado en su fierro un rotulon, que dice:

¡VIVA LA REPÚBLICA!!!

Hacia media hora que M. Garnier Pagès habia dejado la sala, cuando una voz gritó:

—¡Lugar! ¡lugar! ¡lugar! á M. Ledrú-Rollin que viene de la cámara de diputados: ®

En efecto, M. Ledrú-Rollin entró. Se conoce fácilmente que trae noticias de importancia, y hacen que suba encima de una mesa para que todos puedan verle y oírle:

—Pueblo, dijo, mira lo que acabas de hacer, voy á contártelo. Has entrado armado á la cámara de diputados; has

arrojado de ella á los diputados que querian nombrar una regencia; te has apoderado de la tribuna y has dicho: "No hay aquí mas señor que yo," y entonces has nombrado un gobierno provisional. He aquí los nombres de los miembros que lo componen:

Dupont (de l'Eure), Lamartine, Arago, Ledrú-Rollin y Cremieux.

Y á cada nombre los aplausos interrumpian al orador.

Los nombres que el asentimiento popular ha consagrado en la cámara, son consagrados por segunda vez en el Hotel-de-Ville.

Bien pronto se oyeron gritos en la plaza que anunciaban la llegada de los otros miembros del gobierno provisional. Suben estos la escalera, entran directamente en la cámara que se les ha destinado y comienzan una sesion que durará sesenta horas.

Mientras esto sucede un hombre entra en el salon y se hace lugar por en medio de la masa que lo oprime, sube en un sillón y dice:

—Yo soy el ciudadano Lagrange, de Lyon, los combatientes unidos al diario la "Reforma" han nombrado una junta provisoria que va á venir aquí. Yo ruego, pues, á todos los presentes el que nos dejen esta sala para que la junta pueda deliberar con tranquilidad.

La sala fué evacuada y se pusieron dos guardias nacionales á la puerta para guardarla.

Algunos minutos despues M. Luis Blanc, Fernando Flocon y Albert llegan pero la sala les parece muy pequeña y piden otra.

Se les indica la sala inmediata del consejo: las tres arañas de oro están encendidas y arrojan su claridad sobre el horno popular.

Cada uno de los oradores va arengando por su turno á los asistentes, mas el discurso del último es interrumpido por

la proclama de los diferentes miembros del gobierno provisional á los diversos ministerios á que son llamados.

Dupont (de l'Eure) es presidente del consejo; Lamartine de negocios extranjeros; Ledrú-Rollin del interior; Cremieux de justicia; Arago de marina; Carnot de instruccion pública y Marie de trabajos públicos.

La lista se publicará mañana en el "Monitor."

El pueblo sabe ya el nombre de los ministros, pero no se contenta con esto, quiere verlos: habiendo sido engañado con tanta frecuencia, teme que se le engañe otra vez aun.

Una diputacion va á llamar á la puerta de la Cámara donde se halla el gobierno provisional y comunica el deseo que tiene á los representantes del pueblo; Lamartine se separa de la mesa en que habian establecido ya la sesion y se adelanta entre un hombre del pueblo y un guardia nacional.

Es siempre el mismo hombre de la orgullosa serenidad, de la sonrisa sardónica: jamas, en medio de las pasiones que van á rugir á su derredor, se le verá palidecer de temor ó enrojecer de cólera. Lamartine no es un hombre, es la estátua viva de la humanidad. Comienza entonces una de esas magníficas improvisaciones que el gran poeta sabe hacer: entonces destila su boca la persuacion en cadenas de oro: y entónces se calman tambien todos los rugidos y todos los clamores que hacen del pueblo un nuevo oceano.

—Amigos, dice al fin el poeta ¡victoria! victoria! habeis coquistado definitivamente en tres horas todos los derechos del ciudadano y hombre libre, y si un poder ciego é impío quisiere aprovecharse aun de las sombras de la noche para arreatároslos, sabreis defenderlos. ¡Mártires y combatientes de este gran dia! recibid los votos de gracias que os hago en nombre de la patria, en nombre, sí, de todo el mundo.

Entonces un hombre del pueblo levanta la voz:

—Y vosotros, dijo ¡qué decis? cuales son vuestras intenciones, vuestros pensamientos? pues hasta ahora no habeis hablado mas que de nosotros.



—Nosotros, respondió Lamartine, nosotros... nosotros somos quienes nos hemos entregado en cuerpo y alma, los que nos hemos unido sin reserva al triunfo de vuestra causa.

Hemos quemado nuestros bajeles, hemos echado abajo el trono.

—¿De esta manera sois, y no otra cosa, un gobierno republicano?

—Sí, pero un gobierno republicano provisional: aguardamos la sancion de la Francia.

—La Francia somos nosotros, y tenemos en Paris delegados de toda ella: todas las provincias están aquí representadas. Somos á un mismo tiempo la sangre, el corazon y la cabeza del pais.

—¿Y os sentis bastante fuertes y bastante justos para inaugurar la era santa de la República?

—¡Sí, sí, sí!

—Loado sea Dios, que me ha dejado ver amanecer este dia. ¡Viva la República!

Y un inmenso coro responde:

¡Viva la República!!

Lamartine es llevado en triunfo hasta la sala del gobierno

Al cabo de dos horas no quedaban en la sala del consejo mas que un hombre sentado en el sillón del presidente, donde parecia haberse quedado dormido de cansancio, y otro que estaba en pié delante de él con una bandera roja en la mano, un gorro de dormir y que cantaba:

“Jamás, jamás en Francia

“El inglés reinará.”

A las once, los corredores y pasillos del Hotel-de-Ville están ya casi sin gente. Una gran multitud está en la plaza y espera, á cada noticia que recibe del gobierno provisional, la sola, la verdadera palabra de orden; esta es:

Libertad! Igualdad! Fraternidad! mantenedbar las ricadas.

De esta manera se pasó este dia que no tiene igual en los fastos del mundo, y que ha visto pasar sucesivamente dos ministerios, caer un trono y una regencia y

¡Proclamar una república!

25 de Febrero.—El dia comienza á alumbrar á Paris, ayer monarquía hoy república.

En la noche la obra de organizacion, comenzada la víspera en el Hotel-de-Ville, es continuada.

Los diarios anuncian que el gobierno provisional se compone de MM. Dupont (de l'Eure), Lamartine, Cremieux, Arago, Ledrú-Rollin, Garnier Pagès y Marie.

Los secretarios son:

MM. Armando Marrast, Luis Blanc y Fernando Flocon.

He aquí sus primeros actos y de la manera con que estaban distribuidos los ministerios:

Dupont (de l'Eure) presidente del consejo;

Negocios extranjeros, Lamartine;

Interior, Ledrú-Rollin;

Guerra, Bedeau;

Hacienda, Miguel Goudeaux;

Marina, Arago;

Agricultura y comercio, Bethmont;

Trabajos públicos, Marie;

Instruccion pública y cultos, Carnot;

Gobernador general de Argelia, general Cavaignac;

Maire de la ciudad de Paris, Garnier Pagès;

Y comandante superior de la guardia nacional de Paris, Courtais. ®

A eso de las diez de la mañana se sabe que el rey ha llegado la víspera á Trianon á las cuatro de la tarde: allí echó de ver que habia perdido su cartera y partió al punto para la ciudad de Eu.

Fíjense las proclamas siguientes:

REPÚBLICA FRANCESA.

Febrero 25 de 1848.

“El gobierno de la república francesa se compromete á garantir la existencia del operario por el trabajo.

“Se compromete á garantir trabajo á todos los ciudadanos.

“Ha conocido que los operarios deben asociarse entre sí para gozar los beneficios de su trabajo.

“El gobierno provisional da á los operarios, pues que les pertenece, el millon que va á entrar en la lista civil.

“*Garnier Pagès*, maire de Paris.

“*Luis Blanc*, secretario.”

“En nombre del pueblo frances,

“El gobierno provisional decreta:

“Queda disuelta la cámara de diputados.

“Se prohíbe á la cámara de los pares reunirse.

“Una asamblea nacional se convocará tan luego como el gobierno provisional haya reglado las medidas de orden y policia necesarias para el voto de todos los ciudadanos.”

“Ciudadanos:

“El gobierno provisional declara: que el gobierno actual es el gobierno republicano, y que la nacion será llamada inmediatamente á ratificar con su voto, la resolucion del gobierno provisional y del pueblo de Paris.

“Quedan los panaderos obligados á poner á la disposicion de los comandantes de punto cincuenta piezas de pan, en cambio de pagarés, los que les serán reembolsados en el Hotel-de-Ville: el pan es destinado al alimento de los ciudadanos que han tomado las armas.

“La distribucion será hecha por los comandantes susodichos, yharán que el pan venga custodiado.”

A las dos de la tarde se supo la rendicion de Vincennes y del Monte Valereo.

Toda la mañana se han estado llevando al Hotel-de-Ville los objetos preciosos encontrados en las Tullerias, como son diamantes, adornos, alhajas, &c.

Un barrendero llevó una cajita abierta en la que se encontraban doscientos mil francos en billetes de Banco, y ciento setenta y cuatro mil en oro.

Las noticias llegan por todas partes; tan solo sí que no se puede saber cuáles son verdaderas y cuáles falsas.

Se dice que la república ha sido proclamada en Bruselas y que el rey Leopoldo ha huido.

Se dice también que la familia real se ha embarcado en Treport.

Y en fin, que el rey ha sido atacado de una apoplegia fulminante y muerto repentinamente.

Todas estas noticias pasan de boca en boca con una rapidez eléctrica.

Se organizan suscripciones para favorecer á los heridos.

A las tres reina en el pueblo cierta inquietud; le han dicho que el gobierno le ha hecho traicion y que va á establecer la regencia. Ayer lo proclamaron, hoy lo calumnian. El pueblo pide garantias y quiere, en lugar del gallo, el gorro frigio, y en vez de la bandera tricolor, la bandera colorada.

Se encamina al Hotel-de-Ville.

Esta agitacion crece á la vista de las angarrillas en que llevan los heridos, las que se hacen pasear de propósito por toda la ciudad, para que el pueblo no olvide el combate de la vispera y no ceda á las influencias retrógradas que se temen.

El pueblo llega al Hotel-de-Ville desembocando por las calles y muelles, é inundando la plaza de la Grève.

Lamartine y Marie están solos en el Hotel-de-Ville.

Lamartine oye los rugidos del pueblo, pero sabe como un nuevo Androcles el modo de calmar este leon.

Baja, se cruza de brazos y pregunta á estos millares de hombres rabiosos lo que quieren.

En medio de los gritos, de los clamores, de las imprecaciones, de los sables levantados y de las bayonetas caladas, comprende que se duda de la lealtad del gobierno, y que quieren la sustitucion de la bandera roja á la bandera tricolor.

Entonces hace señal de que va á hablar.

Poco á poco va sosegándose esta mar; sus olas cesan de correr y queda al fin tranquila.

“¡Eh qué! ciudadanos, dijo, si se os hubiera dicho hace tres dias que habiais de haber tirado un trono, destruido la oligarquía, obtenido el sufragio universal, conquistado todos los derechos del ciudadano, fundado, en fin, una república, ese sueño lejano de aquellos mismos que sentian su nombre oculto bajo los pliegues de sus conciencias como si fuese un crimen... ¡y qué república!... no una república como las de Grecia y Roma que encerraban nobles y plebeyos, señores y esclavos; no una república como las repúblicas aristócratas de los tiempos modernos que encierran ciudadanos y proletarios, grandes y pequeños ante la ley, un pueblo y un patriciado; sino una república justiciera en donde no hay ni aristocracia, ni oligarquía, ni grandes, ni pequeños, ni patricios, ni plebeyos, ni señores, ni ilotas ante la ley; donde no hay más que un solo pueblo compuesto de la universalidad de los ciudadanos y en donde el derecho y el poder públicos no se componen sino del voto y del derecho de cada individuo de que se compone la nacion, que viene á reasumirse en un solo poder colectivo llamado el *Gobierno de la República*; que da leyes, instituciones populares y beneficios á ese mismo pueblo de que ha emanado.... si se os hubiera dicho todo eso, repito, hace tres dias, no lo

habriais creído y hubierais dicho. ¡Tres dias! es menester tres siglos para concluir semejante obra en provecho de la humanidad!... Y bien, lo que habriais declarado imposible se ha concluido... ¡Ved aquí nuestra obra, en medio de este tumulto, de esas armas, de esos cadáveres, de vuestros mártires...!

“¡Y así murmurais contra Dios y contra nosotros!

—“No, no, no murmuramos, interrumpieron muchas voces á M. Lamartine.

—“¡Oh! seriais indignos de esos dones, repuso Lamartine, si no sabeis contemplarlos y reconocerlos.

“¿Qué os pedimos nosotros para concluir nuestra obra? ¿son años? no; ¿son meses? tampoco; ¿son semanas? mucho menos; dias, dias tan solo. Dos ó tres dias mas, esperad, y vuestra victoria será escrita, aceptada, asegurada, organizada de manera que ninguna tiranía, á escepcion de vuestras impaciencias, podrá arrancároslas de vuestras manos.

“¿Y nos rehusareis estos dias, esas horas de calma, esos minutos? ¡Ahogareis á la REPÚBLICA nacida de vuestra sangre y que está apenas en la cuna?

—“No, no, no, repiten las mismas diez mil voces. *¡Viva la república! ¡Viva el gobierno provisional! ¡Viva Lamartine!*

—“Ciudadanos, continuó Lamartine, acabo de hablaros como ciudadano; bien: ahora escuchad á vuestro ministro de negocios extranjeros:

“Si vosotros me arrebatáis la bandera tricolor, sabedlo bien, me arrebatareis la mitad de la fuerza exterior de la Francia; porque la Europa no vé sino la bandera de las derrotas y de nuestras victorias en la bandera de la República y del Imperio.

“Al ver la bandera roja no creará ver sino la bandera de un partido. La bandera de la Francia, la bandera de nuestros ejércitos victoriosos; y en fin, la bandera de nuestros triunfos, es la que es menester levantar delante de la Euro-

pa. La Francia y la bandera tricolor no son mas que un mismo pensamiento, un mismo prestigio, un mismo terror de que tenemos necesidad para nuestros enemigos.

“Pensad no mas, cuánta sangre no seria necesario hacer verter para que otra bandera alcanzase nueva fama.

“La bandera roja, no la adoptaré jamas, y os diré en una palabra por qué me opongo á la adopcion con toda la fuerza de mi patriotismo.

“La bandera tricolor, ciudadanos, ha dado la vuelta al mundo con la República y con el Imperio, con vuestras libertades y vuestras glorias, mientras que la bandera roja no ha hecho sino la vuelta del Campo de Marte, arrastrada por la sangre del pueblo.”

A esta última peroracion, ó mas bien, á esta última imagen, la cólera del pueblo se apagó para hacer lugar al entusiasmo. Todos se precipitaron á Lamartine por ver quien podria tocarlo, oprimir sus manos ó abrazarlo. Entonces él estiende sus manos por encima de aquel grupo de que es centro, y dice:

“¡Oh! mis amigos, mis buenos amigos, ¡no sabreis jamas comprender este torrente de afecto que hay aquí hácia vosotros! ¡Qué no tenga yo los brazos inmensos para abrazaros á todos y estrecharos contra mi corazon!”

Con esto concluyó todo. Este pueblo que subia como una marea y que rugia como una tempestad, se detuvo y se fué.

A las cuatro, los baluartes presentaban un curioso espectáculo; diríase que hay una fiesta en todo Paris. Toda la poblacion se da prisa en ir á la Bastilla ó en bajar á la Magdalena. La noche que entra no interrumpe este incesante paseo. Todas las casas se iluminan y presentan en toda la longitud de los baluartes una doble fachada de llamas.

CAPÍTULO XXVIII.

TODAS las barricadas están todavía en su estado pero es necesario echarlas abajo para dejar libre el tránsito: los que las han levantado están en ellas para dar la mano á las señoras y tomar los niños en los brazos. Jamas se habia visto en el pueblo tanta política sino hasta que ha sido soberano. Tan solo que, de las once de la noche en adelante, no puede transitarse sin santo ó de lo contrario es uno obligado á hacerse reconocer en el cuerpo de guardia.

26 de Febrero.—Paris presenta el mismo aspecto, solo por la mañana se pasa por las barricadas que tienen paso; están aun guardadas por sus defensores.

La que está á la entrada de la calle de Montmartre, conserva aun sus cañones.

La primera cosa que todos y cada uno piden es su diario. Los diferentes papeles contienen los decretos siguientes:

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“El gobierno provisional, convencido de que la grandeza de alma es la política suprema, y de que cada revolucion

pa. La Francia y la bandera tricolor no son mas que un mismo pensamiento, un mismo prestigio, un mismo terror de que tenemos necesidad para nuestros enemigos.

“Pensad no mas, cuánta sangre no seria necesario hacer verter para que otra bandera alcanzase nueva fama.

“La bandera roja, no la adoptaré jamas, y os diré en una palabra por qué me opongo á la adopcion con toda la fuerza de mi patriotismo.

“La bandera tricolor, ciudadanos, ha dado la vuelta al mundo con la República y con el Imperio, con vuestras libertades y vuestras glorias, mientras que la bandera roja no ha hecho sino la vuelta del Campo de Marte, arrastrada por la sangre del pueblo.”

A esta última peroracion, ó mas bien, á esta última imagen, la cólera del pueblo se apagó para hacer lugar al entusiasmo. Todos se precipitaron á Lamartine por ver quien podria tocarlo, oprimir sus manos ó abrazarlo. Entonces él estiende sus manos por encima de aquel grupo de que es centro, y dice:

“¡Oh! mis amigos, mis buenos amigos, ¡no sabreis jamas comprender este torrente de afecto que hay aquí hácia vosotros! ¡Qué no tenga yo los brazos inmensos para abrazaros á todos y estrecharos contra mi corazon!”

Con esto concluyó todo. Este pueblo que subia como una marea y que rugia como una tempestad, se detuvo y se fué.

A las cuatro, los baluartes presentaban un curioso espectáculo; diríase que hay una fiesta en todo Paris. Toda la poblacion se da prisa en ir á la Bastilla ó en bajar á la Magdalena. La noche que entra no interrumpe este incesante paseo. Todas las casas se iluminan y presentan en toda la longitud de los baluartes una doble fachada de llamas.

CAPÍTULO XXVIII.

TODAS las barricadas están todavía en su estado pero es necesario echarlas abajo para dejar libre el tránsito: los que las han levantado están en ellas para dar la mano á las señoras y tomar los niños en los brazos. Jamas se habia visto en el pueblo tanta política sino hasta que ha sido soberano. Tan solo que, de las once de la noche en adelante, no puede transitarse sin santo ó de lo contrario es uno obligado á hacerse reconocer en el cuerpo de guardia.

26 de Febrero.—Paris presenta el mismo aspecto, solo por la mañana se pasa por las barricadas que tienen paso; están aun guardadas por sus defensores.

La que está á la entrada de la calle de Montmartre, conserva aun sus cañones.

La primera cosa que todos y cada uno piden es su diario. Los diferentes papeles contienen los decretos siguientes:

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“El gobierno provisional, convencido de que la grandeza de alma es la política suprema, y de que cada revolucion

hecha por el pueblo frances, debe ademas al mundo la consagracion de una verdad filosófica:

“Considerando que no hay principio mas sublime que el de la inviolabilidad de la vida humana;

“Considerando que en los memorables dias en que nos hallamos, el gobierno provisional ha visto con orgullo que ni un grito de muerte ó de venganza ha salido de la boca del pueblo;

“Declara:

“Que mientras él dure queda abolida la pena de muerte en materia política, pero que sin embargo presentará esta proposicion á que la ratifique la asamblea nacional.

“El gobierno provisional tiene una tan firme conviccion de la verdad que proclama en nombre del pueblo frances, que si los hombres culpables que acaban de hacer correr la sangre de la Francia estuviesen en las manos del pueblo, el castigo mas fuerte á sus ojos que les daria, seria el de degradarlos y no el de matarlos.

“Los miembros del gobierno provisional,

Dupont [de l'Eure], Lamartine, Garnier Pagès, Arago, Marie, Ledru-Rollin, Cremieux.

“Secretarios:

Luis Blanc, Armando Marrast, Flocon, Albert, obrero.”

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“El maire de la ciudad de Paris, advertido de que algunos de los ciudadanos han manifestado la intencion de destruir las residencias que han pertenecido á la corona, á fin de hacer desaparecer hasta los mas mínimos vestigios de tiranía;

“Les recuerda que estos edificios pertenecen de hoy en adelante á la nacion;

“Que por una resolucion del gobierno provisional;

“Ellos deben ser vendidos por su justo precio para aliviar las víctimas de nuestra gloriosa revolucion;

“Y para los daños y perjuicios que pidan el comercio y el trabajo;

“Invita, pues á todos los buenos ciudadanos á que recuerden que todos los edificios nacionales están bajo la salvaguardia del pueblo;

“El maire de Paris;

“Garnier Pagès.”

“Febrero 25.”

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“¡Ciudadanos!

“La monarquía, bajo cualquier forma que sea, queda abolida;

“Nada ya de legitimismo, nada de bonapartismo, nada de regencia;

“El gobierno provisional ha tomado todas las medidas necesarias para hacer imposible la vuelta de la antigua dinastía y el advenimiento de otra nueva;

“Queda proclamada la república;

“Todos los fuertes que rodean la capital son nuestros;

“La valiente guarnicion de Vincennes es una guarnicion hermana;

“Conservamos con respeto nuestra antigua bandera republicana, cuyos tres colores han dado con nuestros padres la vuelta al mundo;

“Mostramos que ese símbolo de Igualdad, Libertad y Fraternidad es al mismo tiempo el símbolo del orden mas ver-

dadero y el mas duradero, pues la justicia es la base y el pueblo el instrumento;

“El pueblo ha comprendido ya que el comercio de Paris exige una circulacion **mas** libre en sus calles, y las manos que han levantado **barricadas** han hecho en algunas de ellas una abertura bastante **ancha** para el libre paso de los carruajes de trasporte.

“Que este ejemplo sea seguido por todos, que Paris vuelva á tomar su acostumbrado aspecto, y el comercio su actividad y su confianza; **que** el pueblo vele á la vez sobre el mantenimiento de sus **derechos**, y que continúe como hasta aquí lo ha hecho, la **tranquilidad** y seguridad públicas.

“Los miembros del **gobierno** provisional, &c.”

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“El gobierno provisional decreta el que se establezcan inmediatamente talleres nacionales.

“El ministro de trabajos públicos está encargado de la ejecucion del presente **decreto**.

“Los miembros del **gobierno** provisional, &c.

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

“El gobierno provisional declara que la bandera nacional es la bandera tricolor cuyos colores serán restablecidos en el orden que habia adoptado la república francesa. En esta bandera estarán escritas estas palabras: REPÚBLICA FRANCESA; *libertad, igualdad, fraternidad*; tres palabras que esplican lo mas estensamente el sentido de las doctrinas democráticas cuyo símbolo es esta bandera, al mismo tiempo que los colores contienen las tradiciones de ellas.

“En señal de reunion, y como un recuerdo de reconocimiento al último acto de la revolucion popular, los miembros del gobierno provisional y demas autoridades, traerán un lazo rojo, el que será tambien colocado en la punta de la asta de la bandera.

“Los miembros del gobierno provisional, &c.”

“El gobierno provisional decreta:

“Los hijos de los ciudadanos muertos en la pelea, son adoptados por la patria.

“La república se encarga de socorrer á todos los heridos y á las familias de las víctimas del gobierno monárquico.

“No habiendo el general Budeau aceptado el ministerio de la guerra, ha sido nombrado en su lugar el general Surtivic. Queda, pues, instalado.

“El general Budeau queda nombrado comandante de la primera division militar, y se ocupa ya en todo lo concerniente á este importante servicio.”

De esta manera, en setenta y dos horas las obras de la república fueron estas:

La disolucion de la cámara;

La proclamacion del gobierno de la nacion por ella misma;

La Libertad, Igualdad y Fraternidad puestas como principios y resucitadas como divisas;

El licenciamiento de la guardia nacional;

La encomienda de la policia al maire de Paris;

La garantizacion de trabajo á todos los obreros;

El reconocimiento del derecho de asociacion;

El decreto de formacion de veinticuatro legiones de guardia nacional móvil;

La instalacion de las cortes y tribunales;

La reposicion de la justicia en el pueblo frances;

La declaracion de unidad del ejército;

- La libertad de los prisioneros políticos;
- La abolicion de la pena de muerte en materia política;
- La donacion del millon de la lista política á los obreros heridos;
- El restablecimiento de los estudios en todos los liceos;
- La provision de *jurys* en todas las cortes de apelacion;
- La adopcion por la patria de todos los hijos de los que murieron combatiendo el 24 de Febrero;
- La destinacion de las Tullerias, para en lo sucesivo, á los artesanos ya inválidos;
- El restablecimiento de circulacion en todo Paris;
- La hechura de una manifestacion por el gobierno provisional al pié de la columna de Julio;
- La disolucion de la guardia nacional por el precedente orden de cosas y reorganizada de derecho;
- El regular restablecimiento de las postas-correos;
- La vuelta de todos los edificios y palacios de la corona al dominio público;
- La abolicion de la monarquía bajo toda clase de formas;
- El inmediato establecimiento de talleres nacionales;
- He aquí el número esacto de las sumas de que puede disponer el Estado en este momento:

Del banco.....	185 millones.
Del tesoro.....	35 „

Suma..... 220 millones.

Esa mañana el oro corria:

Rédito en francos.

El 1,000, al principio.....	100
— despues.....	80
—.....	60
—.....	50
—.....	40

El dia se pasó como el de la víspera, á escepcion de la agitacion que va calmándose. Comiézase á no temer ya la vuelta de fuerzas armadas. La noticia que se habia esparcido de que el rey habia muerto es desmentida; solo sí que no se sabe que se ha hecho de él.

Se dice que la señora duquesa de Orleans, no habiendo podido hallar un asilo en los Inválidos, halló uno en casa del mariscal Sault, y que habia partido para Alemania con sus dos hijos ayer tarde.

La Sra. duquesa de Montpensier, á quien volvieron á encontrar errando en la plaza de la Concordia en busca del general Thiers, ha partido con él para Inglaterra.

Un buque de vapor ha partido á anunciar á los príncipes de Aumale y Joinville la caida del rey, y el reemplazo por el general Cavaignac del primero de estos.

Recíbense noticias de las principales ciudades mas cercanas á Paris, de que ha sido proclamada la república al canto entusiasta de la *Marsellesa*.

En la noche se esparce el ruido de que cuadrillas armadas incendian los castillos cercanos á Paris.

El castillo de Neuilly y el de M. de Rothschild están en aquel momento ardiendo. Los puentes de Asnières, de Rueil, de Chaton y de Besons están incendiándose y se sabe que los marineros son los que causan estos desórdenes picados del adelanto de los caminos de fierro.

Estos desórdenes dan lugar á la proclama siguiente:

REPÚBLICA FRANCESA.

“Ciudadanos:

“Los amigos del desorden y de la anarquía han concebido el pensamiento criminalísimo de impedir la llegada de los géneros destinados al alimento de la capital.

“Tratan de cortar la comunicacion por los caminos de

fierro. Reunios **todos** para impedir la ejecucion de tan culpable proyecto.

“Los **administradores** del camino de fierro de Rouen, han ofrecido generosamente á trasportar gratuitamente todos los granos y demas géneros necesarios á vuestra subsistencia.

“Proteged una **propiedad** tan preciosa para todos, y que debe pertenecer á la nacion.

“El ministro del **interior**, miembro del gobierno provisional

“*Ledru-Rollin.*”

A las cinco de **la tarde** comienzan á andar los coches por el baluarte: se han **abierto** las barricadas por el medio; pero todavía las calles **transversales** no permiten el paso mas que á gente de á pié.

A media noche, **Paris** está enteramente tranquilo, y si no fuera por las piedras aun desencajadas y por las candilejas que alumbran aun **todas** las ventanas, se diria que nada habia pasado en él.

En este dia el **hermano** y el sobrino del emperador Napoleon, escribieron al gobierno provisional las cartas siguientes:

“A los señores **miembros** del gobierno provisional de la República.

“La nacion acaba de rasgar los tratados de 1815. El viejo soldado de Waterloo, el hermano último de Napoleon, vuelve en este momento al seno de su familia.

“El tiempo de **las** dinastías ha pasado ya para la Francia.
“La ley de proscriciones que me tocaba, ha caido con el último de los Borbones.

“Pido que el **gobierno** de la República declare que mi proscricion era **una** injuria para la Francia, y que ha des-

aparecido junto con todo lo que nos fué impuesto para el extranjero.

“Recibid, señores miembros del gobierno de la República, la espresion de mi respeto y consideracion.

“Firmado, *Gerónimo Bonaparte.*

“Paris, Febrero 26 de 1848.”

“A los señores **miembros** del gobierno provisional de la República.

“En el momento mismo de la victoria del pueblo, he ido al Hôtel-de-Ville. El deber de todo buen ciudadano es el de reunirse al derredor del gobierno provisional de la República, y yo quiero ser uno de los primeros en hacerlo. Dichoso yo si mi patriotismo puede ser útilmente empleado.

“Recibid, señores, la espresion de los sentimientos de respeto y adhesion de vuestro conciudadano.

“Firmado, *Napoleon Bonaparte,*

“Paris, Febrero 26 de 1848.”

27 de Febrero.—Casi todo el dia fué empleado en la proclamacon de la República al pié de la columna de Julio.

He aquí los pormenores de esta ceremonia.

Paris ha tenido el dia de hoy una de las mas grandes y mas hermosas fiestas de que hay memoria.

Dos batallones de cada legion de la guardia nacional fueron convocados desde ayer. Algunas horas despues todos estaban en sus puestos; jamas se vieron las filas mas crecidas.

Los combatientes, armados aun, y que hace muchos dias dividen con los guardias nacionales todos los servicios de orden y seguridad pública, se unian tambien al número de esta milicia popular, testificando así la union fraternal co-

menzada bajo el fuego del combate, cimentada despues por la victoria.

Este pueblo entero, seguro tanto de su fuerza como de su grandeza, se habia dado una cita para esta inmortal plaza de la Bastilla, que llenó mas de una noble página en la historia de la Revolucion y de la Libertad.

Los miembros del gobierno provisional, partieron de su sala de deliberaciones á las dos en punto; bajaron la grande escalera del Hotel-de-Ville en medio de un numeroso concurso de ciudadanos y de la guardia con armas al hombro y tambor batiente. Los gritos de *viva la república!* que arrojaba la multitud, resonaron bien pronto en la plaza llena de un inmenso gentío.

El acompañamiento comenzó á marchar.

Marchaba á la cabeza un destacamento de guardia nacional á caballo, y despues los alumnos de la escuela del Estado mayor.

Eran seguidos por una legion de la guardia nacional mezclada con muchos ciudadanos armados cuyos vestidos y armas demarcaban el cumplimiento de la revolucion, y con ellos los jóvenes de nuestras escuelas cuya bizarría y adhesión relevan la inteligencia y el patriotismo.

En seguida venian los miembros del gobierno provisional vestidos de negro con su banda tricolor y al hojal la rosa roja. Los ministros de guerra, hacienda, comercio é instruccion pública, y los agregados de Paris y el director general de postas, reunidos á los miembros del gobierno provisional. Todos estos elegidos de la insurreccion fueron saludados con entusiastas aclamaciones. Los alumnos de Saint Cyr precedian inmediatamente, y formaba la retaguardia un destacamento de alumnos de la escuela politécnica armados de espadas.

Tras ellos venia una masa inmensa que fué aumentando progresivamente hasta el fin del acto.

Habian ido tambien á la plaza de la Bastilla las cortes de

casacion y apelacion, el general Bedeau mandando su division, los oficiales del ejército y de la marina y éstos y la multitud se agrupaban al derredor de la columna de Julio, adornada en la cúspide por banderas tricolores. El tiempo que hasta entonces habia estado lluvioso se compuso, y el sol quiso alumbrar con sus rayos aquella primera fiesta de la República.

Habiendo llegado al pié de la columna, los miembros del gobierno se pusieron en fila mientras la música tocaba la *Marsellesa*. Trajeron las banderas y las pusieron en frente de ellos.

Despues de un redoble de tambores, M. Arago tomó la palabra y anunció al pueblo, con una voz muy fuerte, que el gobierno provisional habia creido de su deber proclamar solemnemente la república ante la heroica poblacion parisiense cuya espontánea aclamacion habia ya consagrado esta forma de gobierno. "Falta á ello, sin duda, la sancion de la Francia entera, dijo, pero esperamos ratificará el voto del pueblo parisiense que ha dado un nuevo ejemplo de su valor, de su poder y de su moderacion. Él trata de probar, no solo á la patria, sino al mundo entero que no tan solo tiene el instinto de sus derechos, sino que posee tambien la energia, la prudencia y la inteligencia. Pacífico y fuerte, enérgico y generoso, el pueblo parisiense, puede ser presentado á la Francia como un título de orgullo.

"Parece que ha dejado caer una monarquía en el mas desdeñoso olvido, para no ocuparse sino de los grandes intereses que son comunes á todos los pueblos y de los principios inmortales que vendrán á ser para ellos la ley moral de la política y la humanidad.

"Ciudadanos, dijo, aumentándose su entusiasmo, repetid conmigo este grito popular:

¡VIVA LA REPÚBLICA!!"

Todos los miembros del gobierno se descubrieron entonces.
TOMO II.—45

ces, inclináronse las banderas y al ruido de los tambores, los clarines y la música se unió este otro inmenso del pueblo que sofocaba el primero:

¡VIVA LA REPÚBLICA!!!

El venerable presidente del consejo, M. Dupont (de l'Eure) dió entonces gracias á la poblacion parisiense por la conquista que acababa de hacer, por el órden que habia sabido mantener durante los mas agitados dias, y por esa tan legítima indignacion que habia sabido contener con un tan noble sentimiento de moralidad.

“La república, añadió, fundada hoy sobre tales bases, debe ser eterna como los principios y como la victoria de que ha emanado.”

Repetidos ¡bravos! acompañaron esta alocusion del venerable presidente, pero el entusiasmo subió de punto cuando M. Arago dijo con emocion:

“Ciudadanos, ochenta años de una vida pura y patriótica son los que os hablan.”

Sí, sí, sí, ¡viva Dupont (de l'Eure)! y habiendo respondido éste: *¡viva la república!* se prolongó este grito por muchos minutos.

M. Cremieux, invocó con palabras acaloradas la memoria de los valientes ciudadanos muertos en la revolucion de Julio y cuyos nombres están gravados sobre el bronce de la columna.

“Este dia, dijo, debe consolar sus almas afligidas por diez y ocho años. Nadie podrá robar al pueblo el fruto de su conquista; el gobierno republicano se deriva del pueblo y en él se apoya. Todas las distinciones de clases desaparecen al frente de la igualdad y todos los antagonistas se calman y huyen ante esta fraternidad santa que hace á todos hijos de una misma patria, de una misma familia, y hace de todos los pueblos unos aliados.”

Estas palabras fueron interrumpidas por los mas fuertes aplausos.

El general Courtais, comandante de la guardia nacional, hizo entonces comenzar á desfilar; pero el tropel era tal que rompía las filas. Al fin desfiló pasando por delante del Gobierno provisional, y á cada instante, los gritos de *¡viva la República!* hacian retronar la atmósfera. Fué necesaria una hora para que desfilasen la primera y segunda legiones. Los miembros del Gobierno provisional se pusieron entonces en marcha á fin de pasar por delante de las otras legiones formadas á lo largo de los baluartes.

Desde la plaza de la Bastilla hasta el arrabal de los Pescadores, no se oyó mas que un grito cuyo eco se prolongó por toda la inmensa muchedumbre.

En todos los semblantes estaban caracterizados el gozo y la confianza; pero no un gozo loco y frívolo sino un gozo sereno y reflexivo. Era uno de los cuadros mas dignos de admiracion. Nada iguala á la pompa que da la presencia del pueblo, nada es comparable á su magestad.

Este dia quedará inserto en el número de aquellos que dejan en la historia los recuerdos mas halgüeños.

Este pueblo tan indignado hacia tres dias, animado con el calor de la batalla, estaba hoy en este lugar todo entero, mezclando, confundiendo sus impresiones, no experimentando mas que un solo sentimiento de concordia y abandonándose á todas las esperanzas de un porvenir de grandeza y prosperidad con una confianza que, esta vez al menos, no será engañada.

He aquí el estado de los heridos entrados al hospital de Paris en los dias 22, 23, 24 y 25.

	Hombres.	Mujeres.	Militares.	Total.
Hôtel-Dieu.....	84.....	2.....	34.....	120
Piedad.....	8.....	1.....	9
A la vuelta.....	35.....	129

	Hombres.	Mujeres.	Militares.	Total.
De la vuelta.....			35.....	129
Caridad.....	89.....	2.....	28.....	119
San Antonio.....	27.....	„.....	9.....	36
Cochin.....	„.....	1.....	„.....	1
Necker.....	3.....	„.....	2.....	5
Buen-Socorro.....	3.....	„.....	„.....	3
San Luis.....	45.....	3.....	1.....	49
Clínica.....	5.....	„.....	1.....	6
Casa de Sanidad.....	9.....	„.....	„.....	9
Incurables.....	2.....	„.....	„.....	2
Hôtel-Dieu (anexo).....	5.....	„.....	2.....	7
Banjon.....	62.....	„.....	„.....	62
Totales.....			78.....	428

Lo que hace un total de cuatrocientos veintiocho heridos de los que trescientos cincuenta son civiles y setenta y ocho militares.

La acta de acusacion de los ex-ministros se publicó hoy, segun todas las probabilidades. Serán juzgados por contumacia. M. Guizot se asegura que se ha salvado disfrazado de criado doméstico, M. Duchâtel embozado en una capa y M. Hebert poniéndose unos bigotes postizos.

Corre la voz de que M. Guizot ha pasado á Inglaterra.

Se espusieron dos cadáveres en la plaza del Palacio Real con esta inscripcion en el pecho: *Ladrones.*

Bou-Maza ha huido. Se ha dado una orden telegráfica de que en cualquier punto que esté ó pasè sea aprehendido.

Las noticias del extranjero comienzan á hacerse lugar entre las preocupaciones nacionales. Milan está aterrorisadísimo. La ley marcial ha sido proclamada allí y se toman las medidas mas rigurosas contra la poblacion. Se espera de una hora á otra un levantamiento que puede concluir por una revolucion.

El gobierno provisional puede contar con el auxilio del *Diario de los debates* que ha hecho la profesion de fé de rendimiento á la República.

Vuelven á empedrarse las calles. Las barricadas desaparecen y se anda ya por casi todo Paris en coche.

Hácia las once se esparce la voz de que el príncipe Luis Napoleon ha llegado á Paris.

Febrero 28.

Los diarios anuncian esta mañana que M. Guizot ha pasado á Inglaterra en el barco de vapor el *Espresso*; otras ocho personas, cuyos nombres se ignoran, se han embarcado tambien en el *Havre*.

Se presume que estos pasajeros no son otros que el rey y las personas que lo han acompañado en su fuga.

El príncipe Luis Napoleon ha escrito esta mañana á los miembros del gobierno provisional, la carta siguiente:

“Paris, Febrero 28.

“Señores:

“El pueblo parisiense habiendo borrado por su heroismo, los últimos vestigios de la invasion extranjera, me hace volver de mi destierro á alistarme bajo las banderas de la república que acaba de proclamarse.

“Sin otra ambicion que la de servir á mi pais, vengo á anunciar mi llegada á los miembros del gobierno y á asegurarles de mi adhesion á la causa que representan, así como tambien de mi simpatía hácia sus personas.

“Recibid, señores, las protestas de mis mas puros sentimientos

“*Napoleon Luis Bonaparte.*”

Hoy á las dos de la tarde el ministro de los Estados- Unidos en Paris, M. Richard Bush, ha pasado al Hotel-de-Ville

y ha reconocido el gobierno provisional. Pertenece al representante de la Union Americana el venir el primero á saludar nuestra jóven República. La presencia del ministro tenia en estas circunstancias algo de solemne, y á pesar de haberse previsto llegó muy al vivo, sin embargo, á los miembros del gobierno provisional: despues de una entrevista en la que se cambiaron las mas nobles palabras, lo acompañaron éstos en cuerpo hasta la puerta del Hotel-de-Ville para dar una prueba del cordial afecto que reina y reinará siempre entre la América y la Francia republicana.

M. Cabet y los nicarianos se han adherido á la República y han prometido no reclamar ni la particion de propiedades ni la de dinero.

Uno que leía esta noticia en un diario, preguntó á M. Dennery quiénes eran los nicarianos.

—Son, respondió éste, los discípulos de un hombre que quiso volar y no pudo.

Las voces mas contradictorias, las versiones mas singulares circulan relativas á los últimos momentos que la familia de Luis Felipe pasó en Francia.

Una carta venida de Saint-Cloud, y que nos fué comunicada, contiene los siguientes pormenores de la fuga de Luis Felipe.

“El maire y el primer agregado estaban ausentes cuando el ex-rey llegó á Saint-Cloud, el jueves á las tres de la tarde, escoltado por algunos guardias nacionales y dragones á caballo, á fin de que no le inquietasen. El que los mandaba gritaba que el rey habia abdicado, &c., &c. Despues de desmontar del cochecito en que venia, hizo que le llamasen á M. Talier y le rogó que le procurase caballos de mano. Habiendo respondido éste que no los tenia, volvió á montar en los coches públicos de la administracion de Sicord que le condujeron á Versalles. Venia acompañado de la reina, del duque y la duquesa de Montpensier y de la duquesa de Nemours. No ha estado en el castillo mas que tres cuartos

de hora. Dijo al agregado que habia sido miserablemente engañado.

“En la tarde su camarista llegó á Saint-Cloud trayendo bajo su chaleco dos camisas para el rey, porque con la precipitacion no habia podido traerse nada.

“Este criado le habia dicho aquella misma mañana con los ojos llenos de lágrimas que Paris estaba muy agitado, &c., &c. ¿Sabeis lo que le respondió el agregado? Son cosas esas todavía propias de café, vamos á ponerlos en cintura, dentro de algunas horas se habrá todo calmado.”

El rey llegó á Dreux el jueves 24 á las once y media de la noche acompañado de la reina, de la duquesa de Nemours y de sus hijos. Habian conservado el mas estricto incógnito, pero su nombre fué pronunciado inadvertidamente por un criado solo de á pié que los acompañaba.

Por todo séquito llevaba dos recamareras.

A la una de la mañana llegó el duque de Montpensier anunciando la caida de la familia sin que quedase la mas mínima esperanza.

Todos se consternaron á esta noticia.

El ex-rey y su familia partieron de Dreux el viernes 25 á las nueve de la mañana. Para ocultar su marcha, el criado de á pié que ocupaba el pescante, se quitó su librea y se puso una levita y demas vestidos de paisano, comprados dos horas antes.

El sub-prefecto esperaba el coche á la salida de la poblacion y se colocó en el pescante al lado del criado.

Habiendo preguntado los gendarmes en una posta en que pararon quienes eran las personas que conducia el coche, el sub-prefecto bajó inmediatamente del pescante, les dijo algunas palabras al oido y se retiraron inmediatamente.

Apenas habia el ex-rey atravesado el bosque de Anet, cuando los trabajadores de una fábrica de papel inmediata se presentaron queriendo detenerlo.

El 24 de Febrero al estar atacando el Château-d'Eau,

vieron á Achmet-Pacha, hijo de Mehemet-Ali, batiéndose valientemente. Despues fué encontrado en el baluarte sentado al lado de un cochero y paseando en su calesa á unos hombres de blusa.

Se encontró al fin el cuerpo de M. A. Jollivet, diputado por Ille-et-Villaine, que se buscaba hacia ya cuatro dias. Era uno de aquellos tres cadáveres sepultados bajo la arena cuando pasó el rey huyendo por el gran estanque de las Tullerías.

Ha habido una entrevista entre lord Normanby y M. de Lamartine, lo que hace presumir que no serán interrumpidas nuestras relaciones con la Inglaterra.

M. de Lamartine prepara un manifiesto á la Europa á nombre de la República Francesa.

La noticia de la revolucion de Bélgica es desmentida.

Un pasajero que llega de Inglaterra anuncia que M. Guizot ha desembarcado en Douvres el domingo por la mañana.

Dos mil operarios han ido al Hotel-de-Ville para pedir al gobierno provisional la reduccion del trabajo á diez horas diarias, la abolicion del monopolio del trabajo y las prontas medidas para hacer la asociacion del patron y el operario.

Este paso de los trabajadores ha dado lugar á la publicacion de un decreto por el tenor siguiente:

“Considerando que la revolucion, hecha por el pueblo debe ser hecha para él;

“Que es tiempo de poner término á los largos é inicuos sufrimientos de los trabajadores;

“Que la cuestion del trabajo es de suprema importancia;

“Que no hay nada mas alto ni mas digno que los pensamientos de un gobierno republicano;

“Que, sobre todo, pertenece á la Francia estudiar con ardor y resolver el problema puesto hoy en todas las naciones industriales de la Europa;

“Que es necesario tratar de garantir al pueblo sin el menor retardo el fruto de sus trabajos;

“El gobierno provisional de la República, ha decretado lo siguiente:

“Una comision permanente que se llamará “*Comision de gobierno para trabajadores,*” va á ser nombrada, y tendrá la mision especial y espresa de ocuparse de su suerte.

“Para demostrar cuanta es la importancia que el gobierno provisional da á la solucion de este gran problema, nombra presidente de la *Comision de gobierno para trabajadores* uno de sus miembros, M. Luis Blanc, y de vice-presidente á otro tambien de ellos, á M. Albert, que es operario.

“Serán llamados á hacer parte de la comision, operarios:

“El sitio donde estará instalada la comision, será en el palacio de Luxemburgo;

Luis Blanc, Armando Mavrast, Garnier Pagès.

Las adhesiones llueven de todas partes y cada uno reclama su parte del gobierno caido. Victor Hugo decia, despues de la revolucion de Julio: “Hay en este momento aguacero de plazas. Este chubasco produce un efecto singularísimo; lava á los unos y enloda á los otros.”

REPÚBLICA FRANCESA.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Febrero 29.

“El gobierno provisional,

“Considerando:

“Que la igualdad es uno de los mas grandes principios de la República Francesa, y por consiguiente debe recibir su inmediata aplicacion;

“Decreta:

“Son abolidos todos los antiguos títulos de nobleza. Las calificaciones que iban con ellos quedan anuladas. No pue-

den ser tomadas en consideracion públicamente ni figurar en ningun acto público.

“Los miembros del gobierno provisional, &c.

Luis Felipe ha llegado á Lóndres donde ha ido á Miwarts-Hôtel.

He aquí los pormenores concernientes á su camino, y diversas peripecias que ha sufrido de que podemos dar autenticidad:

Se le ha visto hacer alto en Trianon y pararse en Dreux.

En Dreux llamó al sub-prefecto, M. Marechal. El rey no ha vuelto á hallar su cartera y no tiene consigo mas que trece mil francos en oro.

M. Maréchal pone su caja á su disposicion.

Se estará algunas horas en Dreux, pues cree que la regencia, siendo aceptada; no tiene ya nada que temer, pues su nieto reina.

Repentinamente aparece el duque de Nemours y trae la fatal noticia de que la regencia ha sido rechazada.

Al oír esta noticia hacen poner los coches sin blasones, parten de Dreux y M. Maréchal es quien los conduce.

De Dreux M. de Rumrgny escribe á M. de Perthuis. que manda una pequeña embarcacion guarda-costas, que venga por el rey á Honfleur.

Al día siguiente llegan á Honfleur sin novedad. Los que acompañan al rey son: M. Marthieu Dumas, M. de Rumigny, M. Dupuis de Paulignes y un ayuda de cámara.

M. de Perthuis, ayuda de campo del rey y hermano del marino, posee una barraquilla en la costa de Gracia que está demarcando el lugar donde debe estar despues una casa mas importante. Se encaminan á esta casucha.

Está habitada por un criado llamado Racine que conoce á M. Mathieu Dumas cuya hija se casó con el hijo de M. de Perthuis. Mathieu Dumas le pide las llaves de esta casita y él se las entrega.

Ademas, ha reconocido al rey apesar de haberse cortado las patillas, llevar anteojos verdes, que oculta la cara entre un pañuelo y afecta acento americano.

Lo que queda de la familia real se instala en la pieza de abajo, y los demas se acuestan unos sobre otros en el granero sobre paja.

Toda la mañana siguiente se pasó en esperar á M. de Perthuis y su guarda-costas.

A eso de las dos llega M. de Perthuis en una barca: ha estado veinte veces á punto de irse á pique: el temporal estaba muy fuerte para que se atreviese á aproximar su embarcacion á la costa de Gracia.

Viene á ponerse á la disposicion del rey.

Tienen consejo. Seria peligroso ir al Havre donde podria ser reconcido el rey. Irán á Trouville en cuanto entre la noche y se embarcarán allí.

Racine se adelantará y se ajustará con un dueño de embarcacion, para que haga el pasaje á Inglaterra con un viejo americano, que deja Paris con su familia, porque tiene miedo.

El criado parte.

A media noche, el rey, la reina y las princesas, parten tambien, escoltados por MM. de Rumigny, Mathieu Dumas, Dupuis de Paulignes, de Perthuis y el ayuda de cámara que les sigue desde Paris.

Encuentran á Racine en el camino ya de vuelta: el precio que se ha estipulado serán cinco mil francos. Por cinco mil francos el dueño de una barca, llamado Halley, conducirá á los pasajeros á Inglaterra, sin que haya nada que temer por sus nombres ó estado.

Pueden ir á parar á Trouville á casa de un médico llamado Biard.

Las noticias son buenas: continúan, pues, su camino y llegan á Trouville.

La casa de Biard se abre á los fugitivos; pero la opinion

es de que el rey no se embarque sin consultar ántes un patron de barca llamado Víctor Barbet.—En efecto, el viento sopla muy fuerte y se oye desde la casa la mar como viene á azotarse violentamente contra la costa.

M. Biard va á consultar á Barbet sobre la posibilidad de una partida, repitiéndole la fábula del americano. Barbet responde que es posible el embarco y tan posible, que él se ofrece á conducir al americano á Lóndres, respondiendo de él con su cabeza.

Llevan esta respuesta al rey el cual quiere ver inmediatamente á Barbet.

El bravo patron llega al cabo de un momento y queriendo el rey engañarlo, repitiéndole la fábula del americano:

—Yo no os pregunto vuestro secreto, le dice, yo lo que ofrezco es arriesgar mi vida por conducirlos á Inglaterra y eso es todo.

—Sois un hombre muy guapo, dijo Luis Felipe, para que os le oculte por mas tiempo: soy el rey.

—Ya os habia reconocido, señor, respondió sencillamente Bartet.

El rey le pasa el brazo al derredor del cuello y lo abraza.

—Gracias, le dijo, no quiero esponer á un hombre tan valiente como vos: informaos solamente si la embarcacion que he tomado puede partir.

—Eso será segun el lugar en que se encuentre; si está en la playa puede hacerlo, pero si está en el Fouque, no.

El Fouque es un pequeño rio, ó mas bien un riachuelo que pasa por Trouville y se echa á la mar á cien pasos de distancia del pueblo.

Diez minutos despues entra Bartet.

—La mar se ha embravecido aun mas, el viento se ha aumentado y la barca de Halley está todavía en el Fouque. Mientras esto dure, todas las fuerzas humanas no la pondrian en la mar.

De esta manera se encuentra el rey entre dos tempesta-

des; la que sopla de Paris y la que sopla del Oceano; la una que le persigue, la otra que lo detiene.

Pero Bartet tiene una barca, está en la costa, la pone á la disposicion del rey y la conducirá él mismo. La tempestad no le hace miedo, á él, viejo lobo marino, que ha visto mas malos tiempos aun y responde de todo.

Solo sí que es menesser anular el contrato con Halley, pues Halley, viendo á su americano partir con otro, podria hacerse peligroso.

Envian al criado Racine; es el que ha conchavádose con Halley por cinco mil francos.

El rey consiente en perder la mitad de la suma, pero Halley no hace caso de nada.

—¡Ah! dijo, ¡se regatea!... Es el rey.

Racine vuelve todo espantado. Felizmente es de noche; el rey podrá partir sin ser visto.

Pero Halley se les ha adelantado ya. Corre á casa del comisario y le previene de lo que pasa. Una veintena de truvilleces están amotinados y guardan la costa.

El capitan del puerto, que es hermano de Bartet corre á decírselo á éste.

Entonces deciden otra cosa.

El rey volverá á Honfleur. Sube en un coche, y toma el camino de Fouque acompañado de ocho ó diez personas bien armadas: de Fouque irá á Honfleur.

M. de Perthuis se quedará en la casa por dos horas mas, pues de esta manera sabrá lo que pasa y desconcertará sus planes á los descontentos.

Apenas ha partido el rey cuando llaman á la puerta. M. de Perthuis va á abrir y ve que es el comisario que viene á hacer pesquizas.

La precaucion no ha sido inútil. M. de Perthuis está tan sereno y tan entero, que es imposible suponer lo que pasa. Espera á M. Biard que ha ido al pueblo y que no tarda en llegar.

Mientras tanto el rey gana terreno.

Dos horas despues que el rey, parte M. de Perthuis; toma á toda brida un camino que atraviesa todo el largo de la costa y llega á Honfleur casi al mismo tiempo que el rey.

La casucha hospitalaria estaba aun allí y á ella es á quien va á pedirse un asilo.

M. de Perthuis se arroja en una barca y vuelve al Havre.

El rey está abatido y casi desanimado: errante y fugitivo como el rey Lear, como él tambien ha sentido el soplo de la tempestad azotar toda una noche su rostro.

A eso de la una volvió M. de Perthuis.

Traía buenas noticias. En el puerto del Havre habia encontrado el *Espresso*, paquebot ingles, que estaba esperando para embarcar á los súbditos de la reina Victoria que tuviesen á bien dejar la Francia.

El *Espresso* dará asilo y conducirá al rey y á su familia.

M. de Perthuis ha contratado por ciento veinte francos el pequeño barco de vapor que hace la travesia del Havre á Honfleur y está ya no mas esperando.

El rey se despide de la valiente escolta la que no quiere dejarlo sino hasta la tabla de estrada del barco, y despues lo sigue con la vista hasta que lo ha visto desaparecer en el puerto del Havre.

Allí está en efecto esperando el *Espresso*.

Despues, con mucho trabajo, porque el puerto está lleno de embarcaciones se abre un paso, sale de la rada, pone la proa á Inglaterra y desaparece en el horizonte.

La magestad acaba de decir su último adios á la Francia.

De esta manera se cumplió aquella prediccion que hice en 1831.

“He ahí el golfo que debe tragarse al gobierno actual. El faro que encendemos en él no alumbrará mas que su naufragio. ¡Por qué ha querido él virar de bordo sino podia hacerlo! la corriente que lo arrastra es muy rápida y el viento que le sopla muy fuerte. Pero á la hora de su perdicion,

sobreponiéndose los recuerdos de hombre al estoicismo de ciudadano. se hará oír una voz que gritará: ¡Muera la monarquía! Dios salve al rey!

“Y esta voz será la mia.”

Dos años y medio despues se leía en los periódicos:

“Se ha recibido esta mañana, 26 de Agosto, de Lóndres, la noticia de la muerte de Luis Felipe que ha tenido lugar en su residencia temporal de Claremont, donde estaba hacia ya algunos dias con toda su familia. El príncipe desterrado sufría últimamente, y mas aun desde la abdicacion, una grande debilidad nerviosa, causada sin duda por el sacudimiento que estos sucesos debieron hacer en su organizacion. El viernes el mal se agravó de tal manera que creyeron necesario llamar á su derredor todos los miembros de su familia. A pesar de los mas afectuosos cuidados y de los socorros de la ciencia, el real enfermo fué concluyendo rápidamente y ha espirado esta mañana á las ocho y media.

“La noticia llegó una hora despues á Lóndres donde ha causado un profundo sentimiento.”

Demos algunos pormenores sobre esta muerte.

Hacia ya algunos meses que la salud del rey declinaba visiblemente: iba á cumplir en el mes de Octubre setenta y siete años, y ademas, los últimos acontecimientos políticos, habian afectado su constitucion tan vigorosa.

En el último mes de Junio parecia haberse restablecido un poco á causa de su mansion en San Leonardo y el mes de Julio confirmó esta mejoría. En todo este tiempo recibió muchas visitas que le dieron el mayor gusto.

Pero despues, al principio del mes de Agosto, la debilidad volvió á aparecer y se iba aumentando de dia en dia. En fin, el 24, la debilidad general hizo tales progresos, que no solo se vió obligado á suspender un nuevo viaje que habia proyectado, sino que el médico, á la mañana siguiente, creyó ser de su deber el prevenir á la reina de la inminencia del peligro de que se hallaba su marido.

La reina recibió la noticia con su religiosa resignacion, y sin titubear dijo:

—Señor, es menester prevenir al rey de su estado.

—Señora, replicó el doctor, este último, este supremo servicio es prestado siempre á los enfermos por el sacerdote y no por el médico. El deber del médico es, por el contrario, hacer que duda hasta el último instante y cerrar el horizonte de la muerte á los moribundos. Yo desearia, pues, que la reina encargase á otra persona mejor que á mí de este triste mensaje.

—Señor, dijo la reina, el rey es de un talento conocido y no cree mas que lo positivo: prevenido por la ciencia creará en la inminencia del peligro; advertido por la religion tan solamente tal vez dude.

—Lo que tiene el honor de decirme V. M. es la verdad esacta; sin embargo, si ella no me da la órden espresa de revelar al rey el estado en que se halla. . . .

—Os la doy, señor.

El médico se inclinó y entró á ver al rey.

Escuchó este con mucha tranquilidad el terrible prelude, y cuando el médico hubo acabado:

—¡Ah! ah! dijo alegremente, comprendo, venis á advertirme que es tiempo ya de hacer mis maletas.

—Señor. . . .

—¿No es la reina la que os ha rogado me hicieseis este último servicio?

—Sí, señor.

—Rogadla que entre.

El médico abrió la puerta: la reina esperaba.

Durante algunos minutos, estos dos ancianos que habian llevado juntos, durante diez y ocho años, la mas hermosa pero la mas pesada corona del mundo, unieron sus trémulas cabezas y hablaron en voz baja.

Despues, levantando la reina la voz:

—S. M. quiere al señor abate Guelle, mi limosnero, dijo.

Cinco minutos despues entró éste.

Tras de él entró toda la familia real: es decir, la reina, la duquesa de Orleans, el conde de Paris, el duque de Chartres, el duque y la duquesa de Nemours, el príncipe y la princesa de Joinville, el duque y la duquesa de Aumale y la princesa de Saxe-Cobourg.

Todos se pusieron de rodillas pero retirados del lecho lo bastante para no poder oir lo que el moribundo dijese al abate Guelle.

Despues de concluida la confesion y de recibir la absolucion se volvió el rey y con la misma alegria, dijo:

—¡Eh bien! ya estarás ahora tranquila, Amelia.

—Sí, señor, respondió la reina, porque ahora tengo la esperanza de que si Dios me da un tan buen fin como el vuestro, no nos separaremos ya mas que por algunos instantes y bien pronto nos uniremos en la eternidad.

Entonces el rey pidió que lo dejasen solo con la duquesa de Orleans.

Quedaron solos, y la conversacion duró cerca de una hora. Nadie asistió á esta plática y solo se presume que tuvo por objeto vencer la repugnancia que la duquesa parecia tener al sistema de fusion.

¿Todo lo que en el rey viviente no era mas que política no era en el rey moribundo un remordimiento?

¿No era este un movimiento por el cual daba momentáneamente á un príncipe que sabia no debia tener heredero una corona que le habia parecido ligera estando en el trono y que tal vez le parecia pesada estando en el sepulcro?

Sea de ello lo que fuere, acabada la confesion y concluida tambien esta larga conversacion, el rey se sintió mejor. Pidió sus Memorias y dictó en ellas una última página á su ayuda de campo.

La redaccion de sus Memorias, habia sido la grande distraccion de su destierro.

Luego, sintiéndose mejor:

—¡Ah! pardiez! dijo jovialmente al médico ¿sabeis que me está dando gana de una cosa, doctor?

—¿De qué, Señor?

—De haceros mentir aliviándome aun esta vez.

—Seria eso una gran felicidad para mí, Señor, dijo el doctor; y creedme, por lo que á mí toca, haria todos los esfuerzos posibles para alcanzarlo.

Desgraciadamente se engañaba el rey.

A la tarde se apoderó de él una calentura violenta; esta calentura fué aumentándose hasta las dos de la mañana y de esa hora á las seis fué disminuyendo.

A las seis se sentia mejor; pero la languidez continuaba.

A las siete poseia aun todas sus facultades y decia al doctor que se hallaba perfectamente bien.

A las ocho, espiraba sin convulsiones, sin sufrimientos y con una increíble serenidad, en medio de las lágrimas y oraciones de su familia.

Las exequias del rey tuvieron lugar el 2 de Setiembre corriente en Claremont. He aquí como refiere el *Globo* esta última ceremonia.

“Los restos de Luis Felipe, el rey de los franceses, han sido llevados hoy de Claremont á la capilla gótica de Weybridge. Un gran número de franceses asistió á los funerales, y desde las nueve de la mañana el salon de Claremont y las avenidas que conducen á él estaban llenos de personas distinguidas por su nacimiento posicion ó talento, contándose entre ellas M. de Ramigny, antiguo embajador nuestro en Bruselas, el baron de Bussiéres, antiguo embajador en Nápoles, el duque de Montmorency, el duque de Guiche, el conde Anatolio de Montesquieu, el conde de Jarnac y los ministros de Bélgica, España y Nápoles.

“A las nueve y media se dijo en la capilla una misa de difuntos á la que no fué admitido el público.

“La capilla estaba enteramente tapizada de negro: en el

fondo se habia levantado un altar revestido tambien de negro, y cuyo tabernáculo era superado por un crucifijo de marfil magníficamente esculpido. A los lados del altar habia dos candelabros macisos con unos enormes cirios.

“El catafalco que encerraba los restos del rey, estaba colocado en el centro y lo rodeaban veinticuatro candelabros.

“En él se leia la siguiente inscripcion:

LUIS FELIPE I, REY DE LOS FRANCESES, NACIDO EN PARIS
EL 6 DE OCTUBRE DE 1773,
MUERTO EN CLAREMONT, CONDADO DE SURREY,
INGLATERRA,
EL 26 DE AGOSTO DE 1850.

“Despues de la misa cargaron el ataud MM. el duque de Montmorency, el general d'Houtelot, el general Berthois, el general Dumas, el general Chabannes y el conde Friant, los que habiendo llegado al lugar llamado White-Gale, es decir, á la mitad del camino entre el castillo y la entrada del parque, lo colocaron en el carro fúnebre.

“El duelo era conducido por el conde de Paris, duque de Nemours, príncipe de Joinville y duque de Aumale.

“El convoy se puso entonces en marcha yendo á la cabeza el carro que encerraba el féretro sin ningun ornamento heráldico y simplemente con las letras L. F. superadas por una corona.

“El convoy siguió el camino que conduce á Hershams que atraviesa un pais magnífico, teniendo á derecha é izquierda una hilera de árboles y formando con ello un camino mas admirable que los ornamentos mas hermosos de los palacios de los reyes.

“Pasó el hermoso puente que está sobre la Mole y despues de haber atravesado el Hershams llegó á Walton-Heat.

“Todas las pequeñas eminencias que cubren al camino

estaban coronadas de una multitud inmensa en actitud de recogimiento y respeto. En el pequeño pueblo de Weybridge se había escitado vivamente la curiosidad, y un poco antes de la hora prefijada á la llegada del convoy, la multitud había ido á los alrededores de la capilla católica en que debían ser depositados los restos mortales del rey.

“Habiendo partido el convoy de Esher á las diez y media, llegó á Weybridge á las doce menos cuarto. Se componía de un carro fúnebre tirado por ocho caballos y de doce coches de duelo, tirado uno de ellos por seis caballos y los demas por dos.

“Al dejar el féretro á Claremont, la reina, acompañada de la duquesa de Nemours y demas miembros de la familia real, partieron para Weybridge en tres coches de duelo.

“El convoy entró en Weybridge en el orden siguiente:

“Veintidos ginetes;

“Los comerciantes de Esher;

“Un niño llevando un incensario;

“Otro niño una cruz;

“Dos acólitos seguidos de M. Lyre, del reverendo doctor White, provicario apostólico, y de otros nueve eclesiásticos;

“Y al fin el carro fúnebre y los coches de duelo;

“A la entrada particular de la capilla sacaron el ataud del carro fúnebre y lo llevaron diez hombres sobre los hombros hasta la capilla, seguidos del duque de Nemours, el conde de París, el príncipe de Joinville, el duque de Aumale y unas cien personas.

“Un número muy crecido de franceses quisieron seguir el féretro, pero la pequeñez del local no permitió el que fuesen admitidos.

“La capilla estaba toda tapizada de negro y manifesto el Señor Sacramentado. Se había dispuesto una pequeña galería para la reina y demas personas de la familia real.

“Pusieron el ataud delante del altar é inmediatamente

despues de la misa, lo bajaron á la bóveda que sellaron al punto.

“El convoy volvió inmediatamente á Claremont.”

Despues de la muerte de Luis XV, de una muerte que fué la consecuencia de una vida licenciosa, es decir, despues de sesenta y seis años, era este el quinto rey de Francia que bajaba al sepulcro.

De estos cinco reyes uno solo murió en las Tullerías y fué Luis XVIII.

Luis XVI fué guillotinado en la plaza de la Revolucion.

Napoleon murió en Santa Elena.

Cárlos X en Goritz.

Y Luis Felipe en Claremont.

¡Qué terrible signo para los que quieran reinar aun en Francia!

FIN DE LA HISTORIA DE LUIS FELIPE.

He aquí el juicio formado por la prensa inglesa sobre Luis Felipe:

El *Morning-Chronicle* dijo que “en esta familia la intriga fué una tradicion hereditaria,” luego este diario lo presenta combatiendo por su casa, fiel en esto á las tradiciones de su familia. “No nos atreveríamos á decir,” añade este periódico, “que acaba de morir un grande hombre: conquistó la corona por la duplicidad, la conservó por la opresion y su conducta para con la Inglaterra fué llevada hasta el último grado de una política sin escrúpulo y tan distante de la verdadera prudencia como de la verdadera felicidad.”

El *Morning-Advertiser* le echa en cara un inmoderado deseo de acumular riquezas, honores y dominio sobre su fa-

milia, sin miramiento á los intereses ó sentimientos del pueblo que gobernaba y con desprecio de los mas solemnes compromisos.

El *Globo* declara que Luis Felipe pereció por haber gobernado mucho en provecho de los *tenderos*, por haber confiado demasiado en el apoyo de las clases medias y por haber sacrificado "los salarios á los beneficios."

El *Morning-Post* dice, que si la perspicacia de una alma fria y constante hubiera podido consolidar el establecimiento de Julio, Luis Felipe hubiera muerto rey de los franceses. Pero tenia la desgracia de no poder desarrollar estos principios y "su estirpe cayó" en medio de las rechiflas de toda la Europa.

El *Times*, que hace una biografía del difunto rey, se expresa en estos términos.

"Luis Felipe, rey de los franceses, se distinguia entre los hombres que han figurado con la misma preeminencia que él en el teatro de la historia y en el gobierno de la humanidad, por la carencia de aquellas facultades intelectuales trascendentales, de aquellas pasiones desordenadas, de aquellas virtudes importantes ó de esos crímenes atrevidos que señalan ordinariamente los anales de la humanidad; pero reemplazaba estos peligrosos dones del ingenio y del poder, con una singular combinacion de cualidades inferiores á la naturaleza humana. Ya sea para el bien, ya para el mal, estas cualidades forman el todo de su carácter y haciendo un juicio esacto sobre este hombre singular, seria muy peligroso elevarlo á la sangre y rango de los héroes ó hacerlo bajar á los de un tirano egoísta."

El *Sun* se expresa así:

"Luis Felipe de Orleans, despues de haber tomado una parte activa en el terrible conflicto de los pueblos contra los príncipes, estaba destinado á ser testigo del triunfo de la democracia que creia oprimida bajo su omnipotencia, y á ver el gorro frigio tomar el lugar de la diadema de los Borbones.

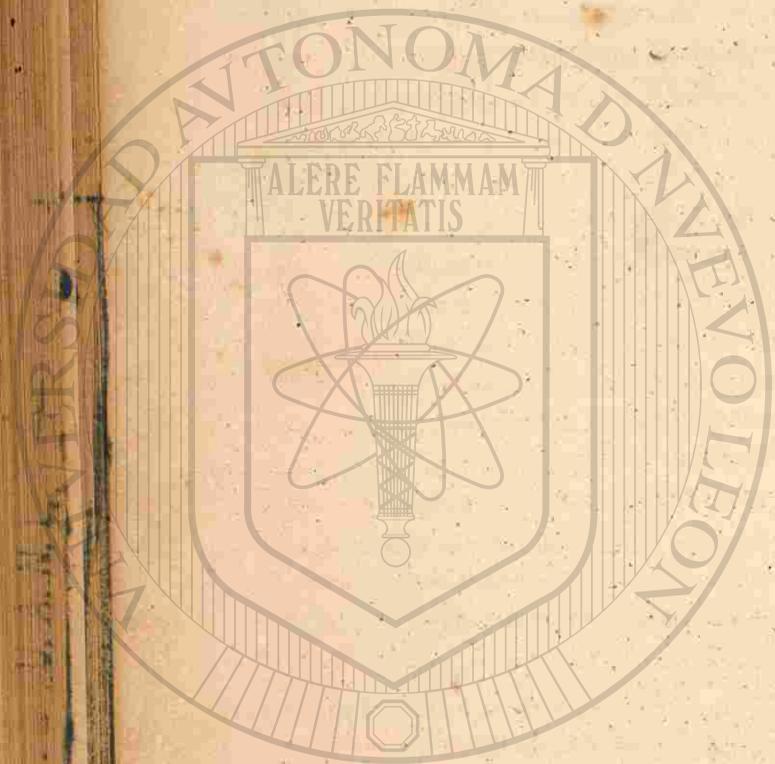
Tal ha sido el justo castigo del hijo de *Igualdad*, por haber tratado de ahogar la libertad entre sus brazos, por haberla querido traicionar como hizo Iscariote y por haberla adormecido con el insidioso soporífero de sus lisonjas. Para colmo de desdichas no parece sino que la Providencia lo hizo vivir largo tiempo, para que viese no mas la República consolidada en Francia, El fin de este notable personage parece debido á los remordimientos que minaban su salud y al golpe de Febrero."

En fin, en el *Daily-News* se leen estas lineas.

"... Durante los diez y ocho años de su reinado, ni una sola idea grande y generosa germinó en su alma. Su política interior se limitó á corromper á los diputados. Ignoró siempre, así como todos los hombres de Estado que le servian, la condicion, las necesidades y la fermentacion del ánimo del pueblo. Se contentaban tan solo, él y sus ministros, con mirar la superficie, sin mirar mas alla de la capa de yerba artificial que cubria un suelo volcanizado y dispuesto á erupciones.

"Las leyes del rigor han acelerado la esplosion. Este Salomon de los salones de Londres y Paris, no conoció jamas ni la esencia y fin del gobierno ni el desarrollo y satisfaccion de las necesidades populares. Para él la política no fué mas que la diplomacia."

FIN.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.



NÚMERO 1.

"Teneis mucha razon, mi querido amigo, vale mas escribiros. Cuand se diserte con alguno á quien se ama un objeto interesante, está uno espuesto á acalorarse y conozco que esto es precisamente lo que debe evitarse entre nosotros, y tambien porque esto evita cosas que hacen mal en el momento y aun despues. Yo tendria mucho gusto en terminar por lo que pertenece á madama de Sillery [madama Genlis], pero estais impaciente por saberlo. Asi, hablemos de ello, mi querido amigo, para no volvernos ya á ocupar del asunto, y porque no tan solo tengo necesidad de reposo sino de gozar de los beneficios que me habeis hecho. Habeis hecho ya mucho por mi felicidad al consentir en darme mis hijos algunas veces todas las semanas. Estos serán unos momentos de dicha que os deba y que derramarán la dulzura en los dias de mi vida. No quiero ya volver á tratar de lo pasado como os he dicho, pues las faltas que echo en cara á madama de Sillery, existen y no pueden ser destruidas ni por su diario ni por todo lo que pueda decirse. "Yo soy quien ha visto y oido todo lo que tanto me desagradó." No es sino el porvenir quien puede hacer que vuelva á ocuparme de ella: ella no puede justificarse pero podrá reparar; y si veo que su modo y el de mis hijos es de la manera que debo esperar, seré justa y tendré mucho gusto en olvidar los motivos de disgusto que me ha dado. Ahí teneis, amigo mio, lo que existe en mi corazon y lo que ya he comenzado á sentir. Madama de Sillery ha estado conmigo en estos dias de flato; la he soportado: ayer ha tenido conmi-

gó una fina atencion, me ha escrito una muy cumplida carta, de la que encaragué á mi hija la diera las gracias respondiéndole otra que hasta á vos os hubiera contentado. En fin, yo reglaré mi conducta por la suya. ¿Qué mas quereis, amigo mio? Esto no es decir que yo le dé mi amistad, mi confianza; no, cuando ellas han sido heridas por tan repetidas veces, es imposible que se pueda volver á quedar como antes; solo si madama de Sillery puede contar como siempre con todos mis miramientos y señales posibles de atencion. Yo tendria mucho gusto en asegurar de toda mi consideracion á la persona que educa á mis hijos, pero no será por mi culpa si no lo hago. Debeis estar contento de mí, yo lo espero de vuestra justicia; pero otra vez os ruego no discutamos de la manera con que juzgo á madama de Sillery. Menos puedo hacerlo ahora que antes; porque anteriormente, cuando me separé de ella, vos no tratabais de justificarla y solo me deciais que teniais poderosas razones para conservarla. Yo al menos tenia el gusto de haceros un sacrificio que conociais; mas ya hoy me decis que madama de Sillery "hace vuestra felicidad, que ella me ama," y os confieso que cuando me decis esas cosas me siento morir. Alejemos cuanto podamos, amigo mio, todo aquello que puede turbar nuestra union y seamos el uno para el otro lo que siempre. Sabeis bastante bien que no podreis tener mejor amigo que yo, para que tenga necesidad de repetiroslo; espero que siempre habreis juzgado así, como tambien el que nadie podria destruir la confianza que tengo en vos. Yo me atrevo á decir que la he merecido siempre y que me seria sensibilísimo el que llegaseis alguna vez á dudar de ella. Los que os han mandado esta noticia tenían razones, sin duda, para dar crédito á una cosa que es desmentida por mis acciones; porque seguramente no ha pasado un solo dia de vuestra ausencia sin que haya sentido todo lo que os estimo; pero, como lo habeis dicho ya, se tenia el proyecto de desunirnos.....

"Me resta solo hablaros de un asunto bastante interesante y con respecto al cual quiero sepais sin rebozo mi modo de pensar. Adivinareis ya que la señora de Buffon es la que está en cuestion y os confieso que al principio de vuestra amistad con ella he llegado hasta á exasperarme. Acostumbrada á ver en vos ideas caprichosas me espanta y afecta mucho al ver contraer un vínculo que podria robarme vuestra confianza. La conducta de la señora Buffon, despues que os amistasteis con ella, ha hecho que abandonase la predisposicion que tenia para con ella: he conocido una adhesion tan verdadera á vos, un desinteres tan grande, y he visto que es tan buena para conmigo, que no ha podido dejar de interesarme. Es imposible que nadie que en verdad os ame deje de tener derechos sobre mí, y ella los tiene tan verdaderos, que bien podeis estar tranquilo sobre este punto: os lo repito, amigo mio, lo que yo desearia, lo que haria mi felicidad, seria el que estuviéseis completamente contento de mí, y que encontraseis en vuestra mujer una sociedad dulce que os atrajese y contribuyese á vuestra dicha. Me habeis dicho que ibais á venir

á verme con mas frecuencia y así os lo recuerdo, pues me interesa no olvideis vuestra promesa; por otra parte, os repito, que tendreis una sociedad que os convendrá: si me lo prevenis la vispera, encontrareis siempre aquella mujer que podrá seros lo mas agradable posible, y si me lo decis por la mañana y no puedo ya á esa hora procurároslo, estareis seguro al menos de no encontrar quien os desagrade.

"Despues de lo que me habeis dicho, amigo mio, con respecto á la observacion que hice á mi hijo, yo creo que haria bien de decirle que si me hubiera hecho conocer vuestra intencion me habria yo detenido á la primera palabra. No es que haya yo cambiado de modo de ver las cosas, sino que si nuestros hijos pueden creernos opiniones diversas, deseo que ella no influya en su conducta pues eso no les podria venir muy bien y, en este punto, por lo que á ellos toca, yo les daria ejemplo de sumision. Todo esto debe probaros, querido amigo, que con respecto á las cosas que no miran esencialmente á la futura existencia de mi hijo, cedo y cederé siempre; pero el paso que quiero dar es de un género tan grave que no puedo menos de hacer algunas reflexiones sobre ello. Es un deber de vos para con él y de él para con vos. Os repito que me ha causado ayer una pena mortal, y os declaro que me he sorprendido y afectado mucho al ver que consentiais en una transaccion de esta clase sin haberme dicho ni una sola palabra. Os confieso que esperaba ser consultada en lo que mira á mi hijo. Si esto no es así estoy destinada á representar un papel pasivo, y tengo demasiado buen sentido y adhesion á vos para hacer ver á mi hijo que desapruero en lo que consentis ó aconsejais, pues resultarian de ello cosas no muy buenas para el uno ó para el otro ó bien para los dos. Esta nulidad no la echaria de ver al punto, pero reflexionaria despues y, ó me creeria nula por carácter y no tendria ni confianza ni deferencia para conmigo, ó veria que se me han quitado mis derechos y que esta nulidad era forzada. Tratar en este caso de acercarlo á mí, de iluminarlo, seria, en alguna manera, alejarlo de vos y seria menester ó cerrarle mi corazon ó correr este riesgo. Esta reflexion me es horrorosa, penosísima, porque cualesquiera de estos dos inconvenientes me afligiria muchísimo. Os hablo en general y sobre todo en lo que pueda tener relacion con su conducta: en cuanto al objeto, no puede ignorar mi opinion, porque estoy segura de que mi padre dirá y aun tendrá mucho cuidado de hacer que digan que estoy descontenta de que mi hijo vaya á los Jacobinos y tal vez exija que yo le diga mi opinion á él mismo, á fin de que no pueda en algun dia echarme en cara el que no se lo advertí. Estais convencido vos mismo, querido amigo, de que hay grandes inconvenientes, examinémoslos nosotros mismos y veamos si las ventajas pueden contrabalancearlos. Otra vez aun; si los Jacobinos estuviesen compuestos solamente de diputados, fueran menos peligrosos, porque serian conocidos por su conducta en la asamblea y podria prevenirse á mi hijo. Pero cómo ponerlo sin custodio frente á frente de un "mon-

ton" de gentes, que es la mayoría, tan propias para desviar á un jóven de diez y siete años? Si mi hijo tuviese veinticinco no se me daría cuidado porque podría distinguir por sí mismo; pero á los diez y siete, arrojado en medio de una sociedad semejante... en verdad, amigo mio, que no es racional: y seamos nosotros quienes seamos, sean quienes fueren sus parientes que, para concluir su educación, lo entregan á los Jacobinos, me parece y parecerá seguramente á todo el mundo una cosa inconcebible, y que me haría, á la verdad, sentir que hubiese salido de las manos de madama Sillery. Para que aprenda á hablar es para lo que quereis pasar por alto los peligros que vos no afrontareis en su lugar, y me decis, amigo querido, para hacerme ver, como vos, estas ventajas, que un buen orador ingles no lo sería si no hubiese aprendido temprano. Os responderé solamente á eso, que seguramente asistiendo á las sesiones del parlamento, los assises y á las defensas es como se aprende aquel arte y que mi hijo tendrá la misma facilidad sin necesidad de ir á los Jacobinos. Que vaya á la asamblea y á los tribunales cuando ya estén establecidos y, por pocas disposiciones que tenga, aprenderá á hablar como se aprende en Inglaterra. Por otra parte, ¿por qué no hemos de esperar la nueva legislatura? No ha sido diferida sino para dentro de algunos meses, y tal vez en esta legislatura se apreciará á los Jacobinos como ha estado ya en cuestion."

NÚMERO 2.

"Señores:

"Teneis conocimiento del decreto que suprime todo orden, toda señal exterior que suponga distincion de nacimiento y espero por lo tanto que me habreis hecho la justicia de creer que soy demasiado amigo de la igualdad para haber dejado de aplaudirlo con trasporte. He abandonado inmediatamente y con el mayor placer, estas frívolas insignias de distincion á las que por tanto tiempo se ha dado una consideracion que no es debida sino al mérito y que en adelante él solo obtendrá. Este último decreto publicado en los momentos en que se prepara la revision de los trabajos de la asamblea, debe hacernos esperar que ella mantendrá como constitucional, todo lo que ha decretado ya con respecto á títulos y nobleza, y que los franceses, libres é iguales, no se distinguirán ya sino por los servicios que presten á la patria. A ellos será á quienes se reserven las insignias verdaderamente honrosas, y las

señales por las que se reconozcan desde luego á los que tienen derecho á la estimacion pública; cuanto mas desdeñaba yo aquellas que no debía mas que al azar del nacimiento, tanto mas me gloriaré un dia de las otras, si soy bastante venturoso en encontrar ocasiones de merecerlas: ellas no pueden faltar á mi celo por la cosa pública, porque si á defecto de acciones bastante brillantes para atraer sobre mí las miradas de mis conciudadanos y las recompensas de mi patria, bastan los sentimientos bien conocidos y una vida entera dirigida únicamente á su servicio, si bastan, digo, para obtener estas señales de honor, tengo la plena confianza de hacerme digno de ellos."

NÚMERO 3.

"Mi querido Charette:

"¿Cuántos acontecimientos no han pasado desde que, felices y tranquilos, gozábamos juntos de la vida y de sus placeres en esta Vendée, de la que no conocíamos entonces, ni vos ni yo la grandeza. He gozado hermosos dias, era poderoso, he debido hacer muchas cosas pero me detuve antes de tiempo. Era necesario dejar á la revolucion tiempo para que arrojase su saliva. Vos y los vuestros os habeis lanzado en medio, y lo que yo preví cuando recorria vuestro pais se ha realizado. La guerra civil, tal cual ha sido en él organizada, es una fuerza que la República francesa, que tiende á su disolucion, no vencerá jamas; pero despues de vuestros triunfos es necesaria la paz, mi querido caballero, y no podreis hacerla sino estableciendo un trono. Conocéis la sinceridad de mis sentimientos para con vos: como soldado, admiro vuestro valor; como general admiro mas aun los talentos que desarrollais. Pero ahora os pregunto cómo, en caso de alcanzar buen éxito, volveréis á constituir la monarquía en presencia de tanta clase de obstáculos que aparecen en mi retirada, turbada con tanta frecuencia por nuevos acontecimientos. Mi vida es casi tan errante como la vuestra, tan solo que, tengo mas espacio aunque menos gloria; y no veo en vos sino un medio grande y legitimo para salir del apuro. He reflexionado mucho sobre las causas que han traído, desarrollado, madurado y matado la revolucion, y digo matado, porque ella ha muerto desde el dia en que no quiso ya hacer miedo. Y bien ¿sabéis á qué me han conducido mis reflexiones? Al punto de que partimos en 1789. Es necesario un rey á la Francia: ella no tiene nada de republicano ni en su carácter ni en sus costumbres, y por el contrario es revolucionaria por esencia porque los últimos monarcas

no han comprendido adonde quería ir. La monarquía que necesita no es la de Luis XIV pues han producido nuevos intereses: el estado llano, por tanto tiempo oprimido, ha conocido su fuerza, aun abusaba de ella y la ha doblado por la confiscación de los bienes del clero y de la nobleza. Es menester, pues, un rey, pero un rey que dé al estado llano las garantías que los Borbones ofrecían al clero y á la nobleza. La sanción de todo lo que se ha hecho, bien ó mal, es lo que debe acordársele. ¿Pensáis que los Borbones, por quienes combatis, sean gente capaz de aceptar semejantes condiciones? Habeis, en todo el negocio, obrado con mucho buen juicio para no conocer que entre los Borbones y la Francia hay hoy un muro que los separa. En el extranjero, en las cortes, entre los emigrados mismos domina esta idea pues se ven príncipes sin energía y sin voluntad, entregados, como si estuviesen en Versalles, á aduladores que no tienen mas que adhesión de antecámara. Estos príncipes son imposibles; pero en esta familia, bien lo sabeis, no ha estado en mi mano el arrancar del cadalso la cabeza de su gefe pues se hallan otras ramas que no están tan endurecidas en sus ideas absolutas. Sin hablar de la de Condé, en que el duque Enghien es el héroe, tenemos á la familia de Orleans: sufrid aquí, mi querido Charette, el que os hable con el corazón en las manos porque esto que escribo puede realizarse fácilmente, y proscritos hoy ambos por la revolución, podremos mañana ser empleados por ella como sus reguladores y libertadores. El nuevo duque de Orleans que anda errante y fugitivo, no tiene nada de que pueda acusarse con respecto á los acontecimientos en que su padre, á pesar de todos nosotros, tomó parte. Yo sé que este último es execrado por los exaltados de nuestro partido y que ni aun la muerte podrá apagar sus odios. ¿Qué se deduce precisamente de esto? Que el jóven duque de Orleans es el único medio de transacción posible entre la República y la monarquía. Tiene este sus ideas fijas sobre ciertos puntos, y á pesar de su juventud está dotado de bastante buen sentido. Bajo el nombre de su padre, que era una bandera contra la corte, por él era por quien trabajaban los girondinos. Queríamos llegar sin sacudimientos, y sobre todo sin matanzas á nuestro objeto, pero los Jacobinos nos lo han impedido: ahora que están ya anonadados, y bastante bien pues harto lo sé, me dirijo á vos para que volvais la paz y la felicidad á la Francia. Monseñor de Orleans, á quien he tenido á mis órdenes, y quien, no lo dudaré jamas, es el primero que honra vuestra adhesión á unos principios que han sido siempre los suyos, á pesar de algunas debilidades y de algunas concesiones hechas á la exigencia de la época, Monseñor de Orleans, repito, no ha sido consultado por mí en nada de esto; pero creo poder alcanzar la sanción y espero que llegado que sea el día no me desmentirá. Ahora bien, mirad lo que tengo que proponeros.

“La convención va á cerrar bien pronto su carrera y la mayor parte de sus miembros van á volver á entrar en la obscuridad. Muchos de ellos con quie-

nes he tenido siempre correspondencia, no quieren mas que terminar la revolución que han hecho. Todo se halla nivelado: conocen que es necesario relevar alguna cosa y son nuestros. Su influencia sobre las secciones de París es inmensa. El pueblo está cansado y se pondría fácilmente bajo un rey que halagase su orgullo, que hubiese tomado parte en la revolución y que no estuviere continuamente en pugna con él.

“Pero todas estas buenas disposiciones que os indico, y las del ejército, que no son ya nada hostiles, y todo lo que tiende á un mismo fin aunque por medios diestramente combinados, no puede tener éxito sin vuestro socorro.

“Reuniéndose los dos partidos y los dos ejércitos, ya conoceréis cuan próspero va el negocio. Ya veo desde ahora todas las objeciones que podreis hacerme.—¿Consiente el príncipe?—Salgo fiador por él.—¿Teneis la mayoría de la Convención?—Sí, y si algun voto faltare podría comprarse. Se hallan siempre de venta y mas cuando se buscan.—¿Estais seguro del ejército?—No ve ya la hora de volver á oír la voz de su viejo general: por otra parte, hemos hecho reconocimientos.—¿Qué hareis de los Borbones?—Lo que ellos quieran ó lo que vos queráis. Se les dejará en destierro ó despues de algunos años de un nuevo reinado podrán volver á Francia. No son de temer.—¿Qué bases de gobierno pensais establecer?—El sistema constitucional de la Asamblea nacional, con las modificaciones que el tiempo ha hecho.

“No os diré yo ahora lo que, en este estado de cosas hará por vos el reconocimiento del príncipe y de la nación. Bien conoceis que os sería dado todo aquello que puede lisonjear la ambición de un hombre. Os han hecho teniente general; siendo ya rey el duque de Orleans, podría y sabría reconocer mejor el servicio que hiciérais á la patria. En cuanto á la Vendée y sus tropas, no tendreis mas que hablar, vuestras súplicas serian órdenes. No es una conspiración lo que os propongo ni mucho menos una vergonzosa traición sino que veo el negocio bajo otro punto de vista mas elevado y como vos lo vereis tambien: es el triunfo de nuestras ideas constitucionales cimentado por el tiempo mismo de nuestros principios monárquicos. Es la Vendée dando un rey á la revolución. ¿Comprendeis este papel, querido Charette? Es mas hermoso que el que Monk habia reservádose en Inglaterra, como tambien sois vos mas digno para desempeñarlo.

“Os escribo cabalmente á la hora en que el gobierno británico acaba de comprometer en Québeron á todos los infelices emigrados que tienen mas valor que táctica y es menester impedir se renueven semejantes calamidades. Se me asegura que el conde de Artois va á intentar un descenso á vuestras costas. Si esta carta os llega antes de la expedición anunciada, creed en lo que os he dicho las palabras de un amigo,—no os fieis en los ingleses: ellos os perderán por él.—Reflexionad, sobre todo, lo que os he propuesto; no hay mas que un orden de cosas posible, y este es la monarquía constitucional. Los Borbones no la comprenden y es menester os dirijais á un príncipe

que no asore á ningun partido, y que pueda confundirnos en un mismo amor. Comprendeis bien que vos sois quien teneis siempre el mejor lugar entre sus afectos y reconocimiento. Adios, amigo mio.—Haceos bien de todas las razones que me conducen á escojeros como el Atlas del nuevo reinado y, creedme, con los sentimientos de admiracion y de esperanza.

“Vuestro muy humilde rervidor

“DUMOURIEZ”

“P. S. Se me anuncia que vos y vuestros tenientes disponeis de mas de cuarenta mil hombres. No es menester tanto para obrar. Si, como no puedo dudarlo, aceptais las proposiciones que estoy encargado de haceros, proposiciones que hacen de vos el segundo de la Francia, no hagais con la tropa sino los menos compromisos posibles, é imbuid á vuestros soldados ideas racionales. Escribidme; y, como no hay tiempo que perder, inmediatamente que tenga vuestra última resolución, abandonaré la precaria hospitalidad que con frecuencia me disputa el extranjero, iré á Paris y la revolucion será consumada.”

NÚMERO 4.

“Monseñor:

“¿Me permitis os escriba desde un rinconcito de la Suiza cuyo nombre, estoy cierto, resonará mas grato á vuestro corazon que á vuestro oido?”

“He llegado ayer á medio dia á Reicheneau.

“Este pueblecito del canton de Grisons, no tiene de notable mas que la extraña anécdota que le acompaña.

“Hacia el fin del último siglo, el burgomaestre Tcharner de Coire, estableció un colegio en Reicheneau. Se buscaba por todo el canton un profesor de francés, cuando se presentó un jóven á M. Boul, director del establecimiento. Este jóven era portador de una carta de recomendacion firmada por M. Aloyse Jost de Saint-Georges; era francés, hablaba, como su lengua nativa, el ingles y el aleman, y podia, ademas de estas lenguas, profesar las matemáticas, la fisica y la geografia. El hallazgo era muy raro y maravilloso para que el profesor lo dejase escapar, y por otra parte el jóven era modesto en sus pretensiones. M. Boule se ajustó con él por mil cuatrocientas libras anuales y el nuevo profesor entró á funcionar en Octubre de 1795.

“Este jóven era vuestro padre, Luis Felipe de Orleans, en otro tiempo duque de Chartres y hoy rey de Francia.

“Lo confieso, monseñor, no fué sino con una emocion mezclada de orgullo con la que en los mismos lugares, en esta recámara retirada en medio del corredor, con la puerta de entrada de dos hojas, con las laterales pintadas de flores, las chimeneas colocadas en los ángulos de los cuadros de Luis XV rodeados de arabescos de oro y con su cielo raso todo adornado, en esta recámara, digo, en que habia profesado el duque de Orleans, vuestro padre, hice me dieran pormenores de esta singular vicisitud de una fortuna real que, no queriendo mendigar el pan del destierro, lo habia comprado dignamente con su trabajo. Un solo profesor, colega suyo, un solo colegial, su discípulo, existen hoy aun.

“El profesor es el romancero Xschokke, el colegial, el burgomaestre Tcharner, hijo del mismo que habia fundado la escuela.

“En cuanto al digno Bailio, Aloyse Jost, murió en 1827 y fué enterrado en Zitzers, su ciudad natal.

“Hoy no queda ya nada en Reicheneau del colegio en que profesó un futuro rey de Francia, á escepcion del cuarto de estudio que hemos designado y la capilla que da al corredor con su tribuna y su altar superado de un crucifijo pintado al fresco: en cuanto á lo demas de los edificios, han venido á ser una especie de “vila” perteneciente al coronel Pastaluzzi. Y este recuerdo, tan honroso para todo franees, amenazaria desaparecer con la generacion de los ancianos que en él mueren, si no conociésemos un hombre de corazon artista, noble y grande, que no dejará olvidar nada, así lo esperamos, de lo que es tan honroso para él y la Francia.

“Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que, despues de haber sido nuestro conolega, sereis tambien nuestro rey. Vos, que desde el trono á que subireis un dia, tocareis con una mano la vieja monarquía y con la otra la jóven república.

“Vos, que heredasteis galerias en que están encerradas las batallas de Taillebourg y de Fleurus, de Bourvines y de Aboukir, de Aziucourt y de Marengo, vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clovis; vos que sabeis tan bien que las glorias de un pais son siempre glorias, cualquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las ha hecho florecer; vos, en fin, que podeis ligar á vuestra real diadema dos mil años de recuerdos y hacer de ellos el haz consular de los lictores que marcharán delante de vos.

“Entonces, monseñor, será grato para vos acordaros de este pequeño puerto aislado, en el que, pasajero batido por la mar del destierro, y marinero impelido por el viento de la proscripcion, vuestro padre encontró un tan noble abrigo contra la tormenta.

“Será grande para vos, monseñor, el mandar que este techo hospitalari

que no asore á ningun partido, y que pueda confundirnos en un mismo amor. Comprendeis bien que vos sois quien teneis siempre el mejor lugar entre sus afectos y reconocimiento. Adios, amigo mio.—Haceos bien de todas las razones que me conducen á escojeros como el Atlas del nuevo reinado y, creedme, con los sentimientos de admiracion y de esperanza.

“Vuestro muy humilde rervidor

“DUMOURIEZ”

“P. S. Se me anuncia que vos y vuestros tenientes disponeis de mas de cuarenta mil hombres. No es menester tanto para obrar. Si, como no puedo dudarlo, aceptais las proposiciones que estoy encargado de haceros, proposiciones que hacen de vos el segundo de la Francia, no hagais con la tropa sino los menos compromisos posibles, é imbuid á vuestros soldados ideas racionales. Escribidme; y, como no hay tiempo que perder, inmediatamente que tenga vuestra última resolución, abandonaré la precaria hospitalidad que con frecuencia me disputa el extranjero, iré á Paris y la revolucion será consumada.”

NÚMERO 4.

“Monseñor:

“¿Me permitis os escriba desde un rincocito de la Suiza cuyo nombre, estoy cierto, resonará mas grato á vuestro corazon que á vuestro oido?”

“He llegado ayer á medio dia á Reicheneau.

“Este pueblecito del canton de Grisons, no tiene de notable mas que la extraña anécdota que le acompaña.

“Hacia el fin del último siglo, el burgomaestre Tcharner de Coire, estableció un colegio en Reicheneau. Se buscaba por todo el canton un profesor de francés, cuando se presentó un jóven á M. Boul, director del establecimiento. Este jóven era portador de una carta de recomendacion firmada por M. Aloyse Jost de Saint-Georges; era francés, hablaba, como su lengua nativa, el ingles y el aleman, y podia, ademas de estas lenguas, profesar las matemáticas, la fisica y la geografia. El hallazgo era muy raro y maravilloso para que el profesor lo dejase escapar, y por otra parte el jóven era modesto en sus pretensiones. M. Boule se ajustó con él por mil cuatrocientas libras anuales y el nuevo profesor entró á funcionar en Octubre de 1795.

“Este jóven era vuestro padre, Luis Felipe de Orleans, en otro tiempo duque de Chartres y hoy rey de Francia.

“Lo confieso, monseñor, no fué sino con una emocion mezclada de orgullo con la que en los mismos lugares, en esta recámara retirada en medio del corredor, con la puerta de entrada de dos hojas, con las laterales pintadas de flores, las chimeneas colocadas en los ángulos de los cuadros de Luis XV rodeados de arabescos de oro y con su cielo raso todo adornado, en esta recámara, digo, en que habia profesado el duque de Orleans, vuestro padre, hice me dieran pormenores de esta singular vicisitud de una fortuna real que, no queriendo mendigar el pan del destierro, lo habia comprado dignamente con su trabajo. Un solo profesor, colega suyo, un solo colegial, su discípulo, existen hoy aun.

“El profesor es el romancero Xschokke, el colegial, el burgomaestre Tcharner, hijo del mismo que habia fundado la escuela.

“En cuanto al digno Bailio, Aloyse Jost, murió en 1827 y fué enterrado en Zitzers, su ciudad natal.

“Hoy no queda ya nada en Reicheneau del colegio en que profesó un futuro rey de Francia, á escepcion del cuarto de estudio que hemos designado y la capilla que da al corredor con su tribuna y su altar superado de un crucifijo pintado al fresco: en cuanto á lo demas de los edificios, han venido á ser una especie de “vila” perteneciente al coronel Pastaluzzi. Y este recuerdo, tan honroso para todo franees, amenazaria desaparecer con la generacion de los ancianos que en él mueren, si no conociésemos un hombre de corazon artista, noble y grande, que no dejará olvidar nada, así lo esperamos, de lo que es tan honroso para él y la Francia.

“Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que, despues de haber sido nuestro conolega, sereis tambien nuestro rey. Vos, que desde el trono á que subireis un dia, tocareis con una mano la vieja monarquía y con la otra la jóven república.

“Vos, que heredasteis galerias en que están encerradas las batallas de Taillebourg y de Fleurus, de Bourvines y de Aboukir, de Aziucourt y de Marengo, vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clovis; vos que sabeis tan bien que las glorias de un pais son siempre glorias, cualquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las ha hecho florecer; vos, en fin, que podeis ligar á vuestra real diadema dos mil años de recuerdos y hacer de ellos el haz consular de los lictores que marcharán delante de vos.

“Entonces, monseñor, será grato para vos acordaros de este pequeño puerto aislado, en el que, pasajero batido por la mar del destierro, y marinerero impelido por el viento de la proscripcion, vuestro padre encontró un tan noble abrigo contra la tormenta.

“Será grande para vos, monseñor, el mandar que este techo hospitalari

se vuelva á levantar para la hospitalidad, y en el lugar mismo en que se desploma hoy el viejo edificio, levantar otro nuevo destinado á recibir á todo hijo de proserpito que venga, con el báculo del destierro en la mano, á llamar á sus puertas como vuestro padre vino, y eso, sea cuales fueren sus opiniones y su patria, ya sea amenazado por la cólera de los príncipes ó ya perseguido por el odio de los reyes.

“Porque, monseñor, el porvenir, pero y sereno para la Francia, que ha consumado su obra revolucionaria, está preñado de tempestades para lo demas del mundo. Hemos sembrado tanta libertad en nuestras expediciones por la Europa, que he ahí como por todas partes brota de la tierra como las espigas en Mayo, bien que, á la verdad, no basta mas que un rayo de nuestro sol para madurar las mieses mas verdes. Volved los ojos al pasado y traedlos despues sobre el presente. ¿Habeis jamas sentido mas temblores de tronos ni encontrado por los caminos tantos viajeros descoronados?—Bien veis, monseñor, que os será menester fundar un dia un asilo para los hijos de los reyes cuyos padres no puedan, como el vuestro, ser profesores en Reichenau.

“ALEJANDRO DUMAS.”

NÚMERO 5.

“A Sir Pays de Molstens.

“Febrero 18 de 1796.

“Ignorando absolutamente, señor, hace cerca de dos años, el lugar de vuestra residencia, y no habiendo ninguna clase de correspondencia entre nosotros desde hace diez y siete meses, he tomado el partido de hacer ingerir esta carta en los papeles públicos. De esta manera os llegará á cualquier parte en que os halleis. Mientras os he podido ser útil á vos y á vuestra interesante y desgraciada hermana, he debido conservar con vos muy íntimas relaciones. Esto es lo que he hecho y lo que desearia hacer aun si tuvieseis necesidad de mí. En la época en que dejé la Suiza (Mayo de 1794) vos y yo estábamos separados hacia un año; vos, muy lejos de mí y debiendo vuestro asilo á la recomendacion de una persona con quien yo no tenia ninguna clase de relacion. Un justo reconocimiento os ha inspirado hácia esta persona tanta confianza como amistad, sus consejos podian seros mas útiles que los míos, pues que yo estaba sola con la señorita de Orleans encerrada en un

convento, en donde he pasado con ella un año en la mas completa soledad, ocupada únicamente en cuidar de su salud y en perfeccionar los talentos que la he dado.

“Cuando llegué, hace veinte meses, á este país, desee vivir en él absolutamente ignorada, de manera que, al escribiros con tan poca frecuencia y no querer confiar mi secreto á la posta, no he hecho mas que ocultarme. Sin embargo, sin deciros mi nombre supuesto y el lugar en que habito, encuentro medio de daros ya noticias mias. Al mismo tiempo os he tambien indicado la direccion con que me escribiriais y en el mes de Octubre de 1794, fué cuando recibí la última que me escribisteis. Esta no contenia, así como las anteriores, mas que la espresion de vuestro reconocimiento y vuestra ternura hácia mí, y el dulce nombre de madre que me dais en toda ella, debe convencerme de que á pesar del misterio de vuestra conducta, vuestro corazon es siempre para mí lo que debe ser. Porque no habiendo tenido con vos desde esa época ninguna clase de relación, no he podido hacer nada que haya debido deramar la frialdad entre nosotros. Hace cerca de diez meses que me enviaron una carta para vos imaginando que yo podria saber donde os hallabais. Todos aseguraban que estabais en este país y aun se nombraba vuestro correspondal. Mandé preguntar á este el nombre del lugar en que habitabais, pero me respondió que, aunque en efecto lo sabia, no podia decírmelo. No insistí mas y volví á enviar la carta á su dueño: no volví á oír hablar de vos ni di ya ningun paso para veros ni escribiros; pero, os lo repito, si yo bubiera tenido la mas mínima esperanza de seros útil, hubiera ido á preveniroslo y á buscaros con el mas vehemente anhelo. He leído en los papeles públicos de este país, hace algunos meses, una carta vuestra que anunciaba que partiais para la América. Como no habeis desmentido esta carta debo creerla vuestra, y estoy persuadida, por consiguiente, de que estais en América.

“Os felicito por haber tomado este partido. Ya os acordareis de que yo os decia hace tres años que eso era lo que os convenia.

“Creo que no dejareis de saber que se ha escrito en muchos papeles franceses que teniais un *partido* en Francia, y en el extranjero partidarios, que os querian colocar en el trono. Si ignorais esto, *seria haceros un gran servicio el instruiros de ello.*

“Durante diez años de constantes cuidados que os he consagrado, he tenido tiempo de conocer y estudiar vuestro carácter y *jamás he visto en él el menor gérmen de ambicion.* Yo me aplaudia de ello pues estaba cierta de que seriais mas virtuoso y feliz. Despues de concluida vuestra educacion, en los tres años en que hemos tenido juntos *unas relaciones tan tiernas y tan íntimas,* he visto siempre en vos el mas acendrado patriotismo, el desinterés mas puro, mas verdadero y la mas perfecta rectitud de sentimientos. Me habeis escrito volúmenes de cartas durante mi mansion en Inglaterra; las habia confiado en Paris á un amigo que me las ha vuelto á mandar, las tengo todas,

así como también las que me habeis escrito en los primeros tiempos de nuestra mansión en Suiza; entre otras la que me escribisteis á tiempo en que entráramos al convento en la que me mostrabais un vivo reconocimiento, por lo que habia tenido la dicha de poder hacer por vos y de que me entregase tan ciegamente á vuestra desgraciada hermana, de quien era yo entonces único apoyo. Yo conservaré estas cartas toda mi vida. En ellas se ven, algunas veces, principios exagerados y algunas ideas poco reflexivas, defectos lijeros, excusables á vuestra edad. Se vé también que con respecto á esto no éramos del mismo parecer. Pero á pesar de estas pequeñas diferencias de opinion, encuentro, siempre que releo estas cartas, la recompensa de todo lo que he hecho por vos; en ellas tengo la certidumbre de que sois incapaz de prestaros á los designios que se os suponen. Teniais veinte años cuando escribisteis las últimas cartas de vuestra colección, monumento precioso de vuestro reconocimiento, de vuestra afección filial hácia mí y de todos los sentimientos que pueden honrar á un jóven. ¡Teniais veinte años! ¿Puedese desmentir despues á los veintitres, á menos que no sea por una debilidad absolutamente inexcusable? No, estoy cierta de ello, el fondo de vuestro corazón, vuestros principios y vuestras opiniones son los mismos. ¡Vos pretender la corona, ser un usurpador! ¡Para abolir una República que habeis reconocido, que habeis querido y por la que habeis combatido valientemente..... y en qué momento! Cuando la Francia se organiza, cuando el gobierno se establece, cuando parece fundarse sobre las bases sólidas de la moral y la justicia! ¿Cuál sería el grado de confianza que la Francia podia dar á un rey constitucional de veintitres años á quien habia visto dos años antes ardiente republicano y el mas entusiasta partidario de la IGUALDAD? Un rey semejante ¿no podria como cualquier otro ir aboliendo insensiblemente la constitucion y hacerse un déspota? Segun las ideas recibidas en general, hay menos intervalo de la monarquía, cualquiera que sea, al despotismo, que de el gobierno democrático á la mas suave monarquía.

“¿Podriais, subiendo á ese trono ensangrentado y derribado, lisonjearos aun de dar la paz á la Francia? No, sin duda. La prolongacion de la guerra exterior y con la guerra civil ademas en todas las partes del imperio, serian las consecuencias de esta usurpacion funesta.

“La Francia, al volver á tomar el trono, legitimó ella misma las pretensiones del hermano del infortunado Luis XVI. Si el trono vuelve á levantarse, á él es á quien pertenecerá. Colocándoos en él no llevareis siempre mas que el mas odioso de todos los títulos, nuevas facciones os arrojarían de él, y encontraríais entonces en el destierro y la proscripcion, las únicas desgracias que no habeis aun probado, y las únicas que son insoportables; el deshonor y los remordimientos. Por otra parte, aun cuando vos pudierais legítima y racionalmente aspirar al trono, os veria yo con pena subir á él, porque do teneis [á escepcion del valor y la probidad] ni los talentos, ni las cuali-

dades necesarias á ese puesto. Teneis instruccion, talento y mil virtudes, pero cada estado pide sus cualidades particulares, y como no teneis aquellas que hacen á los grandes reyes. Estais hecho, por vuestros gustos y por vuestro carácter, para la vida interior y privada, para ofrecer el patético ejemplo de todas las virtudes domésticas, y no para representar con brillo, para obrar con una actividad constante y para gobernar con firmeza un grande imperio. Estoy segura, señor, que vos pensais y conoceis todo lo que acabo de deciros, y me lisonjeo de que las personas que os rodean y los amigos que habeis escogido, son incapaces de tratar de inspiraros una ambicion que sería tan absurda cuanto criminal bajo todos aspectos. En fin, estoy íntimamente persuadida de que si los que viven con vos os diesen diferentes consejos á los míos [lo que no tengo razon en suponer] los rechazaríais para no consultar mas que á vuestro corazón, cuya rectitud os guiará siempre bien.

“Al hacer imprimir esta carta, creo haceros un servicio, porque ella puede servir para disuadir á aquellos que, contra todas las apariencias, quieren hacer de vos un gefe de partido. Se debe naturalmente creer que vuestra instructora debe, “mejor que nadie,” conocer vuestro carácter, y me atrevo á responder que os horrorizan los proyectos que se os atribuyen.

“Recordad todas las acciones tiernas, tantas de beneficencia y humanidad que, durante vuestra educacion, honraron los días de vuestra vida y que hicieron también la delicia de vuestros desgraciados hermanos. Recordad la “corona Vendôme.” Acciones brillantísimas han alumbrado los primeros pasos de vuestra carrera, pero ya de aquí en adelante no podreis encontrar la verdadera gloria, sino en un completo retiro. Amad siempre vuestra patria, consolaos de sus injusticias, sabiendo que jamas habeis cesado de quererla, y no tan solo hagais votos por su prosperidad, sino desead que sea dichosa “de la manera con que quiere serlo.” En fin, no vivais ya mas que para la virtud; esto será vivir para la felicidad.”

NÚMERO 6.

®

“Mi querido hijo:

“Los sucesos que se han acumulado sobre la cabeza de tu pobre madre desde el instante que tuvo la desgracia de estar privada de comunicarse contigo, acabando de arruinar su salud, la han hecho aun mas sensible á todo lo que-

mira á los objetos de su afecto, y su país y sus hijos aumentan desde hace algún tiempo su solicitud. Tú no te limitarás sin duda á dividirlos cuando sepas que, aun en medio de tus desgracias, puedes aun servirlos. El interes de tu patria y el de los tuyos, te ordenan poner entre nosotros la barrera de los mares. Estoy persuadida que no titubearás en darle este testimonio de rendimiento, sobre todo cuando sepas que tus hermanos, detenidos en Marsella, parten para Filadelfia, donde el gobierno francés les dará modo de vivir de una manera conveniente. Los reveses, habiendo debido hacer mas precoz la madurez de mi hijo, no rehusará, pues, á la buena madre el consuelo de saber que está con sus hermanos. Si la idea de vuestra separacion desgarrá mi alma, la de nuestra reunion dulcificará su amargura. Que la perspectiva de aliviar los dolores de tu pobre madre, de hacer la situacion de los que te aman menos penosa, ha de contribuir á asegurar la tranquilidad de tu país, exalta tu generosidad, sostenga tu lealtad. No has olvidado, sin duda, mi idolatrado hijo, que la ternura de tu madre no necesita ser fermentada por nuevos actos de tu parte propios para justificarla. Pueda yo saber pronto que mi Carlos y mi Antonio han estrechado entre sus brazos á su hermano primogénito, que su madre reciba en ellos las demostraciones y pruebas de los sentimientos de sus hijos. Llega á Filadelfia al mismo tiempo que ellos, antes, si puedes; el ministro de Francia en Hamburgo facilitará tu pasaje; que lo sepa al menos. ¡Oh! qué no pueda ir yo misma á oprimir contra mi destrozado seno á aquel que no me rehusará el alivio que le pido!

“Si esta carta llega á manos de mi predilecto, espero no rehusará el responder á su tan tierna madre, ni el procurarla el consuelo de recibir noticias tuyas. Sí, ya veo que querrá dirigirle su contestacion bajo el sobre de “ministro de policia general de la República. Paris.”

L.-M. DE BORBON.

“P. S. Me lisonjeo en creer que á pesar de la imposibilidad en que he estado de escribirte por tres meses, habrás siempre conocido el vehemente deseo de tu madre por saber que estás lejos de todos los intrigantes y de todas las intrigas que no encontraria términos bastantes para recomendarte que huyeras.”

NÚMERO 7.

“He recibido con gozo y ternura, mi querida mamá, la carta que me habeis escrito de Paris el 9 pradial y que el ministro de la República, en las ciudades asiáticas, me hizo dar por orden del directorio ejecutivo. Conforme á lo que me mandais, os escribo ésta bajo el sobre del ministro de la policia general.

“Cuando mi tierna madre reciba esta carta ya sus órdenes habrán sido ejecutadas y habré partido para América. Al acusar al ministro de Francia en Brema la recepcion de vuestra carta y de la que el ministro me escribió cuando me la envió, he creido poder preguntarle, según lo que me mandasteis y él confirmó, los pasaportes necesarios para la seguridad de mi viaje. En cuanto los reciba, me embarcaré en el primer barco que se haga á la vela para los Estados- Unidos.

“A la verdad, aun cuando tuviera repugnancia al viaje que me ordenais emprenda, no por eso me apresuraria menos á partir; pero era cabalmente el que yo deseaba hacer mas que ningun otro y hoy no hago ya mas que acelerar la ejecucion de un proyecto que hacia largo tiempo estaba ya definitivamente resuelto. Haria ya largo tiempo que habria partido, si no hubiese estado constantemente detenido por una serie de circunstancias felices y desgraciadas.

“No trataré de haceros aquí su triste é inútil pintura, esperaba yo que dentro de poco todos los obstáculos que me detenian quedarian allanados; pero no hay nada que no destruya vuestra carta. Voy á partir sin diferirlo por mas tiempo; y ¡qué no haria yo despues de la carta que acabo de recibir! No creo ya que la felicidad me haya dejado sin recurso de poder aun tocarla, pues tengo medio de endulzar los males de una madre querida, cuya posicion y sufrimientos han desgarrado el corazon por tanto tiempo. No me atrevo á examinar si puedo ó no conservar la esperanza de volverla á ver algun día; pero ¿me verá privado del consuelo de mirar de cuando en cuando unas cuantas líneas de su puño y saber al menos como se halla?

“Creo soñar cuando pienso que dentro de poca voy á abrazar á mis hermanos y que voy á reunirme á ellos, porque estoy reducido á poder creer apenas lo que he mirado tanto tiempo como imposible. Sin embargo, no por esto me quejo de mi estrella, puedo aun conocer que podia haberseme presentado mas adverso: hoy aun, no la creeré ya infortunada si despues de haber vuelto á hallar á mis hermanos sé que nuestra tan cara madre está tambien como merece estarlo; y si puedo aun una vez servir á mi patria contribuyen-

do á la tranquilidad y por consiguiente á su felicidad. No hay sacrificio que no haya yo hecho á mi patria, y, mientras viva, no habrá uno solo que no esté dispuesto á hacerle.

“Me es imposible, pues escribo á mi querida madre, el no aprovechar esta ocasion para decirle que hace ya mucho tiempo que mis relaciones con madama de Genlis se hallan cortadas. Acaba de hacer ésta imprimir una carta en Hamburgo que me ha dirigido, acompañada de un resumen muy inesacto de su conducta mientras la revolución, y en la que ni aun respeta la memoria de mi desdichado padre. No pienso ciertamente contestar la carta que me escribe, pero creo de mi deber restablecer en su integridad una parte de los hechos que ha cambiado. Haré que se imprima en Hamburgo un pequeño parrafillo y cuidaré de que se mande un ejemplar al ministro de la policía general, esperando tendrá la bondad de remitíroslo.

“Adios, mi querida mamá, nada es comparable al gozo que he recibido al ver vuestras letras de que me hallaba privado hacia tanto tiempo. Sepa yo pronto que vuestra salud se mejora y sépalo de vos misma. Cuidad bien de esa salud que nos es tan preciosa, y si no por vos, al menos por vuestros hijos. Adios, vuestro hijo os da un estrecho abrazo, y creed que es dichosísimo al poder aun obedeceros

“L. F. D'ORLEANS.”

NÚMERO 8.

“Haria ya mucho tiempo, mi querida mamá, que vuestras órdenes estarian ejecutadas y que habria partido para Filadelfia, si un viento de Oeste, permanente, no nos estorbase salir de Elba.

“Como me ha de ser imposible escribiros al irnos á hacer á la vela, dejaré esta carta á un negociante de Hamburgo que tendrá la bondad de encargarse de poner la fecha de nuestra partida. Estoy en un muy buen navío americano revestido de cobre y muy bien fabricado interiormente. El capitán es muy buen hombre y estamos perfectamente alimentados. No tengais ninguna inquietud por mi viaje, querida mamá. El ministro de Francia me ha entregado los pasaportes que le habia pedido para mí y aun ha querido incluirles una carta para el ministro de la República en los Estados-Únidos.

“De esta manera podeis estar absolutamente tranquila bajo todos aspec-

tos. Espero con ansia el momento de saber de mis hermanos de los que he estado privado tanto tiempo. No habiéndonos anunciado las gacetas su partida, temo no lo hayan hecho todavía.

“Espero noticia de ellos con la mas viva impaciencia.

“Recibireis con esta carta un ejemplar del parrafillo de que os hablé en la primera.

“Adios, mi querida mamá.

“Vuestro hijo os ama y os abraza estrechamente.

“Desea tambien con toda el alma que el viaje que emprende pueda tener el efecto que vos esperais, y mejorar, en fin, la cruel posicion de los suyos que hace tanto tiempo pesa sobre su corazon.

“L. F. D'ORLEANS.”

NÚMERO 9.

“Creo que habreis recibido la carta que os escribimos de Petersburgo hace dos meses. Estábamos entonces en un viaje que acabamos de terminar. Duró cuatro meses y hemos hecho en este tiempo mil leguas, y siempre en los mismos caballos, á escepcion de las cien últimas hechas, parte por agua, parte á pié y parte en diligencia. Hemos visto muchos salvages y aun hemos vivido algunos dias en su pais. Son estos, en general, la mejor gente del mundo menos cuando están borrachos ó coléricos. Nos han recibido á las mil maravillas y nuestra calidad de franceses ha contribuido mucho á esta buena recepcion porque quieren á la Francia. Lo que hemos visto de mas curioso entre ellos es ciertamente la catarata del Niágara, hácia la cual os dije que íbamos á dirigirnos. Es el espectáculo mas imponente y magestuoso que he visto en mi vida: la altura es de ciento treinta y siete piés y el volumen de agua es inmenso, pues es el rio de San Lorenzo todo entero el que se precipita allí. No he hecho de ella ningun plano; pero me prometo hacer una pintura que mi querida hermanita verá seguramente en casa de nuestra tierra madre; pero no está aun comenzada y habré menester mucho tiempo. Para daros una idea de la manera agradable con que se viaja en este pais, os diré, querida hermana, que hemos pasado catorce dias en medio de los bosques, devorados por toda clase de insectos, frecuentemente mojados hasta

do á la tranquilidad y por consiguiente á su felicidad. No hay sacrificio que no haya yo hecho á mi patria, y, mientras viva, no habrá uno solo que no esté dispuesto á hacerle.

“Me es imposible, pues escribo á mi querida madre, el no aprovechar esta ocasion para decirle que hace ya mucho tiempo que mis relaciones con madama de Genlis se hallan cortadas. Acaba de hacer ésta imprimir una carta en Hamburgo que me ha dirigido, acompañada de un resumen muy inesacto de su conducta mientras la revolución, y en la que ni aun respeta la memoria de mi desdichado padre. No pienso ciertamente contestar la carta que me escribe, pero creo de mi deber restablecer en su integridad una parte de los hechos que ha cambiado. Haré que se imprima en Hamburgo un pequeño parrafillo y cuidaré de que se mande un ejemplar al ministro de la policía general, esperando tendrá la bondad de remitíroslo.

“Adios, mi querida mamá, nada es comparable al gozo que he recibido al ver vuestras letras de que me hallaba privado hacia tanto tiempo. Sepa yo pronto que vuestra salud se mejora y sépalo de vos misma. Cuidad bien de esa salud que nos es tan preciosa, y si no por vos, al menos por vuestros hijos. Adios, vuestro hijo os da un estrecho abrazo, y creed que es dichosísimo al poder aun obedeceros

“L. F. D'ORLEANS.”

NÚMERO 8.

“Haria ya mucho tiempo, mi querida mamá, que vuestras órdenes estarian ejecutadas y que habria partido para Filadelfia, si un viento de Oeste, permanente, no nos estorbase salir de Elba.

“Como me ha de ser imposible escribiros al irnos á hacer á la vela, dejaré esta carta á un negociante de Hamburgo que tendrá la bondad de encargarse de poner la fecha de nuestra partida. Estoy en un muy buen navío americano revestido de cobre y muy bien fabricado interiormente. El capitán es muy buen hombre y estamos perfectamente alimentados. No tengais ninguna inquietud por mi viaje, querida mamá. El ministro de Francia me ha entregado los pasaportes que le habia pedido para mí y aun ha querido incluirles una carta para el ministro de la República en los Estados-Únidos.

“De esta manera podeis estar absolutamente tranquila bajo todos aspec-

tos. Espero con ansia el momento de saber de mis hermanos de los que he estado privado tanto tiempo. No habiéndonos anunciado las gacetas su partida, temo no lo hayan hecho todavía.

“Espero noticia de ellos con la mas viva impaciencia.

“Recibireis con esta carta un ejemplar del parrafillo de que os hablé en la primera.

“Adios, mi querida mamá.

“Vuestro hijo os ama y os abraza estrechamente.

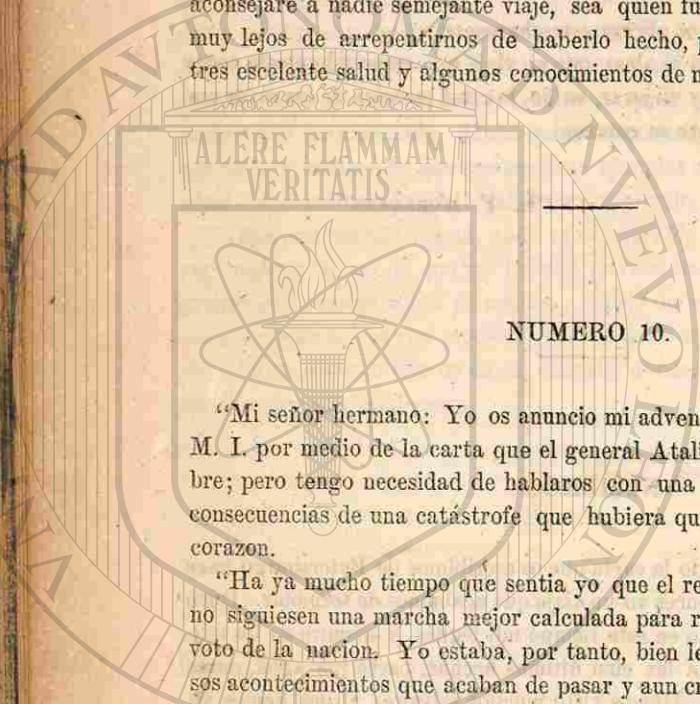
“Desea tambien con toda el alma que el viaje que emprende pueda tener el efecto que vos esperais, y mejorar, en fin, la cruel posicion de los suyos que hace tanto tiempo pesa sobre su corazon.

“L. F. D'ORLEANS.”

NÚMERO 9.

“Creo que habreis recibido la carta que os escribimos de Petersburgo hace dos meses. Estábamos entonces en un viaje que acabamos de terminar. Duró cuatro meses y hemos hecho en este tiempo mil leguas, y siempre en los mismos caballos, á escepcion de las cien últimas hechas, parte por agua, parte á pié y parte en diligencia. Hemos visto muchos salvages y aun hemos vivido algunos dias en su pais. Son estos, en general, la mejor gente del mundo menos cuando están borrachos ó coléricos. Nos han recibido á las mil maravillas y nuestra calidad de franceses ha contribuido mucho á esta buena recepcion porque quieren á la Francia. Lo que hemos visto de mas curioso entre ellos es ciertamente la catarata del Niágara, hácia la cual os dije que íbamos á dirigirnos. Es el espectáculo mas imponente y magestuoso que he visto en mi vida: la altura es de ciento treinta y siete piés y el volumen de agua es inmenso, pues es el rio de San Lorenzo todo entero el que se precipita allí. No he hecho de ella ningun plano; pero me prometo hacer una pintura que mi querida hermanita verá seguramente en casa de nuestra terna madre; pero no está aun comenzada y habré menester mucho tiempo. Para daros una idea de la manera agradable con que se viaja en este pais, os diré, querida hermana, que hemos pasado catorce dias en medio de los bosques, devorados por toda clase de insectos, frecuentemente mojados hasta

los huesos y sin poder secarnos, y no teniendo por todo alimento mas que tocino gordo, y algunas veces un poco de chivo salado y "tortillas." Independientemente de esto, cuarenta noches en pésimas cabañas en que debiamos acostarnos sobre un suelo compuesto de leños desiguales sin hablar de los refunfuños de los habitantes que muchas veces nos daban con la puerta en los hocicos y cuya hospitalidad era muchas veces muy mala. No, jamas aconsejaré á nadie semejante viaje, sea quien fuere; sin embargo, estamos muy lejos de arrepentirnos de haberlo hecho, pues hemos adquirido todos tres excelente salud y algunos conocimientos de mas."



NUMERO 10.

"Mi señor hermano: Yo os anuncio mi advenimiento á la corona de V. M. I. por medio de la carta que el general Athalin os presentará en mi nombre; pero tengo necesidad de hablaros con una entera confianza sobre las consecuencias de una catástrofe que hubiera querido prevenir con todo mi corazon.

"Ha ya mucho tiempo que sentia yo que el rey, Carlos X y su gobierno, no siguiesen una marcha mejor calculada para responder á la esperanza y voto de la nacion. Yo estaba, por tanto, bien lejos de preveer los prodigiosos acontecimientos que acaban de pasar y aun creia que bastaba no mas un poco de prudencia y moderacion para que ese gobierno pudiese marchar como marchaba. Pero despues del 8 de Agosto de 1829 la nueva composicion de ministerio me alarmó mucho. Veia yo hasta que punto era esta composicion de ministerio, era sospechosa y odiosa á la nacion y participaba de la inquietud general por las medidas que debian esperarse. A pesar de eso, la adhesion á las leyes y el amor al orden, han hecho tales progresos en Francia, que la resistencia de este ministerio no habria salido ciertamente de las vias parlamentarias, si, en su delirio, este mismo ministerio no ha dado la fatal señal por la mas audaz violacion de la Carta y por la abolicion de todas las garantías de nuestras libertades nacionales, por las que no hay guerra en que la Francia no esté dispuesta á verter su sangre. Ningun exceso ha seguido á esta lucha terrible, pero era difícil el que no resultase algun desquiciamiento en nuestro estado social y esa misma exaltacion de espíritu que los habia conducido á tantos desórdenes, los llevaba al mismo tiempo á ensayos de teorías políticas que habrian precipitado á la Francia y tal vez á

la Europa entera en terribles calamidades. En esta nacion, señor, es donde todos los ojos se han vuelto á mí. Los mismos vencidos me han creído necesario á su salud. Yo lo era aun mas para los vencedores para que no dejasen degenerar la victoria. He aceptado esta tarea noble y penosa, y he hecho á un lado todas las consideraciones personales que se reunian para hacerme querer el dispensarme de ello; porque he conocido que la menor escitacion por mi parte, podria comprometer el porvenir de la Francia y el reposo de todos nuestros vecinós. El título de teniente general, que dejaba todo en cuestion, escitaba una desconfianza ya peligrosa, y era menester apresurarse a salir del estado provisional, tanto para inspirar la confianza necesaria, cuanto para salvar esta Carta, que debe conservarse tanto, que el augusto difunto, el Emperador vuestro hermano, reconocia de suma importancia y que habria visto muy comprometida, si no se hubiese apresurado á calmar los ánimos. No se escapará á la perspicacia de V. M. ni á vuestra alta sabiduria que para llegar á ese fin saludable, es de desear que los negocios de Paris sean vistos bajo su verdadero aspecto y que la Europa, haciendo justicia á los motivos que me han impelido rodear á mi gobierno de la confianza que tiene derecho á inspirar. Que V. M. tenga la bondad de no perder de vista que, mientras Carlos X reinó en Francia, yo fui el mas sumiso y el mas fiel de sus súbditos, y que no ha sido sino hasta que he visto la accion de las leyes paralizada y el ejercicio de la autoridad real totalmente nula, cuando he creído de mi deber diferir un voto nacional, aceptando la corona á que he sido llamado. Sobre vos, señor, es sobre quien la Francia tiene siempre puestos sus ojos. Le agrada ver en la Rusia á su mas natural y mas poderoso aliado, y su confianza no será engañada. Tengo por garantía de ello el noble carácter y todas las cualidades que distinguen á V. M. Ruego á ella reciba bien las seguridades de mi alta estimacion y de la inalterable amistad con la que soy, mi señor hermano, el buen hermano de V. M.

"LUIS FELIPE."

NUMERO 11.

"He recibido del general Athalin, la carta de que ha sido portador. Sucesos, deplorables para siempre, han colocado á V. M. en una cruel alternativa. Habeis tomado una determinacion que os ha parecido propia para salvar la Francia de las mas grandes calamidades. "No me meteré en investi-

gar las consideraciones que han guiado á V. M.;" pero hago votos porque la Providencia Divina tenga á bien bendecir vuestras intenciones y los esfuerzos que vais á hacer por la felicidad del pueblo francés. De concierto con mis aliados, me glorío en **a**coger el deseo que V. M. ha espresado de mantener relaciones de paz y **d**e amistad con todos los Estados de la Europa. "Mientras que ellas estén basadas sobre los tratados existentes y sobre la firme voluntad de respetar los derechos y obligaciones, así como el estado de posesion territorial que han consagrado, la Europa encontrará en ello una garantía de la paz tan necesaria al reposo de la misma Francia." Llamado juntamente con mis aliados á cultivar con la Francia, bajo su gobierno, estas relaciones conservadoras, pondré en ello, por mi parte, toda la solicitud que ellas reclaman, y las disposiciones que me lisonjeo de ofrecer á V. M. en cambio de los sentimientos que me ha espresado.

"NICOLAS."

FIN DE LOS DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.



EMILIO REY (TRADUJO.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOTE